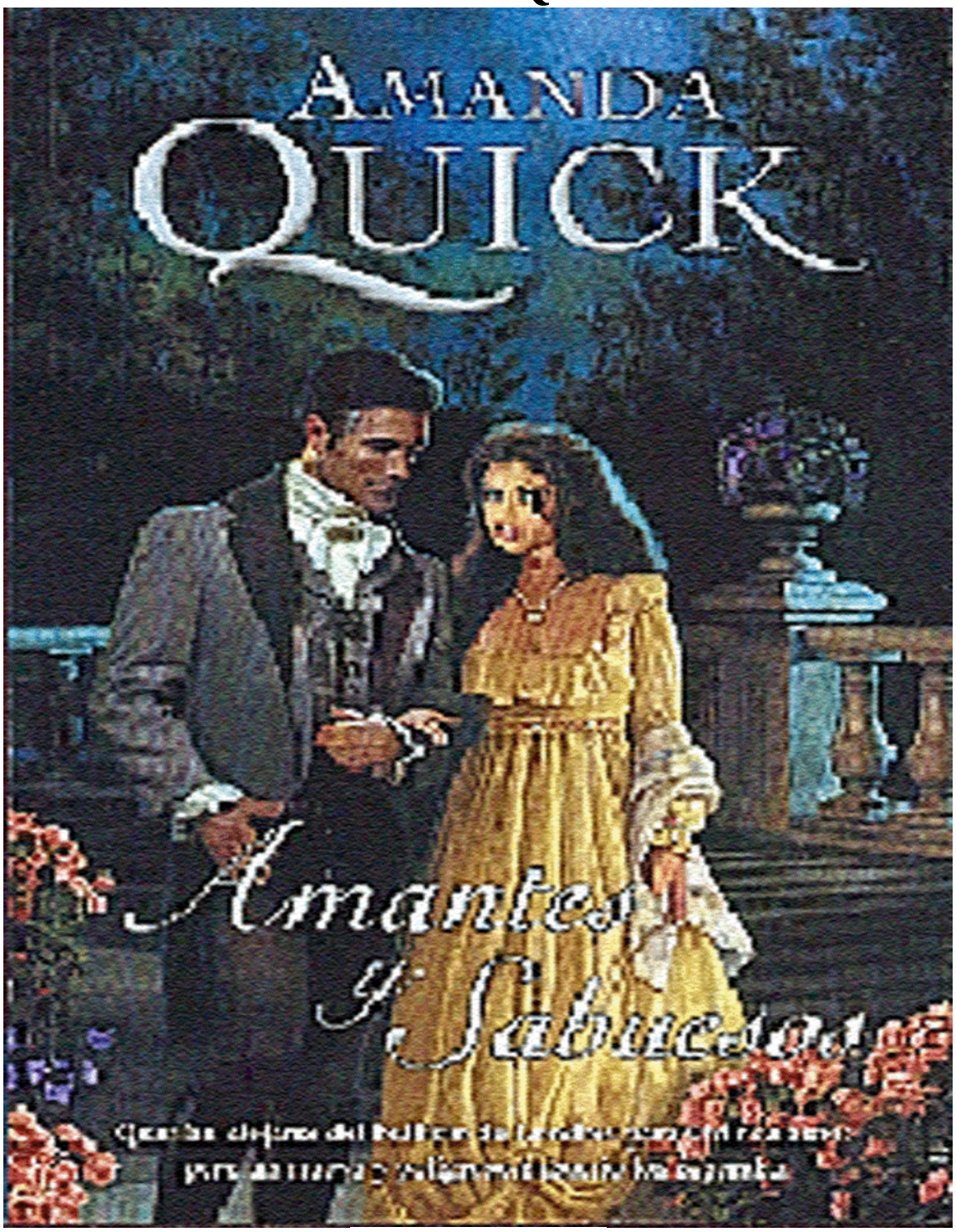
AMANTES Y SABHUESOS
AMANDA QUICK



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1

El primer indicio de que sus cuidadosos planes para la noche habían fracasado surgió cuando abrió la puerta de sus aposentos y vio a Cleopatra en la entrada.

-Maldición -masculló-. Esperaba a Minerva.

Las expectativas de una noche de pasión en una cama confortable con Lavinia Lake, su amante y socia ocasional, se disiparon como la niebla.

Su pasado le había alcanzado en el momento más inoportuno.

-Hola, Tobias.

La mujer apartó el antifaz verde que, sujeto a una varilla dorada, sostenía con la mano. La diadema en forma de cobra que adornaba su larga y elaborada peluca negra brilló a la luz de un aplique cercano. Una sonrisa irónica iluminó sus ojos oscuros.

-Ha pasado mucho tiempo, ¿verdad? ¿Puedo entrar?

En concreto habían pasado tres años desde que Tobias viera por última vez a Aspasia Gray, aunque ella no había cambiado mucho. Todavía era una mujer de extraordinaria belleza, cuyo perfil clásico encajaba a la perfección con su disfraz de la reina de Egipto. Él sabía que el color natural del cabello de Aspasia era castaño oscuro intenso. El vestido verde pálido con bordados dorados realzaba su esbelta y proporcionada figura.

Lo último que quería hacer aquella noche era retomar viejas amistades, pensó Tobias. Además, la aparición de Aspasia Gray le había puesto definitivamente de mal humor. Los recuerdos de la mala época de hacía tres años cayeron sobre él con la fuerza de olas tormentosas.

Tobias recuperó con esfuerzo la compostura. A continuación echó una rápida ojeada al pasillo. No había señal de Lavinia. Quizá, si actuaba con celeridad, podría librarse de aquella visitante inoportuna antes de que la noche se fuera por completo al traste.

-Supongo que será mejor que entres.

Tobias la hizo pasar con desgana.

-No has cambiado mucho -murmuró ella-. Tan amable como siempre.

Aspasia entró en la habitación iluminada por el resplandor de la chimenea. Tras de sí dejó un murmullo de enaguas de seda y un rastro de perfume exótico. Tobias cerró la puerta y se volvió a mirarla.

Durante el baile de disfraces celebrado a última hora de la tarde no había visto a ninguna Cleopatra. Aunque eso no resultaba extraño porque el castillo Beaumont era enorme; una edificación que había crecido de una forma incontrolada. Además, aquella noche estaba repleto de gente y Tobias sólo se había interesado por una invitada en concreto.

Tobias había conseguido su invitación por medio de lord Vale. Su primer y automático impulso fue rechazarla, pues no estaba interesado en acontecimientos semejantes. En concreto, las fiestas particulares le resultaban tediosas. Aunque lo cierto era que tenía poca experiencia en esa clase de celebraciones.

Pero entonces Vale le recordó la singular atracción de las fiestas campestres bien organizadas: «En efecto, los desayunos son largos y aburridos, las conversaciones frívolas y los juegos estúpidos, pero ten presente un aspecto esencial: tú y la señora Lake dispondréis de aposentos privados. Además, nadie prestará la menor atención a si ocupáis uno o los dos aposentos durante la noche. En realidad, el verdadero objetivo de una fiesta privada bien planificada es proporcionar multitud de oportunidades de este tipo.»

Aquella información sobre la verdadera naturaleza de las fiestas multitudinarias sacudió a Tobias con la fuerza de un rayo. Vale, que no pensaba asistir al castillo Beaumont, le ofreció amablemente uno de sus carruajes para realizar el viaje, y Tobias se mostró entusiasmado.

Cuando Lavinia aceptó el plan con pocas demostraciones de alegría Tobias experimentó sorpresa y alivio al mismo tiempo.

Aunque le dio la impresión de que la mayor parte de su interés se debía a que el acontecimiento constituía una oportunidad excelente para entablar nuevos contactos de trabajo, Tobias no permitió que eso lo desanimara. Por primera vez en su relación podrían disfrutar no de una, sino de dos noches en la acogedora calidez e intimidad de un lecho en toda regla.

La idea le resultaba muy atractiva. Por primera vez, no tendrían que esconderse en los rincones más remotos de los parques o apañárselas en el escritorio del pequeño estudio de Lavinia. Durante tres días fabulosos, él no tendría que depender de la benevolencia del ama de llaves de Lavinia, quien, a veces, accedía a ir a comprar grosellas cuando él llegaba de visita.

Sin duda, Tobias disfrutaba de los breves y escasos encuentros con Lavinia en la ciudad; sin embargo, aunque resultaban muy estimulantes, solían ser breves y, a veces, incluso estresantes. El clima londinense tenía la mala costumbre de ser lluvioso cuando escogían el parque para una de sus citas y nunca se sabía cuándo Emeline, la sobrina de Lavinia, podía regresar, de la forma más inoportuna, a la casa.

Además, había que contar con la naturaleza impredecible del tipo de trabajo al que tanto él como Lavinia se dedicaban. Cuando uno ofrece sus servicios como investigador privado nunca sabe cuándo llamarán a la puerta los clientes.

Tobias miró a Aspasia.

-¿Qué demonios haces aquí? Creía que estabas en París.

-Ya sé que eres directo y, en ocasiones, hasta grosero, Tobias, pero creo que merezco una bienvenida más calurosa por tu parte. Después de todo, no soy sólo una simple conocida, ¿no te parece?

Ella tenía razón, pensó Tobias. Los dos estaban unidos para siempre, tanto por los sucesos del pasado como por el difunto Zachary Elland.

-Acepta mis disculpas -pidió Tobias en voz baja-. La verdad es que me has pillado desprevenido. No te vi llegar esta tarde con el resto de los invitados y tampoco te he visto en el baile de disfraces de esta noche.

-Llegué tarde, ya habían empezado las actividades. En cualquier caso, tú estabas muy ocupado con tu amiguita pelirroja. -Aspasia se sacó os guantes con elegancia y tendió las manos hacia el fuego-. ¿Quién es ella, Tobías? Nunca habría dicho que fuese tu tipo.

-Su nombre es señora Lake.

Tobias ni siquiera intentó suavizar la brusquedad de sus palabras.

-Ah..., comprendo. -Aspasia dirigió la mirada hacia las llamas-. Sois amantes. -Y lo dijo como una afirmación, no como una pregunta.

-También somos socios -replicó Tobias sin alterarse-. A veces. Aspasia lo miró. Enarcó las finas cejas en una leve expresión de burla. -No lo comprendo, ¿te refieres a algún tipo de negocio financiero en el que ambos participáis?

-En cierto sentido, la señora Lake y yo nos ganamos la vida de la misma manera. Al igual que yo, recibe encargos para llevar a cabo investigaciones, y algunos de los trabajos los realizamos juntos.

Aspasia esbozó una sonrisa.

-Supongo que la investigación privada es un paso más en el escalafón del espionaje. Aunque debo decir que no es tan respetable como tu profesión anterior, la de hombre de

negocios.

-En mi opinión, encaja con mi temperamento.

-No te preguntaré cómo se ganaba la vida tu socia antes de iniciarse en esta curiosa profesión.

Aquello era más que suficiente, pensó Tobias. Las obligaciones hacia los viejos conocidos tenían un límite.

-Aspasia, cuéntame por qué has venido. Tengo planes para el resto de la noche.

-Planes que, sin duda, incluyen a la señora Lake. -El tono de su voz era de auténtica disculpa-. De verdad lo siento, Tobias. Créeme cuando te digo que no habría acudido a tus aposentos a esta hora si no se tratara de un asunto de extrema urgencia.

-¿Tu asunto puede esperar hasta mañana?

-Me temo que no.

Aspasia se volvió de espaldas a la chimenea y avanzó, con lentitud, hacia Tobias.

Aspasia era una mujer de mundo y Tobias sabía que estaba bien adiestrada en el delicado arte de esconder sus emociones y sus sentimientos. Sin embargo, percibió una leve sombra detrás de su expresión de frialdad. Él había visto aquella misma sombra en otras personas y la reconoció de inmediato: Aspasia Gray estaba asustada.

-¿Qué ocurre? -preguntó con más amabilidad.

Ella suspiró.

-No he venido a pasar unos días en el campo. Ayer mismo no tenía ninguna intención de asistir a la fiesta del castillo Beaumont. De hecho, decliné la invitación hace ya unas semanas. Pero las circunstancias han cambiado. Estoy aquí porque te he seguido.

Él miró el reloj de bolsillo que había sobre el tocador y vio que era casi la una de la madrugada. El silencio reinaba en el castillo y en cuestión de minutos Lavinia llamaría a la puerta. Tobias tenía mucho interés en deshacerse de Aspasia antes de que su socia llegara.

__¿Por qué demonios me has seguido hasta aquí? -preguntó-. Son seis horas de viaje desde la ciudad.

__No tenía otra alternativa. Esta mañana he ido a tu casa de la calle Slate, pero ya te habías marchado. Tu asistente me ha dicho que habías salido hacia el castillo Beaumont y que estarías fuera durante unos días. Por suerte, me acordé de que la invitación mencionaba el baile de disfraces, de modo que, en el último minuto, conseguí esta peluca y la máscara.

__¿Recibiste una invitación para esta fiesta? -preguntó Tobias con curiosidad.

-Sí, desde luego. -Aspasia sacudió la mano como restando importancia a aquel hecho-. Lady Beaumont envía invitaciones a todos los miembros de la alta sociedad. Le encantan las reuniones sociales. De hecho, han constituido su pasión durante años, y lord Beaumont está encantado de complacerla.

La expresión «todos los miembros de la alta sociedad» no incluía a Lavinia ni a él, reflexionó Tobias. Ellos conseguían mantenerse en los límites de los círculos de la alta sociedad gracias a su relación con ciertos clientes ricos y poderosos, como Vale y la señora Dove. Sin embargo, estas relaciones no los incluían, de forma automática, en las listas de los invitados regulares a los acontecimientos sociales.

Por otro lado, el árbol genealógico de Aspasia era impecable. Ella era el último miembro de su familia y controlaba una considerable herencia que había recibido de su padre. A los diecisiete años estuvo casada brevemente con un hombre casi cuarenta años mayor que ella, y su fallecimiento, seis meses después de la boda, le proporcionó a Aspasia unos ingresos adicionales. Tobias calculó que ahora tendría veintiocho años. La combinación de belleza, buena educación y riqueza la convertían en una integrante codiciada de cualquier lista de invitados. Por lo tanto, no resultaba nada extraño que

hubiera recibido una invitación al castillo Beaumont.

-Me sorprende que el ama de llaves encontrara un aposento para ti en tan poco tiempo -comentó Tobias-. Creí que el castillo estaba lleno hasta los topes.

-Está muy lleno, pero cuando llegué dejé claro que se había cometido un error con las invitaciones. Entonces el mayordomo y el ama de llaves se reunieron y me consiguieron una habitación muy agradable justo al final del pasillo. Creo que trasladaron a alguien de menor relevancia a unos aposentos peor situados.

-Cuéntame qué ocurre, Aspasia.

Ella empezó a caminar de un lado a otro delante de la chimenea.

-No sé por dónde empezar. Regresé de París el mes pasado y alquilé una casa en el centro de la ciudad. Como es natural, tenía la intención de ponerme en contacto contigo en cuanto me hubiera instalado.

Tobias la observó con atención y decidió que no creía que su última afirmación fuera cierta. Estaba convencido de que, si hubiera podido elegir, Aspasia lo habría evitado indefinidamente. Y él lo comprendía: siempre lo relacionaría con los trágicos sucesos que tuvieron lugar tres años atrás.

-¿Qué te hizo cambiar de opinión? -preguntó Tobias.

Aspasia se mantuvo impasible, pero sus elegantes y desnudos hombros se pusieron tensos. Era muy difícil que Aspasia perdiera los nervios, reflexionó Tobias.

-Algo sucedió esta mañana -explicó Aspasia mientras miraba el fuego-. Algo muy inquietante. No se me ocurrió otra cosa que consultarte de inmediato, Tobias.

-Te agradecería que fueras directa al grano -replicó él.

-Está bien, pero me temo que no me creerás si no te enseño lo que encontré en la entrada de mi casa esta mañana.

Aspasia abrió una bolsita de cuentas y sacó un objeto pequeño envuelto en un pañuelo de lino. A continuación, se lo tendió a Tobias en la palma de la mano.

Él cogió el pequeño objeto y lo llevó al otro extremo de la habitación para examinarlo a la luz de la vela. Una vez allí, desató el pañuelo y lo dejó caer al suelo.

Cuando vio el anillo que contenía el paquete, sintió que el vello de la nuca se le erizaba.

-¡Por todos los santos! -murmuró.

Aspasia permaneció en silencio, cruzó los brazos bajo el pecho y esperó con la mirada ensombrecida.

Él observó el anillo con atención. El aro tenía gemas negras incrustadas que rodeaban un pequeño féretro de oro. Tobias levantó la tapa con la punta de un dedo.

Una diminuta y exquisitamente detallada calavera blanca pareció haberle una mueca desde el interior del minúsculo sarcófago.

Tobias inclinó el anillo para leer la inscripción en latín que figuraba en interior de la tapa y tradujo en silencio la milenaria advertencia: «La muerte viene.»

Tobias miró a Aspasia a los ojos.

-Es un antiguo anillo mortuorio.

-En efecto. -Aspasia apretó los brazos contra su pecho con más fuerza.

-¿Y dices que lo dejaron en la puerta de tu casa?

-Mi ama de llaves lo encontró. El anillo estaba dentro de una cajita envuelta en terciopelo negro.

__¿Había alguna nota? ¿Un mensaje de algún tipo?

-No. Sólo el maldito anillo. -Aspasia se estremeció y ya no ocultó más su inquietud-. ¿Entiendes ahora por qué he venido hasta aquí para verte esta noche?

-¡Es imposible! -soltó Tobias-. Zachary Elland está muerto, Aspasia. Los dos vimos el cadáver.

Aspasia cerró los ojos brevemente con preocupación y, acto seguido, miró a Tobias fijamente.

-No necesitas recordármelo.

Un viejo sentimiento de culpa sacudió a Tobias.

-Desde luego que no. Lo siento.

-En cierta ocasión -continuó Aspasia con lentitud-, me comentaste que habías oído rumores acerca de otro asesino a sueldo, como Zachary. Un asesino que utilizaba la misma firma tétrica.

-Tranquilízate, Aspasia.

-Recuerdo que me contaste que nunca lo atraparon y que nunca hallaron pruebas de sus asesinatos porque las muertes siempre parecían naturales o accidentales.

-Aspasia...

-Quizá todavía ande por ahí, Tobias. Quizá...

-Escúchame con atención -la interrumpió Tobias en un tono que por fin hizo callar a Aspasia-. Aquel Portador de la Muerte, si existió alguna vez, sería, en la actualidad, muy viejo. Lo más probable es que ya haya fallecido. Aquellos rumores eran de hacía décadas. Crackenburne y algunos de sus conocidos los habían oído años antes, cuando eran jóvenes.

-Sí, lo sé.

-Al final, llegaron a la conclusión de que la leyenda sobre un asesino a sueldo no era más que eso, una leyenda. La alimentaron los rumores de los sirvientes que cotilleaban en las tabernas y contaban historias inventadas a sus amigos. Zachary disfrutaba evocando aquella antigua leyenda porque encajaba con su temperamento melodramático. Ya sabes cómo se crecía con la excitación.

-Sí, desde luego. -La temperatura de la habitación era cálida, pero Aspasia se frotó los brazos como si hubiera sentido un escalofrío-. Zachary ansiaba la intriga y el dramatismo como otros ansían consumir opio. -Aspasia Titubeó-. Sin duda disfrutó recreando la leyenda del Portador de la Muerte. Pero parece que ahora alguien más posee el mismo sentido melodramático.

-Es posible.

-Tobias, no me importa reconocer que estoy muy asustada.

-Resulta evidente que alguien más ha oído hablar de Zachary Elland y de su relación contigo. -Tobias contempló la calavera en miniatura que se hallaba en el interior del sarcófago de oro-. ¿Estás segura de que no había ninguna nota?

-Estoy segura. -Aspasia contempló el anillo con una mirada sombría-. Alguien ha dejado esta calavera en mi puerta para aterrorizarme.

-¿Por qué habría de hacer alguien una cosa así?

-No lo sé. -Aspasia se estremeció visiblemente-. Llevo dándole vueltas al asunto todo el día. La verdad es que he pensado en pocas cosas más. -Hizo una pausa-. ¿Qué ocurriría si..., si la persona que dejó el anillo me culpara de la muerte de Zachary y buscara alguna clase de venganza sin sentido?

-Zachary se suicidó al darse cuenta de que yo había encontrado pruebas de que era un asesino. Tú no tuviste nada que ver con su muerte.

-Quizá la persona que dejó el anillo no lo sepa.

-Es posible. -Sin embargo, a Tobias aquella conclusión no le parecía probable. Levantó la pequeña calavera hacia la luz. La calavera lo miró a su vez con las órbitas vacías y una mueca macabra y burlona-. También debemos tener en cuenta que puede tratarse de un aviso de algún tipo.

-¿A qué te refieres?

Tobias sopesó el anillo en la palma de la mano.

-Tú eres una de las pocas personas que comprenderían el significado del anillo porque sabes que Zachary Elland se hacía llamar el Portador de la Muerte y utilizaba este tipo de anillo como firma. Me pregunto si algún nuevo criminal no querrá anunciarnos que planea tomar el relevo profesional a Zachary.

-¿Quietes decir que quizás hay por ahí otro asesino que pretende emular al Portador de la Muerte? ¡Qué idea tan horrible! -Aspasia se interrumpió-. Sin embargo, si así fuera, sería más lógico que dejara su tarjeta de visita en tu puerta y no en la mía. De hecho, fuiste tú quien atrapó a Zachary

-Me temo que habrá un anillo esperándome cuando regrese a la ciudad -respondió Tobias con calma-. Esta mañana he salido muy temprano. Quizá dejó tu anillo primero y, cuando llegó a mi casa, yo ya me había ido.

Aspasia se volvió y dio un paso hacia Tobias con una mirada de ansiedad en los ojos.

-Tobias, quienquiera que haya dejado el anillo, tiene en mente algo espantoso. Si no te equivocas y se trata de una tarjeta de presentación, nos encontramos ante un nuevo Portador de la Muerte. Debes encontrarlo antes de que asesine a alguien.

2

Justo cuando llegó al pie de la oscura escalera, Lavinia oyó abrirse una puerta. A mitad del pasillo de piedra vislumbró el resplandor de una vela. Un hombre se deslizó fuera de una de las habitaciones y se dirigió, de forma furtiva, hacia donde Lavinia se encontraba.

Más ajetreo. Varias veces, durante los últimos minutos, se había visto obligada a esconderse en un armario o a escabullirse tras un recodo. Los corredores del castillo Beaumont estaban tan concurridos como una calle londinense un sábado por la noche. Todas aquellas idas y venidas entre los dormitorios le habrían resultado divertidas si ella no hubiera intentado también acudir a una cita clandestina.

En el fondo, era culpa suya, recordó Lavinia. Tobias le había propuesto que se encontraran en su habitación cuando la actividad del castillo se aquietara, al final del

día. El plan habría resultado fantástico si ella hubiera podido permanecer en el cómodo y espacioso dormitorio que le adjudicaron cuando llegó. Sin embargo, a última hora del día, y por causas que no había logrado desvelar, la trasladaron a una habitación mucho más pequeña.

Después de echar una ojeada al catre de su nuevo dormitorio, Lavinia se dio cuenta de que resultaría muy incómodo para dos personas, sobre todo cuando una de ellas era un hombre dotado con unas magníficas espaldas. Entonces Lavinia le dijo a Tobias que era mejor que ella acudiera a su habitación. Sin embargo, ni por un instante imaginó que, si no quería llamar la atención, la tarea resultaría tan ardua.

Lavinia era consciente de que a la mayoría de los invitados no les importaba que alguien los viera desplazarse de una habitación a otra. Daban por hecho que este tipo de idas y venidas eran ignoradas por los que se cruzaban con ellos. Así funcionaban las cosas en los círculos de la alta sociedad, pensó Lavinia.

Sin embargo, tenía la impresión de que no sería nada bueno para el negocio de una dama que se ganaba la vida realizando pesquisas discretas y privadas que la vieran actuando de forma un tanto indiscreta. Además, debía tener en cuenta que entre los elegantes invitados a la finca Beaumont durante aquel fin de semana quizás hubiese un futuro
cliente.

De repente Lavinia se sintió muy satisfecha de llevar la máscara plateada, la espada y el escudo que había utilizado para su disfraz de Minerva durante el baile de aquella noche. Se tapó el rostro con la máscara y se ocultó en la oscura zona de sombra, bajo las escaleras.

El caballero con la vela no la vio. Estaba demasiado concentrado en llegar a su destino. Cuando empezó a subir los escalones, Lavinia oyó un golpe sordo seguido de un gruñido ahogado.

-¡Maldita sea!

El caballero se detuvo y tanteó con cuidado el suelo alrededor de sus pies. A continuación, profirió unas cuantas maldiciones más y subió renqueando los peldaños.

Lavinia esperó a que se marchara, se apartó la máscara del rostro y salió con cautela de su escondite.

En aquel momento, otra puerta se abrió a poca distancia.

-¡Maldita sea! -exclamó en voz baja. A ese paso nunca llegaría a las habitaciones de Tobias.

A la luz mortecina de un aplique, Lavinia vio dos figuras que salían de una habitación. La mujer soltó una carcajada grave y ronca.

-Sígame, milord. No se arrepentirá, se lo prometo. Por su forma de hablar, Lavinia se dio cuenta de que se trataba de una sirvienta. Estaba claro que los invitados no eran los únicos que participaban en las juergas nocturnas de aquella clase de fiestas. Lavinia reprimió su enojo con esfuerzo, volvió a ponerse la máscara y se deslizó de nuevo en la sombra de las escaleras.

-No sé por qué no podemos practicar el ejercicio en mis aposentos -dijo el hombre, que arrastraba las palabras a causa de la bebida-. Además, ya me han calentado la cama.

-Conmigo estará calentito y a gusto enseguida, señor. No tiene que preocuparse por eso.

El hombre rió sordamente.

-Entonces, vamos. ¿Dónde está tu dormitorio?

-No podemos utilizar mi dormitorio, señor. Como el castillo está tan
lleno, otras tres sirvientas comparten la habitación conmigo esta noche. Iremos al tejado. Esta noche hace un poco de fresco, pero he dejado allí unos edredones muy

mullidnos.

-¡Demonios! ¿Estás diciendo que tengo que subir todas las escaleras de este castillo para darme un revolcón?

-Valdrá la pena, señor. Tengo unos aparatos que harán gozar incluso

a un hombre de mundo como usted.

-Aparatos, ¿eh? -La excitación y el deseo del caballero eran evidentes a pesar de la ofuscación de la borrachera-. ¿Qué tipo de aparatos utilizas, chica? En cuanto a mí, soy partidario del látigo.

La sirvienta le susurró algo al caballero que Lavinia no pudo oír.

-Muy bien. -La voz del hombre enronqueció todavía más debido al deseo-. La verdad es que suena interesante. Ansío ver una demostración.

-Pronto, señor. -La muchacha lo apremió hacia las escaleras-. En cuanto lleguemos al tejado.

Los dos llegaron a los pies de las escaleras. Lavinia vio que él era un hombre de porte elegante de poco más de sesenta años. Vestía una capa de terciopelo morado y unos bombachos anticuados y, alrededor del cuello, llevaba un fular anudado de una forma muy sofisticada. Su calva brilló a la luz del aplique de la pared.

La sirvienta vestía como el resto del servicio del castillo Beaumont: un vestido negro sencillo y un delantal. La sombra de una cofia grande y flexible ocultaba, casi por completo, su rostro.

El caballero puso un pie en el primer escalón y se tambaleó con torpeza. El paso en falso lo hizo reírse.

-Un tributo al excelente brandy de los Beaumont. Lo intentaré de nuevo.

No, no subiremos por estas escaleras, milord. -La sirvienta le tiró brazo. -Utilizaremos las escaleras traseras. Si el mayordomo o el ama de llaves me vieran con usted, me costaría el empleo.

-Está bien. De acuerdo.

El hombre calvo se dejó conducir, complaciente, a lo largo del corredor.

La sirvienta se recogió las faldas y dejó al descubierto sus medias y unos zapatos fuertes y prácticos. A continuación, dio prisas a su compañero para que atravesara una zona iluminada por otro aplique. Varios tirabuzones dorados asomaron por debajo de la enorme cofia.

El caballero ebrio se dejó guiar y ambos doblaron una esquina y entraron en otro corredor oscuro.

Lavinia sintió un gran alivio cuando se encontró de nuevo sola en el pasillo, salió con determinación de detrás de las escaleras y se dirigió con paso ligero a los aposentos de Tobias. Si las cosas seguían así, tendría que tomarse una copa de brandy para calmarse los nervios cuando llegara a su destino.

Por debajo de la puerta de Tobias asomaba una rendija de luz. Lavinia levantó la mano, pero, de repente, titubeó. El ocupante del dormitorio contiguo podría oír el golpe y sentir curiosidad.

Entonces sostuvo la espada, el escudo y la máscara con una mano y con la otra hizo girar la manecilla de la puerta, que cedió con facilidad. Lavinia lanzó una última ojeada al pasillo para asegurarse de que nadie la veía y abrió la puerta.

La visión de aquella pareja abrazada delante de la chimenea la dejó paralizada. El hombre estaba de espaldas a ella. Se había quitado la chaqueta y el fular y tenía el cuello de la camisa desabotonado. El perfil de sus hombros le resultaba muy familiar. Lavinia no podía ver su rostro porque lo tenía inclinado, en actitud íntima, hacia la mujer de cabello largo y negro que le rodeaba el cuello con los brazos.

-Lo siento. -Lavinia se sintió avergonzada, apartó la mirada con rapidez y regresó al

corredor-. Me he equivocado de habitación. Lamento mucho haberlos molestado.

-¿Lavinia? -dijo Tobias.

No era extraño que aquellas espaldas le hubieran resultado familiares. Lavinia se volvió con la expresión de azoramiento.

-¿Tobias?

-Mierda. -Él se zafó del abrazo de la mujer con un movimiento rápido-. Entra y cierra la puerta. Quiero presentarte a alguien.

-¡Cielos! -La mujer se separó de Tobias y examinó a Lavinia con frialdad y diversión-. Creo que hemos escandalizado a la pobre Minerva.

Lavinia se sintió como si acabara de ser víctima de un hechizo de magia negra. Entró en la habitación y cerró la puerta muy despacio.

Tobias, con aspecto serio y amenazador, se acercó a una mesita redonda y escogió una licorera de cristal tallado.

-Lavinia, permíteme que te presente a la señora Gray. -Se sirvió un poco de brandy-. Ha venido a verme en relación con un asunto profesional. Aspasia, ésta es mi..., mi socia, la señora Lake.

Lavinia reconoció el tono de voz, frío e inexpresivo, de Tobias. Algo iba muy mal en aquella habitación. Volvió los ojos hacia Aspasia.

-Supongo que usted es una de las dientas de Tobias, señora Gray.

-Creo que lo soy desde hace escasos momentos. -A continuación, miró a Tobias con una expresión inescrutable-. Pero, por favor, llámeme Aspasia.

Lavinia se dio cuenta de que aquella mujer estaba muy segura de sí misma y de su lugar en la vida de Tobias. Ambos habían tenido antaño algún tipo de relación, pensó Lavinia. Había entre ellos un lazo de unión que la excluía.

-Comprendo. -Un escalofrío recorrió su espalda. Se volvió en dirección a Tobias mientras se esforzaba para que no le temblara la voz-. ¿Necesitarás mi ayuda en este caso?

-No -respondió Tobias mientras bebía un trago de brandy-. Me encargaré de este asunto yo solo.

Aquellas palabras la hundieron como ninguna otra cosa podría haberlo hecho. Quizás había dado por supuestas demasiadas cosas, pensó Lavinia. Tras la resolución, con éxito, del caso del hipnotizador loco, unas semanas antes, ella se había considerado la socia a tiempo completo de Tobías. Sin embargo, la realidad era distinta y haría bien en no olvidarlo, se dijo.

La verdad era que sus acuerdos laborales reflejaban, en cierta manera, su relación personal. A veces trabajaban juntos, del mismo modo que, a veces, hacían el amor juntos. Sin embargo, ambos habían mantenido sus carreras profesionales separadas de! mismo modo que vivían en casas distintas.

De todas formas, Tobias no había dudado en implicarse en sus dos últimos casos, así que, descubrir que no aceptaba su ayuda en esta ocasión y constituyó para Lavinia una sorpresa muy dolorosa.

-Muy bien. -Lavinia recuperó el autocontrol, esbozó una sonrisa que esperaba que pareciera amable y formal y abrió la puerta-. En ese caso deseo buenas noches y os dejo para que continuéis con vuestros asuntos privados.

Tobias apretó los dientes en señal de advertencia, una expresión que Lavinia ya conocía. Tobias no estaba de buen humor. «Me alegro», pensó. De hecho, su propio estado de ánimo tampoco podía definirse como alegre.

Tobias apretó con fuerza el cuello de la licorera. Por un instante, Lavinia creyó que iba a cambiar de opinión y pedirle que se quedara. Pero, al final, no hizo ningún gesto para evitar que ella se marchara. La rabia sustituyó el dolor que le habían provocado sus

palabras. ¿Qué le pasaba a Tobias? A Lavinia le parecía evidente que necesitaba su ayuda en aquel caso.

-Vendré a verte más tarde -dijo Tobias con énfasis-. En cuanto Aspasia y yo hayamos terminado nuestra entrevista.

Prácticamente le estaba ordenando que regresara a su habitación y esperara allí hasta que a él le resultara conveniente. La rabia creció en el interior de Lavinia. ¿De verdad creía que le abriría la puerta después de haberla echado de aquella forma tan categórica?

-No te molestes en venir. -Lavinia se alegró de que su sonrisa no flaqueara-. Es tarde y después del tedioso viaje y las actividades de esta tarde en el castillo estoy segura de que estarás exhausto cuando termines la conversación con la señora Gray. Nunca permitiría que realizaras el esfuerzo de subir el largísimo tramo de escaleras que hay hasta mi habitación. Nos veremos en el desayuno.

La cólera se reflejó en la mirada, turbia y helada, de Tobias.

Satisfecha de haberlo trastornado, Lavinia salió al pasillo y cerró la puerta con mucha más fuerza de lo necesario. A mitad de camino de su habitación, decidió que Aspasia Gray no le gustaba.

3

El hombre volvió a tambalearse en uno de aquellos escalones empinados y estrechos y, con toda seguridad, habría caído escaleras abajo si la sirvienta no lo hubiera sujetado del brazo con firmeza. Aquel resbalón hizo que un cosquilleo de terror recorriera su espalda. Las escaleras eran angostas y la caída hasta el pie de las mismas habría sido muy larga.

-No pierda el equilibrio, milord -dijo la sirvienta con resolución-. No queremos que tenga un accidente antes de llegar arriba, ¿no es cierto? Venga, continuemos.

-¿Qué esperabas? Estas malditas escaleras están completamente a oscuras. Tendríamos que haber subido por la escalera principal. -Quizá debería haber rechazado las dos últimas copas de brandy que ella le había hecho tomar antes de salir de su habitación. La cabeza le daba vueltas y empezaba a dolerle el estómago.

Ya se lo he dicho, señor. Al amo no le gusta que la servidumbre se relacione con los invitados en los dormitorios.

-Beaumont siempre ha sido un poco remilgado en estos asuntos.

Aquella muchacha era muy fuerte, pensó el hombre. Más fuerte de lo que parecía. Era capaz de sostener un candelabro con una mano y sujetarlo a el por el codo con la otra.

En cualquier caso, las buenas criadas tenían que ser robustas, decidió. No sólo debían transportar pesadas bandejas de desayuno, orinales llenos y enormes pilas de sábanas todo el día, sino que, además, tenían que hacerlo subiendo y bajando empinados y largos tramos de escaleras como aquel en el que se encontraban. Y, además, debían barrer, fregar y lavar. Las criadas tenían que ser corpulentas. Y a él le gustaba que fueran así. Ésta era la razón de que prefiriera hacer el amor con una muchacha que trabajara duramente en el servicio de una casa que con una prostituta profesional. Estas últimas solían ser débiles y apáticas debido al exceso de ginebra y a la savia de la adormidera.

Se dijo que, una vez en la meta, la larga escalada habría valido la pena. A continuación subió unos peldaños más con pesadez, pero también con obstinación.

-¿Cuánto falta? -murmuró. El corazón le latía con tanta fuerza que se preguntó si ella lo oiría.

-Casi hemos llegado.

El peldaño que tenía delante pareció bambolearse a la oscilante luz de la vela. El hombre tuvo que esforzarse para poner el pie en él y, aun así, estuvo a punto de no conseguirlo.

La sirvienta lo sujetó del brazo con más fuerza y le animó a subir.

-Venga, suba.

Cuando llegó a la cima de las angostas escaleras, le costaba respirar. La sirvienta se detuvo delante de una puerta. Él se sintió agradecido por la pausa, porque ya no podía controlar su irregular respiración. Además, sudaba profusamente. «Debí haber dejado la chaqueta y el fular en el dormitorio -pensó-. En fin, pronto me los quitaré.»

-¿Se encuentra bien, señor? Parece que tiene un poco de fiebre. Quizás ha bebido demasiado esta noche, ¿no cree? Espero que aguante hasta darse un buen revolcón conmigo antes de caer dormido. Me fastidiaría haber subido hasta aquí para nada.

Algo había cambiado en ella, se dijo el hombre. El tono de su voz ya no encajaba con su condición social, sino que era más culto y refinado. Ya no hablaba como una sirvienta.

Quiso hacerle una pregunta, pero tenía la lengua hinchada y no le obedecía. Además, cada vez se sentía más mareado.

Por alguna razón, al ver el cielo nocturno se estremeció de terror.

-No se preocupe, milord, el brandy produce este efecto cuando se le añaden uno o dos chorritos de láudano.

-¿Qué dices del láudano?

-No importa. Sé con exactitud lo que usted necesita para recuperar los sentidos. -La sirvienta abrió la puerta-. Un poco de aire fresco.

-N-no... -Él sacudió la cabeza cuando ella lo empujó a través del umbral-. No me siento bien. Creo que será mejor que regrese a mis habitaciones.

-Tonterías, milord. Lo que usted necesita es ejercicio. Según tengo tendido está comprometido con una dama y se casarán dentro de unos meses Ella es joven y saludable y esperará que su esposo esté sano y en buena forma la noche de bodas.

Él la miró con los ojos nublados.

-¿Cómo..., cómo sabes que estoy comprometido?

-Los rumores se propagan, milord.

El agradable aire nocturno no le aclaró la mente. La luna llena empezó a moverse en círculos por encima de su cabeza. Cerró los ojos, pero eso sólo empeoró la sensación de mareo.

-Ya casi ha llegado el momento de su pequeño accidente, milord -dijo la sirvienta en tono jovial.

El hombre sintió un ataque repentino de pánico y consiguió abrir un poco los ojos.

-¿Mi... mi... qué?

-Puede estar seguro de que no se trata de nada personal. Es sólo una cuestión de negocios.

4

Si tenía en cuenta los distintos tipos de despedidas posibles, la que acababa de utilizar para desearle las buenas noches a Tobias no había sido especialmente inteligente ni original, pensó Lavinia. Aunque había expresado lo que sentía, cuando al cabo de un momento llegó a su dormitorio ya se había arrepentido de lo dicho.

La planta donde se encontraba su dormitorio estaba reservada para los invitados de menos categoría, como ella, y también para toda una serie de acompañantes, ayudas de cámara y doncellas. Una invitada muy distinguida, lady Oakes, había llevado consigo a su peluquero personal; le habían adjudicado una habitación a mitad del pasillo.

Lavinia se sentó en la pequeña cama y encendió la vela de la mesita de noche. La luz se reflejó en el espejo resquebrajado de la pared y extendió su débil resplandor por los escasos muebles.

Lavinia estaba casi segura de que, antes que ella, había ocupado la habitación una sirvienta o un pariente muy lejano. La estrecha cama llenaba a mayor parte del espacio disponible. Un pequeño armario se apoyaba contra una de las paredes, y la palangana y la jarra para lavarse estaban desportilladas.

Lavinia se acercó a la ventana y la abrió. El aire era fresco para estar a finales de junio, pero no frío. Pasaría bien la noche sin el fuego de una
chimenea. La luz de la luna iluminaba los jardines de abajo. El profundo silencio del campo marcaba un rotundo contraste con el ruido del tráfico y el barullo de las conversaciones nocturnas de las calles de Londres. Le costaría dormir en medio de aquel silencio abrumador.

Lavinia apoyó los antebrazos en la repisa de la ventana y reflexionó mientras contemplaba el tranquilo panorama. Sin duda no había manejado bien las cosas en los aposentos de Tobías. ¿En qué diablos estaría pensando cuando, prácticamente, le dijo que no acudiera a su dormitorio aquella noche? Ella tenía todo el derecho del mundo a perder los estribos, pero el desafortunado resultado era que no sabría lo que había entre Tobias y aquella mujer hasta la hora del desayuno. Estaba convencida de que no podría soportar la curiosidad hasta entonces.

Lavinia tamborileo con los dedos sobre la repisa y reflexionó acerca del modo de actuar.

No había otro remedio. Tendría que volver a recorrer todo el camino

hasta las habitaciones de Tobias. Él le debía algunas respuestas y ella sabía

que no podría conciliar el sueño si no las obtenía aquella misma noche.

Además, no le resultaba del todo indiferente que Tobias pasara mucho tiempo a solas con Aspasia Gray.

Lavinia intentó decidir cuánto tiempo convenía que aguardase antes de regresar a la habitación de Tobias. ¿Veinte minutos? Esperaba no encontrarse de nuevo con las personas que había conseguido evitar la primera vez.

¡Vaya con las agradables diversiones de las fiestas privadas! Desde el primer momento, Lavinia dudó sobre la conveniencia de asistir o no a aquel evento, pero Joan Dove le aseguró que se divertiría muchísimo. «En efecto, algunos de los juegos y conversaciones son muy aburridos y, además, conocerás a varias personas realmente odiosas, pero, créeme, todo esto valdrá la pena. Lo bueno de una fiesta privada fuera de la ciudad, Lavinia, es que a nadie le importa lo que hagas o adonde te dirijas cuando se hayan apagado las luces.»

Era evidente que Joan no había contado con La existencia de una complicación como Aspasia Gray.

Un pensamiento repentino hizo que una sombra de temor recorriera la espina dorsal de Lavinia. ¿Qué haría si descubría que aquella mujer todavía estaba en la habitación de Tobias cuando regresara?

Ella no era celosa, se dijo, sólo estaba preocupada. Tobias estaba de muy buen humor a primera hora de la tarde. Fuera lo que fuese lo que había ocurrido entre él y su nueva dienta era muy serio y lo había sumergido en aquel humor frío como el hielo que ella sabía que no auguraba nada bueno. Lo que preocupaba a Lavinia no era que él tuviera un aspecto peligroso. Después de todo, no constituía una amenaza para ella, sino para aquellos cuyas intenciones eran malévolas. Lo que le preocupaba era que, en aquel estado de ánimo, se exponía a riesgos.

Un ligero golpe la sacó de sus cavilaciones. Se volvió, cruzó con rapidez la habitación y abrió la puerta con decisión.

Tobias estaba en las sombras del pasillo escasamente iluminado y parecía todavía más peligroso que antes. Ni siquiera se había puesto la chaqueta y el fular, y tampoco se había abrochado el cuello de la camisa. Se le veía parte del vello oscuro y rizado que cubría su amplio pecho.

-Vaya, menuda sorpresa -dijo Lavinia.

Él miró a lo largo del pasillo como para asegurarse de que no había nadie a la vista y entró en la pequeña habitación.

-Hazme un favor -susurró mientras cerraba la puerta a sus espaldas-. En el futuro, si vuelvo a sugerirte que aceptemos una invitación a una fiesta fuera de la ciudad, haz que me quede bajo la lluvia hasta que se me pasen las ganas.

-Resulta extraño que me digas esto, porque yo pensaba lo mismo. -Lavinia regresó junto a la ventana-. ¿Quién es ella, Tobias?

-Ya te lo he dicho -respondió él en voz baja--. Se llama Aspasia Gray y es una antigua conocida.

-¿Puedo deducir que hubo un tiempo en que estuvisteis muy unidos?

-He dicho una conocida, no una amante. -Tobias se puso detrás de Lavinia-. ¡Maldita sea! Espero que no creas que el que tuviera los brazos alrededor de mi cuello cuando entraste en la habitación posee un significado especial.

-Bueno, de hecho...

Puedo explicar aquella desafortunada escena. Aspasia sólo me agradecía que hubiera aceptado realizar ciertas indagaciones en su nombre. No quise mostrarme desagradable e impedir que lo hiciera.

-Ya veo...

-¡Maldita sea, Lavinia! Me pilló por sorpresa. Oí que abrías la puerta y, al segundo siguiente, noté sus brazos alrededor del cuello.

-Mmm...

-¿Qué significa esto? -Tobias la agarró por el hombro e hizo que se volviera con suavidad para poder mirarla a la cara-. Supongo que no creerás, ni por un instante, que estaba abrazando en serio a Aspasia. Te quiero, lo sabes, y creía que estábamos de acuerdo en confiar el uno en el otro.

Parte de la tensión que Lavinia sentía se disipó. A continuación, puso una mano en el rostro de Tobias.

-Lo sé. Yo también te quiero y confío en ti.

Él exhaló un profundo suspiro.

-Gracias a Dios. Por un momento me he sentido inquieto.

Lavinia enarcó las cejas.

-De todos modos, no conozco a la señora Gray y no tengo ninguna razón para confiar en ella.

Él encogió los hombros.

-No tienes que preocuparte por Aspasia.

-Sí, bueno, pero la verdad es que estoy preocupada. Además, el hecho de que confíe en ti no significa que me guste verte en mangas de camisa mientras otra mujer te abraza.

Tobias esbozó una sonrisa.

-Te has expresado con claridad, querida.

-Espero que esto no se convierta en una práctica regular. ¿Queda claro?

Él levantó una mano y siguió el contorno de la imagen de Minerva que decoraba el colgante de plata que Lavinia llevaba en el escote.

-Tus brazos son los únicos que quiero alrededor de mi cuello.

Sin más aviso que el reflejo de la luz de la vela en sus ojos, él la besó. El deseo ardiente e intenso de Tobias la hizo estremecerse, pero también la obligó a preguntarse, una vez más, acerca del contenido de su conversación con la nueva dienta.

Lavinia había percibido aquel deseo abrasador en Tobias varias veces en el pasado, y lo reconoció. Sus pasiones oscuras procedían de un pozo profundo de su interior. La mayor parte del tiempo mantenía el camino a aquel lugar cerrado y seguro, pero esa noche estaba abierto y Lavinia sospechaba que era a causa de Aspasia Gray.

-Tobias.

Él la apretó contra su cuerpo mientras le rodeaba el cuello con un brazo y colocaba el otro alrededor de su cintura.

-Cuando me dijiste que no viniera aquí esta noche sentí como si hubieras clavado esa espada que llevas directamente en mi corazón.

-No lo dije en serio -susurró ella-. En realidad, estaba dejando pasar el tiempo para regresar a tu habitación.

-Tenías toda la razón del mundo para estar enojada. -Él la besó en la boca, en la mejilla y, después, en el cuello-. Pero te prometo que no tenías por qué sentirte así.

-Ella lo hizo a propósito, ¿no es cierto? Oyó cómo se abría la puerta y deslizó sus brazos alrededor de tu cuello para que yo lo viera.

-No. Estoy convencido de que sólo lo hizo para demostrarme su gratitud. En aquel momento yo acababa de acceder a realizar ciertas pesquisas para ella y tú abriste la puerta en el momento equivocado.

-¡Tonterías!

-¡Maldita sea! Olvida ese estúpido abrazo. Aspasia no me importa.
-Él la levantó en vilo y cruzó la pequeña habitación-. Tú eres la única que me interesa y éste es el único abrazo que tiene importancia para mí.

-Tobías, la cama...

-Te llevo a ella tan deprisa como puedo.

-Pero es demasiado estrecha para los dos.

-Tú y yo somos, sobre todo, personas de recursos. Cuando la ocasión lo ha requerido, incluso lo hemos hecho en el asiento de un carruaje. Estoy convencido de que podremos arreglárnoslas con una cama pequeña.

La dejó con cuidado sobre el catre y se colocó encima de ella. Lavinia sintió cómo su cuerpo se hundía en los edredones de la cama. La falda de su nuevo y caro vestido, comprado especialmente para aquella ocasión, se estaba arrugando, pero en aquel momento no le importó lo más mínimo.

Tobias le bajó el corpiño del vestido y la besó hasta que la piel le ardió. Ella sostuvo su rostro entre las manos y respondió con una pasión que nunca dejaba de sorprenderla. Antes de conocer a Tobias ni siquiera imaginó que fuera capaz de sentir con tanta intensidad. Incluso en los momentos como aquél, cuando él se dejaba arrastrar por sus pasiones más recónditas, ella le respondía. No, en realidad era más que eso, pensó Lavinia, ella necesitaba responder a los impulsos de Tobias sobre todo en aquellos momentos.

En aquellas raras ocasiones en las que le abría la puerta del pozo profundo y oscuro de su interior, Lavinia percibía un aspecto de su verdadera naturaleza que él ocultaba a todos los demás. En aquellos momentos ella reconocía la fuerza elemental y poderosa del interior de Tobias porque despertaba un aspecto opuesto, pero igual de poderoso, de su propio ser.

Durante las últimas semanas, Lavinia había empezado a aceptar que ella y Tobias estaban unidos desde un punto de vista metafísico que todavía no comprendía plenamente. Quizá nunca llegara a entender la naturaleza de la conexión que existía entre ambos, pero ahora sabía que no podía negarla.

Lavinia no se había atrevido a hablar de aquella cuestión con Tobias Sabía que no estaba interesado en la metafísica y que no querría hablar sobre ese tema.

Sin embargo, en determinados momentos, cuando hacían el amor y la abrazaba como si nunca fuera a dejarla, ni siquiera en el momento de la muerte, Lavinia se preguntaba si también él sentía el lazo que los unía. Tobias le levantó la falda con un movimiento rudo e impaciente de la mano y deslizó sus dedos entre los muslos de Lavinia. Ella sintió el deseo que lo invadía y el suyo creció hasta alcanzar la misma intensidad. A continuación, Lavinia le desabotonó la camisa hasta la cintura y colocó una mano sobre su pecho. El contacto con la piel de Tobias le produjo un intenso placer.

El deslizó suavemente su mano hasta alcanzar aquel punto del cuerpo de Lavinia que gozaba de una sensibilidad exquisita, lo acarició despacio y ella se oyó a sí misma pronunciar unas palabras sorprendentes, unas palabras que nunca habría utilizado entre

personas educadas y que, antes de conocer a Tobias, ni siquiera sabía que conocía.

El introdujo el dedo profundamente en su interior.

-Tobias. -Lavinia apretó y se movió contra la palma de su mano. Él bajó la otra para desabrocharse los pantalones.

Un grito estremecedor cortó el aire nocturno e hizo añicos aquel momento con la fuerza de un trueno. Lavinia se estremeció y abrió los ojos justo a tiempo de ver una sombra caer en picado frente a la ventana abierta.

-¿Qué demonios...? -Tobias se puso de pie justo en el momento en que el terrible grito se apagaba de forma repentina.

-¡Santo cielo! ¿Qué ha sido eso? -Lavinia se levantó de la cama-. ¿Algún pájaro nocturno? ¿Un murciélago enorme?

Tobias llegó a la ventana en dos zancadas. Se agarró al antepecho y miró hacia abajo.

-¡Dios santo! -susurró.

Lavinia se acercó a él a toda prisa.

-¿Qué ha ocurrido?

En algún lugar, no muy lejos, otro grito atravesó la noche. En esta ocasión se trataba de una mujer. Lavinia se apoyó en el alféizar de la ventan y miró hacia la izquierda en busca del origen del segundo grito.

Entonces vio a la ocupante del dormitorio contiguo, de pie en el bacón de piedra, envuelta en una bata *y* cubierta con un gorro de dormir. La mujer miraba, paralizada, en dirección al jardín.

Lavinia se apoyó con mayor firmeza y miró hacia abajo. Al ver una figura vestida de etiqueta doblada sobre el césped como una marioneta una sensación de horror le heló la sangre. La sombra que había pasado frente a la ventana unos segundos antes había sido la de un hombre.

-Ha debido de caer desde el tejado -susurró Lavinia.

-Me pregunto qué estaría haciendo allí -dijo Tobias-. Desde luego, no se trata de un miembro del servicio.

Lavinia volvió a mirar hacia abajo y vio que la calva de aquel hombre brillaba a la luz de la luna.

-De eso no cabe duda.

Otras ventanas se abrieron de golpe, y Lavinia oyó una serie de exclamaciones de horror. En el jardín, un lacayo apareció con un farol en la mano y se acercó poco a poco al difunto.

-Bajaré para ver si puedo hacer algo. -Tobias se volvió de espaldas a la ventana-. Espérame aquí.

-Ni hablar. Voy contigo.

-No es necesario -replicó él con amabilidad-. Será muy desagradable.

Lavinia tragó saliva.

-No estaré segura hasta que lo vea de cerca, pero es posible que haya una razón para que te acompañe.

Tobias se detuvo junto a la puerta y la miró con ceño.

-¿A qué te refieres?

Es posible que yo sea una de las últimas personas que lo vio con vida. Lavinia se ajustó el corpiño del vestido y se sujetó las horquillas del pelo-. Aparte de la sirvienta, claro.

-¿De qué estás hablando? -Tobias abrió la puerta y salió al pasillo-. ¿Conocías a ese hombre?

-No exactamente. -Lavinia salió también y cerró la puerta de la habitación- No hemos sido presentados, pero creo que lo vi hace poco, cuando iba a tu habitación. Para

ser más precisa, me escondí bajo las escaleras cuando él pasó junto a ellas con una de las criadas.

-Aquella explicación despertó la curiosidad de Tobias.

-¿Estaba con una de las criadas?

-Así es. Tengo la impresión de que se dirigían al tejado para realizar algo de ejercicio, según dijo el caballero. La sirvienta parecía muy animada con la idea. Sin duda él le prometió dinero a cambio del ejercicio -Lavinia se interrumpió-. Me pregunto si lady Beaumont sabe que este tipo de cosas ocurren en su castillo.

-Tengo la impresión de que ocurren muchas cosas de este tipo en este lugar.

Los dos empezaron a bajar las escaleras. Lavinia oyó que se abrían varias puertas a su espalda. Los invitados, desconcertados y curiosos, salían de sus habitaciones y se preguntaban, unos a otros, qué había ocurrido.

-¿Cómo habrá caído del tejado? -dijo Tobias.

-Sin duda se ha tratado de un accidente. Estaba bastante bebido cuando lo vi.

En el piso de abajo se abrieron más puertas y varias personas, unas a medio vestir y otras a medio desvestir, salieron al pasillo. Algunas se unieron a Tobias y a Lavinia en la escalera. Sin embargo, la mayoría se quedó en el pasillo especulando sobre los hechos.

Cuando llegaron a la planta baja, Lavinia y los demás se acercaron a los jardines con Tobias a la cabeza. En el exterior, había reunido un grupito en torno al cadáver.

Lord Beaumont, un hombre de poca estatura, rollizo y calvo, salió de forma precipitada por una puerta lateral. Iba a medio vestir. Llevaba puestos los pantalones, unas zapatillas y una bata de seda. Se detuvo de repente cuando vio a Tobias y se le acercó.

-March. Le agradezco que haya bajado. Vale me dijo que es usted excelente en las crisis. -Beaumont vio, tarde, a Lavinia, e inclinó la cabeza-. Señora Lake. No es preciso que pase por esta experiencia. Por favor, regrese al interior del castillo.

Lavinia empezó a explicar por qué había bajado, pero Tobias la interrumpió.

-¿De quién se trata? -preguntó de forma pausada.

Beaumont miró, con inquietud, a las personas que rodeaban el cadáver.

-El lacayo que ha venido a buscarme me ha dicho que es lord Fullerton.

-¿Ha mandado buscar al médico?

-¿Al médico? No -respondió Beaumont-. Todo ha ocurrido muy deprisa. Ni siquiera había pensado en... -Se calló e hizo un esfuerzo visible para recuperar el dominio de sí-. Sí, desde luego. El médico. El sabrá lo que se tiene que hacer con el cuerpo. Como es lógico no podemos dejarlo en el jardín. Sí, sí, lo haré llamar de inmediato. Excelente idea, March.

Beaumont se sintió muy aliviado de tener un objetivo concreto. Se dio la vuelta e hizo señas frenéticas a uno de los sirvientes.

-Quiero mirarlo de cerca -dijo Tobias a Lavinia en voz baja-. ¿Estás segura de que tú también quieres acercarte?

-Sí.

Los dos se aproximaron al lugar donde Fullerton yacía sobre la hierba húmeda. Lavinia no se sorprendió cuando las personas reunidas alrededor del cadáver se apartaron para dejar pasar a Tobías. Con frecuencia producía este efecto en los demás.

Un hombre delgado estaba de rodillas junto a Fullerton. Tenía las manos unidas y se balanceaba de atrás hacia delante, sollozando.

-¡Qué desgracia! -susurró-. ¡Qué desgracia! ¿Qué voy a hacer?

Tobias miró a Lavinia.

-¿Te encuentras bien?

-Sí.

No era la primera vez que presenciaba una muerte violenta, pero nunca se acostumbraría a aquella visión. En el caso de lord Fullerton no había sangre, pero su cuello estaba torcido formando un ángulo antinatural que hizo que a Lavinia se le revolviera el estómago. Durante unos segundos horribles, Lavinia tuvo miedo de desmayarse.

Se concentró en los detalles y reconoció enseguida la calva, la chaqueta de color morado y el fular anudado de una forma muy sofisticada. Sin duda se trataba del mismo hombre que había visto en el pasillo con la criada rubia hacía poco.

-¿Y bien? -le preguntó Tobias con suavidad.

En efecto. Se trata del mismo hombre que he visto antes -respondió Lavinia.

El hombre delgado seguía balanceándose y lamentándose. -Es una desgracia. ¿Qué voy a hacer?

-Resulta extraño-dijo Tobias mientras examinaba el cadáver-.Va fieramente vestido.

-¿Perdona?

-Dijiste que él y una de las criadas se dirigían al tejado para una cita amorosa, pero él no se ha desvestido. Lleva la camisa y los pantalones abrochados y el fular anudado.

-Comprendo. -Lavinia reflexionó acerca de lo que él acababa de decir-. Quizá no tuvieron tiempo de realizar sus planes antes de la caída.

Tobias sacudió la cabeza con frialdad y convencimiento.

-Ha estado allí arriba bastante tiempo; el suficiente para desabrocharse los pantalones.

Ella levantó rápidamente la vista.

-¿Estás sugiriendo lo que creo que estás sugiriendo?

-Todavía no estoy seguro. -Tobias miró al hombre arrodillado y preguntó-: ¿Quién es usted?

-Burns, señor -respondió el hombre con expresión de aturdimiento-. Soy su ayuda de cámara. O sea, lo era. Se trataba de un puesto excelente. Acabábamos de encargar varios abrigos y batas nuevos. Lord Fullerton iba a casarse, ¿comprende? Quería ir a la última moda para complacer a su prometida. Me pregunto qué será de toda esa hermosa ropa.

-Empaquétela y envíesela a su familia -dijo Lavinia.

-Oh, no, señora. No haré nada semejante. -Burns se puso de pie y retrocedió un paso-. Ahora nadie me paga. Debo buscar un nuevo empleo.

-¿Cuándo vio a lord Fullerton por última vez? -preguntó Tobias.

-Esta noche, cuando se dirigía al baile de disfraces. Tenía un aspecto inmejorable. Yo me he ocupado de que asi fuera. Estaba encantado con el nudo de su fular. Yo me lo inventé, e incluso le di un nombre.

-¿Lo ha visto más tarde? -insistió Tobias.

-No. Me ha dado instrucciones de que no lo esperara levantado.

-¿Esto era habitual?

-Sí, señor. A su señoría le gustaba hacer algo de ejercicio con alguna muchacha antes de acostarse y no quería que yo estuviera por en medio.

Tobias apretó el brazo de Lavinia y la alejó de aquel lugar.

-Ven conmigo.

-¿Adonde vamos? -preguntó ella.

-Quiero echar una ojeada al dormitorio de Fullerton.

-¿Por qué? ¿Qué esperas encontrar?

-No tengo ni idea.

Tobias interceptó al mayordomo, que estaba a medio vestir, y le preguntó cuál era la habitación de lord Fullerton. El mayordomo se lo indicó. Lord Beaumont, todavía muy

inquieto, se les acercó a paso rápido-

-¿Qué sucede, March? -preguntó lord Beaumont-. ¿Ha habido algo nuevo?

-No, señor-respondió Tobías-. Sólo quiero echar una ojeada a los aposentos de lord Fullerton. Quizá sería mejor que usted nos acompañara.

Sus palabras constituían una orden velada, pero a Beaumont no pareció importarle que se la diera un hombre de una clase social inferior a la suya.

-Sí, desde luego -respondió. A continuación, se volvió con rapidez

y los guió de regreso a la casa.

Cuando Tobías hablaba con una voz segura, grave y profunda, todo el mundo solía obedecerle sin titubear, pensó Lavinia. Tobías tenía la asombrosa capacidad de asumir el mando cuando los demás daban palos de ciego. Lavinia sospechaba que aquella sutil habilidad de Tobías era más compleja de lo que él creía o reconocería nunca.

Durante la última investigación que habían realizado juntos, un incidente convenció a Lavinia de que Tobías tenía dotes espontáneas de hipnotizador. Estaba segura de que el origen de sus habilidades procedía del pozo profundo de su interior. Y también estaba convencida de que él nunca reconocería sus capacidades, ni siquiera ante sí mismo. Por causas que ella no alcanzaba a comprender, Tobías había decidido esconder aquella parte de su naturaleza tras varias capas de una lógica pertinaz y una voluntad de hierro. Hasta que la conoció, Tobías consideraba que los hipnotizadores eran unos estafadores y unos charlatanes que se aprovechaban de los débiles y los crédulos.

Cuando Tobias descubrió que ella había aprendido hipnotismo, su primera reacción fue desvalorizar sus habilidades. Más tarde, Lavinia notó que él aceptaba su talento hipnótico a regañadientes, aunque prefería ignorarlo tanto como le era posible.

Una vez en el interior del castillo, Lavinia y Tobias siguieron a su anfitrión escaleras arriba. Beaumont respiraba con dificultad y, cuando legaron a la primera planta, se detuvo para recuperar el aliento.

Un gran número de invitados se arremolinaba en aquel piso. Entre ellos había una mujer de cabello castaño y brillante recogido en un moño flojo.

Lavinia no la reconoció hasta que se volvió. Se trataba de Aspasia, que había quitado la peluca negra y la diadema en forma de cobra y había ni lado su vestido por una bata de seda verde adornada con intrincados bordados.

Aspasia vio a Tobias y se acercó a él.

-¿Qué ocurre? -preguntó en voz baja-. Dicen que Fullerton se ha caído del tejado y se ha roto el cuello.

-Eso parece -repuso Tobias.

Beaumont sacó un pañuelo y se enjugó la frente. A continuación, miró al grupo de invitados.

-Ha ocurrido un accidente terrible. En realidad, ha sido espantoso. Pero les aseguro que todo está bajo control. El médico está de camino. Pueden regresar a sus aposentos.

Aspasia frunció levemente el ceño y abrió los labios para formular una pregunta. Lavinia vio cómo Tobias le indicaba que se callara con un ligero movimiento de la cabeza.

Aspasia le hizo caso y cerró la boca.

-Discúlpanos -dijo Tobias-, pero tenemos prisa. Lord Beaumont nos acompaña a los aposentos de Fullerton.

Aspasia se sobresaltó y, a continuación, Lavinia percibió que sus ojos oscuros reflejaban comprensión.

-Tobias, ¿crees que...? -susurró Aspasia con una voz ronca.

-Hablaré contigo luego -respondió Tobias con amabilidad.

-Sí, lo comprendo. -Aspasia se apartó de ellos con un movimiento elegante y miró a

Lavinia pensativa.

El momento de entendimiento entre Tobias y Aspasia fue breve, recapacitó Lavinia mientras seguía a los dos hombres a lo largo del pasillo, pero no había duda de que había intimidad entre ellos. Aspasia ejercía cierto poder sobre Tobias y él, por su parte, asumía cierta responsabilidad hacia ella.

Si algo había aprendido de Tobias durante los últimos meses, pensó Lavinia, era que se tomaba sus responsabilidades con mucha seriedad.

Lavinia miró hacia atrás justo a tiempo de ver a Aspasia entrar en una habitación. Y aquella habitación le resultaba muy familiar.

Al menos un misterio quedaba resuelto aquella noche, pensó Lavinia. Ahora sabía por qué la habían cambiado con tanta rapidez a la pequeña habitación situada al final del pasillo del piso de arriba. El ama de llaves y el mayordomo se habían puesto de acuerdo para ceder su confortable habitación de aquella planta a Aspasia Gray.

Beaumont se detuvo delante de una puerta.

-Esta era la habitación de Fullerton -anunció. Tobias entró el primero. Encendió una vela e inspeccionó el lugar. A continuación se acercó a la ventana y descorrió las cortinas.

La luz de la luna inundó la habitación y se unió al débil resplandor de la vela.

Lavinia entró y miró a su alrededor. La habitación era tan grande como la de Tobias. La cama era amplia y estaba cubierta con mullidos edredones que habían sido doblados como preparación para la noche. Era evidente que nadie la había utilizado. Las sábanas y las almohadas estaban intactas, y por uno de los lados asomaba el mango de un calentador de cama.

-Él le preguntó por qué no podían utilizar su cama -susurró Lavinia a Tobias-. Además, señaló que ya se la habían calentado.

Tobias estaba ocupado abriendo y cerrando los cajones de la cómoda de un modo enérgico y metódico y ni siquiera levantó la vista.

-¿Qué más dijo?

-Le preguntó a la criada por qué tenían que subir al tejado.

Beaumont los miró desde la puerta con el ceño fruncido.

-¿Qué decís de una criada?

-Hace un rato, he visto a lord Fullerton en compañía de una criada alta y rubia. Sin duda alguna se dirigían al tejado para mantener relaciones íntimas.

-Imposible. -Los bigotes de Beaumont se erizaron de indignación-. En esta casa todo el mundo sabe que las relaciones íntimas entre el personal y los invitados están prohibidas de una forma terminante. Lady Beaumont no tolera esta clase de cosas.

Lavinia se detuvo delante de la mesita de noche y examinó el surtido de objetos dispuestos sobre la superficie de madera pulida.

-Esta criada parecía muy interesada en Fullerton. Fue ella quien sugirió que subieran al tejado en lugar de utilizar la habitación.

-Ordenaré al mayordomo que se ocupe de esta cuestión -aseguró Beaumont con una expresión decidida-. ¿Dice que era una mujer alta y rubia? No recuerdo a nadie del servicio que encaje con esta descripción. Es probable que se trate de una muchacha del pueblo que hayamos contratado para la ocasión. Con tantos invitados, se precisa más servicio del habitual.

-Comprendo.

No había nada extraño en el conjunto de objetos de la mesita de noche, pensó Lavinia. Sólo había un candelabro, unos lentes y un anillo.

Lavinia se acercó al armario y lo abrió. Tobias se puso detrás de ella con la vela y juntos examinaron las costosas prendas de vestir.

-Quiero hablar con la criada rubia -dijo Tobias mientras abría los cajones del armario y echaba una ojeada a los pañuelos y la ropa blanca cuidadosamente doblada-. ¿Puede decirle al mayordomo que la localice, señor?

-Si lo considera necesario... -Beaumont dio un paso atrás y, a continuación, titubeó-. ¿Qué es exactamente lo que le preocupa de esta situación, March?

-Me gustaría averiguar si Fullerton se hallaba aún con la criada cuando sufrió la caída mortal. -Tobias se dirigió hacia la mesita de noche y observó los objetos que había encima-. Quizá pueda describirnos lo que ocurrió con exactitud.

-Muy bien, hablaré con Drum. -Beaumont se dio la vuelta y desapareció por el pasillo, visiblemente aliviado de tener otro objetivo claro.

Lavinia abrió una maleta. Estaba vacía. Sin duda, cuanto había contenido colgaba ahora del armario. Lavinia la cerró y miró a Tobias, que se estaba arrodillando para mirar debajo de la cama.

Lavinia vio que tensaba la mandíbula cuando pasaba su peso a la pierna izquierda, pero hizo un esfuerzo para no preguntarle si le dolía. A Tobias no le gustaba que le preguntaran constantemente acerca de la herida sufrida en Italia unos meses atrás. La herida había cicatrizado hacía tiempo, pero Lavinia sabía que todavía le dolía de vez en cuando.

-¿Qué esperas encontrar ahí abajo? -preguntó ella.

-¿Cómo voy a saberlo? -Tobias terminó su examen de los tablones del suelo, se agarró a un pilar de la cama y tiró hacia arriba para ponerse en pie-. Creo que, aquí, hemos terminado. -A continuación se dio un masaje en el muslo izquierdo con impaciencia-. Vayamos al tejado.

-¿A qué viene todo esto, Tobias? En realidad no crees que la muerte de lord Fullerton se debiera a un accidente, ¿no es así?

Durante unos segundos pareció que él intentaba evitar la respuesta. A continuación, se encogió de hombros.

-Creo que lo han asesinado.

-Temía que ya hubieras llegado a esta conclusión. Pero ¿qué te hace pensar que se trata de un asesinato?

-Es una larga historia. -Tobias cogió un pequeño candelabro con una vela y se encaminó hacia la puerta-. Una historia que ahora no tengo tiempo de contar.

Lavinia se dijo que la estaba dejando al margen otra vez. Sin embargo, no era el momento de discutir sobre aquella cuestión.

-Está bien, pero ten en cuenta que espero una explicación adecuada lo antes posible.

Lavinia se encontró hablando con las paredes, pues Tobias ya estaba fuera, en el pasillo, camino de las escaleras.

Lavinia se disponía a seguirlo cuando algo la impulsó a echar un vistazo a la habitación. Sus ojos se posaron en la mesita de noche. Un pálido rayo de luna iluminaba los objetos que había encima y a Lavinia le pareció que algo había cambiado.

Al cabo de un segundo advirtió la diferencia: el anillo había desaparecido.

Una sensación de incomodidad recorrió su espina dorsal. Tobias no era un ladrón. Era evidente que se había hecho con el anillo por una buena razón y que había preferido no confiársela ni a ella ni a Beaumont.

Su compañero actuaba de una forma muy extraña desde que había mantenido aquella conversación con Aspasia Gray.

-Decididamente, no me gusta esa mujer -dijo en voz alta hacia el interior de la habitación vacía.

5

En la planta de la servidumbre se desarrollaba la misma escena de confusión, curiosidad y temor que Lavinia había visto en las plantas inferiores. Los grupitos se arremolinaban en el pasillo, estrecho y de techo bajo, para hablar en voz baja.

Cuando Lavinia y Tobias aparecieron, las conversaciones se interrumpieron de forma repentina. Todos se volvieron para mirar a los intrusos que procedían de las plantas de los invitados.

Tobias se dirigió a la persona que tenía más cerca, una criada joven vestida con una bata y un camisón.

-¿Dónde están las escaleras que conducen al tejado? -le preguntó.

La muchacha jadeó y se quedó tan quieta como un conejo frente a un lobo. A continuación, miró a Tobias con la boca y los ojos muy abiertos y una expresión de miedo en el rostro. Realizó varios intentos para hablar, pero sólo consiguió balbucear unos sonidos ininteligibles.

-El tejado, muchacha -repitió Tobias en un tono levemente fatalista-. ¿Dónde está la maldita escalera?

Las compañeras de la muchacha se apartaron con rapidez y dejaron que se enfrentara sola a Tobias.

-Po..., po..., por favor, señor. -Se interrumpió cuando Tobias se acercó más a ella. Parecía que fuera a echarse a llorar.

Lavinia suspiró. Había llegado el momento de tomar las riendas.

-Ya es suficiente. -Se colocó entre Tobias y la criada, que temblaba de forma visible-. La estás aterrorizando. Permíteme manejar este asunto.

Tobias se detuvo, molesto al verse privado de su presa. Sin embargo, no apartó su fría mirada de la temblorosa muchacha.

-Muy bien -masculló-. Pero actúa con rapidez. No hay tiempo que perder.

Lavinia no culpó a la pobre chica por su reacción. Tobias intimidaba mucho en momentos como aquél. Su actitud le hizo recordar la primera vez que lo conoció.

Lavinia recordaba la ocasión con mucha claridad. Aquella noche fatídica, en Roma, Tobias entró en la pequeña tienda de antigüedades que ella y su sobrina regentaban y empezó a destrozar todas las estatuas que encontró. Al principio, Lavinia creyó que estaba loco, pero después percibió su fría e inteligente mirada y comprendió que sabía perfectamente lo que hacía. Sin embargo, aquello hizo que le resultara todavía más amenazador.

-Tranquilízate -dijo Lavinia a la criada. A continuación, tocó el colgante de plata que llevaba en el cuello y habló en el tono suave y dulce que utilizaba cuando quería inducir un ligero estado hipnótico en la persona que tenía delante-. Mírame. No tienes por qué tener miedo. Todo va bien. No tengas miedo. No hay nada que temer.

La muchacha parpadeó un par de veces y apartó su ansiosa mirada de la implacable expresión de Tobias. A continuación, miró el colgante de Lavinia.

-¿Cómo te llamas? -preguntó Lavinia con dulzura.

-Nell. Me llamo Nell, señora.

-Muy bien, Nell. Dime, ¿dónde están las escaleras que conducen al tejado?

-Al final del pasillo, señora. Pero Drum nos ha dicho que no subamos allí. Teme que

alguien pueda caer del tejado, porque la barandilla es muy baja.

-Comprendo. -Lavinia vio con el rabillo del ojo que Tobias se dirigía hacia las escaleras situadas al final del pasillo. Estaba a punto de seguirlo, pero se detuvo para formular una última pregunta a la muchacha-. ¿Conoces a todos los miembros del servicio, Nell?

-Sí, señora. Todos venimos del pueblo o de alguna de las granjas.

Ahora la muchacha hablaba con soltura. Ya no era necesario llamar su atención hacia el colgante, de modo que Lavinia dejó de manipularlo.

La muchacha parpadeo de nuevo y levanto la vista hacía los ojos de Lavinia.

-¿Conoces a una criada que es un poco más alta que tú y algo mayor? Tiene el cabello muy rubio y muchos tirabuzones. Esta noche llevaba puesta una cofia bastante grande adornada con una cinta azul. Parecía nueva y el ala era bastante más ancha que la de la tuya.

__Una cofia nueva con una cinta azul? -Nell se fijó en lo que, sin lugar a dudas, era el aspecto más importante de la descripción-. No, señor. Si una de nosotras tuviera la suerte de estrenar una cofia, todas lo sabríamos, puedo asegurárselo.

-¿Alguna de tus compañeras es alta y rubia?

-Bueno. Annie es alta, pero tiene el cabello oscuro. Betty es rubia, pero es más baja que yo. -Las facciones de la muchacha se contrajeron debido a la concentración-. No se me ocurre nadie que se parezca a la chica que usted ha descrito.

-Comprendo. Gracias, Nell. Has sido de gran ayuda.

-De nada, señora. -Nell realizó una ligera reverencia y lanzó una mirada incierta en dirección a Tobias, quien, en aquel momento, abría una puerta. A continuación, tragó con dificultad-. ¿El señor querrá formularme más preguntas?

-No te preocupes. Si quiere hablar contigo de nuevo, yo lo acompañaré.

Nell pareció aliviada.

-Gracias, señora.

Lavinia recorrió a paso ligero el pasillo, pero cuando llegó a la puerta de las escaleras Tobias ya había desaparecido. Como no disponía de ninguna vela, tuvo que subir a tientas el estrecho tramo de escaleras, pero la puerta de arriba estaba abierta. Salió al exterior, a la luz de la luna, y vio que Tobias miraba por encima del antepecho hacia los jardines. Lavinia se le acercó.

-¿Fullerton cayó desde aquí? -preguntó.

-Eso creo. Hay marcas en la tierra que cubre el antepecho. ¿Las ves?

Tobias levantó la vela para que iluminara el murete. Había varias marcas en el polvo, el hollín y la suciedad que cubrían la piedra. Parecían hechas por un hombre que intentaba evitar desesperadamente una caída que conduciría a la muerte. Un escalofrío recorrió la espalda de Lavinia.

-Sí -susurró-. Las veo.

-Por lo visto, la mujer lo atrajo hasta el tejado deliberadamente.
-Tobias paseó a lo largo del murete con parsimonia-. ¿Dices que Fullerton estaba bastante bebido? Entonces debía de costarle mantener el equilibrio y no hacía falta mucha fuerza para empujarlo por encima del antepecho. Sólo era cuestión de escoger el momento adecuado.

-Por alguna razón, todavía no me has explicado por qué estás convencido de que se trata de un asesinato -dijo Lavinia con calma-. Además, no he visto nada que indique que no se trata de un accidente.

-¿Qué has averiguado de la criada alta y rubia?

-A Nell no se le ocurrió nadie que encajara con mi descripción
-contestó Lavinia en tono vacilante.

Tobías se detuvo unos instantes y la miró. A la luz de la vela su rostro ofrecía, sin lugar a dudas, un aspecto siniestro. Lavinia comprendía la reacción de Nell. Si no se estaba familiarizado con Tobias cuando iba «de caza», el impulso era salir corriendo para salvar la vida, pensó ella.

-Quizá se trataba de una de las invitadas con el disfraz que llevó en la fiesta de esta noche -dijo él con lentitud.

Lavinia recordó la breve visión que tuvo de la mujer que acompañaba a Fullerton.

-No creo que se tratara de uno de los disfraces que vestiría un invitado de Beaumont. Era demasiado vulgar, demasiado realista, ¿comprendes lo que quiero decir? La tela no era de buena calidad y no creo que ninguna de las damas de la fiesta de esta noche vistiera una ropa así. El vestido estaba confeccionado con un tejido basto y vulgar, y los zapatos, las medias y el delantal se parecían mucho a los que llevan las criadas de Beaumont.

-Entonces no se trataba de un disfraz para una fiesta, sino de un verdadero disfraz -dijo Tobias con parsimonia.

-Tobias, creo que ha llegado el momento de que me expliques con precisión qué está ocurriendo.

Tobias permaneció unos instantes en silencio, después reanudó el paseo por el borde del tejado. Lavinia sabía que buscaba otros indicios de lo que había ocurrido allí poco tiempo antes y temió que intentara eludir su pregunta.

Sin embargo, cuando Tobias llegó al extremo opuesto del tejado, empezó a hablar.

-Ya te he contado que, durante la guerra, llevé a cabo varias pesquisas en nombre de la Corona y por mediación de mi amigo lord Crackenburne.

-Sí, sí, ya sé que eras un espía, pero te ruego que vayas al meollo de la cuestión.

-Pretiero evitar el termino «espía» cuando me refiero a mi antigua profesión -Se inclinó para mirar más de cerca algo que vio sobre la piedra- Esa palabra tiene connotaciones muy desagradables.

-Ya sé que esa profesión no se considera adecuada para un caballero. Sin embargo, no es necesario que nos andemos con rodeos cuando estamos solos, como ahora. Es indudable que eras un espía. Yo, por mi parte, me vi obligada a trabajar en el mundo del comercio para sobrevivir mientras estaba en Roma. Ninguno de los dos posee el tipo de pasado que desearía desvelar en los círculos de la alta sociedad. Pero esto ahora no importa. Continúa con tu relato.

Tobías se irguió y miró la noche.

-Maldita sea, Lavinia, ni siquiera sé por dónde empezar.

-¿Por qué no empiezas por contarme la razón de que te quedaras el anillo de la mesita de noche de Fullerton?

-Ah, ¿de modo que te has dado cuenta? -Tobías esbozó una sonrisa- Eres muy observadora. Estás realizando grandes progresos en esta profesión. En efecto, me quedé el anillo.

-¿Por qué? Yo sé que no eres un ladrón.

Tobias metió la mano en el bolsillo y sacó el anillo. Lo examinó unos instantes a la luz de la vela.

-Aunque tuviera el instinto de robar, nunca habría elegido esta joya en concreto. Si me la he quedado es porque estoy seguro de que la dejaron allí para que yo la encontrara.

Lavinia se estremeció. Se acercó a Tobias y miró el anillo que sostenía en la mano. A la temblorosa luz de la vela, vislumbró un cofre de oro en miniatura. Tobias levantó la tapa con la punta de un dedo. Una pequeña calavera fantasmagórica situada sobre dos huesos en cruz miró a Lavinia.

-Es un anillo mortuorio -dijo ella frunciendo el ceño-Antiguamente eran muy populares, aunque no comprendo por qué alguien querría recordar constantemente la inevitabilidad de la muerte.

-Hace tres años, una condesa de edad, una viuda rica y dos caballeros adinerados murieron en lo que parecía una serie de accidentes y suicidios. Una tarde me puse a hablar por casualidad con mi amigo Crackenburne sobre aquellos hechos. Durante la conversación se me ocurrió que, en todos los casos, alguien había obtenido unas ganancias sustanciosas a causa de los fallecimientos.

-¿Te refieres a las herencias?

-Así es. En los cuatro casos el resultado fue que unas fortunas cuantiosas, un par de fincas considerables y uno o dos títulos cambiaron de manos.

-¿Qué te sorprende de estos hechos? Estas cosas ocurren cuando las personas ricas y con títulos fallecen.

-Desde luego. Sin embargo, otros aspectos de aquellas muertes despertaron mi curiosidad. Los dos suicidios, por ejemplo, me parecieron muy improbables. Crackenburne, quien siempre está enterado de los asuntos de los miembros de la alta sociedad, no tenía noticia de que los dos hombres que se suicidaron padecieran de melancolía, estuvieran gravemente enfermos o hubieran sufrido pérdidas financieras recientes.

-¿Y qué hay de los accidentes?

-La condesa cayó a un lago. Por lo visto, la superficie helada se rompió cuando paseaba durante una fría tarde de invierno. La viuda rica cayó de noche por unas escaleras mientras estaba sola en su casa. Se rompió el cuello.

Se produjo un breve silencio. Lavinia miró, sin ganas, hacia el lugar donde, por lo visto, Fullerton había realizado un intento frenético por evitar la caída que le había causado la muerte.

Tobías siguió su mirada y asintió con la cabeza.

-Sin duda su muerte no fue muy distinta de la de Fullerton.

-Continúa.

Tobias reanudó su lento paseo.

-Crackenburne me sugirió que investigara las muertes. De una forma discreta, desde luego. Nadie había hablado de asesinato y ninguna de las familias implicadas habría deseado que se hiciera.

-¿Qué descubriste?

-Durante las pesquisas sobre la muerte de la viuda averigüé que su ama de llaves encontró una joya muy desagradable cerca del cadáver.

A Lavinia se le helaron las manos de miedo.

-¿Un anillo mortuorio?

-Así es. -Tobias cerró con fuerza la mano sobre el anillo-. El ama de llaves había servido a la viuda durante muchos años y estaba segura de que el anillo no formaba parte de las joyas de la difunta. Cuando investigué los dos suicidios, averigüé que, en la biblioteca de ambos hombres, se encontraron unos anillos similares. Sin embargo, los ayudas de cámara de aquellos hombres no reconocieron los anillos.

De repente, Lavinia percibió el aire frío de la noche.

-Empiezo a comprender que estés tan intrigado por la muerte *de* Fullerton.

-Quince días después de empezar mis indagaciones, hubo una quinta muerte. En apariencia, un lord de edad había tomado una sobredosis de láudano. Sin embargo, en esta ocasión, y gracias a los contactos de Crackenburne, me enteré del sospechoso suicidio casi de inmediato. Con la ayuda de mi amigo, pude entrar en la casa antes de que se llevaran el cadáver y examiné la habitación en la que había fallecido. En su

escritorio encontré un anillo igual a los otros, pero esto no fue todo lo que descubrí.

-¿Qué más averiguaste?

-En el alféizar de la ventana había un poco de lodo. Parecía que alguien había entrado por allí aquella noche. Quizá para manipular el láudano. En el jardín descubrí un pedacito de una tela de seda negra de buena calidad que se había enganchado en la rama de un árbol. Más tarde localicé la tienda donde la vendían y conseguí una descripción del hombre que la había comprado.

-Un trabajo brillante.

-Otras pistas salieron a la luz. -Tobias se interrumpió-. Pero no te aburriré con el resto de los detalles. Baste con decir que una cosa llevó a la otra y al final identifiqué al asesino. Sin embargo, él se dio cuenta de que lo estaba acorralando.

-¿Se marchó del país?

Tobias puso un pie sobre el murete de piedra y apoyó el codo en el muslo. Parecía sentirse perdido mientras miraba el oscuro horizonte.

-No -dijo por fin-. Se consideraba un caballero que me había retado a un duelo letal, si se le puede llamar así. Cuando se dio cuenta de que había perdido, se disparó un tiro en la sien.

-Comprendo.

En una caja de seguridad que guardaba en su estudio, encontré su colección de anillos mortuorios y un diario en el que detallaba los ingresos que percibió por los crímenes.

-¡Santo cielo! ¿Llevaba un diario de cuentas de los crímenes?

-Así es.

-¿Y qué hay de los anillos? ¿Por qué los dejaba en el lugar del crimen?

-En mi opinión, constituían su firma. Era una forma de acreditar su autoría.

Lavinia lo miró horrorizada.

-¿Quieres decir que firmaba sus espantosas acciones como un artista firma sus obras?

-En efecto. Se sentía orgulloso de sus habilidades. Como es lógico, no podía vanagloriarse de los asesinatos en el club, de modo que decidió dejar un anillo entre las pertenencias de las víctimas.

-Gracias a Dios te diste cuenta de lo que ocurría y pusiste fin a su carrera.

-Todo el asunto se silenció, evidentemente. Nunca se encontraron pruebas concretas de los asesinatos y ninguna de las familias deseaba ser objeto del escándalo que acarrearía una investigación. -La voz de Tobías se volvió áspera-. A menudo he pensado que, si hubiera prestado más atención y hubiera actuado con mayor rapidez, podría haber salvado algunas vidas.

-Tonterías. -Lavinia se puso delante de él-. No debes hablar así, Tobias. No permitiré que te culpes por no haber resuelto el caso de inmediato. Por lo visto, nadie se había dado cuenta de que se cometían aquellos asesinatos hasta que tú encajaste las piezas del rompecabezas. Es evidente que identificaste a un asesino muy inteligente que, sin duda, habría continuado asesinando de una forma indefinida si no lo hubieras detenido. Tobias apretó con fuerza el anillo, sin responder.

-¿El asesino mataba por puro placer? -preguntó ella-. ¿O tenía algún motivo inconcebible para cometer los asesinatos?

-Sin duda, lo hizo, en parte, por el dinero -explicó Tobias-. Cobraba unos honorarios por los asesinatos. Las transacciones estaban anotadas de una forma explícita en el diario. En él constaban las fechas de sus acciones y las sumas de dinero que percibió. Tuvo mucho cuidado en proteger a sus clientes. Sus nombres no figuraban en ningún lugar, Seguramente, como contrapartida, ellos no conocían la identidad del hombre a quien pagaron para cometer los asesinatos a sangre fría.

-Un asesino profesional a sueldo -susurró ella-. Vaya forma más espantosa de ganarse la vida. ¿Y dices que se trataba de un caballero?

-Sin duda alguna. Tenía unos modales excelentes, buen gusto y una gran dosis de encanto. Caía bien tanto a los hombres como a las mujeres. Le llovían las invitaciones. Pertenecía a dos o tres clubes. En pocas palabras, se movía con libertad en los círculos de la alta sociedad. -Tobias dirigió la vista a la pequeña calavera-. Ese era su terreno de caza, ¿comprendes?

-«Terreno de caza» es una expresión muy desafortunada.

-Encontraba a sus clientes y a sus víctimas en los ambientes distinguidos, y desdeñaba a los asaltadores de caminos, los ladrones y los asesinos vulgares. El no se consideraba un criminal común.

-En fin. Como hemos ido descubriendo, unos cuantos criminales proceden de los ambientes respetables. -Lavinia se interrumpió. Ahora más que nunca, le preocupaba la expresión de angustia de Tobias. Era evidente que los sucesos de aquel caso, ocurrido tres años antes, le habían afectado de una forma muy personal. La intuición de Lavinia se despertó-. Tobias, ¿conocías a aquel hombre antes de saber que asesinaba a otras personas por dinero? ¿Lo considerabas un amigo?

-Hubo un tiempo en que habría confiado mi vida a Zachary Elland.
De hecho, lo hice en varias ocasiones.

Aquella cruda admisión le proporcionó a Lavinia todo lo que necesitaba saber.

-Lo siento mucho. -Lavinia puso la mano sobre el hombro de Tobias-. Debió de ser terrible averiguar la verdad.

-Fue nuestra maldita amistad lo que me impidió ver la realidad durante tanto tiempo. -La mano que tenía apoyada en el muslo se crispó en un gesto de indignación hacia sí mismo-. El contaba con esa relación de amistad. La utilizó en el depravado juego que empleó conmigo. Incluso simuló que me ayudaba a investigar los asesinatos.

-No debes hablar como si hubieras fallado. De hecho, resolviste el caso.

El no le prestó atención y dejó que su mirada se perdiera más allá de los jardines, por encima de los bosques iluminados por la luz de la luna.

-Crackenburne nos presentó. Había estado observando a Zachary en las mesas de juego porque necesitábamos a alguien diestro con las cartas para una investigación concreta. También sabía que Elland tenía el temperamento adecuado para actuar como espía. A Zachary le gustaba asumir riesgos.

-Comprendo. -Lavinia no levantó la mano de su hombro en un intento de transmitirle ánimos sin palabras-. Todavía no entiendo por qué todo esto te afecta de una forma tan personal, Tobias.

-Lamento decir que quizá fui el responsable de que emprendiera el camino que lo llevó a ser un asesino a sueldo.

-Esto es indignante, Tobias. -Lavinia, trastornada, le apretó el hombro con fuerza-. No puedo creer que te sientas culpable de que tu amigo se convirtiera en un asesino. Es totalmente absurdo.

-Ojalá tuvieras razón. Pero la cuestión es que las primeras anotaciones de su diario estaban fechadas poco después de que él y yo empezaremos a trabajar juntos.

-¿Qué te hace pensar que tuviste algo que ver en que se convirtiera en un asesino?

-Yo era su mentor. Le enseñé la profesión de espía y le asigné las misiones. -Tobías suspiró-. Desde luego, tenía aptitudes para el trabajo.

-Continúa.

-Durante su segunda misión, ocurrió un incidente. Debí haberle prestado más atención en aquel momento.

-Cuéntame el incidente -le apremió Lavinia.

-Le encargué que siguiera a un hombre porque sospechábamos que estaba involucrado en una red de traidores. Según Zachary, aquel hombre lo vio y sacó una navaja con intención de matarlo. Zachary me dijo que se vio obligado a defenderse. Mató a aquel hombre y se deshizo del cuerpo en el río. En aquel momento no teníamos ninguna razón para dudar de su versión de los hechos.

-Continúa, te lo ruego.

-Zachary se desenvolvió bien en aquella investigación y deseaba llevar a cabo más misiones de aquel tipo -explicó Tobías-. Los amigos de Crackenburne, muy bien situados en las altas esferas del Gobierno, se mostraron muy satisfechos. La muerte del traidor no les preocupó en absoluto y me indicaron que encargara más misiones a Elland.

-¿Ocurrieron más muertes como aquélla?

-Que yo sepa, una. Una vez más, los amigos de Crackenburne estuvieron de acuerdo en que se trató de un caso claro de defensa propia y, como el difunto era, además, un asesino, nadie derramó ninguna lágrima. Es posible que se dieran dos incidentes más de aquel tipo. Nunca lo sabré con certeza. Zachary no reconoció su implicación y nadie estaba interesado en llevar a cabo una investigación.

-¿Porque las muertes resultaban convenientes para el Gobierno?

-No sólo por eso. Además, aquellas muertes tuvieron como resultado la adquisición de información militar y naval secreta de Francia. -Tobias titubeó-. Con frecuencia me he preguntado si Zachary empezó a disfrutar con los asesinatos cuando sirvió como espía.

-¿Qué ocurrió después que Napoleón fuera derrotado por primera vez?

-Zachary volvió a las mesas de juego. Parecía defenderse bien en aquel ambiente. Nuestros caminos se separaron. De vez en cuando nos encontrábamos en los clubes, pero solíamos vernos poco.

-¿Fue entonces cuando oíste por primera vez los rumores sobre las muertes misteriosas en los círculos de la alta sociedad?

-Sí, creo que sí. Pero debo admitir que la muerte ocasional de un lord de edad o de una viuda rica no despertaba mi curiosidad ni mi interés, ni 1 de los demás. Estaba ocupado con mi carrera como hombre de negocios educando a Anthony. Tenía poco tiempo para malgastarlo en especulaciones ociosas. Luego, Napoleón huyó de Elba y de nuevo estalló la guerra.

-Y Crackenburne te reclutó de nuevo para tu antigua profesión -continuó ella.

-Y también reclutó a Zachary. Sin embargo, esta vez Crackenburne no me encargó que pasara las instrucciones a Elland. Se podría decir que Elland y yo éramos colegas e intercambiábamos información, pero no trabajábamos juntos.

-¿Cuándo empezaste a sospechar de él?

-Fue durante los meses que siguieron a la victoria de Waterloo. Los accidentes y suicidios que te he mencionado se sucedieron en un lapso de tiempo muy corto. En aquella época, yo empezaba a establecerme en mi nueva profesión de detective privado. Como ya te he contado, empecé a percibir similitudes en las muertes.

-Y, al final, las pistas te llevaron a Zachary Elland -concluyó ella.

-Así es. Durante la investigación, mostré los anillos de las calaveras a Crackenburne. El recordaba unos antiguos rumores acerca de un asesino profesional que había utilizado la misma firma. Le llamaban el Portador de la Muerte. Se decía que quien lo conocía y averiguaba su verdadera identidad no vivía para contarlo. Por lo visto, Elland había oído aquella leyenda y decidió imitarla.

-Tobias, escúchame. La decisión de Elland de convertirse en un asesino profesional no tuvo nada que ver con el trabajo que realizó para ti.

-En la caja fuerte donde encontré los anillos y el diario había una nota. Estaba dirigida a mí. En ella, Zachary decía que si yo la encontraba significaba que había ganado y me felicitaba como si fuera el vencedor de una partida de ajedrez.

-Una vileza así es inconcebible.

-En la nota también aseguraba que yo era un oponente digno. La última línea decía: «Lo que más echaré de menos es la emoción de la caza.»

-Era un auténtico monstruo.

-Debo decirte -continuó Tobias en voz baja- que, a veces, comprendo demasiado bien su pasión por la caza.

-¡Tobias!

-Cuando sé que he encontrado el rastro de una presa, una sensación muy intensa se apodera de mí. Es innegable que este trabajo tiene un lado oscuro. -Tobias la miró a través de la luz oscilante de la vela y sus ojos brillaron como los de una gran bestia nocturna-. En una ocasión, Elland me dijo que los dos teníamos mucho en común. Quizá tuviera razón.

-No sigas por este camino, Tobias. -Lavinia le apretó el brazo con fuerza-. No te permito que sugieras que Elland y tú os parecíais en algo. Encontrar satisfacción en la caza es una cosa. Buscar respuestas y luchar para que se cumpla la justicia forma parte de tu naturaleza. Pero sentir placer al provocar la muerte es algo completamente distinto. Los dos sabemos que tú nunca podrías sentirte de esta manera.

-Algunas noches me he preguntado si la diferencia entre Elland y yo radica sólo en una cuestión de grado.

-¡Maldita sea, Tobias! No toleraré que hables de esta manera tan absurda. ¿Me oyes?

El sonrió sin ganas. -Sí, señora Lake, te oigo.

-No conocí a Zachary Elland, pero te aseguro que él y tú sois tan distintos como la noche y el día.

-¿Estás segura de esto? -preguntó él con una suavidad exagerada. -Estoy absolutamente convencida. Mi intuición, como bien sabes, está muy desarrollada. -Lavinia habría querido zarandearlo-. Tú no eres un asesino, Tobias March.

Tobias no respondió, pero su mirada permaneció fija de un modo desconcertante.

Entonces Lavinia se acordó de su último caso, aquel que ella había anotado en su diario con el nombre de «El caso del hipnotizador loco». Se aclaró la garganta.

-Bueno, es posible que, a lo largo de los años, hayan ocurrido uno o dos incidentes desafortunados, pero lo cierto es que se trató de accidentes.

-Accidentes -repitió Tobias maquinalmente. -No, no fueron accidentes -se corrigió ella de inmediato-. Fueron actos desesperados de extremo valor destinados a salvar la vida de otras personas, como la mía. Y, desde luego, no se trató de asesinatos a sangre fría. Hay una diferencia enorme, Tobias. -Lavinia soltó un profundo suspiro-. Y ahora, ya basta de esta cuestión. Cuéntame dónde encaja Aspasia Gray en este caso.

-¿Aspasia? -Tobias frunció el ceño-. ¿No te lo he contado?.

-No, no me lo has contado.

-Era la amante de Zachary.

-La amante de Elland... Comprendo. Supongo que eso explica unas cuantas cosas.

-Se conocieron durante la primavera anterior a la batalla de Waterloo Aspasia se enamoró apasionadamente de Elland y, por lo visto, él se sintió cautivado por ella de la misma manera. Hicieron planes para casarse Cuando Zachary volvió a trabajar como espía, aquel verano, utilizó la posición de Aspasia en la alta sociedad para acceder a determinadas personas de fortuna. Creemos que, además de utilizar a las personas que le presentaron para obtener información secreta, también aprovechó aquellas oportunidades para contactar con algunos de sus clientes privados.

-¡Santo cielo!

-Una noche, Aspasia descubrió la verdad acerca de cómo Elland se ganaba la vida. Se sintió horrorizada y huyó de su lado. A menudo me he preguntado si la verdadera razón de que Elland se pegara un tiro aquella noche fue que había perdido a la mujer que amaba y no que yo lo estuviera acorralando.

-Me cuesta creer que un asesino tenga capacidad romántica -murmuró ella.

-Lo curioso es que, a su manera, Elland era, al mismo tiempo, un hombre melodramático y un romántico. Me recordaba a los pintores o a los poetas que desean pasar por cualquier experiencia que les permita alcanzar las cimas más altas de la emoción y las sensaciones.

-¿Sin tener en cuenta el precio que deban pagar?

-Elland nunca tuvo en cuenta el coste. Vivía para la experiencia siguiente.

-¿Qué hizo Aspasia cuando averiguó que él se había suicidado?

-Se quedó destrozada. Es la única ocasión en la que la he visto en aquel estado. Elland era el único hombre al que había amado de verdad y ella era inconsolable. Lo que la hirió de aquel modo tan profundo no fue sólo que él se quitara la vida...

-¿Fue el hecho de haberlo amado y no haber visto su verdadera naturaleza?

Sí. Aspasia es una mujer de mundo, como ya habrás deducido. Se consideraba una persona inteligente y fuerte y no comprendía que pudieran engañarla en el amor. La decepción que sufrió con Zachary la afectó en lo más hondo.

Lavinia se dijo que debería sentir cierta compasión por Aspasia, pero cuando se acordaba de que la había descubierto abrazada al cuello de Tobias le resultaba imposible sentir lástima por ella.

Sin embargo, debía admitir que averiguar que el amante de una es un asesino profesional que experimenta satisfacción haciendo su trabajo, hasta el punto de dejar una marca personal, destrozaría los nervios de cualquier mujer, incluso los de Cleopatra.

-Tengo la impresión de que te sientes obligado en todo este asunto -dijo Lavinia-. Y no me cabe duda de que la señora Gray influye en tu estado de ánimo. ¿Ella te culpa por haber iniciado a Elland en el camino que lo condujo a su destrucción?

-No lo ha expresado de una forma clara, pero sí, creo que es así como se siente.

-¡Tonterías! -repitió ella en un tono más rotundo esta vez-. Nada más que tonterías.

-Creo que, en cierto modo, ella también se siente culpable porque le ayudó a establecer los contactos que condujeron a las muertes.

Lavinia suspiró.

-¡Qué historia tan triste!

Tobias abrió la mano y la luz de la vela iluminó la diminuta calavera y los huesos cruzados.

-Y ahora parece que alguien quiere repetirla.

-Supongo que no creerás que Zachary Elland ha regresado de la tumba para proseguir su carrera...

-No, claro que no. Yo mismo encontré el cadáver de Elland y presencié su entierro. Sin embargo, el nuevo asesino ha enviado un anillo como éste a Aspasia y estoy convencido de que quería que yo encontrara este otro.

-¿Un viejo conocido que anuncia su vuelta a la ciudad?

-Eso parece. Cuando Aspasia encontró el anillo en la puerta de su casa esta mañana fue presa del pánico. Esta es la razón de que me siguiera hasta aquí.

-Hummm.

Tobias frunció el ceño.

-¿Qué ocurre?

-La verdad es que esta noche no me ha parecido que Aspasia sintiera pánico.

Tobias esbozó una mueca irónica.

-Aspasia no es el tipo de persona que se desmaya con facilidad. Sin embargo, la conozco mejor que tú y puedes creerme cuando te digo que esta noche tenía los nervios destrozados.

-Si tú lo dices... Pero, en mi opinión, utiliza el sentimiento de culpa para manipularte.

-No necesita llegar a esto para que la ayude en este asunto, y estoy convencido de que lo sabe. -Tobias se metió el anillo en el bolsillo-. Nadie quiere encontrar a este Portador de la Muerte más que yo. Ha lanzado su reto y no hay tiempo que perder.

-Debes permitir que te ayude, Tobias.

-De ningún modo. No quiero que te involucres en este caso.

-Acabas de decir que es imperativo resolverlo lo antes posible. Necesitas toda la ayuda que puedas obtener. Además, no se puede decir que sea una novata en este tipo de cosas.

-Maldita sea, Lavinia...

Ella levantó la mano para hacerlo callar.

-Te recuerdo que soy la única testigo que tienes por el momento. Reconozco que no puedo ofrecer una descripción exacta de la criada que acompañó a Fullerton hasta aquí, pero me fijé en ciertos detalles que pueden ser útiles. -Por el rabillo del ojo, Lavinia vio un trozo de tela blanca a la sombra de una chimenea-. ¡Vaya, vaya! ¿Qué tenemos aquí?

Cogió la vela de la mano de Tobias y se dirigió a toda prisa hacia la chimenea.

Tobías bajó el pie del muro de piedra y la siguió.

-¿De qué se trata?

-No estoy segura, pero si es lo que creo, tenemos la primera pista. -A continuación, se inclinó y recogió la tela-. Es la cofia.

-¿Estás segura? -Tobias tomó la cofia grande y flexible de la mano de ella y la examinó con atención a la luz de la vela-. A mí me parece como la cofia de cualquier otra mujer.

-No exactamente. El ala es más ancha de lo común y tiene una cinta. Con toda seguridad es la que llevaba puesta la criada rubia. No me extrañaría encontrar algún cabello rubio en su interior cuando la examinemos a una luz más potente. Tobias, esto demuestra que el nuevo asesino es una mujer.

Tobias miró con atención la cofia un buen rato.

-O un hombre que se viste de mujer para ocultar su verdadera identidad.

6

Cuando llegaron a la planta baja, Lavinia y Tobías encontraron a Beaumont esperándolos en la biblioteca con Drum, el mayordomo, y un hombrecillo nervioso que era médico y se llamaba Hughes.

Sentado tras el enorme escritorio, Beaumont parecía todavía más bajito y rechoncho. Tobias vio que tenía una copa en la mano y que ya se había bebido la mitad de su contenido.

Era evidente que el licor había ejercido un efecto medicinal en sus nervios, pues ya no parecía ansioso o inseguro. Su señoría estaba, de nuevo, al mando de su castillo.

En respuesta a la pregunta de Lavinia, Drum les informó de que ninguna de las empleadas fijas de la casa encajaba con la descripción de la criada rubia.

Lavinia blandió la cofia.

-¿Entonces? ¿Qué me dicen de esto?

Todos miraron la cofia.

-No pongo en duda que viera a Fullerton con una mujer -contestó Beaumont a Lavinia-. Quizá se trataba de una de las muchachas del pueblo. En cualquier caso, es evidente que Fullerton bebió demasiado, buscó a una muchacha voluntariosa y subió

con ella al tejado para sus devaneos amorosos. Lo que ocurrió después fue un desafortunado accidente. -A continuación, miró al médico con ojos penetrantes-. ¿No es así, doctor Hughes?

-Desde luego. -Hughes se aclaró la garganta y estiró la columna para parecer más alto mientras permanecía sentado en su silla-. He examinado el cadáver -anunció con voz grave-, y no tengo ninguna duda de que Fullerton ha sido víctima de un accidente.

Tobias maldijo en silencio. Era obvio que Beaumont había decidido cerrar el asunto del accidente de Fullerton lo antes posible. De ningún modo aceptaría ninguna sugerencia de asesinato.

-Señor -dijo Lavinia con ceño-, March y yo sospechamos que la muchacha voluntariosa, sea quien sea, arrastró, de forma deliberada, a Fullerton hasta el tejado. Debemos comprobar si alguien puede identificarla.

Beaumont enarcó las cejas mientras miraba a Drum.

El mayordomo adoptó una actitud impasible.

-Como su señoría ha indicado, es probable que la criada sea una de las muchachas del pueblo contratada de forma temporal. Sin duda sintió pánico cuando lord Fullerton sufrió el desafortunado accidente y se marchó del castillo antes de que nadie pudiera interrogarla. Como es lógico, tenía razones para desaparecer. Después de todo, si se sabía que había subido al tejado con un caballero para sus devaneos amorosos, le resultaría muy difícil encontrar otro empleo en el vecindario.

-También es posible que todavía se encuentre en el castillo -repuso Lavinia con determinación-. Debemos reunir a todos los empleados y a los invitados e interrogarlos.

Beaumont se puso colorado. Abrió la boca y la cerró varias veces; al final consiguió hablar.

-¿Interrogar a los invitados? ¿Ha perdido el juicio, señora Lake? Le prohíbo hacer tal cosa.

-Señor, quizás estemos hablando de un caso de asesinato.

-¡A Fullerton no lo han asesinado! Ha sido un accidente.

-Tenemos muchas razones para creer que...

-Puede usted creer lo que quiera, señora Lake. Sin embargo, ésta es mi casa y no permitiré que se incomode a mis invitados más de lo que ya lo hemos hecho.

Aquel camino no les conduciría a nada, pensó Tobias. Miró a Beaumont.

-Está de acuerdo en que Fullerton se encontraba con una mujer poco antes de caer pero, en su opinión, ella no tuvo nada que ver con su muerte, ¿no es así?

-Fullerton estaba borracho. -Beaumont bebió un largo trago brandy y dejó la copa sobre el escritorio-. Perdió el equilibrio y éste es el fin de la historia. Ha sido una tragedia, pero, desde luego, no se trata de un asesinato.

Era una lástima que Beaumont se hubiera repuesto de su anterior confusión y hubiera encontrado apoyo en el mayordomo y el médico local, pensó Tobias. En opinión de Beaumont, la situación estaba bajo control ¿1 había recuperado la autoridad. No se le podía culpar por no querer aceptar la escandalosa posibilidad de que se tratara de un asesinato. Aquel tipo de rumores eran muy difíciles de acallar.

__Señor -intervino Tobias con voz tranquila-, permítame decirle que, en mi opinión profesional, hay una serie de preguntas relacionadas con este caso que deberían responderse. Con su permiso, desearía continuar la investigación.

-Eso es imposible, March. -Beaumont golpeó el escritorio con las palmas de las manos y se puso de pie-. Esta situación ha ido demasiado lejos. Ya ha habido demasiados trastornos en esta casa. Lady Beaumont está muy alterada.

Lavinia golpeó la alfombra con un pie. Tobias percibió la fulminante expresión de sus ojos y le hizo una señal, pero ella la ignoró.

-La preocupación de lady Beaumont es muy comprensible, señor -dijo Lavinia con decisión-, pero, como le hemos explicado, es muy posible que nos encontremos frente a un caso de asesinato. Y, dadas las circunstancias, unas cuantas preguntas realizadas con discreción están más que justificadas. Además, no supondrán un gran inconveniente para sus invitados.

-Por última vez: he decidido que éste no es un caso de asesinato afirmó Beaumont con crispación-. Y yo determinaré lo que constituye o no un inconveniente para mis invitados, señora.

-Señor, debo insistir en que nos permita realizar una investigación replico Lavinia-. Le aseguro que tenemos experiencia en este tipo de situaciones y...

Beaumont reaccionó como Tobias esperaba. Su señoría explotó.

-¿Insiste usted? -El rostro de Beaumont adquirió un desagradable morado-. ¿Insiste usted, señora Lake? ¿Quién se cree que es? -Tobias soltó aire y se preparó para lo inevitable. ¡Y pensar que ella tenía el valor de acusarlo de no ser diplomático con sus clientes!-. No le corresponde a usted insistir en nada relacionado con esta casa -rugió Beaumont- Y para ser sincero, señora, ni usted ni el señor March estarían aquí esta noche si no hubiera tenido que devolverle un antiguo favor a lord Vale.

-Comprendo, señor -dijo Lavinia con precipitación-. Sin duda, ha sido usted muy amable al invitarnos a su fiesta. Le aseguro que el señor March y yo lo hemos pasado muy bien. Todo es sumamente elegante. Sin embargo, debo hacer constar que mi dormitorio es muy pequeño y está amueblado de un modo impropio. Aunque supongo que se trata sólo de un descuido.

-¿Qué dice usted? -Beaumont abrió los ojos como platos-. ¿Ahora se queja de las medidas de su dormitorio?

-No se preocupe, señor. Estoy convencida de que no ha sido culpa suya que me trasladaran de unos aposentos muy dignos en la segunda planta a una habitación mucho menos apropiada en la última planta. -Lavinia realizó un gesto como si quisiera restar importancia a aquella cuestión-. Será suficiente para el tiempo que vamos a estar aquí. Pero, volviendo a nuestra teoría sobre los sucesos de esta noche...

Beaumont se agarró al borde del escritorio con sus rechonchas manos y se inclinó hacia delante como un toro dispuesto a embestir.

-En mi opinión, señora, tanto usted como el señor March están obsesionados con su extraña teoría sobre ciertos hechos delictivos y, sin duda, no podrán disfrutar del resto de su estancia en mi casa.

-Es usted muy amable al preocuparse de nuestro disfrute, señor, pero no es necesario. Nos las arreglaremos a la perfección. Estoy segura.

-No creo que sea posible -gruñó Beaumont-, pues, sin duda, desean regresar a Londres lo antes posible. -No, en realidad...

-A primera hora de la mañana, Drum enviará a una criada y a un ayuda de cámara a sus respectivas habitaciones para ayudarlos a hacer el equipaje. El carruaje estará listo a las nueve. Aunque..., bien pensado, pongamos que estará preparado a las ocho y media. El viaje a la ciudad es largo, así que estoy seguro de que querrán partir temprano.

Lavinia lo observó durante unos segundos muda de sorpresa. A continuación, la rabia apareció en sus ojos y abrió los labios para hablar.

-Excelente sugerencia, señor -replicó Tobias antes de que Lavinia pudiera decir nada. A continuación, se puso a su lado, la tomó por el brazo y tiró de ella hacia la puerta-. Vamos, señora Lake. Será mejor que subamos a nuestras habitaciones y nos preparemos para el viaje.

Durante unos segundos, Tobias pensó que ella no lo seguiría, de modo que le apretó el brazo con fuerza en señal de advertencia.

-Sí desde luego -dijo Lavinia mientras miraba a Beaumont con risa acerada-. Buenas noches, señor. Espero que, tras nuestra partida, sus invitados no sufran más accidentes. Piense, sólo, en los efectos que tendría otro incidente como el de esta noche. Si los invitados a sus celebraciones sufren accidentes inexplicables, usted y su esposa quizá descubran que sus fiestas no son tan bien recibidas en el futuro.

Tobias se estremeció, pero ya era demasiado tarde. El daño ya estaba hecho.

A Beaumont se le erizaron los bigotes de rabia.

-¿Cómo se atreve, señora? Si pretende sugerir que intento ocultar, de forma deliberada, un acto criminal...

-Esto todavía no se ha establecido, ¿no cree? -soltó Lavinia con una lentitud exagerada.

-Ya es suficiente -le susurró Tobias al oído y, después, miró a Beaumont-, Le ruego que la disculpe, señor. Me temo que la muerte de Fullerton le ha afectado los nervios. Tiene usted razón. Será mejor que la acompañe de vuelta a Londres lo antes posible. No se preocupe, saldremos a primera hora de la mañana.

Beaumont se tranquilizó.

-Resulta evidente que la señora Lake está alterada. Estoy seguro de que recuperará el dominio de sí misma cuando se encuentre en su casa.

Tobias notó que Lavinia preparaba una respuesta mordaz a este comentario. Por suerte, ya estaban en la puerta y consiguió que ella cruzara el umbral y saliera al pasillo antes de que echara más leña al fuego.

Tobias notó que ella temblaba de rabia. El aire que la rodeaba chispeaba.

-Corrígeme si me equivoco -comentó Lavinia-, pero creo que Beaumont acaba de echarnos del castillo.

-Tu percepción concuerda con la mía. ¡Vaya con nuestra alegre salida campo! Quizá tú y yo no estemos hechos para estos entretenimientos de la alta sociedad.

7

Lavinia y Tobías subieron las escaleras en silencio. -Supongo que creerás que es culpa mía que nos hayan invitado a irnos -comentó Lavinia cuando llegaron a la primera planta.

-Así es, pero no te preocupes demasiado por esta cuestión. De hecho, ya había decidido que lo mejor era regresar a Londres. Ella lo miró sorprendida.

-¿Y qué ocurre con nuestra investigación en el lugar del crimen?

-En mi opinión, hemos averiguado todo lo que podíamos averiguar aquí. El asesino ha terminado su trabajo y dudo que se quede por mucho tiempo. No me extrañaría que ya estuviera lejos.

-Mmm. Entiendo lo que quieres decir. El asesino planeó llevar a cabo su crimen aquí porque sabía que tú estarías por los alrededores, ¿no es así. Quería asegurarse de que te enterabas de su acción. -Eso creo yo -admitió Tobias.

Cuando llegaron a la planta de Lavinia, descubrieron a un grupito reunido en el estrecho pasillo. Dos mujeres de edad indefinida y cubiertas con batas chintz y unos voluminosos gorros de dormir hablaban animadamente con un hombre de poco más de veinte años. Era evidente que el tema de la conversación era la muerte de Fullerton.

-Éstos son algunos de mis vecinos de piso -explicó Lavinia en voz baja mientras se acercaban al grupo-. Se trata del señor Pierce, el peluquero de lady Oakes, y de dos damas que han venido como acompañantes de otras tantas invitadas de Beaumont.

Las tres cabezas se volvieron hacia Lavinia y Tobias. Una ávida curiosidad brillaba en los tres pares de ojos. Sin embargo, Tobias percibió que la mirada de las dos mujeres era especialmente penetrante. Lo miraban con una expresión de fascinación y, a la vez, de aturdimiento.

Aunque Lavinia no se lo hubiera advertido, no le habría resultado difícil adivinar el papel de aquellas dos mujeres, pensó Tobias. Ambas poseían el aire retraído, marchito y

resignado de las damas venidas a menos que se veían obligadas a trabajar como acompañantes profesionales.

Tobias sospechaba que las dos se habían retirado temprano aquella noche. Su posición las excluía de las celebraciones nocturnas. Las acompañantes pertenecían a la misma categoría peculiar, incómoda e intermedia que las gobernantas. No eran criadas, pero tampoco iguales, en el ámbito social, a las personas a las que servían. La combinación de una educación acomodada y la pobreza las había conducido a ejercer una profesión en la que se veían obligadas a mantener silencio y permanecer en un discreto segundo plano.

Tobias pensó que aquel cuchicheo, a altas horas de la noche, acerca de una muerte violenta era, con toda probabilidad, lo más excitante que les había ocurrido a aquellas dos mujeres en mucho tiempo.

A lo largo de su vida, Tobias sólo había conocido a dos acompañantas que no encajaban en el patrón común de aquella especie: Lavinia y Emeline, su sobrina. No ejercieron aquella profesión durante mucho tiempo por una buena razón: ninguna de las dos poseía el temperamento para aquella función.

-¡Señora Lake! -exclamó el peluquero-. Justo estábamos hablando de usted. Temíamos que se hubiera sentido abrumada por la horrible visión del jardín. ¿Se encuentra bien? ¿Necesita un poco de vinagre?

-Estoy bien, gracias, señor Pierce. -Lavinia le dedicó una sonrisa tranquilizadora y, a continuación, miró a las dos mujeres-. Permítanme presentarlas. Señorita Richards, señorita Gilway, les presento a mi amigo el señor March.

Tobias inclinó la cabeza.

-Es un placer, señoras.

Las dos mujeres se ruborizaron mucho.

-Señor March -dijo la señorita Gilway con una sonrisa.

-Caballero -susurró la señorita Richards.

-Y éste es el señor Pierce. -Lavinia tendió la mano con un gracioso gesto dramático, como si anunciara la salida a escena de un afamado actor-. Es el responsable del encantador tocado que lady Oakes lucía esta noche. Seguro que lo recuerda, señor March.

-No sabría decirlo -admitió Tobias.

-Lucía varias hileras de rizos muy elaborados amontonados sobre la
frente. -Lavinia colocó las manos sobre su frente formando una pequeña pirámide para ilustrar lo que explicaba-. Y, detrás, un moño trenzado y arrollado en espiral con más rizos en la parte superior. Puedo asegurar que lady Oakes estaba impresionante.

-Sin duda. -Tobias no tenía la menor idea de cómo era el peinado

de lady Oakes aquella noche, pero asintió con la cabeza en dirección a Pierce-. Sorprendente.

-Gracias, caballero. -Pierce realizó una profunda reverencia y adoptó una postura de modestia artística-. En mi opinión, ha quedado bastante bien. La hilera de rizos en la parte superior del moño y el bucle que remata la espiral son invención mía. Los considero mi firma.

-Mmm.

Lavinia sonrió.

-He regresado tarde a mi dormitorio porque el señor March y yo hemos creído necesario llevar a cabo ciertas averiguaciones respecto al accidente de lord Fullerton.

-Comprendo. -Pierce lanzó a Tobias una mirada breve y escrutadora-. Es verdad, recuerdo que mencionó que usted y su socio realizaban, de vez en cuando, una actividad más bien extraña. Algo relacionado con cobrar unos honorarios por llevar a cabo

investigaciones privadas, creo. Sin embargo, no debería haber presenciado una escena tan terrible, señora. Este tipo de cosas puede provocar pesadillas a damas tan delicadas como usted.

La preocupación del peluquero por Lavinia era irritante. Tobias pensó que Pierce era uno de esos hombres que las jóvenes como Emeline y su amiga Priscilla consideraban que tenían un aspecto terriblemente romántico

Él no era un experto en aquellas cuestiones, admitió para sus adentros, estaba casi seguro de que la distribución, en apariencia descuidada, rizos que caían sobre la frente de Pierce no se debía a un efecto de la naturaleza. Varios conocidos de Anthony lucían un peinado en aquellos días. Anthony le explicó que no se peinaba de aquel modo sobre todo porque había que utilizar unas tenazas extremadamente calientes y pasar mucho tiempo delante del espejo.

Por lo visto, Pierce había salido de su habitación cuando se estaba preparando para irse a dormir. Vestía camisa blanca con chorrera y pantalones con pliegues, muy elegantes. Alrededor del cuello llevaba un lazo negro anudado de una manera informal, al estilo que Byron y los poetas románticos crearon. Además, el lazo apenas ocultaba la piel desnuda que la camisa desabotonada dejaba al descubierto.

-¿Qué tipo de investigación han llevado a cabo usted y el señor March? -preguntó la señorita Gilway sin dejar de mirar a Tobias.

-Hemos intentado averiguar si se ha realizado algún acto criminal -respondió Lavinia.

-¿Acto criminal? -La señorita Richards intercambió una mirada de espanto con su amiga-. ¿No estará sugiriendo que se trata de un asesinato?

-¡Cielo santo! -La otra mujer se dio aire con la mano-. ¡Qué horror! ¿Quién habría imaginado algo así?

-Asesinato... -Pierce miró a Lavinia-. ¿Habla usted en serio, señora Lake?

Tobias recordó que, en otras ocasiones, había visto la misma expresión de fascinación en el rostro de Anthony. Delataba el entusiasmo que, algunos jóvenes, sentían por las cuestiones macabras.

-En opinión de lord Beaumont y el médico local es imposible que se trate de un asesinato -explicó Lavinia en un tono neutral.

-¡Oh! -El interés de Pierce se evaporó.

Las dos mujeres también parecieron desilusionadas.

-Gracias a Dios -comentó la señorita Gilway, educada.

-Es un alivio -añadió la señorita Richards con circunspección-. Odiaría pensar que hay un asesino merodeando por el castillo Beaumont.

Ambas mujeres se volvieron para mirar con fijeza a Tobias.

-Desde luego -repuso Lavinia-. No hay motivo de preocupación. Estoy convencida de que estarán a salvo en su cama esta noche. ¿No estás de acuerdo, Tobias?

-Sí. -Tobias la cogió del brazo-. Permíteme que te acompañe a tu dormitorio. Se está haciendo tarde y mañana tenemos que salir temprano.

-¿Regresan a Londres mañana? -preguntó la señorita Gilway con rapidez-. ¿Por qué tan pronto?

-Asuntos personales -respondió Lavinia con frialdad. A continuación los miró a todos con una sonrisa-. Me despido de ustedes ahora porque sin duda, estarán dormidos cuando me vaya mañana.

-Deseo que disfrute de un viaje placentero, señora. -Pierce hizo otra leve reverencia-. Y recuerde lo que le dije antes cuando bajó al baile: me encantaría tenerla como dienta. Estoy convencido de que podría realizar maravillas con su cabello.

-Gracias, señor Pierce. Lo tendré en cuenta. -Lavinia colgó su brazo del de Tobias,

pero, entonces, titubeó-. Por cierto, ahora que hablamos de peluquería. Tengo una pregunta para usted, señor Pierce.

-Estoy a su servicio, señora -respondió Pierce con galantería-. ¿Su pregunta está relacionada, de algún modo, con los sucesos de esta noche?

-Sólo se trata de un pequeño detalle -aseguró ella-. Debido a su profesión, usted debe de ser un experto en pelucas, postizos y cosas parecidas, ¿no es cierto?

-Cualquier joven dama que vaya a la moda debe poseer, como mínimo, un moño falso o dos -respondió Pierce con absoluta convicción-. Además, a partir de cierta edad, es imperativo que cualquier mujer disponga de un surtido de pelucas completas. La verdad es que no hay ninguna alternativa si se quiere ir a la moda.

-Usted ha observado a los invitados mientras bajaban al baile esta noche. ¿Por casualidad no habrá visto a alguna dama con una peluca rubia?

-¿Rubia? -Pierce se estremeció-. ¡Santo cielo! No, señora, no he visto a ninguna. Si la hubiera visto me habría horrorizado.

Tobias frunció el ceño.

-¿Por qué demonios se habría extrañado? Acaba de decir que cualquier mujer que esté a la moda debería tener, al menos, dos pelucas.

-Sí, pero no rubias. -Pierce levantó los ojos al cielo, como si rogara para que lo libraran de preguntas tan estúpidas-. La verdad, señor, resulta obvio que no sabe nada sobre la moda. Permítame informarle de que, en lo que respecta a las pelucas, los postizos, los peluquines y adornos Parecidos, el cabello rubio está casi tan poco de moda como el pelirrojo.

A continuación, se produjo un breve pero denso silencio. Todos miraron a Lavinia. Su cabello pelirrojo brillaba a la luz del aplique de la pared.

Tobias pensó que el peluquero acababa de insultarla, y le lanzó una mirada poco amistosa.

-Pues, en mi opinión, el cabello de la señora Lake es perfecto -dijo arrastrando las palabras.

Aunque habló en voz baja, tanto la señorita Richards como la señorita Gilway se estremecieron y dieron un paso atrás. Aún miraban a Tobias, pero no con el mismo interés que habían mostrado hasta entonces. Ahora era como si aquel hombre se hubiera convertido en una bestia feroz.

-Tobias -susurró Lavinia-. Haz el favor de parar.

Sin embargo, Tobias no tenía ninguna intención de parar. Estaba enojado. Aquella noche había sido larga y muy difícil.

Pierce parecía no darse cuenta de que se encontraba en peligro. Toda su atención estaba concentrada en Lavinia.

-Señora, debe permitirme ir a verla cuando hayamos regresado a Londres -le rogó con una preocupación que parecía genuina-. ¡Podría hacer tanto por usted! Le aseguro que se vería espléndida con una peluca de color castaño oscuro. El contraste de ese color con el verde de sus ojos sería espectacular.

Lavinia frunció el ceño y se llevó una mano al cabello.

-¿De verdad lo cree?

-No tengo ninguna duda. -Pierce cruzó un brazo sobre su pecho y apoyó el codo del otro en la muñeca mientras se frotaba la barbilla con aire pensativo. Contempló a Lavinia como un escultor estudiaría una escultura a medio terminar-. Puedo vislumbrar los resultados y serían sorprendentes, se lo aseguro. Sin duda, utilizaría unos postizos y unos cuantos rizos para elevar su altura. Su estatura no es suficiente para reflejar verdadera elegancia.

-Maldita sea -gruñó Tobias-. En lo que a mí respecta, la señora Lake tiene la estatura

perfecta.

Pierce le lanzó una mirada fugaz que, en cierto sentido, resumió lo que opinaba sobre su aspecto y lo descalificaba.

«Una impertinencia -pensó Tobias, divertido pero molesto-. Y nada menos que de un peluquero.»

-Sin duda, señor -murmuró Pierce-, usted no es ninguna autoridad en lo referente a la moda, de modo que no está en posición de juzgar el potencial de la señora Lake.

Tobias consideró el placer que experimentaría si le arrancaba la cabeza de los hombros, pero abandonó, a desgana, aquella idea cuando sintió la presión de los dedos de Lavinia en su codo. Ella tenía razón, pensó. Aquel acto lo dejaría todo hecho una porquería y, además, se estaba haciendo tarde.

-Es usted muy amable al ofrecerme su opinión profesional, señor Pierce. -Lavinia mostró su sonrisa más amplia y resplandeciente-. Tendré en cuenta su propuesta.

-Permítame que le entregue mi tarjeta. -Pierce sacó una tarjeta de uno de los bolsillos de su pantalón y se la ofreció a Lavinia con una reverencia-. Cuando se sienta preparada para subir un peldaño en la escalera de la elegancia y la moda, sírvase hacérmelo saber en esta dirección. Estaré encantado de hacerle un hueco en mi horario de trabajo.

-Gracias. -Lavinia aceptó la tarjeta e inclinó la cabeza hacia las señoritas Richards y Gilway en señal de despedida-. Buenas noches. Confío en que disfruten de un viaje de vuelta sin contratiempos.

A continuación, se oyó un breve coro de despedidas. Pierce se retiró a sus aposentos y las dos mujeres lo hicieron a la habitación que compartían.

Tobias y Lavinia siguieron su camino a lo largo del pasillo.

-¿Por qué tienes esa expresión de preocupación? -Lavinia abrió la puerta de su dormitorio, entró y se dio la vuelta hacia él-. Pareces una amenaza de tormenta.

Tobias recorrió con la vista el pasillo vacío mientras pensaba en la conversación que acababan de mantener.

-Ha sido muy astuto por tu parte preguntarle a Pierce acerca de la peluca rubia. Me ha hecho pensar en varias posibilidades interesantes.

-Gracias. -Lavinia no se molestó en ocultar el placer que le proporcionaba aquel cumplido-. Dado que las pelucas rubias están tan poco de moda, parece lógico pensar que el asesino no habría comprado una, pues llamaría la atención de los posibles testigos. Por lo tanto, parece razonable deducir que el asesino es una mujer de cabello rubio.

-En absoluto; en mi opinión resulta lógico llegar a la conclusión contraria.

-¿Disculpa?

-Analízalo con mayor detenimiento, Lavinia. El cabello rubio parece ser la característica más destacable del asesino. Su cabello y la amplia cofia son los aspectos que llamaron más tu atención cuando viste a la criada en el pasillo, ¿estoy en lo cierto?

-Así es, pero... -Lavinia se interrumpió y abrió los ojos en señal de entendimiento-. Comprendo. En tu opinión, el asesino, de una forma intencionada, quería que esas dos características fueran las más relevantes Por si lo veía algún testigo.

Tobias asintió con la cabeza.

La especialidad del Portador de la Muerte era dejar pistas falsas. Si el nuevo asesino pretende imitar a su maestro, seguirá la misma estrategia. Por lo tanto, podemos deducir que la peluca rubia era falsa. Y también estoy convencido de que el atuendo femenino pretendía ocultar a un hombre.

Lavinia titubeó.

-No creo que podamos deducir que el asesino es un hombre, aunque estoy de acuerdo en que es muy probable que el cabello rubio fuera una peluca.

-Al menos es un punto de partida. -Tobias apoyó la mano en el marco de la puerta y reflexionó-. Si las pelucas rubias no están de moda, no las venderán en muchas tiendas. Y no debe de haber tantos fabricantes de pelucas en Londres. No creo que nos resulte difícil descubrir si alguno de ellos ha vendido una peluca rubia en los últimos meses.

-Yo no estaría tan segura. Es cierto que cualquier fabricante de pelucas al que le encargaran una tan inusual se acordaría de su cliente. Sin embargo, no creo que nos resulte fácil localizar la tienda. Quizá la peluca se compró fuera de Londres. Muchas damas y caballeros de la alta sociedad compran sus pelucas en París. También es posible que el asesino robara la peluca de un teatro o de la maleta de un actor. La búsqueda del fabricante de la peluca podría resultar una pérdida de tiempo.

-De todos modos, la peluca rubia es una pista y, por el momento, no tenemos muchas más.

Lavinia no argumentó esta conclusión, pero frunció el entrecejo mientras cavilaba.

-Tobias, ¿la posibilidad de que el asesino llevara una peluca es lo único que te lleva a creer que se trata de un hombre? En mi opinión, no deberíamos basar nuestras pesquisas en esta única alternativa. Si desestimamos la posibilidad de que la acompañante de Fullerton de esta noche fuera una mujer, podríamos pasar por alto pruebas valiosas que nos ayudaran a resolver el caso.

Tobias se agarró con firmeza al marco de la puerta.

-No se trata sólo de la peluca.

-¿Tan difícil te resulta creer que una mujer pueda ser una asesina profesional?

-No exactamente. Lo que me convence de que la persona a la que perseguimos es un hombre es el anillo mortuorio -respondió Tobias en tono reflexivo-. En mi opinión, esta firma recuerda, de forma deliberada, la obra de Zachary Elland.

-Una mujer también podría desear emularlo.

Tobias sacudió la cabeza sin saber cómo respaldar con la lógica lo que percibía de forma intuitiva.

-Es más probable que un hombre intente compararse con otro.

-¡Ah, sí! -exclamó ella con aire reconcentrado-. Ya me he dado cuenta de que los hombres sois muy competitivos. Os encantan las carreras de caballos, los campeonatos de boxeo y las apuestas, ¿no es cierto?

Tobias enarcó una ceja.

-Por favor, no intentes convencerme de que las mujeres no son competitivas. Ya he visto las batallas sutiles que tienen lugar en los bailes de sociedad durante la temporada alta. No es un secreto que las casamenteras son intrigantes y conspiradoras hasta el punto de provocar sorpresa y admiración al mismo Wellington.

Tobias se sorprendió de que Lavinia ni siquiera sonriera. Pero ella inclinó la cabeza como reconocimiento de su observación.

-La cuestión del matrimonio requiere suma atención y una cuidadosa planificación. Después de todo, están en juego el futuro de la mujer y el de los hijos que pueda concebir.

-Comprendo. Supongo que no lo había analizado desde un punto de vista tan drástico.

-Por lo que sé, los hombres casi nunca contemplan el matrimonio desde un punto de vista tan drástico.

Tobias frunció el ceño y, por el tono de voz de Lavinia, se dio cuenta de que algo se le había escapado, pero antes de que pudiera pedir más explicaciones, ella levantó una mano para ocultar un pequeño bostezo.

-Te aseguro que, esta noche, ya no puedo dedicar a este caso la atención que merece -comentó ella-. Te sugiero que dejemos esta conversación para mañana. El camino de

vuelta a casa es muy largo y dispondremos de mucho tiempo para hablar.

-No me lo recuerdes. -Miró, con aire meditativo, el largo pasillo.

-Buenas noches, Tobias.

-Una pregunta más antes de que me vaya.

-¿Sí?

-¿Está de moda entre los peluqueros llevar la camisa medio desabotonada delante de unas damas respetables?

Lavinia se rió.

-Los peluqueros son artistas, señor. Tienen derecho a imponer su Propio estilo.

-Vaya.

Lavinia dio un paso hacia atrás y empezó a cerrar la puerta. Sus ojos brillaron risueños en la sombra.

-No tienes que preocuparte por la delicada sensibilidad de las señoritas Richards o Gilway. Aunque la visión del señor Pierce en paños menores ha sido, sin duda, una de las visiones más estimulantes que han tenido en años, debo señalar que tú también les has ofrecido mucho q_{Ue} admirar.

Tobías se dio cuenta de que ella miraba fijamente su pecho.

-¿Qué demonios...? -Se sorprendió al comprobar que su camisa estaba desabotonada varios centímetros. Seguramente se había desabrochado durante los pocos minutos que él y Lavinia habían pasado juntos antes de que Fullerton interrumpiera, de una forma tan dramática, su cita. De pronto comprendía a la perfección las curiosas y veladas miradas que las señoritas Richards y Gilway le habían lanzado-. ¡Maldición! -masculló.

-Creo que tú y el señor Pierce habéis proporcionado a las dos señoritas tema de conversación y especulación para varios meses.

Lavinia se rió entre dientes y cerró la puerta con suavidad.

Tobias bajó la mano del marco de la puerta y se marchó hacia las escaleras mientras reflexionaba sobre el desastre en que se había convertido la fiesta campestre. Al principio, el plan parecía perfecto, pero todo lo que podía torcerse se había torcido. Incluso su pierna izquierda, que se había comportado bastante bien durante los últimos meses gracias al clima soleado y caluroso, ahora le dolía, seguramente a causa de las múltiples carreras escaleras arriba y abajo.

Ni siquiera había conseguido llevar a cabo el proyecto que había planificado con tanto optimismo y entusiasmo: pasar una noche entera con Lavinia en una cama confortable.

Tobias bajó al primer piso y descubrió que, una vez más, todo estaba en calma. Los invitados habían regresado a sus aposentos y el silencio se iba apoderando del castillo para lo que quedaba de noche.

Un par de apliques le iluminaron el camino hasta la habitación de Aspasia. Tobias se detuvo delante de su puerta y titubeó uno o dos segundos. A continuación, golpeó la madera con suavidad.

Aspasia abrió la puerta con prontitud, como si hubiera estado esperando su visita. Su bata de satén verde flotó alrededor de sus tobillos. Una ansiedad pobremente velada ensombrecía sus ojos y la tensión hacía que sus labios parecieran más finos.

-Y bien? -susurró.

Tobias la miró y pensó que, con toda probabilidad, era la mujer más hermosa que había visto nunca. De repente, se sintió muy cansado. Y también se dio cuenta de que su cansancio era muy profundo y no se solucionaría con unas cuantas horas de sueño, sino que le perseguiría hasta que su reencuentro con el pasado hubiera terminado.

De una forma ausente, se frotó la nuca.

-Tus conclusiones han resultado acertadas. Alguien ha asumido, de nuevo, la

identidad del Portador de la Muerte. Y, sea quien sea, ha estado aquí esta noche.

Aspasia se arrebujó con la bata.

-¿Fullerton?

__Sí. He encontrado un anillo en su dormitorio.

Ella cerró los ojos con fuerza por un segundo. Cuando volvió a abrirlos, Tobias percibió el miedo que, a pesar de toda su experiencia y conocimiento del mundo, no logró ocultar.

-El Portador de la Muerte ha perpetrado este asesinato para que llegue a tus oídos, ¿no es cierto? -preguntó ella-. Sabía que estarías aquí esta noche y quería asegurarse de que supieras que ha vuelto.

Tobias se sintió molesto.

-¡No hables así! Elland no ha regresado del mundo de los muertos.

-Desde luego. Ya lo sé. -Aspasia suspiró-. No debería haber hablado con tanta ligereza. Discúlpame. Desde que el ama de llaves me entregó, esta mañana, la caja con el anillo, he sentido escalofríos y otras sensaciones horribles. Creo que todo esto me ha dejado un poco atontada.

No debería haberle hablado con brusquedad, pensó Tobias. Ella era una mujer inteligente y de voluntad fuerte, pero había vivido experiencias muy difíciles hacía tres años a causa de Zachary Elland. Y, por lo visto, tendría que pasar por aquello una vez más. Y él también.

-Alguien ha querido asegurarse de que sabemos que hay un nuevo portador de la Muerte -dijo Tobias con lentitud-. Muy bien. Hemos recibido el mensaje. Lo cazaré como hice con Elland.

Ella sonrió con labios temblorosos.

Gracias, Tobias. Sé que puedo contar contigo. Ojalá me hubiera dado cuenta hace tres años en lugar de permitir que el encanto de Zachary me cegara.

Tobías se dijo que no quería continuar aquella conversación y dio un Paso hacia la puerta.

-Descansa, Aspasia. Yo tengo que marcharme mañana temprano, pero volveremos a vernos en Londres.

Ella frunció el entrecejo.

-¿Por qué te vas tan pronto?

Tobías decidió que no era necesario explicar que Lavinia había conseguido que los echaran del castillo. Debía tener en cuenta la imagen profesional de Lake & March.

-Ya he hecho todo lo que tenía que hacer aquí -respondió él con frialdad-. Debo regresar a la ciudad para continuar la investigación. El tiempo es esencial.

-Sí, desde luego. -Aspasia titubeó y no hizo ningún amago de cerrar la puerta-. Tobías, hace un momento hablaba en serio. Ojalá hubiera percibido la gran diferencia que había entre tú y Zachary hace tres años. Te aseguro que, ahora, soy una mujer bastante más sabia. He aprendido mucho durante el tiempo que hemos estado separados. Sé que tú también estás arrepentido de algunas de las cosas que ocurrieron en el pasado. ¿Quieres entrar y hablar conmigo un rato?

La invitación no habría sido más clara grabada en una tarjeta de visita, pensó Tobías. Aspasia le pedía que se acostara con ella.

-No creo que sea una buena idea -respondió-. Se está haciendo tarde y mañana tengo que levantarme temprano. Buenas noches, Aspasia.

Ella sonrió con cierta melancolía.

-Sí, claro, lo comprendo. Me alegro de que hayas encontrado a alguien de quien ocuparte, Tobias.

Él se alejó de la puerta, que se cerró con suavidad a sus espaldas.

Cuando llegó a las escaleras, Tobias se detuvo. Lo más sensato era seguir por el pasillo hasta su dormitorio. Si no lograba conciliar el sueño, podía dedicarse a hacer el equipaje.

Permaneció unos minutos más sin moverse. No había nadie a la vista y tampoco oyó pasos en la escalera. Era evidente que la muerte violenta de Fullerton había apagado el entusiasmo que algunos de los invitados sentían por los juegos nocturnos.

Después de unos segundos más de reflexión, cambió de opinión acerca de la sensatez de regresar a su dormitorio. Subió las escaleras hasta el piso de Lavinia y recorrió el pasillo hasta su habitación. Llamaría a su puerta muy, muy flojito, decidió. Si ella no contestaba, supondría que se había dormido. Entonces él actuaría como un caballero y regresaría a su dormitorio.

Tobias golpeó con suavidad la puerta y ésta se abrió unos centímetros. Lavinia le sonrió por la estrecha rendija. Llevaba un camisón largo de algodón blanco con un delicado lazo del mismo color alrededor del cuello.

La sangre de Tobias se encendió al verla.

-He pensado -dijo mientras atravesaba el umbral de la puerta- que quizá la noche no esté del todo perdida.

-Una idea excelente.

Lavinia cerró la puerta y se volvió hacia él. Se había soltado el pelo y, a la luz de la vela, su cabellera formaba una aureola encendida que enmarcaba su rostro, inteligente y misterioso. Sus ojos eran como unos lagos de sensualidad enigmática. Sonrió de aquella manera que lo hacía ponerse tenso como las cuerdas de un violín. La abrazó y, cuando la boca de ella se unió a la suya, un fuego ardiente crepitó entre ambos. Tobias experimentó la sensación que siempre lo embargaba cuando la abrazaba de aquel modo: estaba hecha para él. Con ella no tenía que reprimirse. No tenía que actuar con cautela para no asustarla. La pasión de Lavinia era tan salvaje e intensa como la suya.

Lavinia era distinta de todas las mujeres que había conocido. Con ella podía relajarse y permitir que se acercara a aquella parte de sí mismo que había reprimido y escondido toda la vida.

Tobias la tomó en brazos y la llevó a la pequeña cama. La dejó sobre el edredón y se interrumpió sólo el tiempo necesario para quitarse la ropa.

Cuando estuvo preparado, ella sonrió y alargó los brazos para acogerlo.

Era su hipnotizadora personal, pensó él. La única capaz de ponerlo en estado de trance.

-Lavinia.

Tobias se colocó entre sus suaves y cálidos muslos. La asió por las muñecas y le estiró los brazos a ambos lados de la cabeza. Una necesidad urgente recorrió todo su cuerpo.

A continuación, inclinó la cabeza y la besó en el cuello.

-A veces te deseo tanto que me sorprende no encenderme en llamas -susurró él.

-Oh, Tobias, ¿no lo comprendes? Cuando tú ardes de deseo, yo también lo hago.

El anhelo que sentía creció en su interior. Soltó una de las muñecas de Lavinia y bajó el brazo para apartar su camisón. A continuación, deslizó la Palma de la mano por la sedosa piel de la parte interior del muslo de Lavinia. Y, cuando llegó a su objetivo, la notó cálida y húmeda. El olor de su cuerpo actuó como una droga para sus sentidos.

Tobias la acarició. Ella contuvo el aliento y se movió, de una forma sinuosa, bajo el cuerpo de él. A continuación, cogió a Tobias por el hombro con la mano que tenía libre y hundió las uñas en su carne. Con impaciencia intentó liberar su otra muñeca, pero él la retuvo contra la cama.

-Todavía no -murmuró Tobias junto al pecho de Lavinia-. Primero dime cómo

quieres que te acaricie.

-Me acaricias exactamente como quiero que lo hagas. -Lavinia contuvo el aliento-. Siempre sabes cómo hacerlo.

Tobias deslizó los dedos un poco más arriba y le presionó el clítoris.

-Quizá te guste más si hago esto.

Lavinia gimió y levantó las caderas.

-¡Oh, sí! Así es perfecto.

-Y ¿qué hay de esto? -Tobias deslizó un dedo en el interior de Lavinia y presionó hacia arriba.

-¡Tobias!

-¿Esto te gusta todavía más?

-Sí. -Lavinia jadeó y se movió con viveza contra su mano-. Es mejor que perfecto.

Tobias empezó a retirar su dedo y los pequeños músculos de Lavinia se contrajeron.

-¡No! -exclamó ella sin aliento-. No... Acaríciame así de nuevo.

-Dime con exactitud cómo lo quieres.

Ella deslizó los dedos entre el cabello de Tobias y condujo su cabeza hasta su pecho.

-Ya sabes cómo lo quiero. Eres el único que lo sabe. Acaríciame,

Tobias.

Aquella orden encendió la sangre de Tobias.

-Cualquier cosa con tal de complacer a una dama.

El tomó uno de los pezones de Lavinia entre sus labios y, al mismo tiempo, volvió a introducir el dedo en su vagina. Luego presionó la calida pared superior de ésta.

Ella jadeó, se retorció y, una vez más, intentó liberar su muñeca derecha. Era fuerte, pensó Tobias, mucho más de lo que parecía.

-Todavía no -murmuró él-. Quiero sentir cómo te deshaces entre mis manos.

-Tobias...

Él introdujo el dedo más adentro y con más fuerza. Lavinia soltó un gritito y cerró los ojos.

Tobias la acarició hasta que ella estuvo tensa, desesperada. Sólo entonces soltó su otra muñeca. Lavinia lo apretó contra ella y le rodeó la cintura con las piernas.

Tobias introdujo su miembro en el cálido conducto.

Lavinia se convulsionó mientras soltaba otro grito contenido y sus pequeñas sacudidas provocaron el clímax de Tobias. Aquella sensación recorrió todo su cuerpo como una tormenta invisible. Y juntos se sumergieron en un remolino de placer.

Mucho tiempo después, Tobias despertó del dulce y profundo letargo en el que había caído cuando se apagó su pasión. El camastro era, sin duda, demasiado pequeño para los dos, pero no pensaba quejarse.

El olor de su amor flotaba en el aire, maduro e intenso. Y él sabía que siempre relacionaría aquel olor con Lavinia.

Lavinia yacía, con languidez, sobre Tobias. Tenía la cabeza apoyada en su hombro y su cabello se extendía sobre su pecho. El camisón estaba arrugado alrededor de su cintura. La vela casi se había consumido, pero quedaba suficiente luz para revelar el perfil redondo de sus caderas y sus muslos.

Tobias deslizó la palma de la mano por toda su columna hasta la suave curva de sus nalgas.

-¿Duermes? -preguntó con suavidad.

-No -susurró ella.

-Te quiero -murmuró Tobias-. Ocurra lo que ocurra, nunca lo olvides.

Lavinia se estremeció, levantó la cabeza y lo besó con dulzura.

-Yo también te quiero, Tobias. Ocurra lo que ocurra, no lo olvides.

El deslizó los dedos entre el cabello alborotado de Lavinia.

-No lo olvidaré, querida.

Era como si se hubieran prometido, pensó Tobias. Se movió, aunque se sentía reacio a abandonar la cálida cama.

-Debería regresar a mi habitación.

Ella le sonrió. El misterio que sus ojos reflejaban se hizo más profundo. Luego deslizó la mano hacia el vientre de Tobias y cerró los dedos alrededor de su miembro.

-¿De verdad quieres pasar lo poco que queda de la noche durmiendo? -preguntó.

Tobias se agitó y su miembro se endureció.

-En mi opinión, el viaje de regreso a casa es muy largo -dijo Tobias con la boca junto al cuello de Lavinia-. Tendremos tiempo suficiente para dar una cabezadita.

8

El volcán en miniatura entró en erupción y el vapor salió a presión mientras se oía un agudo silbido. En el interior de la pequeña montaña se oyó un crujido y, de la cima, salieron disparadas múltiples chispas.

La audiencia soltó un grito ahogado de admiración. El orador, un hombre bajo y delgado que se llamaba Horace Kirk, dio un paso al frente e hizo una pequeña reverencia. Cuando se incorporó, sonrió a la multitud que llenaba la sala.

-Y aquí termina mi charla sobre la naturaleza de los vapores -anunció-. La conferencia de la semana próxima versará sobre los principios de la electricidad.

Un estallido de aplausos llenó la sala.

Emeline, que estaba sentada en la segunda fila entre Anthony y Priscilla, aplaudió como los demás.

Priscilla apenas podía contener su entusiasmo. Contempló al hombre de poca estatura como si se tratara de uno de los atractivos poetas románticos.

-¿No crees que es el experimento más sorprendente que has visto nunca? -susurró a Emeline por debajo de la ola de aplausos-. Os aseguro que las charlas del señor Kirk me han abierto un mundo nuevo.

Ha sido muy interesante -asintió Emeline. En realidad, la atraía más el mundo de las antigüedades que las maravillas de la química y la electricidad, pero tenía que admitir que aquella demostración había sido muy emocionante-. La verdad es que, cuando me sugeriste que me apuntara a la serie de conferencias del señor Kirk, pensé que me resultarían aburridas. Pero, desde luego, no ha sido así. ¿Estás de acuerdo, Anthony?

-Desde luego -respondió Anthony con verdadero interés-. Ha sido una idea excelente, Priscilla. -A continuación, miró el pequeño diario que ella sostenía sobre el regazo-. Por lo que veo, de nuevo has conseguido llenar unas cuantas páginas con tus notas.

Priscilla apretó el diario contra su pecho y volvió a mirar con admiración al profesor Kirk.

-¡He aprendido tantas cosas de estas conferencias! Ojalá pudiera convencer a mi madre para que me permitiera comprar algo de equipo y unos instrumentos. Daría cualquier cosa con tal de disponer de un laboratorio en el que pudiera llevar a cabo mis experimentos. Pero ella ni siquiera está dispuesta a considerar esta cuestión.

A Emeline no le sorprendió la noticia. No le costaba nada imaginar la reacción de horror de lady Wortham ante la idea de que Priscilla montara un laboratorio.

Lady Wortham se tomaba muy en serio sus responsabilidades como madre. Su mayor ambición en la vida era ver a su hija casada con un caballero respetable de buena familia. Con preferencia uno que fuera a heredar una fortuna considerable. En este aspecto tenía muchas posibilidades, pensó Emeline, porque Priscilla era una joven muy atractiva.

La verdad era que el cabello de su amiga no se consideraba elegante por ser de un tono dorado, pero, según Emeline, éste complementaba a la perfección el azul de sus ojos. Además, Emeline sabía que no era la única que opinaba de ese modo. A Priscilla nunca le faltaban compañeros de baile en las fiestas y veladas a las que asistían juntas. Independientemente de lo que pensaran quienes imponían la moda, era evidente que las damas con el cabello rubio atraían a numerosos caballeros.

En cualquier caso, Priscilla poseía otras muchas virtudes. Además de un carácter amable y encantador, sus facciones eran bonitas y delicadas y su figura elegante y redondeada.

En opinión de Emeline, era una lástima que lady Wortham insistiera en que su hija vistiera sólo de rosa, un color que no la favorecía.

A pesar de todo, Emeline creía que las mejores características de su amiga eran la inteligencia, el buen humor y el sentido común. Éstos eran los factores que habían propiciado que floreciera una verdadera amistad entre ambas.

Tendrían que haber sido rivales, de hecho, pensó Emeline. Fue lady Wortham quien al principio fomentó y propició su relación, por razones nada altruistas. A la casamentera madre de Priscilla le gustaba la idea de que su hija saliera con Emeline porque el aspecto de su hija destacaba favorablemente en contraste con el de su amiga.

Emeline era consciente de que el rasgo de su persona que más se ajustaba a la moda era su cabellera negra y espesa. En otros aspectos no cumplía los requisitos que los entendidos consideraban necesarios. Era demasiado alta y delgada, y su personalidad excesivamente directa. Esto último no era involuntario. De forma deliberada Emeline había emulado a su tía Lavinia, quien no intentaba ocultar su inteligencia ni dudaba en expresar su opinión.

-Después de estas demostraciones explosivas, necesito un helado refrescante -anunció Anthony mientras se ponía de pie-. ¿Queréis acompañarme?

-No tendrás que preguntármelo dos veces -le aseguró Emeline-. En esta sala hace mucho calor, ¿no creéis?

-La idea de tomar un helado me parece estupenda -confirmó Priscilla-. Es verdad que hace mucho calor. No lo había notado hasta ahora.

Emeline se echó a reír.

-Esto es porque estabas demasiado absorta en las maravillas de las demostraciones del profesor Kirk.

Anthony se apartó para permitir que Emeline y Priscilla caminaran a la cabeza en dirección a la parte delantera de la sala. Hubo una momentánea aglomeración, porque varias personas se levantaron del asiento y se dirigieron hacia la puerta al mismo tiempo.

Cuando el pasillo se despejó, Emeline vio a un hombre que se apoyaba con desenfado en la pared. Una sensación incómoda la invadió. No era la primera vez que Dominic Hood aparecía en los lugares a los que ella y sus amigos iban durante los últimos días.

-Maldita sea -murmuró Anthony detrás de ella-. Hood está aquí.

Priscilla era la única que estaba encantada de verlo.

-No sabía que el señor Hood se interesara por la ciencia.

-¡Qué sorpresa! -gruñó Anthony.

Tranquilízate -le dijo Emeline en voz baja-. No sé por qué tú y el señor Hood os caéis tan mal, pero no quiero ninguna escena desagradable. ¿De acuerdo?

-Lo que sucedió ayer en el museo no fue culpa mía.

-Es posible que el señor Hood metiera la pata al damos su opinión sobre la estatua de Hércules y la Hidra, pero tú lo empeoraste todo cuando le dijiste que no sabía nada de arte.

-Sólo dije la verdad -se defendió Anthony en un gélido tono de orgullo-. Hood no tiene ni idea de arte ni de antigüedades.

-Esto quizá sea cierto, pero fue de muy mala educación decírselo a la cara.

-Debería haberse guardado la opinión sobre la estatua. Me pregunto si es igual de ignorante en lo que a ciencia se refiere.

-Te lo digo en serio, Anthony. No quiero ninguna escena. ¿Entendido?

El esbozó una fría sonrisa que recordaba peligrosamente la del señor March.

-Te doy mi palabra de que no iniciaré una pelea pública -dijo Anthony.

No hubo tiempo para que precisara los detalles de aquella promesa porque ya casi habían llegado a la puerta. Emeline se entretuvo atándose las cintas del sombrero y aprovechó aquellos instantes para observar con más detenimiento a Dominic Hood. Una vez más, se preguntó qué había provocado la hostilidad inmediata que existía entre él y Anthony.

En su opinión podrían haber sido amigos, pensó. A primera vista, parecían tener mucho en común. Dominic era más o menos de la misma edad que Anthony, que había cumplido veintidós años el mes anterior. Ambos tenían una estatura similar y los dos eran de constitución atlética.

También poseían el mismo tipo de elegancia, reflexionó Emeline. El abrigo que vestía Dominic era muy parecido al de Anthony. Ambos eran de color azul oscuro y realzaban sus hombros. Los pantalones plisados y los chalecos estampados de ambos eran casi idénticos. Los dos llevaban bonitas cadenas sujetas a los relojes de bolsillo y unos fulares de un blanco inmaculado anudados con intrincados nudos.

Aunque Dominic parecía disponer de recursos suficientes para permitirse pagar los

servicios de un sastre más caro, el efecto de conjunto era casi idéntico al que conseguía el sastre de Anthony. Esto quizá se debía a que ninguno de los dos dependía de la ropa para causar una impresión en los demás, pensó Emeline. Una fuerte personalidad irradiaba de ambos y habría resultado evidente aunque hubiesen ido vestidos con andrajos.

En aquel momento, Dominic se enderezó e inclinó la cabeza a Priscilla y Emeline.

-Señoritas -dijo-. Es un placer verlas aquí. Tienen ustedes un aspecto excelente.

-Señor Hood -respondió Priscilla en tono jovial-, ayer no nos comentó que pensaba asistir a la conferencia del profesor Kirk.

-La ciencia es una de mis aficiones -contestó él lacónico. A continuación, sus ojos se clavaron en los de Anthony. No había duda del enfrentamiento que existía entre ambos-. ¿Usted se considera tan experto en química y las demás ciencias como en arte y antigüedades, Sinclair?

-No -respondió Anthony con aspereza-. No he estudiado ciencias en profundidad.

-Comprendo -repuso Dominic arrastrando las palabras-. Quizá sea mejor así. La comprensión de los principios de la electricidad, la astronomía y otras ciencias requiere una mente habituada a la lógica y la razón. La ciencia se diferencia del arte y las antigüedades en que no está sujeta a los vaivenes de la moda, el gusto y las emociones, sino que sigue las leyes de la naturaleza.

Emeline notó que Anthony se ponía rígido de rabia y se apresuró a tomar las riendas de la conversación.

-En mi opinión, la conferencia de hoy ha resultado muy ilustrativa -repuso al instante-. Sobre todo la última demostración, con el modelo del volcán.

-Sin duda ha sido muy emocionante -declaró Priscilla.

-Ha resultado entretenida -replicó Dominic encogiéndose de hombros-. En esto estoy de acuerdo. Sin embargo, si se analiza a fondo, me temo que el profesor Kirk es un hombre del espectáculo más que un químico.

Priscilla frunció levemente el ceño.

-¿Qué quiere decir, señor Hood?

Dominic le dedicó su atención.

-En la actualidad estoy trabajando en una fórmula nueva para elaborar fuegos artificiales y les aseguro que producirá efectos mucho más espectaculares que los que Kirk ha conseguido con su estúpido volcán.

Priscilla abrió los ojos como platos.

-¿Dispone usted de un laboratorio propio, señor?

--Así es.

-¡Esto es maravilloso! -exclamó Priscilla mientras exhalaba un suspiro-. ¿Puedo preguntarle qué aparatos e instrumentos posee?

Dominic titubeó y pareció decepcionado. Emeline se dijo que su objetivo, al interceptarlos junto a la puerta, no era precisamente hablar de su laboratorio. Sin embargo, decidió que era mejor conducirlo en aquella dirección.

-Sí, señor Hood -dijo Emeline-, todo esto resulta muy interesante. Por favor, háblenos del equipo de su laboratorio.

-Dispongo de los elementos habituales -cedió él al fin-. Un microscopio, un generador eléctrico, un telescopio, una balanza y algunos instrumentos químicos.

-¡Un generador propio! -exclamó Priscilla con admiración-. Es usted muy afortunado, señor. Daría cualquier cosa con tal de disponer de un laboratorio debidamente equipado.

Emeline sintió que se despertaba su curiosidad.

-¿Puede usted crear chispas que vuelan por el aire como ha hecho el profesor Kirk

esta tarde?

-Desde luego. El espectáculo de luces de Kirk no es más que un simple truco. -Hood se interrumpió, miró a Priscilla y, a continuación, sonrió a Emeline-. Puedo preparar unas demostraciones que las sorprenderán más que las realizadas por Kirk esta tarde.

-Me encantaría verlas -contestó Priscilla sin demora.

-Parece interesante -corroboró Emeline-. Debo admitir que la ciencia no ha llamado mi atención hasta hace poco. Sin embargo, las conferencias del profesor Kirk me han parecido muy estimulantes.

Anthony apretó las mandíbulas.

-Imposible. No podéis ir al domicilio de Hood sin compañía. Las dos lo sabéis muy bien.

Priscilla se sintió decepcionada.

-Me pregunto si podría convencer a mi madre de que nos acompañara. -Pero su tono de voz, no era muy esperanzado, pensó Emeline.

-Dudo que lady Wortham quiera pasar una mañana presenciando demostraciones científicas -replicó Anthony, tajante.

-Supongo que tienes razón -contestó Priscilla en tono de resignación-. A mi madre le interesa, sobre todo, la moda. La mandíbula de Dominic se puso rígida.

-En fin, las cosas son como son. -Anthony consultó su reloj de bolsillo-. Se hace tarde, señoritas. Si queremos detenernos por el camino para tomar un helado, será mejor que nos pongamos en marcha.

Emeline no pudo soportar la terrible decepción que percibió en los ojos de Priscilla.

-Estoy convencida de que no me costará persuadir a mi tía Lavinia de que nos acompañe a presenciar una demostración en su laboratorio, señor Hood.

La expresión de Priscilla se dulcificó en señal de gratitud.

-¿De verdad crees que la señora Lake querrá acompañarnos?

-No veo por qué no -respondió Emeline-. Cuando regrese de su visita al campo se lo preguntaré.

-¡Gracias! -exclamó Priscilla, entusiasmada-. Eres muy amable, Emeline.

Dominic dirigió a Anthony una sonrisa triunfante y, a continuación, realizó una reverencia a Emeline y Priscilla.

-Será un placer entretenerlas a ustedes y a la señora Lake tan pronto como les resulte conveniente -declaró el señor Hood-. Mi residencia está en la calle Stelling.

Hood giró sobre los tacones de sus brillantes botas y bajó las escaleras sin mirar atrás ni una sola vez.

Anthony no dijo nada, pero Emeline notó que la rabia lo dominaba.

Por primera vez en su relación, Emeline se sintió preocupada.

Una hora y media más tarde, después de acompañar a Priscilla, que todavía estaba entusiasmada, a su domicilio, Emeline y Anthony regresaron al número siete de Claremont Lane.

Hacía un día fantástico para dar un paseo, pensó Emeline. Sin duda alguna, no existía un lugar más agradable en la Tierra que Londres durante una tarde de verano. Los rayos del sol calentaban la vegetación exuberante de los parques donde los niños jugaban con pelotas y carruajes en miniatura. Los carritos de los vendedores de flores rebosaban de ramos de vistosos colores. Los vendedores de fruta ofrecían un variado surtido de peras, uva, melocotones jugosos y distintos tipos de bayas. Además, todo el mundo parecía más alegre y vestía de forma más colorida que en invierno.

Sin embargo, quizá se sentía así porque estaba con el hombre al que amaba, pensó

Emeline. Lástima que Anthony estuviera de tan mal humor.

-¿Sabes una cosa? -preguntó ella en un intento por encontrar un tema de conversación inofensivo-. Hasta que Priscilla sugirió que nos apuntáramos a las conferencias del señor Kirk, no sabía que estaba tan interesada en la ciencia. Según me ha contado Priscilla, su madre le dijo que si hablaba de este tema en público sus amistades la considerarían una aburrida.

-Lady Wortham es la aburrida de la familia.

-Sería más exacto decir que es una madre abnegada que hace lo posible para que su hija encuentre un buen partido.

-Ya -respondió Anthony sin mucho interés.

No se podía decir que lo hubiera animado. Algunas veces, reflexionó Emeline, Anthony se parecía a su cuñado. Empezaba a comprender por qué, en ocasiones, Lavinia perdía los nervios con el señor March.

-Dime la verdad -dijo Emeline cuando llegaron al número siete-. ¿Estás enfadado conmigo porque me ofrecí a pedirle a tía Lavinia que nos acompañara a Priscilla y a mí a visitar el laboratorio de Dominic?

-Preferiría no hablar de este asunto.

-No, claro. Prefieres sufrir en silencio. Permíteme decirte que, si bien tu mal humor resulta efectivo al principio, al cabo de poco tiempo se convierte en molesto.

Emeline sacó una llave de su bolso de redecilla y abrió la puerta de la casa. Una brisa suave sopló por el pasillo que recorría la casa de un extremo al otro. La puerta trasera estaba abierta. Emeline miró en aquella dirección y vio unas faldas grises que se movían en el huerto. La señora Chilton estaba recogiendo lechugas y verdura. Se quitó el sombrero y los guantes.

-¿Por qué no me cuentas la razón de que te desagrade tanto el señor Hood?

Anthony cerró la puerta principal y se volvió hacia ella.

-Me desagrada porque conozco sus intenciones.

-¿Ah, sí? Y, en tu opinión, ¿cuáles son sus intenciones?

-Siempre aparece en los lugares a los que vamos porque quiere alejarte de mí.

Emeline se sobresaltó y se interrumpió cuando estaba a punto de colgar el sombrero en una percha. A continuación, se volvió hacia Anthony.

-Esta idea es absolutamente ridícula.

-Al contrario, es la pura verdad.

-Tony, estoy convencida de que no es así.

-Pues yo te aseguro que es cierto.

-Estás celoso -replicó ella llena de asombro.

-¿Me culpas a mí?

-Así es. Te echo la culpa. No tienes ninguna necesidad de preocuparte por mi relación con el señor Hood. Lo único que ocurre es que creo que se siente solo. Es nuevo en la ciudad y es evidente que no tiene amigos ni contactos sociales.

-Su falta de amigos es del todo comprensible. -Anthony dejó caer su sombrero sobre una mesa-. Hood no posee lo que podríamos llamar una personalidad encantadora.

Emeline se acordó de la forma en que Dominic se había mantenido alejado de la multitud en la sala de conferencias.

-Siempre se mantiene un poco distante, ¿no es cierto? Y reconozco que en su actitud hay cierta tensión que le impide estar relajado con los demás. Tengo la impresión de que no ha pasado mucho tiempo en sociedad.

-Desconozco su experiencia en sociedad, pero seguro que dispone de algunos contactos. De hecho, es miembro de mi club.

-¿Allí os presentaron?

-Sí, por desgracia -repuso él en voz baja-. Y desde entonces se ha convertido en mi sombra porque busca la manera de separarnos.

-Anthony, te comportas de una forma ridícula. Te aseguro que no hay ninguna necesidad de...

Emeline se interrumpió mientras soltaba una pequeña exclamación porque, de repente, Anthony dio un paso adelante, la sujetó por los antebrazos y la apretó contra su cuerpo con firmeza.

-No es como los otros caballeros que flirtean contigo, Emeline -dijo él con suavidad-. Ellos son molestos pero inofensivos. Sin embargo, Hood es distinto. Es peligroso.

La irritación de Emeline se transformó en enojo.

-No creerás, ni por un momento, que me siento atraída por él, ¿verdad? ¿Cómo puedes sugerir algo así? ¿En serio crees que soy tan inconstante?

-Desde luego que no. Confío plenamente en ti, Emeline. ¿No lo comprendes? Lo que me preocupa es la determinación de Hood por destruir lo que tú y yo tenemos.

Emeline se relajó un poco.

-Sigo sin creer que ése sea su objetivo. Pero, si lo fuera, te prometo que no lo conseguirá.

Anthony sacudió una vez la cabeza, como si ella fuera la criatura más inocente del mundo.

-Todavía no comprendes mi verdadero temor. Tengo miedo de que te haga daño.

-¿A qué te refieres?

-No me extrañaría que intentara ponerte en una situación violenta. Anthony se interrumpió con el rostro ensombrecido-. O algo peor.

Emeline lo miró a la cara y se dio cuenta de que Anthony creía de verdad lo que acababa de decir.

-¿De verdad crees que él me..., me...? -No consiguió pronunciar la palabra «violaría»-. Esto no tiene sentido. ¿Por qué haría el señor Hood algo tan sumamente increíble?

-Ojalá lo supiera -respondió Anthony en voz baja.

-No puede odiarme tanto -murmuró ella-. Apenas me conoce.

-Estás equivocada, querida. -Anthony sujetó su rostro con las manos-. No creo que te odie.

-Entonces, ¿por qué querría hacerme daño?

-Es a mí a quien desprecia y a quien desea mortificar. Y ha acertado al deducir que nada en el mundo me causaría más dolor y pena que verte herida.

Ella lo observó impresionada por el convencimiento que reflejaban sus palabras.

-Pero si acabas de conocerlo; ¿qué podría hacerle sentir semejante odio hacia ti?

-No lo sé, pero tengo la intención de averiguarlo. Mientras tanto, no quiero que te acerques a él.

-Aunque estuviera de acuerdo en mantenerme alejada de él, sabes muy bien que no puedes evitar que él se acerque a mí. A menos que pretendas mantenerme encerrada en esta casa. Algo que yo no permitiría.

-Maldita sea, Emeline.

Ella le cubrió los labios con los dedos para hacerle callar.

-Fíjate en nosotros. Una vez más parecemos tía Lavinia y el señor March cuando se enzarzan en una de sus acaloradas discusiones. Habíamos decidido manejar estas cuestiones de una forma muy distinta, ¿recuerdas?

El entrecerró los ojos.

-No estamos hablando de nuestra relación.

-Al contrario, esto afecta a la esencia misma de nuestra relación. Se supone que la

nuestra es una conexión armoniosa y metafísica de dos almas gemelas. Y acordamos que no discutiríamos ni nos levantaríamos la voz como suelen hacer mi tía y tu cuñado. Prometimos que no seríamos tan tercos e inflexibles como ellos y que no seguiríamos el camino espinoso que ellos transitan.

Anthony torció un poco la boca. Por primera vez en aquel día, Emeline percibió un brillo de verdadera diversión en sus ojos.

-Empiezo a creer que los dos somos tan tozudos, categóricos e inflexibles como la señora Lake y Tobias. Mucho me temo, Emeline, que es probable que nuestra relación siga un camino tan pedregoso como el suyo.

-Tonterías. Estoy convencida de que, con un poco de esfuerzo, podremos evitar ese destino.

-¿Lo ves? Acabas de confirmar mi punto de vista. Ni siquiera podemos evitar discutir sobre si estamos destinados a discutir o no.

En aquel momento, sus labios estaban muy cerca de los de ella y Emeline sintió que la pasión se desataba en su interior. Sin embargo, intentó mantener la concentración.

-No estamos discutiendo -insistió con la voz entrecortada-. Sólo tenemos una charla seria.

-Llámalo como quieras. -Anthony miró la boca de Emeline como si se tratara de un fruto raro y exquisito que deseara comer-. En este momento no me importa.

-Pero debemos resolver esta cuestión.

-En mi opinión, no podemos resolverla de una forma satisfactoria, de modo que bien podríamos hacer algo distinto y mucho más agradable.

-Anthony, estás intentando cambiar de tema.

-¿En qué lo has notado?

Él la besó y acalló el resto de sus protestas. Por su parte, Emeline se dijo que podían terminar la discusión más tarde. Le resultaba muy difícil pensar con claridad cuando él la abrazaba de aquel modo.

Emeline deslizó los brazos alrededor del cuello de Anthony y se abandonó al placer exquisito del momento. Una oleada intensa de deseo recorrió el cuerpo de Anthony y Emeline no tuvo ninguna duda acerca de la profundidad de su pasión.

Ya se había dado cuenta de que, últimamente, Anthony encontraba ocasiones cada vez más frecuentes para abrazarla. Cada beso era más atrevido y apasionado. Emeline nunca había permitido que ningún hombre se tomara semejantes libertades, pero lo cierto era que nunca había amado a otro hombre.

La sociedad establecía ciertas normas sobre este tipo de cosas. Y ella conocía aquellas normas. Era aceptable que una viuda como Lavinia tuviera una aventura discreta. Sin embargo, una joven que no hubiera estado casada con anterioridad debía evitar cualquier acto que pusiera en entredicho su reputación. Las apariencias lo eran todo en la alta sociedad.

Sin embargo, aquel hombre era Anthony, y ella lo amaba. Además, últimamente, a ella le preocupaba cada vez menos actuar con prudencia.

-Emeline -susurró él junto a su cuello-. ¿Qué vamos a hacer? Te amo. Incluso cuando discutimos, te amo.

-Yo también te amo. -Emeline apretó los brazos alrededor del cuello de Anthony-. Te amo muchísimo.

Él levantó un poco la cabeza para mirarla a los ojos.

-Mi situación actual no me permite pedirte que te cases conmigo. Lo sabes. La triste verdad es que no puedo mantenerte de una forma adecuada.

-¿Cuántas veces tengo que decirte que no me importa el estado de tus finanzas?

-A mí sí que me importa. No te pediré que te cases conmigo hasta que pueda

mantener una casa.

-Eres demasiado orgulloso.

-Es posible, pero esto no tiene importancia ahora porque ya he tomado una determinación. Sin embargo, tengo miedo de que pierdas la paciencia durante la espera. Podría aparecer otro hombre con una situación financiera desahogada, capaz de ofrecértelo todo.

-De ninguna manera -prometió ella-. Si es necesario, te esperaré siempre. Sin embargo, me niego a creer que dos personas tan inteligentes como tú y como yo no puedan encontrar una forma de estar juntas antes de conseguir la solidez económica.

Él esbozó una sonrisa.

-Espero que tengas razón. -Anthony titubeó-. Querida, hay algo que quiero que sepas. No pensaba decírtelo porque es posible que las cosas no salgan como deseo. La verdad es que he comprado una acción en una de las empresas de ultramar de lord Crackenburne con los honorarios que gané ayudando a Tobías en su último caso. Sin embargo, pasarán varios meses antes de que sepa si obtendré o no algún beneficio. Siempre hay cierto riesgo en este tipo de inversiones.

Ella sonrió.

-Yo también tengo una confesión que hacer. La señora Dove nos propuso a tía Lavinia y a mí que invirtiéramos en uno de sus proyectos inmobiliarios. Las casas estarán terminadas en los próximos seis meses. Se venderán o se alquilarán y, si todo sale bien, tendré algo de dinero antes de fin de año. Si unimos nuestros ingresos, estoy segura de que conseguiremos salir adelante.

-Hablando de casas, éste es otro problema. Cuando contraigamos matrimonio tendremos que encontrar un lugar decente para vivir.

-Podemos mudarnos a tu apartamento.

-Ni hablar. Mi alojamiento es apropiado para un caballero soltero como yo, pero nunca se me ocurriría sacarte de esta casita confortable e instalarte en la calle Jasper.

--A mí no me importaría -dijo ella de inmediato. -Pero a mí sí que me importaría. -Anthony frunció el entrecejo-. Ni siquiera hay espacio para un ama de llaves, suponiendo que pudiéramos permitirnos una. -Resopló y abrazó a Emeline con más fuerza-. Se mire como se mire, tendremos que esperar meses antes de anunciar nuestro compromiso. -Hizo una pausa, como si le hubiera sobrevenido una visión repentina y sorprendente, y añadió-: A menos que...

Emeline percibió el repentino cambio de tono de su voz y lo reconoció de inmediato. Se separó un poco de él y lo miró.

-Presiento que has ideado un plan. ¿De qué se trata? -Todo es muy vago de momento. -Anthony habló con cautela, pues no quería despertar las esperanzas de Emeline en un momento tan temprano del proyecto-. Tendré que actuar con mucho tacto y cuidado, pero quizás exista una manera de acelerar un poco las cosas. Emeline se debatió entre la excitación y la frustración. -Cuéntame de qué se trata.

-No. No hasta que tenga una idea sobre si funcionará o no. -Esto es demasiado. Estás poniendo a prueba mi paciencia. Ella lo cogió por las solapas e intentó zarandearlo. Anthony no se movió y la miró con expresión divertida. A continuación, puso su mano encima de la de ella.

-Tú no eres la única que está impaciente, querida. Algunas noches me pregunto si la espera me volverá loco.

-Te comprendo. -Emeline soltó, con desgana, las solapas de Anthony-. Todo esto resulta muy extraño, ¿no te parece? Se podría pensar que unos cuantos besos de vez en cuando ayudarían a aliviar la frustración. Sin embargo, por una u otra razón, cuanto más nos abrazamos más deseo seguir haciéndolo.

Anthony sonrió de forma tan picaresca como sensual.

-Yo también he notado el mismo efecto. -Inclinó la cabeza y le Mordisqueó la oreja.

Emeline suspiró.

Quizá sería mejor que dejáramos de hacer este tipo de cosas. ¿Nada de besos? -Él levantó la cabeza-. No, gracias. Prefiero volverme loco.

Emeline empezó a reír, pero su boca se encontró con la de Anthony y, en lugar de reír, gimió con suavidad. Él tenía razón, decidió Emeline, ella también prefería volverse loca a privarse de sus besos.

Él deslizó una mano detrás de la cintura de Emeline y apretó sus caderas contra las de ella. Emeline sintió el rígido contorno de la excitación de Anthony y él la besó con más intensidad.

Un golpe sordo y fuerte en el escalón de la entrada seguido del ruido de una llave en la cerradura despertó a Emeline del aturdimiento sensual. Anthony se enderezó e intentó dar un paso atrás, pero la puerta se abrió de golpe antes de que pudieran liberarse del mutuo abrazo.

Emeline se sobresaltó al ver a Lavinia entrar en el pequeño recibidor. Tobias, que ayudaba al cochero a transportar un baúl de gran tamaño, la seguía de cerca.

-¡Por fin en casa! -Lavinia se quitó el gorrito de paja amarillo y lo lanzó a la mesa más cercana-. Quien dijo que la vida campestre es un tónico relajante para los nervios, sin duda no tenía ni idea de lo que estaba diciendo.

9

La señora Chilton entró afanosamente en la casa justo cuando Tobías despedía al cochero. El cesto que llevaba rebosaba de productos del huerto. Sorprendida, miró la pequeña multitud que se aglomeraba ante la entrada principal.

-¿Qué pasa? ¿Ha ocurrido algo malo? No los esperaba hasta mañana, señora.

-Ha habido un cambio de planes, señora Chilton -contestó Lavinia-. Es una historia muy larga, pero el señor March y yo estamos hambrientos. La comida de la posada donde nos detuvimos era espantosa. Aunque supongo que eso forma parte del completo desastre que ha constituido el viaje.

-La señora Lake tiene razón -dijo Tobías-. La comida era horrible. Yo también siento punzadas de hambre.

La señora Chilton resopló.

-No me cabe duda. Está bien, prepararé un refrigerio.

-Gracias. -Tobias sonrió-. ¿No tendrá, por casualidad, una de esas estupendas tartas de grosella que prepara? He estado soñando con ellas desde que nos detuvimos en la posada.

La señora Chilton le lanzó una mirada recriminatoria.

-Me sorprende que después del largo y agotador viaje le queden fuerzas para comer tartas de grosella.

-La suspensión del carruaje de Vale es tan buena que he podido descansar un poco.

Lavinia frunció el ceño al oír aquella mentira comentada con tanta naturalidad. Tobias no había pegado ojo durante el viaje de vuelta a casa. Los dos habían pasado la mayor parte del tiempo elaborando una estrategia y hablando del nuevo caso.

La señora Chilton chasqueó la lengua y sacudió la cabeza.

-Creo que quedaron una o dos tartas de la hornada que preparé para que se llevaran al campo.

-Le estoy muy agradecido, señora Chilton -dijo Tobias con exagerada humildad.

Lavinia los observó con atención. No era la primera vez que sospechaba que ambos compartían una broma secreta que ella desconocía. Tobias y la señora Chilton no eran los únicos que, de una forma inexplicable, parecían divertirse. Anthony miraba al suelo intencionadamente mientras retorcía los labios, y Emeline se volvió, de una forma precipitada para colgar el sombrero amarillo en una percha.

Lavinia no aguantó más. Apoyó las manos en las caderas y miró a Tobias con los ojos entrecerrados.

-¿Más tartas de grosella? Permíteme decirte que durante las últimas semanas te has

mostrado obsesivo con las grosellas. No cesas de pedir a la señora Chilton que te prepare alguna delicia elaborada con grosellas. Te aseguro que, últimamente, hemos comido suficiente mermelada, pasteles y tartas de grosella para alimentar a todo un ejército.

-Por lo visto a mi dieta le falta algo que sólo lo suplen las grosellas -repuso Tobias.

-Llevaré la bandeja con la comida a la biblioteca -dijo la señora Chilton, y se alejó a toda prisa por el pasillo en dirección a la cocina.

A regañadientes, Lavinia decidió abandonar, por el momento, el tema de las grosellas. Tenía otras cuestiones más apremiantes que resolver. Entró en su estudio y dejó la libreta que había sacado del bolso encima de una mesita. A continuación se acercó al aparador.

-Os contaremos la historia completa -aseguró a Anthony y Emeline-. Pero, antes, Tobias y yo necesitamos un tónico.

-No tengo ninguna objeción -declaró Tobias mientras se dejaba caer en el sillón más amplio de la sala. Apoyó el pie izquierdo sobre un taburete, como si estuviera en su casa, algo que, últimamente, se había convertido en un hábito.

Lavinia todavía no estaba segura de cómo le sentaba la soltura con que Tobias había empezado a integrarse en su vida cotidiana. Había ocurrido de forma progresiva durante los últimos meses, reflexionó. Tobias poseía una casa propia muy confortable en la calle Slate, a sólo unas manzanas de allí, pero cada vez pasaba menos tiempo en ella. Por otro lado, había tomado la costumbre de presentarse en casa de Lavinia siempre que se le ocurría.

Lavinia solía quejarse a Emeline y la señora Chilton por la frecuencia con que Tobias aparecía en su casa justo a la hora del desayuno. Además, no tenía ningún reparo en sentarse a la mesa y servirse café y huevos. Y también poseía el increíble don de aparecer justo cuando ella se encontraba sola en la casa. En aquellas ocasiones su sincronización era asombrosa, reflexionó Lavinia. Tobias parecía saber con exactitud cuándo Emeline y la señora Chilton estaban fuera de la casa y, con frecuencia, aprovechaba aquellos momentos de privacidad para hacer el amor con ella de una forma apasionada, aunque, a decir verdad, con cierta prisa.

Lavinia solía contar, a todo el que la escuchaba, que le resultaba exasperante tener a Tobias continuamente en torno a ella. Sin embargo, lo cierto era que se estaba acostumbrando a verlo por allí. La idea de que, en el fondo, le gustaba tenerlo cerca, la desconcertaba.

Diez años antes, al casarse con John, no había experimentado ninguna de aquellas dudas. Entonces estaba enamorada de aquel dulce poeta y el matrimonio fue la lógica culminación de su relación romántica.

Sin embargo, su unión sólo duró un año y medio, porque John falleció a causa de una enfermedad pulmonar. Durante cuatro años Lavinia tuvo que abrirse paso sola en el mundo, hasta que Emeline se trasladó a vivir con ella. Lavinia era consciente de que la responsabilidad de cuidar de si misma y de su sobrina la había cambiado en varios aspectos. Ya no era la misma mujer que años atrás.

Ahora, no sólo era mayor y tenía más conocimiento del mundo, pensó Lavinia, sino que, además, valoraba la libertad y la independencia que su condición de viuda le otorgaba. A diferencia de Emeline, ya no estaba sujeta a las estrictas normas del decoro que gobernaban las vidas de las jóvenes solteras. Si quería, podía permitirse disfrutar de aventuras amorosas ocasionales. Lo único que se le exigía, en aquella etapa de su vida, era actuar con discreción. Las viudas gozaban de lo mejor de los dos estados, se dijo Lavinia. Podían saborear los placeres de la pasión y, al mismo tiempo conservar el control sobre su vida y la independencia que les permitía el hecho de no estar casadas.

En algún momento, Lavinia llegó a la conclusión de que no volvería a casarse. Y aquella idea la hizo sentirse bien.

Hasta hacía poco. Ahora, ya no lo veía tan claro. De hecho, pensó Lavinia, en aquel momento su futuro le parecía bastante oscuro.

Enamorarse de Tobías la había pillado por sorpresa y, además, le resultaba una experiencia perturbadora. Incluso había necesitado cierto tiempo para comprender lo que sucedía. Al principio, no identificó lo que sentía por Tobías con los lazos del amor, porque lo que sentía hacia él era muy distinto a los sentimientos tiernos e inocentes que experimentó durante su matrimonio.

Aunque habían transcurrido diez años desde la muerte de John, por lo que podía recordar nunca estuvieron en desacuerdo, ni mucho menos discutieron. Claro que, en realidad, nunca hubo mucho por lo que discutir, reflexionó Lavinia en un momento de inspiración repentina. Lo cierto era que John estuvo encantado de dejar todas las decisiones en manos de Lavinia.

El se dedicó por completo a su poesía. De hecho, su mayor deseo era que lo liberaran de los molestos detalles de la vida cotidiana, incluida la necesidad de ganarse la vida.

Ella se encargó de todo desde el inicio de su matrimonio. La genialidad poética de John no fue reconocida por sus contemporáneos y él no consiguió obtener ingresos de sus escritos de modo que Lavinia, no sólo se hizo cargo de la administración de la casa, sino que los mantuvo a ambos gracias a sus habilidades hipnóticas.

Aquel acuerdo funcionó bien durante el breve periodo de su matrimonio. Lavinia se sentía satisfecha. Se dijo a sí misma que John la había amado y estaba convencida de que así era. Sin embargo, al mirar atrás, ahora se daba cuenta de que él reservó sus pasiones más profundas para sus escritos.

Quizás ésta fuera la verdadera razón de que nunca discutieran, pensó Lavinia. Aparte de sus poemas, a John no le interesó nada lo suficiente como para discutir.

Sin embargo, su relación con Tobías era completamente distinta. Las emociones que brotaban con tanta facilidad entre ellos eran mucho más intensas que las que experimentó con John. Además, sus acaloradas discusiones solían acabar haciendo el amor de una forma apasionada.

Lavinia debía reconocer que no podía manejar a Tobias del mismo modo que manejó a John. Y todavía no estaba segura de cómo se sentía respecto a esta cuestión.

Una relación de amantes era la solución perfecta, se dijo Lavinia. Aquella conclusión se había convertido para ella en una letanía habitual, una que se repetía con frecuencia de noche, cuando estaba sola y despierta en la cama.

Lavinia descartó aquellos pensamientos inquietantes y sirvió el jerez en las copas. Cuando se volvió para dar una de ellas a Tobias vio que él se masajeaba, con aire ausente, la pierna izquierda. Frunció el ceño. -¿Te molesta la herida? -le preguntó.

-No te preocupes. -Tobias tomó la copa-. El largo recorrido en carruaje me ha provocado cierta rigidez en la pierna. Una copa de jerez solucionará el problema. -Ingirió la mitad del contenido de la copa y contempló la pequeña cantidad de líquido que quedaba-. Aunque, bien pensado, creo que necesitaré dos o tres.

Lavinia volvió a llenarle la copa, se sentó y apoyó los talones en un taburete.

-No sabéis lo bien que se está en casa -comentó a Emeline y Anthony.

Emeline se sentó en una silla cerca del globo terráqueo que había en el estudio. Su hermoso rostro reflejaba preocupación.

-¿Qué ha ocurrido en el castillo Beaumont? -Ha sido un completo desastre -repuso Lavinia.

Tobias bebió más jerez y apuntó con expresión pensativa:

-Yo no diría eso. También hubo buenos momentos. Lavinia percibió el brillo de sus

ojos y supo que recordaba el apasionado episodio que compartieron la noche anterior en su dormitorio. Le lanzó una mirada recriminatoria, pero él pareció no darse cuenta.

-Soltadlo ya. -Anthony se apoyó en el borde del escritorio y se cruzó de brazos-. Emeline y yo ya no aguantamos más el suspense. ¿Qué ha ocurrido para que regresarais a Londres con tanta precipitación?

-¿Por dónde empezar? -Tobias hizo girar la copa de jerez medio vacía entre las palmas de las manos-. Supongo que el asesinato de lord Fullerton ha constituido un hecho decisivo.

-¿Asesinato? -Emeline abrió la boca sorprendida. A continuación,
su expresión se iluminó con interés-. Bueno, esto sin duda explica ciertas cosas.

Desde luego. -El entusiasmo de Anthony era evidente-. ¿Puedo deducir que tenemos un nuevo caso?

-Así es. -Lavinia lanzó una mirada rápida a Tobias-. Suponiendo que nuestro nuevo cliente pueda pagar los honorarios. Por lo que recuerdo, no hablamos de esta cuestión.

Tobías apuró el contenido de su copa.

-La señora Gray podrá costear nuestros honorarios sin ningún problema.

-Propongo que empecéis desde el principio y nos lo contéis todo -declaró Emeline.

Lavinia tendió el brazo hacia Tobias.

-Puedes hacer los honores. Yo necesito más jerez.

Tobias le alargó la copa para que ella se la llenara de nuevo. A continuación, les explicó los sucesos acontecidos en la finca Beaumont.

Lavinia lo escuchó con atención mientras vertía jerez en las dos copas y, después, volvió a sentarse. Se sintió aliviada al comprobar que no comentaba ciertos detalles, como la razón de que ella recorriera a hurtadillas los pasillos del castillo a una hora tan tardía.

Cuando Tobias terminó su relato, Emeline y Anthony tenían numerosas preguntas, comentarios y sugerencias que formular.

-En este caso, el tiempo es absolutamente esencial -comentó Anthony-. Necesitaréis un poco de ayuda.

-En efecto. -Tobias apretó la copa con la mano-. Desde luego necesitaremos algo de ayuda.

-Durante el viaje de regreso a Londres, hemos ideado ciertos planes -explicó Lavinia. Cogió la libretita que había dejado sobre la mesa unos minutos antes y la abrió-. Hay varias líneas de investigación que debemos seguir. El anillo que encontramos en el dormitorio de Fullerton parece antiguo. Es posible que el asesino lo comprara o lo robara en algún anticuario.

Con aire ausente, Emeline hizo girar el globo terráqueo y adoptó una actitud pensativa.

-También es posible que alguien lo empeñara a un joyero y que, luego, éste lo vendiera.

Tobias asintió con la cabeza.

-Es cierto. Sin embargo, no parece el tipo de anillo que un joyero compraría.

-No hay mucha demanda de anillos mortuorios estos días -intervino Lavinia-. No están tan de moda como hace un tiempo.

-El anillo constituye una pista y no podemos ignorarla -añadió Tobias.

Anthony lo miró.

-Emeline y yo tenemos que interrogar a los anticuarios y a los joyeros que podrían saber algo sobre este tipo de anillos, ¿no es así?

-Así es -respondió Tobias-. También está la cuestión de la peluca.

-Una peluca rubia... -Emeline reflexionó brevemente-. No está nada de moda.

-En nuestra opinión, precisamente en este hecho radica la cuestión -explicó Lavinia-. El asesino quería asegurarse de que, si lo veían, lo único que recordarían los testigos con claridad sería el cabello rubio de una mujer. ¡Ah, y hay otra cuestión! Tobias está convencido de que el asesino es un hombre, pero yo tengo mis reservas.

Anthony miró a Tobias con expresión interrogativa.

-La intuición me indica que tratamos con un hombre -declaró Tobías-. Sin embargo, es posible que Lavinia tenga razón y no podemos descartar la posibilidad de que el nuevo Portador de la Muerte sea una mujer.

-Muy bien. -Anthony se enderezó-. Emeline y yo averiguaremos lo que podamos sobre la peluca rubia y el anillo mortuorio.

-El primer paso es confeccionar una lista de tiendas de pelucas y de anticuarios especializados en anillos antiguos -indicó Emeline. Tobias frunció el ceño.

-Tened cuidado cuando realicéis los interrogatorios. Tratamos con un asesino que me ha retado de forma directa. Me temo que quiere jugar una partida de ajedrez sangrienta, como hizo Zachary Elland en su momento. Quiero asegurarme de que su atención siga centrada en mi persona y, de ninguna manera, quiero que sienta interés por ninguno de vosotros. ¿De acuerdo?

-No se preocupe -respondió Emeline con rapidez-. Anthony y yo seremos muy cautelosos en nuestra investigación. -A continuación, sonrió--. Después de todo éste es el lema de nuestra pequeña agencia, ¿no es cierto? «Discreción asegurada.»

-¿Qué haréis tú y la señora Lake mientras nosotros indagamos acerca del anillo y la peluca? -preguntó Anthony.

Tobias miró a Lavinia.

-Nuestro primer objetivo es descubrir quién se beneficia más con la muerte de Fullerton.

-Desde luego. -Emeline sonrió-. Supongo que esto les resultará muy fácil. «Sólo tienen que buscar al heredero», como suele decir usted mismo.

Lavinia dio unos golpecitos con la libretita en el brazo de su sillón.

-Nuestro segundo objetivo quizá resulte mucho más complicado de alcanzar. Queremos averiguar si se han cometido asesinatos similares durante los últimos meses y, de ser así, quién se benefició de las muertes.

-El Portador de la Muerte se enorgullecía de su profesionalidad. -Tobias apoyó la cabeza en el respaldo del sillón y cerró los ojos-. Elland no asesinaba al azar. Aparte de su trabajo como espía, cada muerte llevaba implicada una transacción económica.

10

Tobias y Anthony se marcharon una hora más tarde, después de haber devorado una

tarta entera de patatas y puerros, un gran trozo de queso, una generosa ración de salmón ahumado, casi una barra entera de pan y varias tartas de menor tamaño.

-Sin duda, el señor March y el señor Sinclair han sido bendecidos con un apetito considerable -declaró la señora Chilton con aire de satisfacción mientras retiraba los platos vacíos-. Yo siempre digo que el buen apetito en un hombre es signo de una constitución saludable.

-No sé cómo podría nadie alimentar dos constituciones saludables como las suyas día sí y día también -murmuró Lavinia-. De verdad espero que no tomen por costumbre aparecer por aquí a la hora de la comida o de la cena. Ya resulta bastante costoso dar de desayunar al señor March todas las mañanas, por no hablar de los días en que aparece con Anthony. Os aseguro que si los dos tomaran con nosotras todas las comidas diarias, P[r]onto tendríamos la despensa vacía.

-¡Tonterías! -Emeline cogió su taza de té y arrugó la nariz-. La situación no es tan dramática y tú lo sabes. La verdad, Lavinia, es que siempre que hablas de las pequeñas excentricidades y manías del señor March exageras.

-¿Llamas a su apetito una pequeña excentricidad? -Lavinia extendió una mano para señalar las pocas migas que quedaban en los platos-. ¡Santo cielo! ¡Pero si él solo se ha comido todas las tartas de grosella que ha cocinado la señora Chilton!

La señora Chilton sacudió la cabeza y recogió la bandeja.

-¡Seguro que me pedirá que esta semana vaya a comprar más grosellas! La apetencia del señor March por las grosellas parece no tener límite.

-Sí, yo también lo he notado. -Lavinia se quitó los botines y deslizó los pies, enfundados en unas medias, en unas confortables zapatillas-. La verdad es que se las come como si creyera que son una especie de tónico estimulante.

Emeline tosió y carraspeó de forma brusca.

-Lo siento -murmuró mientras se tapaba la boca con una servilleta-. Me he atragantado con el té.

La señora Chilton hizo un ruido extraño y salió a toda prisa por la puerta. Uno de aquellos días, pensó Lavinia, descubriría por qué las grosellas causaban semejante efecto en los demás.

-La verdad es que estoy exhausta -comentó Lavinia-. El carruaje de Vale tenía una suspensión excelente y era muy confortable, pero el viaje desde el castillo Beaumont es muy largo. Creo que esta noche me retiraré pronto a la cama. Mañana será un día muy ajetreado.

Emeline la observó con atención por unos instantes y, a continuación, dejó la taza sobre la mesa con lentitud.

-¿Te lo pasabas bien en la fiesta antes de que ocurriera aquel horrible suceso?

-¡Oh, sí! Aparte de un molesto incidente relacionado con un cambio de habitación, todo resultó muy divertido. Lo cierto es que esperaba con expectación el resto de las actividades programadas. Bueno, hasta que descubrí a Cleopatra en el dormitorio de Tobias.

Emeline la miró.

-¿Perdona?

-Nuestra nueva dienta, Aspasia Gray, iba disfrazada de Cleopatra.

-Comprendo; pero ¿qué hacía en la habitación del señor March?

-Excelente pregunta. Yo también me la he formulado. -Lavinia tamborileó con los dedos en el apoyabrazos de su sillón-. Como ha dicho Tobias hace un rato, son viejos amigos.

-¿La clase de viejos amigos que se reúnen en el dormitorio? -preguntó Emeline mientras elevaba la voz.

-Tobias me ha asegurado que nunca tuvieron este tipo de relación.

-Comprendo. -Emeline parecía preocupada-. ¿Y tú lo crees?

Lavinia, sorprendida por la pregunta, la miró con extrañeza.

-Sí, desde luego. Tobías tiene pequeñas excentricidades y manías corno tú has señalado, pero mentirme de una forma directa sobre una cuestión como ésta no es una de esas excentricidades.

Emeline relajó el entrecejo con expresión de complicidad.

-Los dos os tenéis confianza, ¿no?

-Mmm. Es cierto que Tobias responde a mis preguntas con honradez. -Lavinia exhaló un profundo suspiro-. El problema, por lo que parece, es formularle las preguntas adecuadas.

-Supongo que cabe esperar que un hombre de la edad del señor March, y con su experiencia del mundo, desee mantener en secreto algunos asuntos de su pasado.

-También es cierto que, por naturaleza, al señor March le gusta guardar sus secretos -murmuró Lavinia.

-Este nuevo caso te preocupa, ¿no es cierto?

-Así es, pero por una buena razón: estamos tratando con un asesino.

-Aun así, tengo la impresión de que los lazos de este caso con el pasado del señor March aumentan tu preocupación.

Lavinia apretó los labios.

-Varios aspectos de este caso me preocupan, y uno de ellos es nuestra dienta.

-¿Qué es lo que te inquieta de Aspasia Gray?

-Seguramente tiene que ver con el hecho de que la primera vez que la vi tenía los brazos alrededor del cuello de Tobias.

-¡No me digas que el señor March la estaba besando! -Emeline estaba horrorizada-. Pero si me acabas de decir que la naturaleza de su amistad no te inquietaba.

-Según Tobias, ella intentaba besarlo como prueba de gratitud o una tontería por el estilo. Él me ha asegurado que no participó en el acto de una forma voluntaria y, como te he dicho, yo lo creo.

Emeline se relajó un poco.

-Ya veo. Supongo que lo del beso es comprensible. La señora Gray actuó de una forma muy directa debido a su antigua relación con el señor March y el pobre señor March no supo cómo manejar la situación con caballerosidad.

-Desde que conozco al «pobre» señor March, hace ya unos meses, nunca lo he visto en una situación que no supiera manejar -replicó Lavinia-. Con caballerosidad o de cualquier otra forma.

-Sí, claro. Estoy de acuerdo en que nunca parecen faltarle recursos y que es una persona muy competente.

Lavinia contempló sus zapatillas un momento.

-Confío en Tobias -soltó finalmente-, pero no confío en Aspasia Gray.

-Bueno, de hecho uno de los axiomas del señor March es que nunca se debe confiar por completo en el cliente, ¿no es así?

-Estoy muy dispuesta a aplicar esta norma en el caso que nos ocupa. -Lavinia juntó las puntas de las zapatillas-. Pero me temo que Tobias no sigue su propio consejo con Aspasia.

-Tranquilízate, Lavinia. El señor March es muy prudente en estas cosas. Estoy convencida de que no permitirá que sus sentimientos hacia la señora Gray influyan en su sentido común.

Lavinia dio unos golpecitos en el suelo con las zapatillas.

-Esperemos que así sea. En cualquier caso, poco podemos hacer respecto a este

problema en este momento. Lo que resulta indudable es que Tobias no puede rechazar este caso, aunque lo deseara.

Emeline asintió con la cabeza en señal de acuerdo.

-Y mientras él esté involucrado en este caso, tú también lo estarás.

-No puedo permitir que lleve a cabo esta investigación solo.

-Lo comprendo. -Emeline levantó la taza, pero no llegó a beber. Estudió a Lavinia, indecisa, y, al cabo de unos segundos, se decidió-. Ya que tratamos cuestiones de naturaleza personal relacionadas con el señor March, desearía hablar de una cosa contigo.

Lavinia cruzó los brazos.

-Si se trata de tu relación con el señor Sinclair, ¿podríamos hablar de eso en otro momento? Sé que estás enamorada de él. Sin embargo, él parece un joven responsable y honorable y dudo que pida tu mano hasta que esté bien situado. Y teniendo en cuenta su, más bien, precaria profesión como ayudante de Tobias, es probable que pase algún tiempo hasta que lo consiga. Hasta entonces, me parece que lo mejor sería que tú...

-No quiero hablar sobre mi relación con Anthony -la interrumpió Emeline con una contundencia sorprendente-, sino sobre la tuya con el señor March.

Lavinia la miró con fijeza, parpadeó un par de veces y, al final, consiguió recuperar el dominio de sí.

-¿De qué me hablas?

-Por favor. Ya no soy una niña. Además, cuando estuvimos en Roma con la espantosa señora Underwood aprendí mucho sobre el mundo. Soy muy consciente de que tú y el señor March tenéis una relación muy íntima.

-Ah. Sí. Bueno. -Lavinia sintió que el calor le subía a las mejillas. Aquello era ridículo. Después de todo, ella era una mujer de mundo. A continuación, se aclaró la garganta-. La naturaleza exacta de mi relación con Tobias es una cuestión estrictamente personal, Emeline.

-Sí, desde luego. -Emeline ni siquiera parpadeó-. La cuestión es que, aunque sin duda se trata de algo personal, no es exactamente un secreto, si entiendes lo que te digo.

-Sería muy difícil no entender lo que dices. ¿Cuál es el objetivo de esta conversación?

Emeline respiró hondo.

-Ya me he dado cuenta de que tú y el señor March pasáis más y más tiempo juntos en los últimos tiempos.

-En ocasiones, nuestra relación profesional requiere que pasemos tiempo juntos -dijo Lavinia en tono desalentador, con la leve esperanza de disuadir a Emeline de su actitud-. Debemos consultarnos con frecuencia acerca de nuestras pesquisas. Lo sabes muy bien.

Emeline no se sintió disuadida ni desalentada. Sus delgadas cejas oscuras formaron una línea que reflejaba determinación.

-Debo ser sincera contigo. Las dos sabemos que la razón de que fuerais juntos al castillo Beaumont no era profesional.

-Me siento bastante cansada. -Lavinia se frotó las sienes con las puntas de los dedos-. ¿Podrías decirme por qué, de repente, te preocupa mi asociación con el señor March? Santo cielo, creía que te gustaba. Además, si la memoria no me falla, te cayó mucho mejor a ti que a mí cuando lo conocimos.

-La verdad es que me gusta. Y mucho. -Emeline dejó la taza de té sobre la mesa-. No son mis sentimientos por él lo que estamos discutiendo.

-Mmm.

-Tía Lavinia, dime la verdad. ¿Estás enamorada del señor March o no?

-Mmm.

-El parece enamorado de ti.

Mmm. -Lavinia miró hacia la puerta y se preguntó si podía alegar una enfermedad repentina y echar a correr hacia las escaleras.

-Todo el mundo sabe por qué dos personas que tienen una relación Personal aceptarían una invitación a una fiesta particular multitudinaria.

-Desde luego. -Lavinia crispó las manos sobre los brazos de su sillón-. Por los largos paseos al aire libre, por la posibilidad de disfrutar de la naturaleza y por las alegres actividades campestres.

-No soy tan inocente, tía Lavinia. Y tú lo sabes bien. Es del dominio público que las fiestas particulares ofrecen oportunidades de estar a solas a las damas y los caballeros que tienen una relación romántica. No pretendas convencerme de que no era esto lo que el señor March y tú planeabais hacer en el castillo Beaumont.

-Fueran cuales fuesen los planes que el señor March y yo tuviéramos en relación con nuestro entretenimiento personal, fueron quebrantados de una forma radical por el fallecimiento de lord Fullerton, te lo aseguro.

-Lo comprendo; pero la cuestión es que habíais hecho planes.

La incomodidad se transformó en enfado.

-Aceptar la invitación al castillo Beaumont no fue idea mía sino de Tobias.

-Sin embargo, tú aceptaste realizar el viaje -insistió Emeline-. Debías de saber lo que aquello implicaba.

-Ya es suficiente. -Lavinia se puso de pie y se acercó a la ventana-. ¿Cuál es el objetivo de este interrogatorio tan personal?

-Perdóname, pero creo que debo ser franca -explicó Emeline con calma-. Esperaba que, cuando regresarais de la fiesta, tú y el señor March anunciaríais vuestro compromiso.

A Lavinia se le secó la boca. De repente, el suelo pareció desvanecerse bajo sus pies. Alargó el brazo y se sujetó a la cortina para no perder el equilibrio.

-¿Qué es lo que esperabas? -consiguió decir, por fin.

-Ya me has oído -respondió Emeline-. Suponía que el señor March te pediría que te casaras con él durante vuestra visita a la finca Beaumont.

Lavinia se volvió.

-¿Qué te induce a pensar esto?

-Llevo viviendo contigo varios años y creo que te conozco lo suficiente para afirmar, sin lugar a dudas, que tu relación con el señor March es especial. -Emeline se puso de pie-. Ya sé que, durante los últimos años, has tenido una o dos relaciones amorosas, pero ninguna de ellas llegó a ser tan importante. Y, desde luego, a ninguno de aquellos caballeros se le permitió desayunar con nosotras con asiduidad. Ni tampoco fuiste con ninguno de ellos a una fiesta privada.

-Emeline...

-Acabas de admitir que estás enamorada del señor March y a él también pareces gustarle mucho. Tengo todo el derecho del mundo a suponer que vuestra relación acabará en matrimonio.

-¿Todo el derecho del mundo? -Lavinia se dio cuenta de que estaba estrujando la cortina. Con sumo cuidado, la soltó y alisó los pliegues-. Pues bien, tu suposición es incorrecta.

El rostro de Emeline reflejó una mezcla de sorpresa e indignación.

-¿Me estás diciendo que el señor March ni siquiera ha mencionado el tema del matrimonio?

-No, no lo ha mencionado. -Lavinia levantó la barbilla-. Además, no existe ninguna razón para que lo haga. Yo no espero una oferta de matrimonio por su parte.

-No puedes estar hablando en serio, Lavinia.

-La cuestión es, Emeline, que nuestra relación actual nos complace mucho a ambos.

Emeline extendió los brazos.

-Pero ¡tal y como es ahora, vuestra relación no es nada convencional, es una aventura! No podéis seguir así para siempre.

El tono de censura de su voz era muy molesto, pensó Lavinia.

-No sé por qué no podemos continuar así de forma indefinida. Muchas damas tienen aventuras duraderas.

-Pero tú no, Lavinia.

-¡Santo cielo! No tienes por qué escandalizarte. -Lavinia sintió la necesidad de tomar otra copa medicinal de jerez, de modo que regresó junto al aparador y abrió la puerta de un tirón-. Sabes muy bien que, aunque la reputación de una mujer de tu edad y clase social se vería arruinada por una relación tan poco convencional, yo, como viuda, puedo hacer lo que me plazca en estas cuestiones.

-Soy muy consciente de que la sociedad tiene normas distintas para cada una de nosotras -contestó Emeline con frialdad-. Pero esto no significa que sea adecuado que otorgues tus... tus favores al señor March sin llegar a un acuerdo respecto al futuro de vuestra relación.

-Por Dios, Emeline, haces que me sienta como una mujer de vida alegre.

Emeline tuvo la gentileza de ruborizarse.

-No pretendía sugerir nada por el estilo. Pero debo decirte que desde principio supuse que las intenciones del señor March eran honorables.

-¡Oh, por todos los santos! -Lavinia se sirvió jerez en la copa que había utilizado antes-. ¡Sus intenciones son honorables!

-No sé cómo puedes decir tal cosa cuando no te ha pedido en matrimonio.

-No puedo creer que pretendas sermonearme en relación con el decoro y el buen comportamiento.

-Me incomoda mucho decir esto, pero creo que debemos tener en cuenta la posibilidad de que el señor March se esté aprovechando de ti deliberadamente.

Aquello era demasiado.

-¿Aprovecharse?, ¿de mí? -Lavinia apuró el jerez y dejó la copa de golpe-. ¿Te ha pasado por la cabeza que quizá sea yo la que se esté aprovechando del señor March?

Emeline se quedó boquiabierta por la sorpresa.

-¿Qué quieres decir?

-Contempla la cuestión desde mi punto de vista. -Lavinia se dirigió hacia la puerta-. Tal como están las cosas ahora, tengo todo lo que una mujer de mi situación podría desear. Disfruto de una relación íntima con un caballero, pero no tengo que realizar ninguno de los sacrificios a los que las mujeres casadas se ven obligadas. Conservo todos mis derechos, tanto legales como económicos. Puedo ir y venir a mi antojo. Dirijo mi propio negocio. No tengo que responder ante ningún hombre. La verdad, Emeline, este tipo de relación tiene muchos aspectos positivos.

La sorpresa asomó a los ojos de Emeline.

Lavinia no esperó a que se recuperara. Salió de la habitación y subió las escaleras con rapidez.

Sólo cuando se encontró a solas en el santuario de su dormitorio, reconoció ante sí misma que había mentido a Emeline descaradamente.

No era que todo lo que le había dicho a Emeline fuera inexacto o mentira. Había muchas y excelentes razones por las que estaba mejor sin casarse, desde luego. Sin embargo, ninguna de ellas era la verdadera razón por la que temía casarse con Tobias.

11

-Está claro que la vida campestre no está hecha para ti, March. -Lord Crackenburne enarcó las erizadas cejas por encima de la montura de sus lentes-. Déjame ver si lo he entendido bien. A lo largo de la única noche que pasaste bajo el techo de Beaumont, se produjo una muerte misteriosa, encontraste pruebas de que un nuevo Portador de la Muerte está actuando y una dama de tu pasado te colocó en una situación comprometida delante de tu buena amiga la señora Lake.

-Y esta entretenida lista no se acaba aquí. -Un brillo de sarcasmo iluminó los ojos de lord Vale-. No olvidemos que la culminación de tu memorable visita al campo fue la solemne expulsión de ambos del castillo antes del desayuno.

Tobias estiró la pierna izquierda, que todavía le dolía a causa del largo viaje del día

anterior, y se arrellanó en el sillón. Era la una de la tarde y la sala del club estaba muy poco concurrida. Él, Crackenburne y Vale tenían la estancia casi para ellos solos. Aquello no resultaba sorprendente, reflexionó Tobias. El día era agradable y, seguramente, la mayoría de los miembros del club que se habían quedado en la ciudad aquel verano habían encontrado ocupaciones más interesantes en el exterior, al calor del sol. Los caballeros no volverían a sus clubes hasta bien avanzada la tarde, cuando el whist, el vino de Burdeos y el cotilleo los reclamaran de nuevo puertas adentro.

En aquella época del año, las exigencias de la vida social disminuían de forma considerable. La temporada alta, con su programa riguroso de bailes, veladas y fiestas, había terminado a todos los efectos. Muchas de las anfitrionas más afamadas ya se habían retirado a sus fincas de verano.

Sin embargo, no todos los miembros de la alta sociedad abandonaban Londres en verano. Por diversas razones -como los largos e incómodos viajes, la falta de una residencia apropiada o el simple tedio de la vida campestre-, un buen número de las personas que se movían en los círculos de la alta sociedad preferían permanecer en la ciudad.

Y unos pocos, como Crackenburne, ni siquiera abandonaban el club.

Se podía decir que, desde el fallecimiento de su esposa varios años antes, el conde había trasladado su residencia a la sala del club. Crackenburne era un elemento tan familiar en aquel lugar que los demás socios casi lo ignoraban, como si se tratara de un viejo y confortable sofá o una alfombra desgastada. Incluso cotilleaban con toda libertad en su presencia, como si estuviera sordo. El resultado era que Crackenburne asimilaba los rumores y las noticias como una esponja absorbe el agua. De hecho, conocía algunos de los secretos más bien guardados de la mayoría de los socios.

-No puedo asumir toda la responsabilidad por haber sido expulsados del castillo Beaumont -explicó Tobias-. La señora Lake ha jugado un papel primordial en este pequeño melodrama. Si no hubiera insistido en que Beaumont reconociera que se había cometido un asesinato bajo su techo o, para ser más exacto, sobre su techo, no nos habrían pedido que nos marcháramos de una forma tan poco ceremoniosa.

Crackenburne parecía divertido.

-No podemos culpar a Beaumont por no querer reconocer la causa del fallecimiento de Fullerton. Un rumor así provocaría que algunos de los miembros menos aventureros de la sociedad no aceptaran futuras invitaciones a las fiestas de su esposa. Lady Beaumont se pondría furiosa si su reputación como anfitriona se viera arruinada por unos rumores de asesinato.

-Es cierto. -Tobias se arrellanó todavía más en su asiento-. Y la verdad es que no disponíamos de ninguna prueba.

-De todos modos, ¿usted no alberga ninguna duda? -preguntó Vale

A Tobias no le sorprendió el frío interés que percibió en los ojos de aquel hombre. Vale había escuchado el relato de los sucesos ocurridos en la fiesta de Beaumont con el interés que solía reservar para su colección de antigüedades.

Vale tenía casi cincuenta años. Era alto y esbelto, con los dedos de las manos largos, de artista. Sus entradas, cada vez más prenunciadas, dejaban al descubierto un marcado perfil y una frente ancha que no habría desentonado en uno de los bustos romanos de su colección.

Tobias todavía no sabía cómo tomarse el recién descubierto interés de Vale por la investigación. Vale era un académico y un experto en objetos romanos. Dedicaba gran parte de su tiempo a excavar diversos yacimientos situados en distintos puntos de Inglaterra. Sin embargo, había en él algo misterioso. Que le interesara realizar consultas para la firma Lake & March le resultaba a Tobias un poco incómodo.

Por otro lado, la categoría social y la fortuna de Vale, combinadas con su relación, presumiblemente íntima, con la nueva amiga de Lavinia, la señora Dove, les habían resultado útiles para el último caso que habían resuelto. Y era muy probable que también los resultaran útiles en la investigación que les ocupaba en aquellos momentos.

Tobias se recordó que necesitaba toda la ayuda que pudiera conseguir. Juntó las yemas de los dedos de ambas manos y examinó el mármol grabado de la repisa de la chimenea con la vana esperanza de encontrar una pista.

-Estoy convencido de que la caída de Fullerton del tejado no fue un accidente. La señora Lake encontró la cofia que el asesino llevaba para esconder sus facciones. Sin embargo, el anillo mortuorio que descubrí en la mesilla de noche de Fullerton es la única prueba que necesito.

-Y, ahora, quieres saber quién se beneficiaría de la muerte de Fullerton -comentó Crackenburne meditativo.

-Por lo visto, el nuevo asesino desea emular a su predecesor -explicó Tobias-. Una de las pocas cosas de las que podemos estar seguros respecto a Zachary Elland es que se consideraba un profesional. No sólo se sentía orgulloso de las estrategias que ideaba para perpetrar sus asesinatos, sino que también obtenía de ellos un beneficio. Era un hombre de negocios, como lo demuestra su diario.

-Por lo tanto -concluyó Vale, más fascinado que antes-, es muy probable que el nuevo asesino tenga un cliente que le haya pagado por el asesinato de Fullerton.

-Sin duda. Y, si logro identificar a su cliente, quizá consiga descubrir a quién pagó éste para que cometiera el asesinato.

Por el momento, no tenía otra cosa en mente. Él también tenía un cliente, y estaba decidido a hacer todo lo posible para proteger a Aspasia.

-Un enfoque muy lógico -comentó Crackenburne pensativo-. Existe una posibilidad, pero me siento tentado a descartarla.

Tobias esperó.

-Hace unos años, Fullerton estuvo casado --prosiguió Crackenburne-. Sin embargo, no tuvo descendencia. Tras el fallecimiento de su esposa parecía satisfecho con sus queridas y sus caballos. Todo el mundo suponía que su fortuna y su título nobiliario, con el tiempo, pasarían a su sobrino. Sin embargo, dejó a todo el mundo de una pieza cuando, a finales de primavera, anunció su compromiso con la jovencita de los Panfield.

Vale soltó un ligero bufido de disgusto.

-Fullerton tenía, como mínimo, sesenta años, y la muchacha Panfield acaba de terminar la escuela. Apostaría a que no tiene más de diecisiete años.

-Según me han dicho, es muy guapa y encantadora, pero de esa forma cándida e inocente que parece atraer a algunos hombres que deberían saber mejor lo que hacen -comentó Crackenburne-. Fullerton, por su parte, podía ofrecer una fortuna y un título. Considerado en su conjunto, constituía un partido excelente para cualquier padre que deseara elevar la categoría social de su familia.

Tobias recapacitó sobre aquella información.

-Parece evidente -dijo- que los Panfield habrían querido que Fullerton viviera, al menos, hasta la noche de bodas. De modo que sólo queda el sobrino como posible sospechoso. Esta idea me convence. La experiencia me ha demostrado que el dinero constituye un motivo excelente para cometer un asesinato.

-Quizá no lo sea en este caso -advirtió Crackenburne-. El sobrino dispone de una buena posición económica propia y, además, está comprometido con la heredera de los Dorlingate.

-Además, ella aportará una fortuna al matrimonio -comentó Vale-. Tiene usted razón, se diría que el sobrino no tiene dificultades económicas.

Tobias frunció el ceño.

-¿Y qué hay del título?

-El sobrino es el futuro heredero de un condado de su padre -contestó Crackenburne con sequedad.

-¡Vaya!

«Fullerton era un simple barón», pensó Tobias, y ése no era un título por el que valiera la pena matar cuando uno iba a ser conde.

-Además -continuó Crackenburne-, he oído que el sobrino es un hombre generoso y tranquilo que vive dedicado a sus propiedades. No parece la clase de persona que contrataría a un asesino para librarse de su tío.

-¿Hay alguien más que tuviera una razón para eliminar a Fullerton?
-insistió Tobias-. ¿Un socio descontento? ¿Alguien con quien tuviera una rencilla personal?

-No, que yo sepa -respondió Crackenburne.

Vale meneó la cabeza.

-No se me ocurre nadie.

-Esto no significa que no estemos pasando por alto a alguien. -Tobias miró a Crackenburne-. ¿Le importaría indagar con mayor profundidad al respecto?

-En absoluto.

-¿Alguno de ustedes recuerda una o más muertes recientes que les hayan resultado sospechosas o inesperadas? -preguntó Tobias.

Crackenburne y Vale reflexionaron brevemente.

Al final, Crackenburne se estiró un poco en su sillón.

-La única muerte reciente que me sorprendió, por lo inesperado, es la de lady Rowland. Falleció el mes pasado -contestó Crackenburne-. Murió mientras dormía. La familia ha hecho correr la voz de que le falló el corazón. Sin embargo, se rumorea que, cuando la doncella la encontró, también descubrió un frasco medio vacío del medicamento que lady Rowland utilizaba para dormir.

-¿Un suicidio? -preguntó Vale.

-Se trata de un rumor -aclaró Crackenburne-. Sin embargo, yo conocía a lady Rowland desde hace años y, en mi opinión, no era el tipo de persona que se quitaría la vida.

-Y se encontraba muy bien de salud -señaló Vale-. Utilizaba su dinero para controlar a los demás miembros de su familia. Y la experiencia me ha enseñado que a la gente le molesta la manipulación prepotente.

-¡Justo lo que necesitaba! -exclamó Tobias--. ¡Una familia entera de sospechosos!

-Es mejor que no tener ninguno -replicó Vale.

Lavinia atravesó el pequeño parque y se detuvo debajo de la frondosa copa de un árbol. Se quedó consternada cuando vio el flamante carruaje aparcado delante del número catorce de la plaza Hazelton. Por lo visto, Joan Dove tenía visita aquella tarde.

Debería haberle comunicado su intención de visitarla. Pero lo cierto era que la cálida luz del sol la había atraído al aire libre y le pareció que era la ocasión perfecta para dar un paseo hasta la elegante calle de distinguidas viviendas en la que vivía Joan. Las probabilidades de que coincidiera con otra visita en el número catorce eran pocas. Aunque Joan acababa de terminar el periodo de luto y cada día salía más, era una mujer de costumbres reservadas y no tenía un círculo amplio de conocidos o de amistades íntimas.

En fin, ya estaba hecho, pensó Lavinia. Lo único que podía hacer era dejar su tarjeta

al corpulento mayordomo que se ocupaba de la puerta principal y regresar en otra ocasión.

Lavinia abrió el bolso y, con una mano enguantada, buscó en su interior el montoncito de tarjetas.

En aquel momento, la puerta del número catorce se abrió. Lavinia levantó la vista y vio que Maryanne, la hija de Joan, salía de la casa y bajaba las escaleras. La joven era tan encantadora y elegante como su madre. Su boda con el primogénito de los Colchester, al final de la temporada, había sido espléndida. El enlace constituía todo un acierto, tanto desde el punto de vista social como del económico. Sin embargo, Joan le había confesado a Lavinia que, por encima de todo, se sentía muy satisfecha porque Maryanne y el joven lord Colchester estaban muy enamorados.

Maryanne parecía tener mucha prisa. Se dirigió con ligereza hacia el carruaje que la esperaba. Lavinia advirtió que sus facciones reflejaban tensión y desdicha. Un lacayo con librea saltó del carruaje para abrirle la puerta y, tan pronto como se acomodó en el interior del vehículo, Maryanne dio la orden de partir.

El carruaje pasó por delante de Lavinia y, por la ventana, ella vio que Maryanne se secaba los ojos con un pañuelo. La joven lloraba.

Un escalofrío de inquietud recorrió el cuerpo de Lavinia. Fuera lo que fuese lo que había pasado entre Maryanne y Joan, no había sido agradable. Quizá fuese mejor aplazar la visita para el día siguiente.

Lavinia esperó unos minutos más y, a continuación, cruzó la calle. La investigación era demasiado importante y, a menos que no tuviera otra alternativa, no debía retrasarla ni siquiera brevemente.

Subió las escaleras de la entrada flanqueada de columnas y dio unos golpes con la aldaba. La puerta se abrió de inmediato.

-Señora Lake. -El enorme mayordomo la saludó de una forma sombría con una inclinación de cabeza-. Informaré a la señora Dove de su llegada.

-Gracias.

Contenta de que no le hubieran impedido la entrada con la excusa de que Joan no recibía visitas, Lavinia se deslizó en el interior del recibidor embaldosado con piezas de mármol blancas y negras y se quitó el sombrero. A continuación, miró el reflejo de su imagen en el espejo dorado de la pared y vio que el chal que llevaba encima del corpiño ajustado de su vestido violeta estaba torcido. Madame Francesca, su tiránica modista, se habría enojado mucho de haberla visto.

Justo cuando acababa de arreglar su vestimenta, el mayordomo regresó.

-La señora Dove la recibirá en el salón.

Lavinia lo siguió al interior de la sala decorada en tonos amarillos, verdes y dorados. Las pesadas cortinas de terciopelo estaban sujetas con cordones amarillos y enmarcaban la agradable vista del parque. La luz del sol entraba por los cristales e iluminaba las gruesas alfombras estampadas. Unos jarrones de gran tamaño llenos de flores veraniegas alegraban los rincones de la sala.

Joan Dove estaba de pie junto a una de las altas ventanas y miraba al exterior, pensativa. Lavinia pensó que hacía buena pareja con lord Vale, su nuevo amante. Joan tenía cuarenta y pocos años, pero su agraciada figura y su estatura le permitirían seguir siendo bella durante muchos años.

A Lavinia no dejaba de sorprenderle que se hubiera hecho amiga de aquella mujer. Si lo analizaba desde un punto de vista objetivo, tenían muy poco en común. Al principio, Joan era su dienta. Cuando su marido falleció, hacía poco más de un año, Joan heredó su fortuna y también, con toda probabilidad, su puesto como jefa de una misteriosa organización de los bajos fondos conocida como la Blue Chamber.

En el momento culminante de su poder, bajo el mandato de Fielding Dove, los tentáculos de la Blue Chamber se extendieron por toda Inglaterra y aun más allá, hasta el continente. Según Tobias, quien, como espía, estaba capacitado para saberlo, la Blue Chamber había controlado múltiples negocios. Algunas de sus empresas eran legales, pero otras no tanto, y la conexión entre unas y otras casi siempre oscura.

La opinión general era que la Blue Chamber se había desintegrado tras el fallecimiento de Dove. Los pocos que conocían la verdad acerca de sus actividades ilegales suponían que Dove había ocultado su papel como cabeza de un imperio criminal a sus queridas esposa e hija. Después de todo, se daba Por sentado que los caballeros, incluso los que se dedicaban sólo a los negocios legales, no importunaban a sus esposas con los detalles de sus finanzas.

Dove no sólo era un caballero de nacimiento, sino que también fue un hombre en extremo reservado. Nada hacía pensar que hubiera confiado sus actividades a Joan.

Sin embargo, Lavinia y Tobias no estaban tan seguros de aquel secretismo. En determinadas esferas de los bajos fondos se rumoreaba que las operaciones clandestinas de la Blue Chamber seguían funcionando bajo una nueva dirección. Y la única persona cercana a Dove que parecía ser capaz de dirigir una organización tan extensa era Joan.

Lavinia no tenía ninguna intención de preguntar a Joan si aquel rumor era cierto. Aquélla era una de esas preguntas que uno evitaba formular si podía, reflexionó Lavinia.

Por otro lado, era difícil pasar por alto que, ahora que había terminado el periodo de luto, Joan mostraba una marcada preferencia por un tono determinado de azul. Los elegantes trajes que vestía y las piedras preciosas con las que se adornaba podían considerarse de color azul.

Además, el apodo de Fielding Dove durante los años que dirigió la Blue Chamber fue Azure.

-La señora Lake, señora. -El mayordomo miró la bandeja de plata del té-. ¿Desea que traiga otra taza?

-No será necesario, gracias, Pugh -respondió Joan con voz serena-. Maryanne no ha querido tomar té y la señora Lake puede utilizar su taza.

-Bien, señora.

Pugh se inclinó mientras salía de la sala y cerró la puerta.

-Por favor, toma asiento, Lavinia. -La sonrisa de Joan era cálida pero tenía un cierto matiz lánguido y triste-. Estoy encantada de verte, aunque debo admitir que tu visita constituye una sorpresa para mí. ¿Qué ocurrió durante tu estancia en el campo?

-Surgieron algunas complicaciones. -Lavinia se sentó en uno de los sillones y estudió las demacradas facciones de Joan con preocupación-¿Te encuentras mal? No quisiera ser inoportuna. Quizás es mejor que regrese más tarde.

-No. Ahora es un buen momento. -Joan se sentó en el sofá y tomó la tetera de la bandeja de plata labrada -. Acabo de tener una conversación desagradable con mi hija y necesito distraerme con urgencia.

-Comprendo. -Lavinia aceptó la taza y el platillo que Joan le tendía-. Pues bien, lo cierto es que yo tengo una distracción para ti.

-Excelente. -Joan cogió su taza y miró fijamente a Lavinia-. ¿Puedo deducir que Lake & March ha aceptado un nuevo caso relacionado con la muerte repentina de lord Fullerton?

Lavinia sonrió.

-Nunca deja de sorprenderme que, en todo momento, estés al corriente de los últimos acontecimientos.

-Debo decir que la noticia de la caída de Fullerton del tejado de Beaumont llegó a

Londres antes que vosotros. Además, el hecho de que le devolvierais el carruaje a Vale antes de lo planeado nos hizo pensar que el señor March y tú estabais involucrados en el suceso. -Sí, claro.

Joan le sonrió con simpatía.

-¡Siento tanto que vuestra visita al campo se viera interrumpida! -A continuación, guardó silencio unos instantes con consideración-. Supongo que tú y el señor March no dispusisteis de muchas oportunidades de..., mmm, disfrutar de la intimidad con la naturaleza antes del desgraciado suceso.

-Fullerton cayó justo por delante de mi ventana durante uno de los pocos momentos de intimidad de los que el señor March y yo pudimos disfrutar. -Lavinia se estremeció al recordar la caída y tomó aliento-. Gritó, Joan.

-Supongo que no te refieres al señor March.

-No me imagino a Tobias gritando ni siquiera ante las puertas del infierno, y mucho menos por la sorpresa de ver un cuerpo caer por una ventana. No, Fullerton gritó, *y* fue un grito verdaderamente estremecedor, te lo aseguro.

Joan asintió con la cabeza, bebió un sorbo de té y dejó la taza de nuevo.

-¿Y enseguida pensaste que se trataba de un asesinato? -preguntó.

-Resultaba imposible no llegar a esa conclusión. En cualquier caso, poco después encontramos pruebas de que se trataba de un acto criminal.

Lavinia le expuso, en resumen, los acontecimientos. Cuando terminó su relato, Joan la observó con una expresión de preocupación en el rostro.

-Este no es sólo un caso más, ¿no es cierto? -preguntó Joan.

-No. -Lavinia dejó la taza sobre la mesa con mucho cuidado-. Seré sincera contigo. Tobias cree que este asunto del anillo mortuorio implica que el nuevo asesino ha planteado un reto; que él o ella está jugando a un juego letal. Sin embargo, yo temo que el verdadero objetivo del asesino sea la venganza.

-¿ Contra la señora Gray o el señor March?

Lavinia se estremeció.

-Quizá contra ambos. Aunque lo cierto es que me preocupa más la seguridad de Tobias.

Joan enarcó las cejas.

-Tengo la impresión de que la nueva dienta no te cae muy bien.

-La señora Gray es muy guapa. Y también es una mujer de mundo. La intuición me dice que no sentiría ningún escrúpulo y que utilizaría cualquier artimaña para manipular a un hombre si supiera que iba a dar resultado.

-Dudo mucho que una estrategia de este tipo funcione con el señor March -dijo Joan con una sonrisa-. Según he podido observar, él y Vale tienen mucho en común. Una de las cualidades que comparten es un notable sentido común. Ninguno de los dos se dejaría engañar con facilidad por un rostro bonito o una actitud seductora.

-Soy consciente de este hecho, pero la cuestión es que Tobías se siente en cierto modo responsable por lo que ocurrió en el pasado. Se culpa por haber iniciado a Zachary Elland en el camino que lo condujo a ser un asesino profesional.

-Esta idea es absurda.

-Desde luego que lo es. -Lavinia extendió los brazos y se sintió aliviada al poder confiarle a alguien sus más profundos temores acerca del caso-. Yo misma se lo he dicho de una forma muy clara.

-Sí, estoy segura de que lo has hecho. Ya sé que le das tu opinión sin tapujos. Sin embargo, en relación con este tema, tengo la impresión de que el señor March no ha aceptado tu punto de vista.

-Por desgracia, cuando se trata de asumir la responsabilidad de sucesos en los que ha

estado implicado, Tobias reacciona de forma equivocada y cree que debería haber controlado aquellas situaciones.

Joan asintió, comprensiva.

-Yo también he percibido este error en Vale. Por experiencia, sé que los hombres como ellos con frecuencia se culpan a sí mismos cuando las cosas salen mal. Aunque ellos no pudieran haber hecho nada para modificar el curso de los acontecimientos. Fielding también era así. Creo que esta forma de ser constituye un rasgo de la personalidad que suele ir acompañado de una gran fuerza de voluntad y determinación.

-Tobias también se culpa por no haberse dado cuenta antes de que Elland se había convertido en un asesino profesional.

-En general, nos cuesta más ver la maldad en las personas a las que creemos conocer bien.

--Es cierto -admitió Lavinia-. En fin, ésta es la historia completa, o al menos lo que sabemos hasta ahora. Como ves, la única manera de salir de este enredo es encontrar al asesino.

--Y, por esta razón, intentas descubrir quién se ha beneficiado de la muerte de Fullerton.

-He venido a consultarte sobre esta cuestión porque tienes muy buenos contactos en la alta sociedad.

-Déjame pensar. Sin duda, el sobrino de Fullerton se beneficiará directamente. Pero, si no recuerdo mal, tiene capital propio y está a punto de casarse con la heredera de una buena familia. Además, cuando su padre muera, heredará un título más importante que el de Fullerton. No veo ninguna razón de peso por este lado.

-Estoy de acuerdo. -Lavinia se resistía a abandonar esta teoría, pero tenía que admitir que no era muy consistente-. ¿Se te ocurre alguna otra cosa que vaya a cambiar de una forma significativa a causa de la muerte de Fullerton?

Joan dio unos golpecitos en el lateral de la taza con las yemas de los dedos.

-Es evidente que lord Fullerton no llevará a cabo sus planes de boda, lo que significa que la hija de los Panfield volverá a estar en el mercado de las casaderas la temporada que viene. Lo único que se me ocurre es que su padre y su madre deben de sentirse muy abatidos en este momento. Es del dominio público que el señor Panfield anda a la caza de un título para su hija. Lavinia sopesó aquella cuestión unos instantes. -¿Y qué hay de la hija? ¿Se sentía, también, entusiasmada respecto a la boda con Fullerton?

-No tengo ni idea de cómo se sentía. Es muy joven y, como es lógico, tenía muy poco que decir al respecto. Sin embargo, no creo que un barón gordo y de edad fuera el héroe romántico de sus sueños.

-Hum...

Joan parecía divertida.

-Creo que puedes descartar la idea de que la muchacha buscara medio tan terrible de librarse de un pretendiente no deseado. Dudo mucho que una joven inocente que acaba de terminar sus estudios escolares consiguiera contratar los servicios de un asesino profesional y, mucho menos, encontrar la forma de pagarle.

-Comprendo tu punto de vista -comentó Lavinia-. Y, ¿qué hay del verdadero héroe romántico de sus sueños?

-¿Disculpa?

-¿Existe algún joven caballero que esté profundamente enamorado de la señorita Panfield y que pueda haber tramado un plan para borrar a Fullerton del mapa?

Joan lo meditó brevemente.

-Que yo sepa, no. Sin embargo, debo admitir que no he prestado mucha atención a este asunto.

Durante un rato, las dos mujeres tomaron té en un amigable silencio.

-Me pregunto qué tipo de temperamento hace falta para que alguien considere la posibilidad de contratar a un asesino -comentó, por fin, Lavinia.

-Supongo que tiene que ser alguien sumamente codicioso o ambicioso.

-O quizás alguien que experimenta una rabia muy intensa -señaló Lavinia-. ¿Se te ocurre alguien que tuviera una razón para odiar tanto a Fullerton?

-En este momento, no. Pero supongo que cualquier hombre de su edad puede haberse ganado algunos enemigos con el tiempo. -Joan parecía intrigada-. ¿Quieres que lleve a cabo ciertas pesquisas en esta dirección?

-Te estaría muy agradecida si lo hicieras. No hay tiempo que perder y debemos estudiar todas las posibilidades. Este asunto es un auténtico embrollo. Ni siquiera sabemos si Fullerton ha sido la primera víctima del asesino.

Joan se interrumpió mientras se llevaba la taza a la boca y entornó ligeramente los ojos.

-¿Sospechas que puede haber habido otras víctimas? -preguntó.

-Es posible. Pero lo cierto es que no lo sabemos. -Lavinia se sentía inquieta y frustrada. Se levantó y examinó los enormes crisantemos dorados del jarrón que tenía más cerca-. ¿Recuerdas alguna otra muerte reciente que te haya parecido inesperada o inexplicable en la alta sociedad?

Joan apretó los labios.

-A Apsley le falló el corazón en mayo, pero su salud era muy precaria y nadie se sorprendió -dijo-. Lady Thornby falleció a causa de una fiebre el mes pasado, pero ya llevaba en cama casi un año.

Joan guardó silencio mientras reflexionaba. Lavinia escuchó, mientras tanto, el tictac del reloj de pared.

-Te confieso que me extrañó un poco la muerte de lady Rowland el mes pasado -dijo Joan por fin-. Se rumorea que tomó por descuido demasiado somnífero y que falleció mientras dormía. Sin embargo, sus allegados cuentan que ella misma se preparaba el brebaje y que lo había tornado con regularidad durante años sin ningún incidente.

Lavinia se volvió con rapidez.

-¿Un suicidio?

-Lo dudo mucho.

-¿Cómo puedes estar tan segura?

-Lady Rowland era una déspota -respondió Joan con rotundidad-. Controlaba todos los ingresos de la familia y no dudaba en utilizarlos para doblegar la voluntad de sus familiares. Cuando falleció, tenía una razón excelente para vivir.

Lavinia sintió que su curiosidad se despertaba.

-¿A qué te refieres?

-Por lo que he oído, lady Rowland esperaba con ansiedad el anuncio del compromiso de su nieta mayor, que iba a tener lugar el mes que viene. Había decidido poner una gran suma de dinero a nombre de la muchacha si su padre aceptaba la oferta de matrimonio del hijo mayor de los Ferring. No era ningún secreto que lady Rowland estaba obsesionada con este matrimonio.

-¿Por qué razón?

-Se dice que, durante su juventud, lady Rowland estuvo muy enamorada del padre de Ferring. Sin embargo, sus padres la obligaron a casarse con Rowland, y se comenta que ella nunca superó aquellos sentimientos. También se dice que fueron amantes durante mucho tiempo después de la boda de Ferring. Él falleció hace unos años.

-¿Crees que lady Rowland quería hacer realidad sus sueños a través de su nieta mayor?

-Esto es lo que me han dicho. De hecho, no es un secreto que después del fallecimiento de su esposo, utilizó la fortuna de los Rowland para comprar al heredero Ferring para su nieta. -Joan sorbió un poco de té y dejó la taza con lentitud mientras entrecerraba los ojos-. Pero creo que, ahora, todo esto ha cambiado.

-¿Por qué?

La semana pasada, Maryanne me comentó que, según le habían dicho, no habría ningún anuncio de compromiso. Por lo visto, el padre de joven ha rechazado la oferta de Ferring.

Lavinia sintió que su excitación aumentaba.

-¿Qué ha ocurrido para que cambiara de opinión?

-No sabría decírtelo. En aquel momento no estaba muy interesada en esta cuestión. -Joan se interrumpió-. Pero podría averiguarlo, si lo deseas.

-Sí, me gustaría mucho conocer los detalles de su decisión. -Lavinia dio unos golpecitos sobre la gruesa alfombra con la punta de su botín-. ¿Quién controla ahora la fortuna de lady Rowland?

-Su hijo, el padre de su nieta.

-¡Vaya! -exclamó Lavinia. Joan le dirigió una mirada inquisitiva.

-¿En qué piensas?

-Estaba pensando que tras la muerte de lord Fullerton y lady Rowland, otros tantos planes de boda se han visto modificados.

Joan ladeó la cabeza mientras reflexionaba sobre aquella idea.

-¿Sabes? Ahora que analizo la cuestión desde este punto de vista, quizás haya una tercera muerte que encaje en este patrón. Se trata de un caballero de unos cuarenta años llamado Newbold. Lo encontraron muerto a los pies de las escaleras de su casa una mañana, hace unas cuantas semanas. Todo el mundo dedujo que había bebido en exceso y que perdió el equilibrio cuando estaba en los peldaños superiores.

-¿Qué planes de matrimonio se vieron modificados con su muerte?

-Los suyos. -Joan se estremeció ligeramente-. Era un hombre muy desagradable que buscaba niños en los burdeles.

-¡Qué criatura tan despreciable! -susurró Lavinia.

-Así es. Pero era una criatura despreciable muy rica. Como Fullerton, se había comprometido hacía poco tiempo con una joven dama. Me pregunto si la jovencita sabe lo afortunada que es por el hecho de que su boda se haya cancelado.

-¡Vaya! -volvió a exclamar Lavinia. Joan frunció el ceño.

-La cuestión es que, como en los otros dos casos, ninguno de los implicados parecía oponerse a los planes de boda de Newbold. Sin duda, los tres enlaces resultaban excelentes en lo relativo al dinero y las alianzas sociales. En la alta sociedad, éstos son los únicos aspectos que tienen importancia. Tú lo sabes tan bien como yo.

-En la mayor parte de los casos, quizá sea así, pero no siempre lo es. Por ejemplo, sé que cuando planeabas la boda de Maryanne te preocupaba mucho su felicidad.

-Sí, es verdad. -Joan miró, con expresión inescrutable, el retrato de Fielding Dove que colgaba sobre la chimenea-. A Fielding también le preocupaba la felicidad de Maryanne. Verás, ¡nuestro matrimonio fue tan armonioso y feliz!

Lavinia se dio cuenta de que Joan realizaba unos esfuerzos enormes para ocultar la gran emoción que experimentaba. No sabía si ignorar el estado de su amiga o intentar reconfortarla. Su amistad todavía no estaba consolidada y existían ciertos límites que no quería traspasar a menos que Joan la invitara a hacerlo.

Lavinia regresó al asiento que había ocupado antes y se detuvo, de pie, junto a él.

-Ya sé que amabas mucho a Fielding Dove -comentó con prudencia.

Aquel comentario no era nada comprometido, pensó Lavinia. Si Joan quería

mantener su privacidad, podía dejarlo pasar con una simple confirmación.

Joan asintió con la cabeza sin dejar de mirar el retrato.

Durante unos momentos, Lavinia pensó que aquello era el final de la conversación.

Joan se levantó y fue hasta la ventana.

-Poco antes de que tú llegaras, mi hija me recordó este hecho con insistencia.

-No quisiera entrometerme -dijo Lavinia-, pero tengo la impresión de que estás triste. ¿Hay algo que pueda hacer?

Joan apretó la delicada mandíbula. A continuación, parpadeó varias veces, como si le hubiera entrado algo en el ojo.

-Maryanne ha venido hoy para sermonearme acerca de mi amistad con lord Vale.

-¡Oh, querida!

-A ella le parece que soy desleal a la memoria de Fielding.

-Comprendo.

-Resulta muy incómodo que tu propia hija te sermonee sobre estas cuestiones.

Lavinia se estremeció.

-Si te sirve de consuelo, hace poco yo también recibí una amonestación similar de mi sobrina. Emeline dejó muy claro que, en su opinión, mi relación con el señor March ha durado mucho y que no deberíamos continuar sin la formalidad de una licencia de matrimonio.

Joan le lanzó una mirada rápida y comprensiva.

-Entonces quizá comprendas mis sentimientos respecto a esta cuestión. Dime la verdad, ¿crees que mi relación con Vale es una prueba de que ya no valoro ni respeto la memoria de Fielding?

-Joan, la naturaleza de tu amistad con lord Vale no es de mi incumbencia. Sin embargo, ya que me pides la opinión, te la daré. Por lo que te he oído comentar sobre tu matrimonio, creo que Fielding Dove te amaba mucho. Por lo tanto, creo que no habría deseado que te negaras la oportunidad de sentir afecto y felicidad después de su partida.

-Esto es lo que me digo a mí misma.

-Si tienes alguna duda al respecto, dale la vuelta mentalmente a la situación. Si tú te hubieras marchado antes que él, ¿habrías querido que Fielding permaneciera solo el resto de su vida?

-No -respondió Joan en voz baja-. Por encima de todo, habría deseado que fuera feliz.

-Sospecho que es exactamente esto lo que él habría dicho respecto a ti si alguien le hubiera formulado esta misma pregunta.

-Gracias. -Joan se sintió más aliviada. Se dio la vuelta y sonrió-. Eres muy amable al animarme. Debo confesar que las lágrimas y las acusaciones de Maryanne me habían alterado. Empezaba a preguntarme si era cierto que, en el fondo de mi corazón, estaba deshonrando a Fielding.

-Te aseguro que el pequeño sermón de Emeline sobre lo que es o no correcto también me ha afectado a mí.

-Te aseguro que, en otras circunstancias, nuestra situación resultaría divertida. Las dos hemos dedicado muchos años y esfuerzos a instruir a dos jóvenes en las normas del decoro y el buen comportamiento y ahora este hecho se ha vuelto contra nosotras.

-Eso da que pensar, ¿no crees? -Lavinia frunció el ceño-. Me pregunto si no será un indicio de que las jóvenes generaciones se están volviendo mojigatas.

Joan se estremeció.

-¡Qué idea tan horrible! La discreción y el decoro son muy importantes, pero sería una lástima que los jóvenes de la actualidad se convirtieran en unos puritanos estrechos de miras.

12

Tobias subió los escalones del número siete con una expectación que había saboreado desde el desayuno. La perspectiva de pasar una tarde a solas con Lavinia sería el único momento agradable de un día que había resultado frustrante e improductivo. Tobias no deseaba otra cosa más que echarse en la cama del dormitorio de Lavinia y perderse en los brazos de su amante durante una o dos horas.

Sus sueños se desvanecieron cuando la señora Chilton abrió la puerta.

-¡Señora Chilton! ¡Qué sorpresa! Habría jurado que esta mañana, durante el desayuno, mencionó que esta tarde saldría a comprar grosellas y que la señora Lake estaría sola un rato.

-No es preciso que me mire de esta forma, señor. -La señora Chilton se envaró y frunció el ceño-. Los planes han cambiado, pero no por mi culpa. En primer lugar y, de forma repentina, la señora Lake me anunció que salía para visitar a la señora Dove. Me comunicó que regresaría cerca de las tres.

-Ahora son las tres en punto, señora Chilton.

-Bien, todavía no ha regresado y no se puede hacer nada al respecto. De todos modos, aunque estuviera aquí sus planes se verían alterados. Y esto es un hecho.

-¿Por qué?

La señora Chilton miró por encima de su hombro en dirección a la puerta del salón, que permanecía cerrada, y bajó la voz hasta adoptar un tono de complicidad.

-Porque hace menos de diez minutos se ha presentado una dama Cuando le informé de que la señora Lake había salido, me preguntó cuándo esperaba su regreso. Le dije que cerca de las tres y la dama me indicó que la esperaría.

-¡Maldición! ¿Todavía está aquí?

-Sí, señor. La invité a pasar al salón y le serví té. No podía hacer otra cosa. -La señora Chilton se limpió las grandes manos en el delantal- Me ha dicho que es una dienta. He pensado que quizá se ha presentado en respuesta al anuncio que la señora Lake publicó en el periódico hace tiempo. Ya sabe usted lo entusiasmada que está con la idea de anunciar sus servicios en los periódicos. En su opinión, es la forma más moderna de llevar adelante un negocio próspero.

-Por favor, no me recuerde ese maldito anuncio. -Tobias entró en el recibidor y lanzó el sombrero a la mesilla que había al otro lado-. Ya sabe lo que opino sobre esta cuestión.

-Sí, señor. Lo ha dejado usted muy claro. -La señora Chilton cerró la puerta-. Sin embargo, como hasta ahora no se había presentado ningún cliente en serio, el anuncio parecía inofensivo. Para serle sincera, creo que la señora Lake se estaba deprimiendo un poco a causa de este hecho.

-Por desgracia, no se ha desanimado tanto como para descartar la idea.

De todos modos, hasta entonces, los temores de Tobias, en cuanto a que el anuncio de Lavinia atrajera una desagradable multitud de clientes potenciales hasta su puerta, no se habían cumplido. Por el momento, sólo tres personas habían respondido al anuncio que ofrecía los servicios de un experto para llevar a cabo investigaciones de naturaleza personal y privada. En el fondo, Tobias se sintió aliviado cuando los tres posibles

clientes cambiaron de opinión al saber que el experto en cuestión era una mujer.

-No es culpa mía que la dama que está en el salón decidiera visitar a la señora Lake esta tarde -murmuró la señora Chilton.

-No creo que usted pudiera evitarlo. -Tobias se acercó a la puerta del salón-. Sin embargo, hablaré unos instantes con esta nueva dienta antes de que la señora Lake regrese.

-Espere un momento, señor. -La señora Chilton corrió, alarmada» detrás de él-. No estoy segura de que a la señora Lake le guste que usted hable con su dienta sin estar ella presente.

-¿Qué podría objetar? -Tobias compuso su sonrisa más inocente-.

Después de todo, somos socios.

-Sólo en algunos casos. Y usted sabe muy bien que si la señora Lake pierde un cliente por su culpa se pondrá furiosa.

-Sólo quiero asegurarme de que esta dienta sea respetable y esté en condiciones de costear los honorarios de la señora Lake.

Tobias abrió la puerta antes de que la señora Chilton lo hiciera y entró en el salón.

La dama que estaba sentada en el sofá se dio la vuelta para mirarlo.

«¡Maldita sea!», pensó Tobias. Se trataba de una verdadera dienta. ¡Adiós a sus planes de librarse de ella antes de que Lavinia regresara!

-¿Qué haces aquí, Aspasia? -preguntó Tobias.

-¡Tobias! -Aspasia sonrió con frialdad y complicidad-. ¡Qué coincidencia! He venido a hablar con la señora Lake porque suponía que estarías ocupado con las indagaciones. Quería saber cómo se desarrolla la investigación.

Si se hubiera tratado de cualquier otro cliente, Tobias le habría mentido y le habría dicho que habían realizado grandes progresos. Siempre decía algo parecido a quien le pagaba por sus servicios. Pero en este caso se trataba de Aspasia, y no era una dienta común.

Tobias se colocó de espaldas a la ventana y miró a Aspasia.

-No puedo responder en nombre de la señora Lake -contestó Tobias-, porque todavía no he podido intercambiar pareceres con ella esta tarde. Sin embargo, en lo que a mí respecta, he realizado muy pocos avances. He enviado a nuestros ayudantes para que hagan averiguaciones acerca del anillo y la peluca rubia y tengo esperanzas de que regresen con información valiosa. -Vio a Lavinia por la ventana con el rabillo del ojo. Estaba en los escalones de la entrada-. Mi socia ha regresado. Quizá tenga alguna novedad.

Lavinia le pareció una visión envuelta en color violeta. Tobias no pudo evitar sonreír aunque sus planes para la tarde se hubieran arruinado. Algo en su interior siempre reaccionaba al ver a Lavinia, pensó Tobias. Era consciente de que, en su presencia, siempre experimentaba una profunda satisfacción.

Tobias oyó el ruido sordo de la puerta principal que se abría y se cerraba. Al cabo de un momento, Lavinia entró, con soltura, en el salón. Se había quitado el gorrito en el recibidor y su rostro tenía un aspecto cálido y sonrojado por el ejercicio. La vitalidad femenina que irradiaba hizo que las entrañas de Tobías se encogieran con un apetito que ya le era familiar. La imagen de la cama del piso de arriba le atormentó.

-Señora Gray. -Lavinia inclinó apenas la cabeza-. Discúlpeme. No la esperaba.

Su sonrisa era tan refinada y profesional que sólo alguien que la conociera bien habría notado la completa falta de calidez, se dijo Tobias.

-Lo siento, señora Lake -respondió Aspasia-. Pero estaba intranquila. Regresé a Londres ayer por la tarde y he venido a visitarla hoy porque necesito saber si usted y Tobias han descubierto algo importante.

-Desde luego. -Lavinia se sentó en una silla cerca de la bandeja del té y se arregló la falda con una sacudida de la mano. Su sonrisa no se había atenuado, sino que, de hecho, brillaba-. Hemos realizado notables progresos.

A diferencia de él, pensó Tobias, Lavinia no tenía reparos en mentir a aquella dienta.

-¿De verdad? -Aspasia enarcó las cejas-. Tobias acaba de decirme que no ha conseguido grandes adelantos. ¿No es así, Tobias?

Tobias cerró los puños mientras mantenía las manos a su espalda.

-Sin duda, yo no tengo mucho que ofrecer todavía. Lavinia le lanzó una mirada recriminatoria.

-Entonces, ¡qué suerte que yo tenga cierta información valiosa! Estaba decidida a seguir las reglas de Tobias en cuanto a la relación con los clientes aunque él mismo no las cumpliera, pensó éste.

-Tus habilidades profesionales nunca dejan de sorprenderme -comentó con aspereza-. ¿Qué has conseguido de tu informador privado?

Tobias se dio cuenta enseguida de que Lavinia había percibido el tono ligeramente irónico con que había pronunciado las dos últimas palabras. No creía que Lavinia tuviera ninguna intención de mezclar el nombre de la señora Dove en aquel asunto pero, en cualquier caso, era mejor ser prudente.

Lavinia se volvió hacia Aspasia con aire profesional.

-He descubierto que hay, al menos, otras dos muertes recientes en la alta sociedad que resultan muy sospechosas. La de lady Rowland y la de un tal señor Newbold. Los dos fallecieron inesperadamente.

Sus palabras llamaron la atención de Tobias.

-He oído los rumores acerca de la muerte de lady Rowland. Por lo visto, falleció a causa de una sobredosis del medicamento que tomaba para dormir. Pero nadie me ha mencionado a Newbold.

Aspasia frunció ligeramente el ceño.

-Según creo, Newbold murió al caer de las escaleras de su casa mientras estaba bebido. Oí hablar del suceso poco después de mi regreso a Londres, pero no le presté mucha atención.

-Muchos pasaron por alto su muerte. -Lavinia apretó los labios de una forma que demostraba su indignación-. Newbold era un hombre horrible. Se le conocía por frecuentar los burdeles que suministran niños. En mi opinión, la joven dama con la que acababa de comprometerse en matrimonio se ha librado por los pelos. Imagínese el horror de estar casada con un hombre así.

-Desde luego. -Aspasia bebió té sin añadir ningún otro comentario.

-La cuestión es -continuó Lavinia volviéndose hacia Tobias- que la coincidencia resulta muy intrigante, ¿no crees?

-¿Tres muertes inesperadas? En efecto, lo encuentro muy intrigante.

-No me refiero a las muertes -contestó Lavinia con impaciencia-, sino a la cancelación de las bodas que siguió a los fallecimientos.

Lavinia hablaba en serio, pensó Tobias. No podía creerlo y, a juzgar por su expresión, Aspasia tampoco.

-Lavinia -dijo Tobias con cautela-, ¿intentas sugerir que el motivo de cada una de las tres muertes era evitar una boda?

Lavinia dejó la tetera sobre la mesa.

-¿Se te ocurre un motivo mejor?

-Ahora mismo estaba pensando en uno. -La sugerencia de Lavinia lo irritaba-. Los tres fallecimientos tuvieron como resultado la transferencia de sendas fortunas. Y de este hecho deduzco que muchos de los miembros de sus familias pueden resultar

sospechosos.

La expresión de incredulidad de Aspasia dio paso a otra de profunda reflexión.

-He oído rumores acerca de la obsesión de lady Rowland por ver a su nieta mayor casada con el nieto de su antiguo amante -explicó Aspasia con parsimonia-. Lady Rowland era conocida por utilizar su dinero para manipular a todos los miembros de su familia. Sin embargo, ¿qué sentido tendría asesinarla? Al fin y al cabo, iba a conceder una dote a su nieta.

-Sólo si aceptaba casarse con Ferring -le recordó Lavinia-. Pero ahora el padre de la joven tiene el control de la fortuna Rowland y la oferta de los Ferring ha sido rechazada. En la actualidad, la nieta es libre de casarse con otra persona. De un modo u otro, las otras dos jóvenes también se han visto liberadas de la perspectiva de unos matrimonios muy desgraciados.

-Supongo que no insinuarás que esas muchachas inocentes idearon un diabólico plan para contratar a un asesino profesional... -gruñó Tobias-. Esta idea desafía toda lógica. Aspasia apretó los labios.

-Tobias tiene razón, señora Lake. Su teoría es interesante, pero resulta imposible imaginar que tres jóvenes en extremo protegidas y sin experiencia del mundo hayan encontrado la manera de contratar, y mucho menos pagar, a un asesino profesional.

Lavinia echó hacia atrás los hombros de una forma que Tobias ya conocía. Se preparaba para defender su posición.

-Les recordaré a ambos -dijo Lavinia- que cuando se trata de alianzas que tienen lugar en estos niveles de la alta sociedad muchas personas, además de las jóvenes implicadas, tienen importantes intereses en los contratos matrimoniales.

-¿Quieres decir que algún otro miembro de esas familias podría haber recurrido al asesinato para evitar las bodas? -Tobias se cruzó de brazos-. Esta conclusión es una locura. Hablamos de un asesino que intenta emular al Portador de la Muerte. Resulta imposible imaginar que un asesino profesional prestara sus servicios a una madre casamentera.

Para su sorpresa, Aspasia le respondió antes de que Lavinia lo hiciera.

-El matrimonio es un asunto muy serio y la opinión de las jóvenes no se tiene en cuenta en los acuerdos que se realizan en su nombre. -Su boca se curvó con frialdad-. Yo puedo ofrecer mi testimonio personal en esta cuestión. Sin duda, mi padre no se preocupó mucho de mi felicidad cuando aceptó la petición de mi mano.

El tono duro y afilado de su última afirmación pilló a Tobias por sorpresa. Entonces se le ocurrió que nunca había oído hablar a Aspasia de su breve matrimonio.

Lavinia la observó con calma y sin hablar, y Tobias se dio cuenta de que, de repente, estaba muy interesada en lo que Aspasia tenía que decir-

-Sin embargo -continuó Aspasia-, cuando hablamos de enlaces matrimoniales entre miembros de la alta sociedad, estos acuerdos son muy habituales. Y, desde luego, nunca he oído de nadie que cometiera un asesinato para cancelar una boda.

-Como detectives privados profesionales -respondió Lavinia en su tono más autoritario-, puedo asegurarle que hemos presenciado casos en los que los asesinatos se han cometido por razones mucho más banales. -Se volvió hacia Tobias-. ¿No es cierto?

Tobias decidió que la última cosa que quería era verse atrapado en medio de aquella pequeña trifulca, de modo que buscó una salida diplomática a la situación.

-Los motivos para cometer un asesinato son innumerables -comentó en un tono de voz lo más neutro posible.

Ninguna de las dos mujeres pareció satisfecha.

Aspasia lo miró con el entrecejo fruncido.

-Confío en que no perderás el tiempo siguiendo pistas falsas.

Tobias inclinó la cabeza.

-Siempre evito hacerlo.

-Yo también -apostilló Lavinia con aspereza.

Aspasia se levantó y se acercó a la puerta.

-Debo irme. Por favor, manténganme informada.

-Desde luego. -Tobias cruzó el salón para abrirle la puerta-. Buenos días, Aspasia.

Ella titubeó antes de pasar al vestíbulo.

-Me temo que no tenemos tiempo que perder, Tobias. Debes encontrar al nuevo Portador de la Muerte y debes hacerlo con rapidez. ¡Quién sabe lo que planea!

Tobias agarró la manecilla de la puerta con tanta fuerza que resultó extraño que no se quedara con ella en la mano.

-Soy muy consciente de la urgencia de la situación.

La señora Chilton estaba en el vestíbulo. Abrió la puerta principal para que Aspasia saliera y ella bajó las escaleras con ligereza.

Tobias esperó a que se marchara. A continuación, sacó el reloj de bolsillo y sonrió con intención a la señora Chilton.

-Creo que todavía tiene tiempo de ir a comprar las grosellas.

La señora Chilton puso los ojos en blanco.

-Muy bien, señor. -Dirigió una mirada al salón, situado a las espaldas de Tobias, y bajó la voz-. Pero será mejor que actúe con rapidez. La señorita Emeline regresará hacia las cinco. No sería conveniente que entrara en un momento inoportuno.

Gracias por la advertencia, señora Chilton -dijo Tobias-. Le aseguro que no era necesaria. -Regresó al salón.

Lavinia se había levantado y estaba junto a la ventana. Se encontraba de espaldas a él y miraba hacia la calle.

Tobias atravesó la habitación y se detuvo detrás de ella. Colocó las manos sobre sus hombros y siguió su mirada. Juntos, vieron que Aspasia desaparecía a la vuelta de la esquina. Lavinia no se giró.

-Debes ser comprensiva con Aspasia -dijo él en voz baja-. Está asustada y muy preocupada.

-Mmm.

-Es normal que se sienta inquieta -prosiguió Tobias--. Zachary Elland era un asesino a sangre fría y quien quiera ocupar su lugar, sin duda, tiene el mismo temperamento. Además, debes admitir que tiene razón. Esta idea de que existe una relación entre los tres posibles asesinatos y los tres cambios de planes matrimoniales no tiene una base muy sólida de momento.

-Mmm.

-Te veo muy trastornada, Lavinia. ¿Habéis hablado tú y la señora Dove de alguna otra cuestión que no me hayas mencionado?

-Joan me preguntó si creía que traicionaba la memoria de su marido al tener una relación con lord Vale. Por lo visto, su hija está muy afectada por este hecho.

-Comprendo. -Tobias no se esperaba aquella respuesta-. ¿Y tú, qué contestaste?

-Le recordé que su esposo la había amado profundamente. También le dije que estaba segura de que habría deseado que ella volviera a ser feliz del mismo modo que ella habría deseado que él lo fuera de haber fallecido antes.

-Desde luego -comentó Tobias, a falta de una respuesta más inspirada. ¿De qué iba todo aquello?-. Bueno, estoy seguro de que la reconfortaste. Hablando de otra cosa, la señora Chilton me ha comentado que salía a comprar algunos ingredientes que necesitaba para la cena. ¿Qué te parece si...?

-¿Tobias?

-¿Qué ocurre? -preguntó él, cauteloso.

-Si a mí me sucediera alguna cosa y tú te quedaras solo, yo querría que encontraras de nuevo la felicidad.

Tobias cogió compulsivamente a Lavinia por los hombros. El pensamiento de que la muerte la arrancara de su lado lo paralizó. Una neblina carmesí inundó su mente, y pensó que se volvería loco si la perdiese.

-Desearía que volvieras a encontrar la felicidad... -reiteró ella con voz dulce y sin ser consciente del impacto que sus palabras habían provocado en Tobias-, pero no junto a Aspasia Gray.

Por alguna razón, Tobias sintió que aquellas palabras lo liberaban de su terrible aturdimiento, y consiguió respirar de nuevo. A continuación, hizo que Lavinia se volviera para mirarlo de frente.

-No me imagino que pueda querer a otra mujer como te quiero a ti -dijo con una voz que sonó áspera y dura incluso a sus propios oídos.

-¡Oh, Tobias! -Lavinia lo rodeó con sus brazos y apoyó la cabeza en su hombro-. ¡Te quiero tanto!

-Me encanta que me lo digas. -Tobias le besó el cabello. Su perfume inundó sus sentidos y eliminó el resto de su aturdimiento-. Pero, por favor, si sientes alguna consideración hacia mí, nunca jamás vuelvas a hablar de que te separen de mí. No soporto esa idea.

Lavinia lo abrazó con más fuerza.

-Yo tampoco soporto la idea de perderte.

El la estrechó en sus brazos mientras la luz del sol calentaba sus cuerpos. Al cabo de unos instantes la condujo escaleras arriba.

Más tarde, Tobias se apoyó en el codo y consultó su reloj, que estaba sobre la mesilla de noche. Las cuatro y cuarto. Ya era hora de vestirse. Cada vez le costaba más dejar la cama de Lavinia, pensó. De mala gana, se sentó y puso los pies en el suelo.

-¿Tobias?

Él se volvió para mirar a Lavinia, echada sobre las almohadas. La luz de la tarde realzaba el intenso color verde de sus ojos.

-Debo irme, amor mío. Emeline regresará antes de tres cuartos de hora y he quedado con Anthony a las cinco. Con un poco de suerte, tendrá noticias sobre los anillos.

-Lo sé. -Ella cruzó los brazos por detrás de la cabeza. Aquel movimiento hizo que uno de sus bien formados pechos saliera de debajo de la sábana-. ¿Crees que el consejo que le di a Joan fue acertado? ¿No crees que Dove habría querido que ella encontrara la felicidad después de su muerte?

Tobias no respondió, sólo se inclinó y besó el pecho desnudo. Tenía la piel suave y cálida después de hacer el amor. Tobias percibió su propio olor en Lavinia y un sentimiento intenso y desenfrenado de posesividad lo invadió. Era su mujer.

Lavinia frunció el ceño.

-Estás de acuerdo conmigo, ¿no es cierto? Me refiero a lo que Fielding Dove habría sentido en esta situación.

Tobias la miró largamente y, a continuación, se inclinó sobre ella con lentitud y puso los brazos a los lados de su cuerpo. Después, la besó en los labios.

-No puedo hablar por Fielding Dove -repuso-, pero te prometo que, si alguna vez encontraras junto a otro hombre lo que nosotros hemos encontrado, regresaría de la tumba para acosarte.

13

Aquella tarde, a las cinco y media, Tobias estaba en su estudio con los pies apoyados sobre una de las esquinas de su escritorio. La hora que había pasado en el dormitorio de Lavinia lo había ayudado a liberarse de parte de la tensión que había acumulado desde lo acontecido en el castillo Beaumont. Sin embargo, mientras escuchaba el informe de Anthony, la inquietud lo asaltó de nuevo.

-Ninguno de los anticuarios que hemos visitado hasta ahora ha vendido anillos mortuorios o ha sufrido su robo. -Anthony estudió sus notas-. Claro que no los hemos interrogado a todos. ¿Quieres que continuemos mañana?

-Sí -dijo Tobias, y procedió a estudiar la lista de anticuarios que habían

confeccionado-. Estos malditos anillos constituyen una de las pocas pistas con que contamos. El asesino debió de conseguirlos en algún sitio. Y ¿qué hay de la peluca rubia?

-Ayer por la tarde Emeline y yo sólo tuvimos tiempo de interrogar a dos fabricantes de pelucas. Uno de ellos recibió un encargo para una peluca rubia hace pocos meses.

Tobias levantó la vista de inmediato.

-¿Obtuvisteis el nombre de su dienta?

-Sí, pero no servirá de nada. El fabricante de pelucas la conoce desde hace años. Nos la ha descrito como una anciana muy excéntrica. Vive en el campo y sólo viene a la ciudad dos veces al año para ir de compras. Dudo que sea nuestro asesino profesional.

-¡Maldición! -Tobias volvió a repasar la lista y rompió el pedazo inferior de la misma-. La señorita Emeline y tú terminad de interrogar a los anticuarios. La señora Lake y yo acabaremos con los fabricantes de pelucas. Si trabajamos los cuatro en el proyecto, habremos terminado de hablar con los propietarios de los establecimientos de la lista dentro de dos o tres días.

-Muy bien. -Anthony se recostó en la silla-. Whitby me ha dicho que piensas encontrarte con Jack *Sonrisas* en The Gryphon esta noche. ¿Quieres que te acompañe? Ese lugar no es de los más seguros durante la noche.

-No, no será necesario. Alquilaré un carruaje y pagaré al conductor para que me espere.

Anthony lo miró con curiosidad.

-¿Por qué quieres la ayuda de Jack *Sonrisas* en este caso? Por lo que me has dicho, el anterior Portador de la Muerte no tenía nada que ver con los delincuentes comunes. ¿Crees que el nuevo asesino es diferente?

-No. Sin embargo, ayer por la noche se me ocurrió que lo cierto es que sabemos muy poco acerca de Zachary Elland. En apariencia, no tenía familia. Tras su muerte, nadie se presentó a recoger sus efectos personales. En realidad, no había ningún rastro suyo en los ambientes de la alta sociedad. Después de su fallecimiento fue como si nunca hubiera existido. Me pregunto si pasé por alto algún aspecto de su pasado que pudiera proporcionarnos una pista.

-Comprendo. -Anthony se levantó de su asiento y cruzó la habitación-. Te deseo buena suerte. -Cuando llegó a la puerta, se volvió y miró a Tobias con el ceño ligeramente fruncido-. Tobias, tengo una pregunta que hacerte. Se trata de algo..., en cierto modo personal.

-¿Qué quieres preguntarme?

-Ya sé que la muerte de Fullerton arruinó tus planes, pero antes de que cayera del tejado, ¿tú y la señora Lake tuvisteis la oportunidad de hablar de vuestros asuntos privados?

Tobias bajó el pedazo de papel que tenía en la mano.

-¿Nuestros qué?

Anthony se ruborizó un poco, pero no hizo ademán de marcharse.

-Como es lógico, tanto Emeline como yo dedujimos que invitaste a la señora Lake a acompañarte a la fiesta, lejos de la ciudad, para tener la oportunidad de hacerle saber tus intenciones.

-Y ¿qué intenciones son esas? -preguntó Tobias sin alterarse.

Los ojos de Anthony reflejaron desaprobación.

-No me digas que ni siquiera sacaste el tema a colación.

-¿De qué demonios estás hablando?

-Estoy hablando de si le pediste a la señora Lake que se casara contigo, claro.

-Maldita sea -masculló Tobias.

-¿Qué ocurrió? -preguntó Anthony con expresión de alarma-. Santo cielo, no me digas que perdiste los nervios.

-El estado de mis intenciones hacia la señora Lake no es de tu incumbencia.

-Hace meses que os veis de una forma íntima.

-¿Y qué? Somos socios.

-¿Socios? ¿Y qué hay de la cuestión de enviar a la señora Chilton a comprar grosellas?

Tobias empezó a ponerse nervioso.

-Las tartas de grosella de la señora Chilton son, con mucho, las mejores que he probado nunca.

-Esto no tiene nada que ver con las tartas de grosella de la señora Chilton y tú lo sabes. -Anthony separó un poco las piernas-. La señora Lake es una dama respetable. Y resulta evidente que habéis entablado una relación íntima. ¿No crees que ha llegado el momento de que actúes como un caballero?

-Sabes de sobra que todavía no estoy en posición de pedirle a la señora Lake que se case conmigo. He invertido todo lo que tengo en acciones de la aventura marítima de Crackenburne. Hasta que el barco regrese a puerto no puedo ofrecerle nada a Lavinia.

Anthony adoptó una actitud comprensiva.

-Ya sé que te preocupa tu situación financiera. Yo también estoy preocupado por la mía. Sin embargo, he estado pensando en esta cuestión y creo que he hallado la solución que resolverá todos nuestros problemas.

-¿Qué sugieres que hagamos? -Tobias lanzó la lista de fabricantes de pelucas sobre el escritorio-. ¿Que encontremos a un alquimista que transforme el plomo en oro?

Anthony alargó el brazo mientras señalaba el estudio de una forma imprecisa.

-Tal como yo lo veo, la respuesta se halla en esta casa.

-No hay nada malo en la casa. Es de mi propiedad. De hecho, es mi activo más sólido.

-Sí, lo sé -reconoció Anthony-. Por otro lado, yo apenas puedo hacer frente a mis aposentos en la calle Jasper.

-No puedes culparme de que tu vivienda sea inadecuada. Fue decisión tuya mudarte allí. Según recuerdo, comentaste algo acerca de que querías tener tu propio espacio. Me dijiste que necesitabas tener un lugar para ti mismo en el que pudieras recibir a tus amigos a cualquier hora del día o de la noche.

-La cuestión es que, si bien mi alojamiento es adecuado para un soltero, de ningún modo podría pedirle a Emeline que se trasladara a vivir a un lugar tan pequeño. Está acostumbrada a esa casita tan agradable en Claremont Lañe.

-En esto estamos de acuerdo.

-En mi opinión, Tobías, tenemos una residencia de más.

-¿Perdón?

-He reflexionado en todo esto y creo que la solución es muy sencilla. Si actuaras de una forma honorable y te casaras con la señora Lake, los dos podríais vivir en el número siete de Claremont Lañe. Yo, por mi parte, podría dejar mis aposentos de la calle Jasper, casarme con la señorita Emeline y mudarme con ella a esta casa. ¿Ves lo simple y conveniente que esta estrategia resultaría para todos nosotros?

De repente, Tobias comprendió lo que Anthony le proponía.

-¡Mi casa! -exclamó, poniéndose de pie con determinación-. ¿Intentas hacerte con mi casa para poder pedirle a Emeline que se case contigo? De esto se trata, ¿no es cierto?

Anthony dio un paso atrás hacia la puerta con la palma de la mano frente a él en actitud apaciguadora.

-Bueno, Tobias, no tienes por qué perder los nervios. Me ha parecido un plan muy

sensato y que nos beneficiaría a todos. Además, de este modo yo no tendría que pagar un alquiler ni estaríamos obligados a disponer de una tercera ama de llaves. Tú podrías quedarte con Whitby y la señora Chilton podría venir a vivir con Emeline y conmigo.

-Si crees, por un momento,-afirmó Tobias categórico-, que permitiré que tomes posesión de mi único y más importante activo, has perdido el juicio. Ahora te sugiero que te concentres en el asunto por el que te pago mucho más de lo que mereces antes de que decida contratar a otro ayudante.

-Tobias, por favor, escúchame un momento.

-¡Lárgate! -Tobias señaló la puerta con el dedo-. Y descubre quién vendió los malditos anillos mortuorios al asesino profesional. ¿He hablado claro?

-Clarísimo.

Anthony abrió la puerta de golpe y salió a toda prisa al vestíbulo.

Tobias esperó hasta que oyó el ruido sordo de la puerta principal al cerrarse y, a continuación, se sentó con lentitud.

Taciturno, contempló el estudio. Estaba lleno de los objetos que había comprado a lo largo de los años: sus libros, el globo terráqueo, el telescopio y la licorera.

Aquella casa no sólo era su activo más importante, sino que además era su hogar. La había comprado con la ayuda de un préstamo de Crackenburne poco antes de conocer a Ann y a Anthony, su hermano menor.

Ann y Tobias vivieron cinco años felices en aquella casa antes de que ella falleciera durante el parto de su hijo, que nació muerto. El y Anthony compartieron el dolor de la pérdida bajo aquel techo.

Cuando su querida hermana falleció, Anthony tenía trece años. Su muerte lo dejó destrozado y se sintió completamente solo en el mundo. Su madre había fallecido cuando tenía ocho años, poco después de que su padre, que era un gandul, muriera en el transcurso de una pelea por una partida de cartas.

Anthony y Ann se trasladaron a vivir con los únicos parientes que les quedaban, un tío y una tía espantosos. Vivieron en aquel sórdido hogar unos meses. Luego su tía empujó a Ann a una situación comprometida con Tobias a fin de librarse de aquella carga indeseada. Su objetivo era casar a su sobrina y meter a su sobrino en un orfanato.

Tobias percibió la desesperada situación de Ann y su hermano pequeño y decidió rescatarlos. Cuando se los llevó de la casa de su tía, no tenía intención de casarse con Ann, pero no tardó en cambiar de opinión. No sólo era una mujer muy hermosa, sino también dulce y amable, de la clase que los poetas describen como etérea.

Ann despertó en Tobias sentimientos de ternura y protección. Siempre Procuró tratarla con el mismo cuidado que habría empleado con una flor delicada. Al reflexionar en el pasado, Tobias advertía que había controlado sus pasiones mientras estuvo con ella y que siempre fue consciente de la necesidad de contenerse. No recordaba que hubiesen discutido alguna vez. Jamás había perdido los nervios por su causa.

Sin embargo, al final, no pudo hacer nada para protegerla. Quizá, como Anthony había comentado a menudo, Ann era demasiado buena para este mundo.

Aunque era posible que Ann se hubiera ido a un lugar mejor, Tobias y Anthony tuvieron que quedarse para enfrentarse a la dura realidad de este mundo. Al principio, Anthony hizo frente a sus miedos del único modo que conocía: con rabia. Adoptó la actitud desafiadora que sólo un muchacho de trece años adopta y le preguntó a Tobias cuándo tenía que hacer las maletas y marcharse.

«Supongo que no querrás que esté por aquí ahora que ella se ha ido. En realidad, a quien tú querías era a Ann. Sólo me aceptaste porque ella no habría accedido a separarse de mí. Lo comprendo. Pero ya no eres responsable de mí. Puedo cuidar de mí mismo.»

Tobias hizo todo lo posible para reconfortar al asustado y desesperado muchacho

mientras él mismo se enfrentaba a lo que ahora identificaba como melancolía. Desde el entierro de Ann, los sentimientos de culpabilidad consumieron a Tobias. Su pasión, por muy controlada y contenida que estuviera, dejó embarazada a Ann y, al final, la llevó a la muerte. En ocasiones se decía que nunca debería haberse casado con ella. No tenía derecho a exponerla a los riesgos y los peligros del acto amoroso. Ella no había nacido para aquellas actividades terrenales.

Anthony y Tobias dieron tumbos por la casa mucho tiempo. Eran dos criaturas heridas que nadaban en un oscuro mar de emociones. Sin embargo, la vida tenía sus exigencias ineludibles, y Tobias se dispuso a afrontarlas mientras arrastraba consigo a Anthony. De este modo, juntos encontraron un cierto consuelo en la rutina diaria.

Al final, siguiendo un proceso gradual del que ninguno de los dos fue consciente, encontraron el camino a una mayor tranquilidad. Y aquella casa había sido testigo del penoso esfuerzo que tuvieron que realizar.

Sin embargo, en la actualidad, mientras estaba sentado en su estudio rodeado de sus libros, el globo terráqueo, el telescopio y la licorera, se dio cuenta de cuánto deseaba estirar las piernas frente a la chimenea de Lavinia.

Aquella noche, a las diez y media, Tobias, vestido como un rudo trabajador, estaba sentado en la oficina de Jack *Sonrisas* mientras bebía el excelente brandy de contrabando de su anfitrión. El ruido de la taberna contigua quedaba amortiguado por la gruesa pared que separaba los dos ambientes.

Jack había abierto The Gryphon dos años antes, cuando abandonó su profesión de contrabandista. Durante la guerra suministró información sobre los movimientos de las fuerzas navales y militares francesas además de introducir brandy ilegal en el país. Tobias, en su papel como espía, había sido un cliente habitual de Jack.

Los dos procedían de mundos muy distintos, pero, de algún modo, un fuerte vínculo se estableció entre ambos. Su relación se basaba en el respeto y el beneficio mutuos.

Su asociación continuó después de que cada uno de ellos se dedicara a otra profesión. La taberna de Jack era un lugar excelente para recabar información sobre las habladurías y los rumores que procedían de los bajos fondos de Londres. Y, en su nuevo trabajo como investigador privado, Tobias precisaba con frecuencia de aquel tipo de información.

-El Portador de la Muerte. -Jack *Sonrisas* dejó caer su enorme cuerpo en la robusta silla. De forma ausente se rascó la espeluznante cicatriz que recorría su rostro desde la comisura de los labios hasta la parte baja de la oreja-. ¿Te refieres al primero o al segundo?

-He venido para hablar de Zachary Elland, el segundo, pero aceptaré toda la información que pueda conseguir sobre cualquiera de los dos.

-No creo que pueda ayudarte. -Jack sostuvo la copa de brandy entre sus imponentes manos-. Corrían rumores acerca de un caballero asesino cuando Elland estaba en activo, pero, como ya sabes, él operaba en una zona de la ciudad más elegante y se mezclaba con un tipo de gente más selecta que la que yo frecuento. Por lo que sé, nunca buscó clientes, víctimas o placeres en los bajos fondos. En este sentido, se podría decir que era igual que su antecesor.

Tobias se detuvo mientras tragaba un sorbo de brandy y dejó la copa con lentitud.

-Supongo que no eras más que un niño cuando empezaron a circular las historias sobre el primer Portador de la Muerte. ¿Qué recuerdas de aquella época?

-La gente hablaba de él en murmullos. Se decía que era tan hábil que nadie supo nunca cuántos encargos aceptó a lo largo de su carrera. Todos los asesinatos parecían

accidentes, suicidios o infartos. Era una leyenda.

-¿Por qué? ¿Porque siempre salía bien librado de los asesinatos?

-No, porque se decía que, a su manera, era un hombre de honor. Sólo aceptaba encargos para matar a personas que, en su opinión, merecían morir. Según se contaba, sólo mataba a los depravados y ruines de la alta sociedad, a aquellas personas ricas y poderosas que, de no ser por él, habrían escapado impunes de sus actos delictivos. Mataba por dinero, pero sólo si decidía que se trataba de un acto de justicia.

-Se había nombrado a sí mismo juez y ejecutor, ¿no es cierto?

-Sí. Esto es lo que se contaba.

-Crackenburne me comentó que los rumores sobre su persona se desvanecieron hace varios años. En su opinión, es probable que el asesino falleciera.

-Es posible. -Jack entornó los ojos-. Sin embargo, hace unos años corrió el rumor de que el caballero asesino se había retirado y se había mudado a una casita en la costa.

-¿El Portador de la Muerte se retiró a una casita en la costa? -Aquella idea casi divirtió a Tobías-. ¡Qué idea tan asombrosa! Las leyendas nunca mueren, ¿no es así?

-Si no está muerto, debe de estar chocheando. No creo que constituya una amenaza para nadie.

-Sin duda, no es el asesino que busco en este momento. La señora Lake lo vio de pasada en el castillo Beaumont. Iba disfrazado de mujer, pero ella está segura de que, hombre o mujer, no se trataba de una persona de edad. La señora Lake cuenta que se movía como lo haría una persona joven, vigorosa y atlética.

-Parece lógico que una persona que realice este trabajo deba estar en forma y en excelentes condiciones -comentó Jack-. Diría que se trata de una profesión exigente, con todas esas escaladas a las ventanas de los pisos superiores y tener que merodear por las casas a altas horas de la noche. Sin mencionar la fuerza que se requiere para asfixiar a alguien o ahogarlo en el agua.

-Elland era muy bueno en esto. -Tobias se levantó-. Gracias por el brandy, Jack. Te agradecería que corrieras la voz de que pagaré bien a quien me facilite información sobre Elland o el nuevo Portador de la Muerte.

-Te lo haré saber si encuentro a alguien que sepa alguna cosa. Sin embargo, amigo mío, te advierto que las posibilidades son escasas. El asesino procede de tu mundo, no del mío.

14

Dominic inclinó la lupa para captar y dirigir los rayos del sol matutino. El día era perfecto para aquella demostración, pensó, cálido y sin nubes. El pequeño montón de papeles que había colocado en el recipiente de hierro ardería con facilidad. El experimento era insustancial, pero quienes lo presenciaban siempre proferían exclamaciones de excitación cuando los papeles se encendían.

Después de la visita a su laboratorio, y tras varias demostraciones espectaculares con el generador, Dominic eligió el pequeño parque que había cerca de su domicilio para mostrar el poder de la lupa.

La reducida audiencia lo rodeaba con expectación. Durante las demostraciones anteriores la señora Lake, Emeline y Priscilla no habían ocultado su interés. Incluso Anthony, que había llegado con cara de pocos amigos, mostró, al final y con desgana, cierto grado de curiosidad por los aparatos y el equipo del laboratorio.

En aquel momento, los papeles se encendieron a causa de los rayos concentrados del sol. Justo a tiempo, pensó satisfecho Dominic.

-¡Santo cielo! -exclamó la señora Lake mientras contemplaba el bailoteo de las llamas-. Esto es realmente sorprendente, señor Hood.

A su llegada, con Emeline y Priscilla, una hora antes, su actitud era Atraída y algo impaciente. A modo de disculpa, Emeline explicó que, salvo Priscilla, todos estaban involucrados en una nueva investigación y que no podían dedicar mucho tiempo a presenciar los experimentos.

Sin embargo, conforme las demostraciones fueron más complejas y elaboradas su interés fue en aumento.

-Supongo que puede considerarse interesante -concedió Anthony con aspereza-, pero no veo ninguna utilidad en el efecto calorífico de una lupa.

-Permite llevar a cabo experimentos que precisan de un calor muy intenso -repuso Priscilla con entusiasmo mientras contemplaba el instrumento con expresión embelesada-. Ojalá pudiera tener una, pero mamá nunca me lo permitiría.

Por alguna razón, la fascinación que sentía por la lupa irritó a Dominic, quien a continuación se preguntó cómo se sentiría si ella lo mirara con la misma admiración que mostraba por el instrumento. Sin embargo, Dominic se recordó a sí mismo que Priscilla no era importante; su objetivo era Emeline. Había intentado captar su atención con los vistosos experimentos de antes, y en parte lo había conseguido.

En cualquier caso, era Priscilla la que había respondido con más entusiasmo a las explosiones y demostraciones que Dominic había preparado con tanta minuciosidad. Fue ella quien comprendió las implicaciones más profundas y percibió las distintas posibilidades y variaciones de los experimentos.

Dominic se sorprendió del alcance de sus conocimientos. Su cabello dorado y sus claros ojos azules le habían hecho creer que no tenía nada en la cabeza más que aire y materia esponjosa. Sin embargo, citaba a Newton y a Boyle con una soltura desconcertante. Además, tomó abundantes notas.

Emeline no se sintió tan cautivada por los experimentos como Priscilla.

-Bien, ha sido una experiencia muy educativa -comentó la señora Lake cuando la pequeña hoguera se consumió en el recipiente-. Gracias, señor Hood. -A continuación, consultó el delicado reloj que llevaba sujeto a su traje de paseo y sonrió a Dominic con calidez-. Por desgracia, debemos irnos. Emeline, Priscilla, vamos.

-Sí, desde luego, señora Lake. -Priscilla se sentía reacia a marcharse, pero hizo todo lo posible por ocultar su decepción-. No puedo agradecerle lo suficiente que haya encontrado tiempo para acompañarnos a visitar el laboratorio del señor Hood esta mañana. Su presencia ha sido la única razón de que mi madre me haya permitido venir.

-Ha sido un placer. -La señora Lake se detuvo para mirar por encima del hombro de Dominic-. ¡Ah!, el señor March ya está aquí. Le dije que acabaríamos cerca de las diez. Debe de haberse impacientado y ha venido a buscarnos.

-No parece de muy buen humor -observó Emeline.

-No ha estado de buen humor desde los acontecimientos del castillo Beaumont -murmuró Anthony.

Dominic se volvió en la dirección de sus miradas. Un ligero escalofrío recorrió su cuerpo cuando vio al hombre de duras facciones que se acercaba.

March había cruzado el pequeño parque para acortar las distancias. En contraste con los colores verdes de la vegetación y los pasteles de las flores, él parecía una fuerza oscura y decidida de la naturaleza. En sus zancadas se apreciaba una leve cojera. Dominic se preguntó si lo habían herido en el pasado. La cojera podría haber dado la sensación de que había en él cierta debilidad. Sin embargo, en aquel caso otorgaba a March el aspecto de un soldado herido en una batalla que podía resultar más peligroso que cualquier joven recluta sin experiencia.

Dominic sujetó el mango de la lupa con fuerza. Debía tener mucho, mucho cuidado con aquel hombre, se recordó a sí mismo.

-Señor March -comentó la señora Lake-, ¿conoce al señor Hood?

March se detuvo y miró a Dominic inquisitivo. A continuación, inclinó la cabeza un poco.

-Hood.

-Señor.

-Qué lástima que no haya podido unirse a nosotros antes, señor March -dijo Priscilla-. El señor Hood acaba de realizar unos experimentos muy interesantes.

-Quizás en otra ocasión. -Tobias dirigió su atención a la señora Lake- Lavinia, si has terminado aquí, te recuerdo que tenemos asuntos urgentes que atender: -Miró a Anthony-. Y lo mismo os digo a ti y a la señorita Emeline.

-Sí, señor -respondió Anthony, evidentemente ansioso por marcharse-. Emeline y yo

acompañaremos a Priscilla a su casa y reanudaremos nuestras pesquisas.

No hay por qué apresurarse -repuso Lavinia mientras se ajustaba los guantes-. Las tiendas de pelucas y los anticuarios acaban de abrir. No hemos desperdiciado el tiempo.

Dominic se dijo que debía permanecer callado, pero su curiosidad lo venció.

-¿Puedo preguntar cuál es el objetivo de sus pesquisas?

-Estamos buscando a un asesino profesional -explicó la señora Lake-. Aunque resulte sorprendente, asesina por encargo. El señor March está preocupado, y con razón, porque es probable que vuelva a matar en breve si no lo descubrimos y lo detenemos.

-¿Están buscando a un asesino? -Dominic miró a Anthony, pero apartó la vista con rapidez-. Yo diría que eso es trabajo de la calle Bow.

-Este asesino es demasiado astuto para la policía -replicó Anthony-. De hecho, es tan astuto que nunca deja pruebas de sus asesinatos. -A continuación, le ofreció el brazo a Emeline-. Será mejor que nos vayamos.

Emeline sonrió a Dominic.

-Gracias, una vez más, por una mañana tan instructiva, señor Hood.

-Ha sido realmente fascinante. -Priscilla lo obsequió con una sonrisa radiante.

-Ha sido un placer -respondió Dominic con aspereza.

Anthony no se molestó en despedirse, como hubiera sido lo correcto, y se marchó, con Emeline y Priscilla, al extremo opuesto del parque.

March puso una mano bajo el codo de la señora Lake.

-Le deseo un buen día, Hood.

-Lo mismo le digo, señor. -Dominic se inclinó ante la señora Lake-Y también a usted, señora. Le agradezco que haya acompañado a la señorita Emeline y a la señorita Priscilla esta mañana. Soy consciente de que los dictados del protocolo habrían impedido que entraran en mi domicilio sin su presencia.

-Me lo he pasado muy bien -le aseguró ella-. Confío en que volvamos a vernos, señor Hood. Quizá cuando dispongamos de más tiempo.

Dominic se quedó solo y los observó mientras se alejaban. Odiaba admitirlo, pero envidiaba a Anthony. Seguir la pista a un asesino parecía un trabajo interesante, pero se recordó que él también tenía una tarea importante que llevar a cabo.

Ahora sabía que debía encontrar otra estrategia para alcanzar su objetivo. El plan que había forjado para alejar a Emeline de Anthony no funcionaba.

Una leve brisa agitó el follaje cercano. Dominic creyó oír, en aquel movimiento, los susurros de su madre, recordándole que su camino estaba trazado y que no debía desviarse de él. Era el único que podía vengarla, pensó Dominic. No quedaba nadie más para hacerlo.

El grupito alcanzó el otro extremo del parque. Allí se separaron. El señor March y la señora Lake se marcharon por la izquierda y Anthony y sus dos acompañantes por la derecha.

Dominic esperó mientras intentaba mantener su atención en Anthony hasta el último momento. No debía perder la concentración, se dijo. No debía permitirse ninguna distracción. Sin embargo, por alguna razón, lo que retuvo su mirada hasta que todos desaparecieron por una esquina fueron los rubios rizos de Priscilla que asomaban por debajo del ala de su gorrito rosa.

Al cabo de unos instantes, Dominic se inclinó para recoger el recipiente de hierro; contempló un buen rato los restos carbonizados de los papeles que había quemado.

La venganza era un duro tirano. Empezaba a preguntarse si, al final, lo único que conseguiría a cambio sería un puñado de cenizas.

15

Dos días más tarde, al final de otra larga jornada, Lavinia y Tobías entraron en una de las pocas tiendas de pelucas que quedaban en la lista. Hasta entonces sus indagaciones no habían producido ningún resultado y Lavinia empezaba a perder toda esperanza de que tuvieran mejor suerte en aquella ocasión.

Echó una ojeada al local de Cork & Todd y experimentó una sensación de malestar que ya le resultaba familiar.

La tienda era similar a las otras que ella y Tobías habían visitado. Lavinia llegó a la conclusión de que su malestar se debía a las filas de bustos coronados con cabello falso, pero tuvo que reconocer que no era culpa de los propietarios que aquellos modelos le parecieran cabezas cortadas.

La mayor parte de los bustos de cera de Cork & Todd eran de mujer, aunque había también unas cuantas cabezas masculinas cubiertas con pelucas para caballero.

Detrás del mostrador no había nadie, pero se oyó un alegre tintineo en la habitación trasera.

-¡Estaré con usted enseguida!

Tobias sacó el pedazo de papel de su bolsillo y comprobó la lista con desaliento.

-Sólo tres más, aparte de ésta, y habremos acabado. Aunque no nos ha sido muy útil. Hemos malgastado casi tres días en la búsqueda de la persona que vendió la peluca rubia al asesino y no hemos descubierto nada.

-Quizás Emeline y Anthony tengan más suerte con los anticuarios -comentó Lavinia. A continuación, se dirigió a uno de los mostradores para observar, más de cerca, una peluca muy elaborada-. No te olvides de la primera tienda que visitamos esta mañana, la que tenía un letrero en el escaparate que decía que permanecería cerrada todo el mes. ¿Qué propones que hagamos?

-Me encargaré de ella esta noche.

Lavinia se dio la vuelta de una forma repentina.

-Vas a forzar la cerradura, ¿no es cierto?

Tobías se encogió de hombros y permaneció en silencio. Lavinia estaba entusiasmada.

-Iré contigo.

-Desde luego que no.

Tobías pronunció aquellas palabras con bastante firmeza, en opinión de Lavinia, pero en un tono estudiado y maquinal. Una cuestión de forma. Incluso parecía resignado.

Ella podía ganar aquella partida.

-Sería una oportunidad excelente para que te observara mientras trabajas.

Precisamente el otro día pensaba que debo perfeccionar mi técnica de forzar cerraduras, y tú has sido muy parco en este tipo de demostraciones.

-No parco, sino prudente.

-Tonterías. No permitiré que me impidas aprender todos los secretos de nuestra profesión. Somos socios, si no recuerdo mal. Debes ser más colaborador...

Lavinia se interrumpió cuando las cortinas que había detrás del mostrador se abrieron. Un hombre rollizo de mediana edad, ataviado con un chaleco de satén floreado, una chaqueta granate y un fular anudado de una forma muy intrincada, apareció en el vano de la puerta. Su cabello era de un color oscuro muy sospechoso para una persona de su edad, pensó Lavinia. No se veía ni una sola cana en la mata de rizos ensortijados que cubría su cabeza.

-Dama, caballero -saludó el hombre mirándolos a través de unos lentes dorados-. ¡Bienvenidos, bienvenidos a mi tienda! J. P. Cork a su servicio. -Dirigió entonces su atención hacia Lavinia y sus ojos, primero, se abrieron con espanto y, después, se entrecerraron con una expresión de lástima-. Señora, ha acudido usted al lugar adecuado, se lo aseguro. Yo puedo rescatarla de su triste pesar.

-Sin duda -murmuró Lavinia ignorando el enojo que oscureció la mirada de Tobías.

No era la primera vez que la recibían con tanto entusiasmo durante los ¿os últimos días. Todos los fabricantes de pelucas que habían entrevistado se sintieron horrorizados al ver su cabellera pelirroja y prometieron salvarla de lo que, resultaba evidente, consideraban un destino peor que la muerte.

-No se preocupe, madame. -Cork salió con vehemencia de detrás del mostrador y tomó una de las manos enguantadas de Lavinia entre sus rechonchos dedos-. Cuando hoy salga de esta tienda, será una mujer nueva.

-Estoy convencida de que sería una experiencia interesante -respondió Lavinia-. Pero me temo que mi compañero y yo no hemos venido a comprar una peluca.

El propietario de la tienda chasqueó la lengua en señal de desaprobación y meneó la cabeza con actitud solemne.

-Si el color natural de su cabello fuera castaño o negro podría salir del paso con un tupé o un postizo, pero con su desafortunado tono rojizo, sólo una peluca completa resolverá su problema. Ninguna otra cosa conseguiría ocultar su cabello por completo.

Tobías se movió ligeramente, sólo lo suficiente para llamar la atención de Cork.

-Mi nombre es March -dijo-. Me gustaría formularle unas preguntas acerca de sus pelucas.

-Comprendo. -Cork observó más de cerca el cabello corto y oscuro de Tobías con una expresión profesional de preocupación-. Discúlpeme, estaba tan trastornado por el terrible problema de la señora que no me di cuenta de su desgracia. Pero ahora que lo miro más de cerca, sin duda percibo esos reveladores tonos plateados en sus sienes. -Cork volvió a chasquear la lengua-. Hace muy bien en tomar cartas en el asunto justo ahora, caballero, antes de que su cabello se vuelva completamente blanco. Tengo exactamente lo que necesita.

-Maldita sea -gruñó Tobías-. No estoy interesado en una peluca para mí.

Sin embargo, Cork ya se había acercado a uno de los bustos de hombre y había escogido una peluca castaña. La sostuvo en alto en señal de triunfo, como un cazador que exhibe su recién cobrada presa.

-Le garantizo que esta peluca ocultará los estragos del tiempo en su cabello y le hará parecer diez años más joven, como mínimo.

-Le he dicho que no estoy aquí para comprar una peluca. -Tobias miró el postizo como si se tratara de un roedor muerto-. La señora Lake y yo deseamos formularle unas cuantas preguntas. Nada más.

-Le compensaremos por la pérdida de tiempo -apuntó Lavinia mientras se esforzaba por no sonreír. Tobias ya le había comentado que aquellos interrogatorios lo sacaban de quicio. Las personas que se dedicaban a fabricar pelucas o a la peluquería se consideraban artistas, y Tobias no tenía mucha paciencia con las personas de temperamento artístico.

-Humm. -La sonrisa de Cork perdió su calidez--. ¿Qué clase de preguntas?

-Sólo una o dos acerca de la venta de pelucas rubias -repuso ella en tono tranquilizador.

-¿Rubias? -Cork hizo una mueca de desaprobación-. Hace meses que nadie me encarga una peluca rubia completa. Como ya sabrá, se trata de un color que no está nada de moda. Y no lo ha estado en bastante tiempo. Ese tono no ha vuelto a ser popular desde que madame Tallien declaró, hace veinte años, que el negro es el color de pelo más elegante.

-¿Madame Tallien? -repitió Lavinia con curiosidad-. ¿La esposa del revolucionario francés?

--No me importan sus horribles tendencias políticas. -Cork realizó un gesto con una de sus regordetas manos, como si apartara a un lado aquella cuestión-. Lo importante de verdad es que sus fiestas eran realmente espléndidas. Y ella era la reina suprema del mundo de la moda francés. Era la propietaria de un abundante surtido de pelucas. Según se cuenta, cambiaba de peluca varias veces al día. Llevaba una de un color por la mañana y otra de un color distinto por la tarde. Las personalidades más selectas de Inglaterra hacían lo posible por seguir sus brillantes ideas. No me importa decirles que los que practicamos la profesión de peluqueros y fabricantes de pelucas le estamos sumamente agradecidos.

-Ya me lo imagino -repuso Lavinia. Ella sabía con certeza que la guerra entre Inglaterra y Francia no había obstaculizado en absoluto la influencia francesa en la moda inglesa. Algunas cosas estaban más allá de la política-. Sin embargo, lo que nos gustaría saber es...

-Verá, ella apareció en el momento más crucial. -Cork sorbió por la nariz con desdén-. La Corona acababa de imponer aquel absurdo impuesto sobre el talco de las pelucas que hizo que la demanda de este tipo de pelucas cayera en picado. Cuando las pelucas empolvadas pasaron de moda, también lo hizo el interés por los verdaderos *coiffeurs.* Fue una pérdida lamentable. Aquella norma casi nos arruinó al señor Todd y a mí.

Lavinia percibió la mirada de Tobias y volvió a intentar interrumpir al fabricante de pelucas.

-Señor Cork, lo que desearíamos saber es...

-¡Ah, sí! Aquéllos eran buenos tiempos -exclamó Cork con reverencia-. Tengo la triste sospecha de que en toda mi vida volveré a vivir una época dorada de las pelucas como aquélla. Entonces todas las casas suntuosas disponían de una estancia especial para las pelucas, en la que el cabello artificial podía rizarse y espolvorearse. Los peluqueros tenían que ser muy hábiles y, la verdad, es que estuvieron a la altura de las circunstancias. Conocí a algunos que creaban peinados de tal magnitud y altura que las damas que los llevaban no podían viajar en sus carruajes a menos que se arrodillaran en el suelo o sacaran la cabeza por la ventanilla.

-Señor Cork. -Lavinia infundió algo más de firmeza a su voz-. Queremos saber...

En aquel momento la puerta de la tienda se abrió. Un hombre de aspecto pulcro y aproximadamente de la misma edad que el señor Cork, aunque con un contorno que era la mitad que el suyo, entró. Llevaba un paquete bajo el brazo.

-Señor Todd. -El señor Cork lo saludó con una familiaridad que revelaba una vieja

amistad-. Por fin ha regresado. Me preguntaba qué le habría ocurrido.

-Lady Brockton cambió de opinión al menos tres veces acerca de si su hija debía llevar trenzas o tirabuzones. -Todd resopló-. Para mí, resultaba evidente que lo que la muchacha necesitaba era un montón de rizos delante para ocultar su ancha frente. Sin embargo, para convencer a lady Brockton de este hecho incuestionable, tuve que emplear la diplomacia más refinada y buena parte de mi tiempo. Afortunadamente, no tenia más citas esta tarde.

-Sé que lady Brockton le exaspera, pero es una dienta habitual.

-Sí, sí, soy muy consciente de este hecho. -Todd miró a Lavinia y a Tobias-. Vaya, no pretendía interrumpir.

--Charles Todd, permítame presentarle a la señora Lake y al señor March -anunció Cork-. Han venido para formularnos unas cuantas preguntas. Justo ahora les estaba hablando de los viejos buenos tiempos de nuestra profesión. -Se volvió de nuevo hacia Lavinia y Tobias-. Como iba diciendo, en aquella época no era necesario preocuparse por el tono exacto el cabello artificial, porque se cubría, por completo, con polvos y pomada.

Todd dejó el paquete sobre el mostrador.

-¡Qué material tan fantástico eran los polvos! -Todd juntó las palmas de las manos y cerró los ojos para controlar la intensa emoción que l$_0$ embargaba-. La variedad de tintes que se podía crear con ellos era, como mínimo, espectacular. Yo me sentía un verdadero artista cuando los mezclaba.

-El señor Todd, aquí presente, tenía un toque maestro con los polvos -les confió Cork-. Les aseguro que tenía la receta de los tonos más delicados de rosa, azul, amarillo, lavanda y violeta pálido. Por las noches, en los salones de baile, siempre se podían identificar sus obras. Sus peinados destacaban por encima de los del resto de peluqueros de Londres.

-¡Aquéllos eran buenos tiempos! -confirmó Todd.

-Acababa de contarles a la señora Lake y al señor March que madame Tallien nos salvó cuando puso de moda las pelucas de color natural -explicó Cork-. Y aunque ahora nos las arreglamos bien con los moños, los postizos, los tupés, etcétera, el negocio de las pelucas no ha vuelto a ser lo mismo desde entonces.

-Padecimos otra época de incertidumbre hace unos años, cuando las damas insistieron en cortarse el cabello muy corto para seguir la moda de los griegos y los romanos. Sin embargo, la demanda de peluqueros expertos rebrotó cuando las damas quisieron llevar de nuevo el cabello largo -explicó Todd con gran satisfacción.

-Gracias a Dios, los gustos de la moda cambian sin cesar -añadió Cork-. Debo decir con orgullo que el señor Todd es uno de los peluqueros más distinguidos de la ciudad. Su clientela es muy selecta y sus diseños son verdaderas y originales obras de arte. Una persona con experiencia distingue sus obras de inmediato, tanto en la calle como en las salas de baile.

-¿De verdad? -preguntó Tobías con muy poco interés.

-Desde luego. Muchos de sus competidores han intentado copiar sus moños sin conseguirlo. Nadie puede imitar a un verdadero artista.

-Yo siempre digo que un peluquero es tan bueno como lo son sus moños -declaró Todd-. Es el elemento en el que se basa todo el peinado. Es lo que proporciona a la creación su verdadera y distintiva elegancia. Si el diseño del moño es poco inspirado o está mal situado en la cabeza, ninguna cantidad de rizos y tirabuzones podrá salvar el peinado.

Lavinia se acordó de los diseños que el peluquero de la señora Dove había creado para Emeline y ella misma con ocasión de ciertos bailes importantes celebrados durante

la pasada temporada. Sin duda, los monos constituyeron verdaderas obras de arte, pensó ella, de un diseño casi arquitectónico.

-Los moños no son el único elemento esencial -continuó Todd-. Los adornos que se utilizan para decorar la obra de arte terminada deben elegir[se] y colocarse teniendo en cuenta el efecto global. Lamento decir que muchos de mis colegas tienden a exagerar el uso de perlas y flores, por no hablar de las plumas. En estas cuestiones, la mesura debe ser la máxima de los peluqueros, como dice Lafoy.

-¿Quién demonios es Lafoy? -preguntó Tobias, que en apariencia había abandonado toda esperanza de recuperar el control de la entrevista.

Todd y Cork lo miraron como si se tratara de un bárbaro.

-¿No conoce a Lafoy? -Todd abrió el paquete que había dejado sobre el mostrador y sacó un libro-. ¡Me refiero al verdadero Lafoy!

-Nunca he oído hablar de él -repuso Tobias.

-Lafoy no sólo es un artista de la peluquería, sino también un gran poeta. -Todd abrió el libro-. El año pasado publicó esta obra excelente sobre el arte del estilismo. Este es el segundo ejemplar que compro. He tenido que hacerlo porque el primero lo gasté de tanto leerlo.

Cork guiñó un ojo.

-Una noche del mes pasado se quedó dormido mientras lo leía en el baño. El libro quedó destrozado.

-Escuchen estos versos sobre el noble arte de la peluquería -les instó Todd-. La sensibilidad y la intensidad de las emociones que transmite son embriagadoras. Sin ir más lejos, su oda al peine me hace llorar cada vez que la leo.

Todd se aclaró la garganta dispuesto a leer en voz alta.

-Quizás en otra ocasión, señor Todd -dijo Cork, levantando una mano para hacer callar a su socio-. La señora Lake y el señor March están aquí por negocios.

-Sí, claro. Discúlpenme. -Todd cerró el libro y estudió a Lavinia con los labios apretados-. Ha hecho bien en venir a vernos, señora. Con el cabello pelirrojo no se puede hacer otra cosa que ocultarlo. Tengo algunos tintes que oscurecen el pelo, pero ninguno de ellos es tan fuerte como Para teñir el suyo. Cuando haya escogido una peluca, estaré encantado de peinársela. En mi opinión, le iría bien el cabello negro, ¿no está de acuerdo, señor Cork?

-Sin duda. -Cork sonrió-. La señora estaría deslumbrante con el cabello negro.

Todd dio una vuelta alrededor de Lavinia mientras observaba su cabello con atención.

-Creo que utilizaré uno de mis moños a la Minerva. Le proporcionará altura. ¿Qué opina usted, señor Cork?

-Como siempre, cuando hablamos de estas cuestiones, usted tiene razón, señor Todd -respondió Cork-. Sin embargo, y por desgracia, la señora ha dejado muy claro que hoy no desea realizar ninguna compra.

-Es una lástima -murmuró Todd-. La verdad es que tiene posibilidades. Sólo con que...

-En relación con la venta de las pelucas rubias durante los últimos meses -intervino Tobias con calma.

-Sí, claro. -Cork cruzó las manos a la espalda y se balanceó sobre los talones-. Me ha parecido oír que me compensaría por la información acerca de la venta de pelucas rubias.

Tobias miró a Lavinia enarcando una ceja.

-Mi ayudante se hará cargo de las negociaciones.

Lavinia se aclaró la garganta y se preparó a regatear como lo había hecho con los

otros voluntariosos fabricantes de pelucas.

-Como usted, nosotros también disponemos de una clientela muy exclusiva, señor Cork. Sólo las personas más selectas acuden a Lake & March para contratar nuestros servicios como investigadores privados.

-Comprendo -murmuró Cork.

-Como ambos sabemos -continuó Lavinia con voz suave-, el funcionamiento de cualquier negocio depende de un adecuado sistema de publicidad. Mi propuesta consiste en que, a cambio de la información que nos facilite ahora, yo recomendaré su tienda a mis clientes.

Cork no se esforzó en ocultar su desengaño.

-Lo cierto es que no le veo mucha utilidad a su propuesta.

-Le aseguro, señor, que hablamos de personas muy bien situadas en el entorno social -manifestó Lavinia-. Como sin duda usted ya sabe, un comentario aquí y allá en los oídos adecuados es mucho más valioso que un anuncio en los periódicos.

-Humm. --Cork se balanceó un poco más sobre los talones y después asintió con la cabeza-. De acuerdo. Esta temporada me han encargado uno o dos tupés y un par de postizos claros. Eso es todo. Como ya les he dicho, este color no está de moda. Ni siquiera me preocupo en almacenar el excelente cabello rubio alemán. La mayor parte de los pedidos que recibo son de cabello castaño o negro de origen francés.

-Gracias por la información -manifestó Tobias con lentitud-. Se lo agradecemos de verdad. Puede estar seguro de que la señora Lake mencionará el nombre de su establecimiento a sus clientes siempre que tenga ocasión.

A continuación, agarró a Lavinia por el brazo y la condujo hacia la puerta.

-Bien, esto ha sido una completa pérdida de tiempo -afirmó Tobias cuando estuvieron a salvo en la calle-. Te prometo que durante los últimos dos días he aprendido mucho más acerca del arte de la peluquería y la fabricación de pelucas de lo que nunca habría deseado saber.

-Sin embargo, tenías razón cuando dijiste que debíamos seguir esta línea de investigación. No podemos pasar por alto una pista tan importante.

-Ahora visitaremos las tres tiendas que nos quedan y por la noche echaré una ojeada a la que estaba cerrada. Y esto será el fin de esta cuestión. Maldita sea, Lavinia, tengo que dar un nuevo enfoque a nuestro caso.

Lavinia alisó los dedos de su guante izquierdo.

-De verdad creo que debo acompañarte esta noche, Tobias. Me necesitas.

-¿Estás segura? -dijo Tobias en tono distraído, como si sólo la escuchara a medias-. ¿Por qué?

-Porque, a pesar de las entrevistas que realizamos ayer y hoy, tus conocimientos sobre la moda no te permiten saber qué debes buscar en el interior de la tienda de un fabricante de pelucas. Y es muy probable que pasaras por alto alguna prueba crucial.

Tobias reflexionó sobre aquello unos segundos y, para sorpresa de Lavinia, se encogió de hombros.

-Quizá tengas razón -admitió al final-. Supongo que la aventura de esta noche no entraña grandes riesgos. Después de todo, el señor Swaine. el propietario, está fuera de la ciudad.

-Excelente. -Lavinia lo obsequió con una sonrisa de aprobación-. áspero con ansia la expedición de esta noche. Cuando lleguemos a casa podrías prestarme una de tus ganzúas para practicar antes de la salida nocturna.

-Muy bien -respondió Tobias con expresión ausente.

Un sentimiento de satisfacción creció en el interior de Lavinia. Por lo visto, Tobias empezaba a tratarla como a una auténtica socia, pensó.

Sin embargo, cuando llegaron al final de la calle y doblaron la esquina, la mayor parte de aquel sentimiento se había desvanecido. Aquella pequeña batalla había resultado demasiado fácil, se dijo. En su opinión, Tobias no pensaba en lo que decía o estaba demasiado preocupado por otras cuestiones relacionadas con el caso y ni siquiera se molestaba en discutir

-¡Vamos! ¡Cuéntamelo! -exclamó ella con brusquedad-. Hoy n_0 eres tú mismo. ¿En qué estás pensando con tanta intensidad?

-Supongo que en las huellas que el tiempo ha empezado a dejar en mi cabello.

Lavinia se quedó boquiabierta.

-¿Las huellas del tiempo? De todas las preocupaciones ridículas que hay... -Lavinia se interrumpió de repente, se volvió hacia él y examinó el color plateado de sus sienes. Encajaba de maravilla con las interesantes arrugas que nacían en las comisuras de sus fascinantes ojos-. No puedo creer que tomaras en serio los comentarios de Cork. ¡Santo cielo! No es más que un tendero que intenta realizar una venta.

-Pero tiene razón. Ya no soy joven, Lavinia.

-No, ya no lo eres -replicó ella de una forma resuelta-. Sin duda estoy de acuerdo en que no eres un joven imberbe, sino un hombre en la flor de la vida. Además, las huellas que el tiempo ha dejado en tu cabello me parecen sumamente atractivas.

Tobias esbozó una sonrisa torcida.

-¿Sumamente?

-Sí. -Lavinia contuvo el aliento al percibir el interesante brillo que reflejaban los seductores ojos de Tobias-. Sumamente.

-¡Es una suerte! -Tobias tomó la barbilla de Lavinia con la mano y la elevó un poco-. Porque a mí también me gusta tu cabello con locura.

Una ola de calor y de placer recorrió el cuerpo de Lavinia.

-¿Aunque no esté nada de moda?

-Pongo en su conocimiento, señora, que nunca he sido un esclavo de la moda.

Lavinia se echó a reír al oír aquel comentario tan acertado. Entonces él la besó. Allí, en la calle, sin hacer caso de los transeúntes que los contemplaban con curiosidad y desaprobación.

Y ella dejó de reír.

16

Anthony estaba de buen humor por primera vez desde la demostración de Hood, dos

días antes.

Siguió a Emeline por la puerta del estudio de la señora Lake con muy buenas expectativas.

Primero vio a Tobias, confortablemente sentado en su sillón favorito, con las piernas estiradas y una copa de jerez en la mano.

-Señor March. -Emeline sonrió con calidez-. La señora Chilton me ha dicho que estaba usted aquí. -Echó una ojeada a la pequeña habitación y preguntó-: ¿Dónde está mi tía?

-Siento decirle que la he iniciado en la senda de la delincuencia. -Tobias bebió un trago de jerez-. Sin embargo, debo admitir que tiene aptitudes para la profesión.

-Estoy aquí. -Lavinia asomó la cabeza por detrás del escritorio y con una mano sacudió una ganzúa en el aire-. Estoy practicando mi profesión. Esta noche el señor March y yo vamos a entrar en la tienda de uno de los fabricantes de pelucas.

Anthony pensó que nunca había visto a una dama sentada en el suelo.

-¡Qué emocionante! -exclamó Emeline. Rodeó el escritorio para observar a Lavinia-. ¿Puedo ir con vosotros?

-No, no puede -repuso Tobias con decisión-. Sólo puedo supervisar a los aprendices entusiastas de uno en uno. -Miró a Anthony por encima del borde de la copa de jerez-. Pareces satisfecho de ti mismo. ¿Has aprendido algo útil hoy?

Aquélla era la oportunidad perfecta para exhibir el mismo aire de fría competencia que Tobias utilizaba en ocasiones parecidas, pensó Anthony

Se apoyó en el escritorio y cruzó los brazos con teatralidad.

-Creo que hemos encontrado la procedencia de los anillos mortuorios.

Lavinia volvió a asomar la cabeza por detrás del escritorio con un brillo de admiración en los ojos.

-¿De verdad la habéis encontrado? ¡Éstas son unas noticias excelentes!

-Buen trabajo -corroboró Tobias en voz baja.

Anthony sintió que su fachada de frialdad se esfumaba un poco y que parte del orgullo y la satisfacción que sentía salían a la superficie. Los elogios de Tobias siempre le causaban este efecto, pensó Anthony. Tobias era el hombre que más admiraba en el mundo. Era su patrón y su modelo en todo lo relacionado con la masculinidad. Excepto en las cuestiones del vestir, se recordó con afecto y diversión. La insistencia de su mentor para que le confeccionaran la ropa pensando en la facilidad de movimiento y su falta de interés por los fulares de nudo intrincado nunca le dejarían convertirse en un paradigma de la moda.

-A Emeline le corresponde buena parte del mérito -afirmó Anthony mientras señalaba con la cabeza hacia donde estaba ella-. Convenció al propietario del museo para que reconociera la pérdida de los anillos.

-Pero fue Anthony quien sugirió que investigáramos en aquel curioso y pequeño museo cuando no tuvimos suerte en los anticuarios -replicó Emeline con rapidez-. Fue un golpe genial.

-Se trató, más bien, de un golpe desesperado -puntualizó Anthony con una mueca.

-¿Qué comentáis de un museo? -preguntó Lavinia.

-La investigación de los anticuarios no nos llevaba a ninguna parte -explicó Anthony-. Sin embargo, uno de ellos nos mencionó que en un pequeño museo de la calle Peg había una gran colección de anillos mortuorios. En mi opinión teníamos poco que perder, de modo que decidimos seguir aquella pista.

-El propietario insistió en que compráramos una entrada si queríamos hablar con él -comentó Emeline-. Y cuando le dijimos que sobre todo estábamos interesados en los anillos, se puso muy nervioso.

-Pero Emeline lo tranquilizó con unas cuantas sonrisas y unas palabras amables -continuó Anthony-. Al final, nos confesó que le habían robado la colección de anillos.

Tobias apenas se movió en el sillón.

-¿Cuándo?

Anthony reconoció el tono afilado con que pronunció aquella palabra.

Sin duda, era una suerte que su cuñado estuviera obsesionado con la justicia y la rectificación del mal. Sus habilidades en manos de alguien que no se rigiera por un código del honor como el suyo habrían sido terribles.

-El propietario del museo nos explicó que se dio cuenta de la falta de los anillos hace unos dos meses. -Anthony sacó su libreta de notas y la abrió de golpe-. Le pregunté si alguien demostró un interés especial en los anillos poco antes del robo.

-Una pregunta excelente -dijo Tobias-. Y ¿cuál fue la respuesta?

Anthony miró a Emeline e inclinó la cabeza.

Ella apenas podía contenerse.

-Uno o dos días antes de que los anillos desaparecieran, el propietario vio a una mujer rubia que los observaba con atención.

Lavinia se puso de pie.

-¿Una mujer rubia? ¿De verdad?

-Así es. -Anthony cerró la libreta con un movimiento rápido de la mano-. Por desgracia, no vio con claridad sus facciones porque llevaba puesto un sombrero muy ancho con un velo tupido.

-¿Edad? -preguntó Tobias con el mismo tono incisivo de antes-. ¿Complexión?

-Por desgracia, el propietario fue muy vago en estos detalles -respondió Anthony-. Después de todo, la vio hace más de dos meses. Lo único que parece haber quedado claro en su memoria es el cabello rubio de la mujer.

Tobias enarcó las cejas.

-Se acordaba de este detalle, ¿no es cierto?

-Perfectamente -contestó Anthony.

-¿Es posible que se tratara de una mujer disfrazada? -preguntó En

-Es más probable que fuera un hombre disfrazado de mujer -respondió Tobias.

Anthony resopló.

Debo decirte que tu teoría de que buscamos a un hombre que se viste de mujer para ocultar su identidad me resulta muy extraña.

-No es tan inusual como parece -dijo Tobias enarcando una ceja.

Anthony se echó a reír.

-¿Estás de broma?

-A mí tampoco me parece tan sorprendente -comentó Lavinia-.

La moda femenina a menudo ha imitado la masculina. No tenemos más que recordar los preciosos sombreritos y las chaquetas de estilo militar qu$_e$ estuvieron de moda hace pocos años. Os aseguro que todas las damas con estilo tenían una o dos de esas piezas.

-Sí, pero estaban diseñadas para utilizarlas con vestido, no con pantalones -dijo Anthony.

-¿Sabéis una cosa? Me parece que, en ocasiones, sería mucho más conveniente llevar pantalones que faldas -comentó Lavinia.

-Sí, desde luego -asintió Emeline con entusiasmo-. Serían mucho más cómodos y prácticos.

Anthony la miró demasiado sorprendido para hablar.

-Por ejemplo, esta noche -continuó Lavinia-, si llevara pantalones al entrar en la tienda del fabricante de pelucas podría moverme con libertad.

-Si analizamos esta cuestión -dijo Emeline-, lo cierto es que, en nuestra profesión, los

pantalones serían el atuendo perfecto en múltiples ocasiones. Me pregunto si podríamos persuadir a madame Francesca para que nos diseñara unos pantalones.

Lavinia la miró.

-¡Qué idea tan brillante!

Anthony por fin recuperó la voz. Entonces miró con fijeza a Emeline.

-¿Qué demonios estás diciendo? Sabes perfectamente que no puedes ir por ahí con pantalones.

Ella le sonrió con dulzura.

-¿Por qué no?

-Esto...

Aquella simple pregunta dejó a Anthony sin palabras; miró a Tobias en busca de ayuda.

-Maldita sea. -Tobias apuró de un trago el jerez, se levantó y se dirigió hacia la puerta-. Vamos, Tony. Será mejor que huyamos mientras podamos. No creo que sea sensato por nuestra parte escuchar el resto de esta conversación.

Anthony echó una última ojeada a la expresión decidida de Emeline y llegó a la conclusión de que Tobias tenía razón. No estaba preparado para librar aquella batalla.

Se despidió con rapidez y siguió a su cuñado hasta el vestíbulo principal

-No creerás que hablan en serio, ¿verdad? -le preguntó mientras bajaban los escalones de la entrada-. Me refiero a lo de los pantalones.

-En cuanto a la señora Lake, he aprendido a tomarme muy en serio

todo lo que dice, y sospecho que deberías hacer lo mismo con la señorita Emeline. La alternativa es que nos pillen por sorpresa, y ésta no es una posición adecuada para alguien de nuestra profesión.

-Seguramente nos estaban tomando el pelo.

-Yo en tu caso no me fiaría de esta suposición.

Anthony titubeó y, decidió abandonar aquel tema.

-Hablando de nuestra profesión. Tengo que hacerte una pregunta. Se trata de una cuestión técnica.

-¿Qué quieres saber?

-¿Cómo se puede investigar el pasado de un caballero? Tobias le lanzó una mirada dura e inquisitiva.

-Con una precaución extrema. ¿Por qué lo preguntas?

-Me preocupa Hood.

-¿Quieres decir que estás celoso de él? -preguntó Tobias en voz baja-. Te aseguro que tus celos no tienen ningún fundamento de ser.

Anthony apretó la mandíbula.

-No me gusta su forma de mirar a Emeline -dijo.

-Tranquilízate, Tony. La señorita Emeline sólo tiene ojos para ti. Escucha mi consejo y no te entrometas en los asuntos de Hood. Como norma, los caballeros no aceptan intromisiones en su intimidad. Algunos incluso considerarían esta forma de actuar como un insulto grave. Un paso en falso y podrías recibir una cita para el amanecer.

-Sólo quiero asegurarme de que no constituye una amenaza para la señorita Emeline.

Tobias permaneció callado durante unos instantes.

-Le pediré a Crackenburne que averigüe lo que pueda sobre Hood dijo por fin-. Él puede llevar a cabo unas indagaciones discretas sin levantar sospechas.

-Gracias.

-Mientras tanto, quiero que me prometas que no harás ninguna locura -exigió Tobias-. Hablo muy en serio, Tony. Muchos hombres han fallecido en duelos por motivos menos importantes que éste.

-Sí, lo sé. -Anthony se ajustó el ala del sombrero con un cuidado excesivo y lo inclinó de forma que lo protegiera del sol de la tarde-. Mi padre, por ejemplo.

Tobias protegió la pequeña llama de la vela con la mano mientras observaba cómo Lavinia manipulaba la cerradura de la puerta trasera de la tienda del fabricante de pelucas. Arrebujada en su capa negra, se puso en cuclillas, se inclinó y se dedicó con diligencia a su tarea.

Aquella noche no había nubes y la luna era casi llena. Su luz plateada iluminaba la ciudad con un brillo que parecía de otro mundo. Los rayos lunares llegaban a las callejuelas y callejones más estrechos y facilitaron el trabajo de Lavinia y Tobias en ciertos aspectos, aunque en otros lo hicieron más peligroso. La misma luna que les permitía ver con más claridad, también permitía que los demás los vieran a ellos.

Se oyó un chasquido suave.

-Lo tengo -murmuró Lavinia, emocionada por su éxito.

-¡Silencio! -Tobias volvió a mirar por encima del hombro para comprobar que no hubiera ninguna sombra ni signos de movimiento.

La noche estaba en calma. Una lámpara brillaba débilmente en una habitación situada sobre una tienda, en el otro extremo de la calle, pero todos los establecimientos cercanos estaban a oscuras. Tobias escuchó el silencio unos segundos y se mostró satisfecho.

-Está bien -dijo en voz baja-. Entremos.

Lavinia se levantó e hizo girar con cuidado el pomo de la puerta. Esta se abrió con un chirrido.

Un aire fétido y viciado salió del interior del establecimiento. Lavinia y Tobias percibieron un hedor familiar.

-¡Santo cielo! -Lavinia respiró de forma entrecortada, y se tapó la nariz y la boca con el borde de la capa. Miró a Tobias con los ojos muy abiertos en señal de reconocimiento y horror.

Tobias se dio cuenta de que también ella comprendía lo que implicaba aquel espantoso hedor. No era la primera vez que se encontraban con la muerte.

-Yo iré delante -dijo

Lavinia no se opuso.

Tobias levantó la vela y examinó la habitación trasera de la tienda. Estaba atiborrada de los artículos que utilizaba el propietario.

Unos bustos calvos estaban amontonados en una cesta de gran tamaño. A la titilante luz de la vela, las cabezas parecían el escabroso producto de la guillotina.

Varias pelucas de distintas formas y colores extendidas sobre una mesa le recordaron a Tobias las pieles de animales muertos. Junto a un montón de tupés había diversos utensilios, entre ellos tijeras y peines, cuidadosamente ordenados. Un pequeño telar diseñado para tejer cabello artificial ocupaba un banco cercano, y una mata de cabello castaño oscuro a medio terminar pendía de él.

Tobias levantó un poco más la vela y vio un tramo de escalera estrecha que conducía a las habitaciones situadas encima de la tienda. Los peldaños desaparecían en la oscura penumbra.

El inicio de las escaleras quedaba oculto por un cajón de gran tamaño, pero aun así Tobias percibió, detrás de él, un trozo de ropa blanca arrugada y un pie cubierto con una media.

-Creo que acabamos de encontrar a Swaine -dijo.

A continuación se dirigió al pie de las escaleras. Lavinia lo siguió.

Tobias se detuvo y levantó la vela para examinar la escena. Se trataba de un hombre de edad y poco cabello vestido con una camisa de dormir. La víctima estaba tendida

boca abajo y el cuerpo se hallaba retorcido de una forma espantosa y antinatural. Había un gran charco de sangre seca en el suelo, debajo de su cabeza.

Lavinia se detuvo a cierta distancia y se arropó con la capa mientras contemplaba, con tristeza, el cadáver.

-¿Crees que se levantó en mitad de la noche, tropezó y cayó por las escaleras? -preguntó desalentada.

-No. -Tobias se inclinó para examinar la herida de la cabeza-. Sospecho que lo golpearon por detrás con algún objeto contundente y luego lo empujaron escaleras abajo para que pareciera un accidente. Diría que lo han asesinado hace poco. En algún momento entre ayer y anteayer.

-Quizá sorprendió a un ladrón.

Tobias se enderezó y miró hacia la oscuridad que había al final de las escaleras.

-Es posible -repuso. Sin embargo, el instinto le decía que el asesino del tendero no era un ladrón vulgar-. Subiré y echaré un vistazo.

Lavinia giró sobre sus talones, vio un candelabro con una vela apagada, lo cogió y encendió la vela con la de Tobias.

-Yo examinaré la parte delantera de la tienda.

Tobias pasó, con cuidado, por encima del cadáver y empezó a subir las escaleras.

--Busca archivos comerciales y recibos recientes. -Entonces se detuvo un momento-. Y un anillo.

Lavinia levantó la vista hacia él.

-¿Crees que este asesinato es obra del Portador de la Muerte?

-Ya sabes lo que opino sobre las coincidencias.

Al final de las escaleras había una habitación acogedora amueblada con un escritorio, una silla, una mesa y una alfombra pequeña. La calidad de los objetos demostraba una cierta prosperidad, pero no una gran riqueza Una puerta comunicaba con un dormitorio diminuto.

Uno de los atizadores de la chimenea estaba sobre las frías cenizas. Tobias lo tomó y lo examinó a la luz de la vela. En el extremo había pequeñas manchas de sangre seca y un poco de cabello gris. Sin duda, el fabricante de pelucas no había caído por las escaleras por accidente.

Tobias examinó la habitación contigua y registró con meticulosidad el pequeño armario y los cajones del lavabo. Diversas pelucas colgaban de percheros situados en la pared. Por lo visto, el difunto señor Swaine utilizaba algunas de sus propias creaciones.

Cuando hubo terminado, regresó a la otra habitación y registró el escritorio. Unos ruidos sordos procedentes de la planta inferior le indicaron que Lavinia estaba inspeccionando los armarios.

Tobias abrió, uno tras otro, los cajones del escritorio, y encontró el surtido de objetos habitual: un cortaplumas, unos frascos de tinta, varios papeles y unos cuantos libros contables.

Hojeó los libros con rapidez con la esperanza de que la suerte le sonriera. Enseguida se dio cuenta de que Swaine mantenía un registro detallado de sus operaciones comerciales. Todas las transacciones aparecían fechadas y anotadas con precisión. Tobias eligió el libro más reciente y se lo puso bajo el brazo. Quizá su suerte por fin había cambiado. Levantó la vela y volvió a dar una vuelta por las habitaciones. Durante su recorrido se detuvo para observar con atención la parte superior de la mesilla de noche y del lavabo. Hincó una rodilla en el suelo y miró debajo de la cama. No había ni rastro de un anillo.

Tobias permaneció un rato en medio de la salita del difunto, reflexionando. No tuvo ninguna inspiración, de modo que volvió a bajar las escaleras y pasó, con cuidado, por

encima del cadáver por segunda vez.

Lavinia lo esperaba en la trastienda.

-¿Qué vamos a hacer con el cadáver? No podemos dejarlo así. No sabemos cuándo alguien se dará cuenta de que algo va mal.

-Se lo haré saber a las autoridades competentes y me encargaré de que manejen este asunto con discreción. No quiero que corra la voz de que tú y yo hemos estado aquí esta noche.

-¿Por qué no?

-Cuanto menos sepa el asesino sobre nuestros progresos, mejor -dijo Tobias. Apagó la vela y se acercó a la puerta trasera, seguido por Lavinia-. Aunque, la verdad, no es que hayamos progresado mucho. A menos que hayas encontrado algo útil.

-No. Pero estoy de acuerdo en que no se trata de la labor de un ladrón. No he encontrado ninguna señal de que alguien registrara los armarios en busca de alguna cosa de valor. -Lavinia lo siguió al exterior y cerró la puerta-. ¿Qué llevas debajo del brazo?

-El registro de las transacciones del fabricante de pelucas de los últimos seis meses.

-¿Crees que el Portador de la Muerte consiguió aquí la peluca rubia?

-Así es. En mi opinión, se trata de una posibilidad nada desdeñable. Creo que han asesinado al señor Swaine hace poco tiempo. Sospecho que el asesino descubrió que estábamos investigando las tiendas de pelucas y decidió silenciar al único fabricante capaz de identificarlo.

-¡Santo cielo! Tobias, esto significa que nosotros somos...

-En parte responsables de la muerte de Swaine. -Tobias sujetó el registro contable con firmeza-. Sí, me temo que es una manera de verlo.

-Me siento mal -murmuró ella.

-Debemos encontrarlo, Lavinia. Es la única forma de detenerlo.

-¿Piensas que encontrarás alguna pista en este libro?

-No lo sé -respondió Tobias-. Pero espero que así sea. -Caminó junto a Lavinia hasta el final de la callejuela-. Además, no he encontrado ningún anillo.

Ella lo miró, aunque sus facciones permanecían ocultas debajo de la capucha de la capa.

-¿Qué puede significar el hecho de que no hubiera ningún anillo?

-Seguramente el asesino no consideró que este asesinato constituyera un caso de orgullo profesional. No se trata de una muerte por encargo, sino de un caso de conveniencia. -Miró por encima del hombro hacia la puerta de la tienda de pelucas-. Supongo que forma parte del negocio.

17

El nuevo encargo resultaba sumamente lucrativo. El Portador de la Muerte estaba encantado. Sir Rupert no cumplía con todos los requisitos establecidos por la persona que lo había entrenado, pero el Portador de la Muerte decidió que aquellos requisitos eran demasiado restrictivos.

Estaba muy bien que su mentor intentara mantener los nobles principios de la empresa, pensó el Portador de la Muerte, pero la verdad era que el encargo de la eliminación de sir Rupert le proporcionaría el doble del dinero que había recibido por cualquiera de los tres últimos encargos.

Además, se trataba de una operación simple y sin complicaciones. Sir Rupert era un hombre mayor y llevaba tiempo postrado en cama. La verdad era que su única falta consistía en haber vivido demasiado en opinión de uno de sus avariciosos herederos, pero aquello no era importante.

Un hombre de negocios con visión de futuro no podía permitir que un sentido del honor trasnochado se interpusiera en la obtención de unos beneficios.

Los detalles del nuevo encargo le serían entregados de forma anónima, como siempre. El cliente dejaría sus honorarios en el lugar establecido, en el callejón situado

detrás de la calle Bond. El Portador de la Muerte los recogería más tarde, cuando nadie pudiera verlo.

El negocio iba viento en popa. La información que se propagaba de boca en boca era, sin duda, el mejor tipo de publicidad. Además, la peligrosa partida de ajedrez con March añadía al negocio una excitación eufórica que ninguna droga podía igualar.

El Portador de la Muerte estaba en vías de demostrar que era tan hábil e inteligente como Zachary. Cuando superara el récord de Zachary de encargos cumplidos con éxito y se asegurara de que March conocía aquel logro, tendría tiempo de cumplir su venganza.

18

A la mañana siguiente, Tobias se dejó caer pesadamente en el sillón situado frente a Crackenburne. Era temprano y el club estaba casi vacío.

Crackenburne bajó el periódico y miró a Tobias.

-Al parecer no estás de buen talante. ¿Debo suponer que la investigación no avanza del modo adecuado?

-Hasta ahora no tengo más que cabos sueltos y pistas que no me llevan a ninguna parte. -Tobias se inclinó hacia delante y apoyó los codos en los muslos mientras fijaba la vista en la chimenea apagada. Hacía demasiado calor para encender el fuego, reflexionó-. Este caso es como un maldito nudo gordiano. Lo enfoque como lo enfoque, no encuentro la clave para deshacerlo.

-Intuyo que no tuviste suerte en la tienda de pelucas ayer por la noche.

-Por lo visto el Portador de la Muerte se me adelantó y asesinó al pobre hombre.

-Aquella debió de ser la tienda en la que compró la peluca -afirmó Crackenburne con calma.

-Es la única explicación que tiene sentido. Sin embargo, me he pasado la noche revisando el diario de sus transacciones y no está anotada la venta de ninguna peluca rubia en los seis meses anteriores a los sucesos del castillo Beaumont. Bueno, de hecho hay anotada la venta de una, pero tuvo lugar dos días después de que Fullerton cayera del tejado.

-No debes culparte por la muerte del fabricante de pelucas.

Tobías no respondió.

-Aunque estoy convencido de que lo haces. Eres así. -Crackenburne suspiró y, tras una pausa, preguntó-: ¿Cuál es tu siguiente paso?

-Lavinia y la señora Dove siguen con su idea de que los asesinatos fueron encargados por personas que deseaban evitar una boda. Aunque debo admitir que su teoría es tan buena como cualquier otra que se me haya ocurrido a mí. Mientras tanto, espero recibir noticias de Jack *Sonrisas*.

-¿Qué te hace pensar que podrá ayudarte en este caso?

-El hecho de que Zachary Elland parecía surgido de la nada me inquieta. Quizá, después de todo, no era un caballero de nacimiento. Es posible que se lo inventara.

-No habrá sido el primero en hacer una cosa así. -Crackenburne frunció el ceño-. Sin embargo, te confieso que nunca se me había ocurrido esta posibilidad. Se desenvolvía muy bien en sociedad. Era un hombre con un gran encanto, ingenioso y refinado. Nada hacía dudar de su versión acerca de que era un huérfano criado por un familiar lejano ya fallecido.

-Después de su muerte debí indagar más en su pasado.

-No te tortures con recriminaciones -dijo Crackenburne en tono severo-. Todos supusimos que la historia del Portador de la Muerte había terminado con el suicidio de Elland. Se trataba de una conclusión muy lógica.

-En aquel momento sí que parecía lógica -murmuró Tobías.

Crackenburne lo miró con detenimiento.

-Me parece que no duermes lo suficiente.

-Lo último que puedo permitirme es perder el tiempo durmiendo. El Portador de la Muerte no es el único problema que tengo en este momento. ¿Sabes algo sobre un joven llamado Dominic Hood? Tiene, más o menos, la edad de Anthony, y le interesa mucho la ciencia. Vive en la calle Stelling y tiene bastante dinero para pagar a un buen sastre.

-El nombre no me resulta familiar. ¿Por qué te interesa este joven?

-A Anthony le desagrada mucho.

Crackenburne enarcó las cejas con expresión de sorpresa.

-Creí que Anthony se llevaba bien con la mayoría de las personas.

-Así es, pero cree que Hood podría rivalizar con él por el afecto de la señorita Emeline. Y aunque debo admitir que no he visto ninguna señal de que la señorita Emeline esté interesada por Hood, me preocupa que Tony cometa alguna temeridad en relación con este asunto.

-Comprendo. Los jóvenes tienen la sangre caliente y se sienten inclinados a hacer locuras, sobre todo si hay una dama de por medio. -Crackenburne dobló el periódico y lo dejó a un lado-. ¿El señor Hood pertenece a algún club?

-Sí, de hecho, al mismo que Anthony.

-En este caso, puedo realizar algunas pesquisas discretas para recabar información.

-Le estoy muy agradecido.

El portero, un hombre encorvado de edad indeterminada, se acercó al sillón de Tobías.

-Disculpe, señor, pero hay un muchacho muy desaliñado en la puerta. Afirma que tiene un mensaje para usted y es muy insistente.

-Hablaré con él. -Tobías se apoyó en los brazos de su sillón y se puso de pie. Saludó a Crackenburne con la cabeza-. Buenos días, señor.

-Tobias.

Aquello lo detuvo. Crackenburne lo llamaba por su nombre de pila en raras ocasiones.

-A mí me preocupa el Portador de la Muerte tanto como a ti -declaró Crackenburne-, pero también me preocupa la forma en que este asunto te afecta. Recuerda que no hay ninguna razón para que te martirices por lo que ocurrió hace tres años. No fue culpa tuya que Zachary Elland se convirtiera en un asesino.

-Esto mismo me dice Lavinia, pero no puedo evitar pensar que si no le hubiera enseñado la profesión de espía, no se hubiera sentido atraído por las emociones oscuras.

-Eso no es cierto. Elland habría delinquido igualmente. Debes creerme. He vivido lo suficiente para saber que ningún hombre se convierte en un asesino a sangre fría a causa de un giro del destino. La maldad está en él desde el inicio de su existencia, ya sea desde el nacimiento o desde los primeros años de su vida.

Tobias saludó de nuevo a Crackenburne con un movimiento ceremonioso de cabeza y se encaminó a la puerta. Con toda seguridad, Lavinia y Crackenburne tenían razón, pero, en el fondo, Tobias se consideraba hasta cierto punto responsable del camino que Elland había seguido. Además, era consciente de que Aspasia Gray también compartía esta opinión.

El sol brillaba en el cielo, pero a Lavinia le parecía que su luz y su calor apenas alcanzaban la penumbra del cementerio. Las sombras de los frondosos árboles caían sobre las lápidas y los monumentos sepulcrales como una mortaja oscura y transparente.

Un aire agobiante y enrarecido se extendía por el lugar. Las pesadas puertas de hierro colgaban de los goznes oxidados y el elevado muro de piedra que rodeaba las tumbas impedía que se viera la calle o se oyeran sus ruidos. La pequeña capilla de piedra del recinto tenía un aspecto lúgubre e imponente y las puertas que había al final de los escalones de entrada estaban cerradas.

En conjunto, pensó Lavinia, la escena era bastante deprimente. Aquél era el tipo de cementerio que frecuentaban los denominados Hombres de la Resurrección, quienes suministraban cadáveres recientes a las escuelas médicas. No la hubiera sorprendido que buena parte de aquellas tumbas hubieran sido vaciadas hacía tiempo.

La cuestión no era que los avances médicos no le pareciesen un objetivo que merecerá la pena, reflexionó Lavinia. Sólo esperaba que, cuando le llegase el momento, sus restos mortales no terminaran en una mesa de disección a merced de un puñado de estudiantes ansiosos.

No obstante, la perspectiva de verse en un ataúd, enterrada o emparedada en una de aquellas criptas de piedra, tampoco le resultaba muy agradable. Siempre que se imaginaba en un lugar pequeño y cerrado se ponía nerviosa. Incluso en aquel momento, al mirar la oscura entrada de una de las criptas cercanas, sintió que el hormigueo del pánico empezaba a invadir su mente.

«Ya está bien. Acaba con estas imaginaciones estúpidas. ¿En qué estás pensando para permitir que este lugar te afecte tanto? ¡Por todos los santos, no es más que un cementerio!»

Quizá le traicionaban los nervios, pensó Lavinia. Toda la mañana había estado alterada. Lo más fácil era achacar su estado al hecho de que no había podido dormir después de encontrar con Tobias el cadáver de Swaine. Pero lo cierto era que aquella sensación de inquietud había empeorado de una forma notable cuando había salido de su casa hacía un rato. Lavinia creyó que un paseo a paso ligero bajo los cálidos rayos del sol aclararía su mente y la tranquilizaría. Sin embargo, el efecto había sido precisamente el contrario.

«Deja de pensar en el estado de tus nervios. Tienes trabajo que hacer.»

Lavinia soltó un profundo suspiro y recurrió a su formación como hipnotizadora para apartar las inquietudes que la acechaban.

A continuación recorrió un sendero de grava en el que crecían algunos hierbajos y se

detuvo junto a Aspasia Gray.

-He recibido su mensaje-dijo Lavinia.

-Gracias por acudir a la cita -contestó Aspasia con voz queda-. Soy consciente de que éste no es el lugar más alegre para mantener una conversación. Espero que no deduzca de este hecho que tengo tendencia al melodrama. La verdad es que quería dejarle muy claro algo que quizá no haya comprendido por completo.

-¿A qué se refiere?

-Me parece que usted cree que tengo los ojos puestos en Tobias, pero no es cierto. -Aspasia miró la tumba a sus pies-. Sólo he amado a un hombre y no amaré a ningún otro. Y ese hombre yace aquí.

Lavinia contempló la sencilla inscripción de la lápida gris. «Zachary Elland. Fallecido en 1815.» Una corriente de aire frío pareció susurrar entre las hojas muertas que cubrían la tumba.

-Comprendo -respondió Lavinia en un tono neutro.

-No sabíamos su fecha de nacimiento, de modo que decidimos pasar por alto este dato. -Aspasia miró con fijeza la piedra de granito-. Descubrimos, demasiado tarde, que había muchas cosas que desconocíamos de Zachary.

-¿Desconocíamos?

-Tobias y yo. Nos encargamos juntos de todas las gestiones. Verá, no había nadie más. -Aspasia se interrumpió-. Nosotros fuimos los únicos que asistimos al funeral.

-Comprendo.

-Tobias y yo compartimos muchas cosas gracias a Zachary, pero nunca llegamos a intimar. Quiero que usted lo sepa.

-De hecho, ya lo sabía. Tobias me lo dijo.

Aspasia sonrió levemente en señal de reconocimiento.

-Y usted lo cree porque lo ama y confía en él.

-En efecto.

-Así es como yo me sentía respecto a Zachary, ¿sabe?

-Ya me lo imaginaba. Lo siento mucho, Aspasia.

Aspasia volvió a fijar su atención en la tumba.

-Cuando conocí a Zachary no tenía ninguna intención de enamorarme, y mucho menos de comprometerme en matrimonio. Ya había aprendido aquella lección con anterioridad.

-¿A qué se refiere?

-Mi padre era un hombre extremadamente cruel. Hizo de la vida de mi madre un infierno. Al final se tomó una sobredosis de láudano para huir de aquella situación. Sin embargo, yo no tenía forma de escapar. Tuve que soportar la ira de mi padre y, todavía peor, sus insinuaciones antinaturales hasta que cumplí los dieciséis años. Entonces concertó una boda para mí. Yo no me opuse, a pesar de que mi marido era bastante mayor que yo. Para mí era como una liberación, ¿comprende?

Lavinia no dijo nada, pero le pareció que las hojas muertas que cubrían la tumba de Zachary susurraban con mayor intensidad. Tenía la sensación de que Aspasia decía la verdad.

-Sin embargo -prosiguió Aspasia-, me encontré en otro tipo de infierno. Mi marido era tan vicioso y frío como mi padre. Tuve mucha suerte de que un salteador de caminos lo matara una noche mientras volvía a casa desde Londres. Mi padre falleció debido a unas fiebres poco tiempo después.

-No es necesario que me cuente estas cosas -aseguró Lavinia-. Supongo que deben de resultarle muy dolorosas.

-En efecto. Tan dolorosas que no se las he contado a nadie más que a Zachary. Ni

siquiera a Tobías. Pero quiero que usted me comprenda. A los diecisiete años me encontré sola en el mundo y en posesión de una sustanciosa fortuna. Me juré que no volvería a permitir que ningún hombre controlara mi destino.

-Comprendo cómo debía de sentirse -dijo Lavinia en voz baja.

-Tenía veinticinco años cuando conocí a Zachary. Me había convertido en una mujer de mundo. Había tenido amantes, pero no había amado a nadie. Y, desde luego, en ningún momento imaginé que un hombre conseguiría engañarme. Sin embargo, todos mis planes y convicciones se desvanecieron cuando me enamoré de Zachary.

Las hojas muertas se agitaron como si los dedos de un esqueleto las hubieran removido.

-No imagino lo que debió de sentir cuando averiguó que estaba prometida a un hombre que se ganaba la vida asesinando -comentó Lavinia-. ¿Cómo se dio cuenta de quién era él en realidad?

-Lo que despertó mis sospechas no fue un acontecimiento aislado. De hecho, varios sucesos sin importancia se sumaron hasta constituir una evidencia que no pude ignorar.

-¿Qué tipo de sucesos?

-Para empezar, Zachary mostraba un interés obsesivo por las pesquisas de Tobias relacionadas con los misteriosos asesinatos. Eso por no mencionar sus idas y venidas a horas intempestivas. Zachary siempre disponía de una explicación lógica y razonable para sus desapariciones ocasionales. Pero un día descubrí casualmente que me había mentido acerca de dónde había estado la noche anterior. De hecho, se trataba de una de las noches en que el Portador de la Muerte había actuado.

-¿Fue entonces cuando sospechó que tal vez él fuera el asesino?

-No -respondió Aspasia-. Para serle sincera, pensé que Zachary me había traicionado con otra mujer. Creí que se me rompía el corazón. Tenía que saber la verdad.

-¿Qué hizo entonces?

-Zachary poseía una caja fuerte. Pensé que si tenía algún secreto lo más probable era que lo guardara en su interior. Siempre llevaba la llave encima. Sin embargo, una noche, después de hacer el amor, se durmió. Aproveché la ocasión y obtuve un negativo de la llave en cera. Unas cuantas noches después tuve la oportunidad de entrar en su estudio y, entonces, abrí la caja fuerte. -Aspasia hizo una mueca-. Estoy segura de que puede imaginar el alivio que sentí cuando lo primero que vi fue un libro contable.

-¿Qué le hizo caer en la cuenta de que el libro no era un vulgar registro de transacciones comerciales?

-Mi curiosidad creció cuando advertí que no se trataba de un diario de gastos domésticos como los que suelen llevar los caballeros. Era, más bien, una lista de fechas e ingresos. Parecía el registro contable de un comerciante. Pero aquello no tenía sentido.

-¿Porque Zachary Elland era un caballero?

-Exacto. No disponía de ningún comercio. Entonces me dije que debía de ser un registro de sus ganancias en las apuestas. Pero pronto me di cuenta de que las fechas de las transacciones coincidían con las de las muertes que Tobias investigaba.

-¿Conocía los detalles de sus pesquisas?

-Desde luego. -Aspasia suspiró-. Muchas noches, Tobias comentaba los pormenores de los asesinatos con Zachary. Yo estuve con ellos en varias de aquellas ocasiones. Incluso les ofrecí mi punto de vista. Tobias es uno de esos pocos hombres que escucha cuando una mujer tiene algo que decir, como usted ya sabrá. Zachary también era así. Aquél era uno de los múltiples rasgos que yo... amaba, en él.

-¿Qué ocurrió después de que encontrara el diario?

-Al fondo de la caja encontré un pequeño joyero con los anillos mortuorios. -La voz de Aspasia se convirtió en un susurro angustiado- No podía creer lo que veían mis ojos.

Cogí el diario y fui directamente a buscar a Tobias. Quería que me dijera que estaba equivocada por completo Sin embargo, en el fondo sabía que todo estaba perdido. Cuando Zachary descubrió que la caja estaba abierta y que el diario había desaparecido comprendió que habíamos descubierto sus secretos.

-Entonces se pegó un tiro en la cabeza.

Aspasia torció el gesto.

-Dicen que es así como se marchan los caballeros. Y supongo que, desde luego, esto es mejor que acabar en la horca.

¡Era todo tan trágico y tan espantoso!, pensó Lavinia. Después de aislarse, durante años, a causa del dolor que los hombres le habían causado, Aspasia se había enamorado de un asesino a sangre fría.

-Lamento su pérdida -dijo, por fin, Lavinia.

-Discúlpeme. -Aspasia parpadeó repetidas veces para borrar las lágrimas que brillaban en sus ojos-. Sólo quería que supiera que Tobias está a salvo conmigo. Aunque quisiera seducirlo, no podría. Resulta evidente que la ama a usted. Y, en cuanto a mí, nunca me arriesgaré a entregar mi corazón a otro hombre.

A Lavinia no se le ocurrió nada que decir, de modo que permaneció en silencio.

-Buenos días, Lavinia. Deseo que sea feliz con Tobias. Es un buen hombre. La envidio, pero no me cambiaría por usted ni siquiera por Tobias.

Aspasia se volvió y recorrió, con ligereza, el sendero. Lavinia la observó cruzar las puertas de hierro de la entrada.

Permaneció un rato sola junto a la tumba de Zachary Elland y reflexionó sobre los giros del destino.

-Sin duda, causó usted mucho daño mientras estuvo por aquí -murmuró Lavinia-. ¿Quién puede admirarlo hasta el punto de querer emularlo.

Las hojas muertas bailaron un vals fantasmagórico por el suelo.

19

Jack *Sonrisas* lo esperaba en el callejón que había detrás de The Gryphon. Su enorme silueta se recortaba contra la puerta trasera de la taberna. Jack lanzaba órdenes a dos hombres que descargaban varios toneles de una carreta.

-¡Cuidado con ese coñac! -gritó Jack a uno de los hombres-. ¡Me ha costado una verdadera fortuna!

Tobías recorrió el callejón y se detuvo junto a Jack. A continuación, contempló los toneles.

-¿Coñac, Jack? ¿No es demasiado elegante para The Gryphon? Tenía la impresión de que tu clientela prefería la cerveza y la ginebra.

Jack se echó a reír y la horrible cicatriz que iba desde su boca hasta su oreja se convirtió en la mueca de una calavera.

-Tienes razón. El coñac es para uso personal.

Tobías observó los toneles, que eran de gran tamaño.

-Mucho coñac para que se lo beba un solo hombre.

-Tengo muchos invitados. -Jack le dio una palmada en la espalda-. 1 ú, por ejemplo. Y me gusta agasajar a los caballeros como tú tal y como están acostumbrados.

-En lo que a mí respecta, te agradezco la atención -dijo Tobias.

El acudía pocas veces de día a The Gryphon. Prefería las sombras de la noche para visitar a Jack. Sin embargo, el mensaje que le había transmitido el muchacho en el club parecía urgente, de modo que tomó precauciones añadidas para ocultar su identidad. Antes de dirigirse a aquella parte de la ciudad, se puso la ropa gastada y las botas robustas de trabajador del puerto. Y, aunque el día era cálido, se tapó con un voluminoso abrigo de cuello alto y un sombrero de ala ancha y de gran tamaño que llevaba inclinado para ocultar sus facciones. Además, utilizó a propósito la entrada del callejón para evitar pasar por la sala principal de la taberna.

-He recibido tu mensaje -dijo Tobias en voz baja para que los hombres que descargaban el carro no notaran su acento educado-. ¿Qué novedades tienes para mí?

-Sólo se trata de un rumor. -Jack también habló en voz baja-. De momento no he podido confirmarlo. Pero es el rumor más sospechoso que he oído en bastante tiempo y he creído que debías conocerlo lo antes posible.

-Continúa.

-Se dice que un joven maleante que responde al nombre de Ned *el Dulce* ha recibido un encargo.

-¿Qué tipo de encargo?

-No lo sé. -Jack miró a Tobias sombrío-. Mi fuente de información no lo sabía con

exactitud. Según él, tiene algo que ver con seguir a una persona. Y dudo que sus servicios consistan en ayudar a la dama a cruzar la calle.

Tobias no se movió.

-¿Y quién es esa dama?

-La tuya.

Al cabo de un rato, Lavinia se alejó de la tumba de Elland y recorrió el sendero que conducía a la verja de hierro.

La estrecha calle que bordeaba el cementerio estaba tranquila y no había tráfico ni transeúntes. La única persona que había por los alrededores era un joven que parecía un peón o el mozo de unos establos. Vestía un abrigo usado de color pardo que le iba grande y un par de botas muy gastadas. Además, llevaba una gorra calada hasta los ojos.

El joven tenía un aspecto salvaje y parecía ansioso. Le hizo pensar a Lavinia en los gatos que sobrevivían cazando ratas y ratones en los callejones y los almacenes. Estaba apoyado en el portal oscuro de un edificio cerrado, cerca del extremo con salida del callejón.

La gorra y la postura del joven le resultaban familiares de una forma inquietante. De pronto sintió un nudo en el estómago. No era la primera vez que lo veía aquel día. Estaba casi segura de haberlo atisbado cuando salió de Claremont Lane. Habría jurado que estaba merodeando por el pequeño parque que había al final de su calle.

Se le erizó el vello de la nuca y las palmas de las manos se le helaron.

Lavinia miró hacia el extremo opuesto del callejón con la idea de salir por allí, pero era imposible. El estrecho pasaje terminaba en un muro de piedra.

El joven de la gorra la vio titubear junto a la verja. Entonces se enderezó de una forma indolente y metió la mano en el bolsillo. Despacio, y de una forma provocadora, volvió a sacar la mano.

La luz del sol brilló en la hoja de la navaja.

La única cosa que Lavinia podía hacer era regresar al cementerio, pero el muro que lo rodeaba y la puerta cerrada de la capilla lo convertían en una trampa.

El joven de la gorra la miró y caminó hacia ella con lentitud, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo.

Lavinia dio un paso hacia el interior del cementerio.

Él sonrió con satisfacción al percibir su ansiedad.

Lavinia no tenía elección. Se dio la vuelta y corrió hacia el interior del recinto.

La señora Chilton se secó las manos en el delantal.

-La señora Lake dijo algo acerca de un pequeño cementerio en Benbow Lane. Dijo que estaba cerca de un parque, junto a la calle Wintergrove. La señora Gray le había mandado un mensaje para que se reuniera allí con ella.

-¿Cuánto tiempo hace que se marchó? -preguntó Tobias.

La señora Chilton echó una ojeada al reloj.

Hace más o menos una hora. -A continuación frunció el ceño-. ¿Pasa algo malo, señor?

-Sí.

Tobias bajó los peldaños de la entrada. Ni siquiera buscó un carruaje. Conocía bien aquel cementerio. No estaba lejos, pero estaba rodeado por un laberinto de callejuelas y calles estrechas. Llegaría antes a pie.

20

Ned *el Dulce* respiró hondo y se acercó a paso lento a la entrada del cementerio. Quería manejar aquel negocio con profesionalidad.

Negocio. Le gustaba el sonido de aquella palabra. Tenía un encargo real de un cliente real. Ya no era un vulgar chico de la calle que sisaba o robaba alguna que otra cosa de valor. Desde la noche pasada era un profesional con un negocio propio.

Cuando llegó a un acuerdo con la mujer que lo contrató fue como si una puerta mágica se abriera y le mostrara una visión tentadora de un futuro nuevo. Una visión en la que él era el dueño de su propio destino, un destino próspero y con éxito en el que era respetado.

Ya no tendría que tratar con los malditos prestamistas que nunca le ofrecían un precio justo por los objetos que robaba arriesgando el cuello. Va no tendría que merodear por los callejones para atracar a los caballeros borrachos cuando, de madrugada, salían dando traspiés de los antros y los burdeles. Ya no tendría que esquivar a la policía. A partir de aquel momento, sólo aceptaría encargos de clientes que estuvieran dispuestos a Pagar un buen precio para que un experto les hiciera el trabajo sucio.

Tenía que decidir cuál sería la mejor manera de anunciar sus servicios, pensó mientras cruzaba la verja de la entrada. Por desgracia, no podía publicar un anuncio en los periódicos. Tendría que depender de la información que corría de boca en boca. Pero aquello no constituiría un problema cuando se propagara la noticia de lo bien que había realizado su primer encargo. Con toda seguridad, la mujer que lo contrató se lo contaría a sus amigos y éstos a otros y, en muy poco tiempo, le lloverían los clientes.

Era una lástima que su padre hubiese fallecido a causa de la bebida sin ver cómo prosperaba su hijo.

Cuando recordó la imagen de su padre muerto y tirado en el suelo de aquella callejuela pestilente con una botella de ginebra medio vacía en la mano, la antigua rabia casi le cegó. El recuerdo de las palizas que le propinaba su padre hizo que su mano se crispara sobre el mango de la navaja. Las palizas se hicieron más frecuentes y salvajes a partir de la muerte de su madre. Al final, no tuvo más remedio que irse a vivir a las calles.

A veces se apoderaba de él la necesidad de aporrear algo o a alguien, y deseaba golpear una y otra vez lo que fuera hasta que el ataque de furia se le pasara.

Sin embargo, se negaba a que aquella ira rabiosa lo dominase. Hacía ya mucho tiempo que se había prometido que no seguiría los pasos de su padre borracho. Y ahora, a partir de aquella noche, todo sería distinto. A partir de aquella noche, correría la voz de que él era un profesional de fiar y empezaría su nueva carrera.

Pero primero tenía que cumplir aquel encargo.

Se detuvo justo en la parte interior de las puertas del cementerio mientras se esforzaba en ignorar el ligero hormigueo de terror que recorría su nuca. Los cementerios no le gustaban. Uno de sus amigos, a quien le iba muy bien con el saqueo de las tumbas

y la venta de los cadáveres a las escuelas médicas, había intentado convencerle para que se uniera a su grupo de Hombres de la Resurrección. El se inventó la excusa de que tenía planes de mayor envergadura, pero lo cierto era que sabía que nunca tendría éxito en aquel campo. La idea de desenterrar ataúdes y abrirlos le causaba pavor.

Echó una ojeada rápida al cementerio en busca de su presa. Cuando se dio cuenta de que no estaba a la vista, el pánico lo invadió.

Era imposible. Tenía que estar allí, en algún lugar. Conocía bien aquel viejo depósito de huesos. La presa no podía haber escalado los elevados muros de piedra y la verja era la única vía de salida. La capilla hacía casi un año que no se utilizaba y la puerta estaba cerrada con llave y unas barras de hierro.

Los panteones, pensó él. Debía de estar escondida en uno de ellos. Sí, eso era. Se había dado cuenta de que él constituía una amenaza y la pobre mujer había buscado refugio en una de las criptas de mayor tamaño. Como si él fuera a dejarla escapar con tanta facilidad.

Ned *el Dulce* estudió los panteones de piedra dispersos por el cementerio. Algunos eran enormes, para albergar a varias generaciones de una misma familia. Un pedazo de tela revoloteaba en el suelo frente a la puerta de un panteón de gran tamaño, a su derecha.

Parecía el pañuelo de una dama.

Sin duda, ella estaba temblando de terror en el interior de aquella oscura cámara, sola con todos aquellos esqueletos emparedados, pensó él. Entonces sintió un ramalazo de empatía. No querría estar en su piel. Sin embargo, si ella temblaba de miedo, el trabajo le resultaría más fácil.

Ned *el Dulce* se agachó frente a la puerta del monumento para recoger el pequeño trozo de tela bordada. Justo lo que había pensado. Se trataba de un delicado pañuelo de lino. Cuando todo aquello terminara, se lo regalaría a Jenny.

Ned abrió la puerta del panteón y escudriñó la negrura del interior. Un escalofrío le recorrió la espalda. El nunca se habría escondido allí.

-¡Eh, oiga! -gritó-. ¡Salga de ahí! Tengo un mensaje para usted.

Su voz resonó en las paredes de piedra, pero nada se movió en el interior del sepulcro. Se preguntó si su víctima se habría muerto de miedo.

-¡Maldita mujer! Tenía que ponérmelo difícil, ¿no?

No había otro remedio, debía entrar y sacarla a rastras. Deseó disponer de una vela o un farol. Aquel lugar estaba oscuro como boca de lobo.

A regañadientes, entró en el panteón. Un pasadizo conducía a una estrecha sala cuyas paredes estaban cubiertas, del suelo al techo, con losas en las que estaban grabados los nombres de los difuntos. Había suficiente luz para distinguir, en el centro de la sala, el contorno de dos tumbas talladas de una forma muy recargada. Sin duda, la mujer estaba agazapada detrás de una de ellas.

Ned se introdujo aún más en la sala. Décadas de polvo se agitaron bajo sus pies.

Polvo.

Demasiado tarde, miró al suelo. Por la puerta se filtraba suficiente luz Para apreciar que, en la gruesa capa de polvo, no había más huellas que las suyas.

-¡Maldición!

Se volvió y corrió de nuevo hacia la puerta. Llegó justo a tiempo para ver las faldas verdes de la mujer cruzar la verja del cementerio.

Lo había engañado. Había dejado caer su pañuelo junto a aquel panteón y se había escondido detrás de otro de los monumentos.

Ned *el Dulce* corrió hacia la entrada. Podía alcanzarla, se prometió mientras la desesperación lo invadía. Podía alcanzar a cualquier dama.

Tenía que alcanzarla. Su futuro dependía de que lo hiciera.

Lavinia huyó hacia la entrada del callejón mientras se sujetaba la falda con las manos. Oía los pesados pasos del hombre dentro del cementerio Llegaría a la verja en pocos segundos. Era joven, fuerte y rápido, y Lavinia sabía que no podría mantener su ventaja mucho tiempo. Su única esperanza era alcanzar la calle antes que él y encontrar a alguien que la ayudara.

Aquélla era una de esas ocasiones en que le habría resultado muy útil vestir unos pantalones en lugar de un vestido. Desde luego, si conseguía escapar del hombre de la navaja, se citaría con madame Francesca para hablar de aquella cuestión.

El sordo golpeteo de las botas del hombre sobre el suelo de piedra se acercaba. Lavinia se dio cuenta de que la estaba alcanzando. No se atrevió a mirar atrás. El cruce del callejón con la otra calle estaba cerca.

¡Santo cielo, dos zancadas más y estaría a salvo! ...Quizá.

Lavinia se precipitó fuera del callejón y cayó, directamente, en los brazos de un hombre corpulento que vestía un abrigo negro de gran tamaño y un sombrero de copa baja. Su primer pensamiento fue que el delincuente de la navaja tenía un cómplice. Una nueva oleada de miedo la invadió.

Lavinia luchó para liberarse de aquel hombre y abrió la boca para gritar,

-Lavinia. -Las manos fuertes de Tobias se cerraron alrededor de sus antebrazos como argollas de acero-. ¿Estás bien? Contéstame, Lavinia. ¿Estás herida?

-¡Tobias! -exclamó Lavinia, casi sin fuerzas y sin aliento-. ¡Gracias a Dios! Sí, sí, estoy bien. Pero hay un hombre. Con una navaja.

Lavinia se volvió y vio que su perseguidor se había detenido junto a la entrada del callejón. Él miró a Tobias.

-Ahí está -dijo Lavinia-. Creo que me siguió hasta aquí. Espero a que Aspasia se marchara y entonces se me acercó con una navaja y yo...

-Quédate aquí.

Tobias la hizo a un lado y se encaminó hacia donde estaba el joven de la navaja.

Lavinia se dio cuenta de que Tobias pretendía capturar al joven que había querido atacarla.

__¡No lo hagas! Espera. Tiene una navaja.

-No por mucho tiempo -afirmó Tobias en voz baja. Continuó caminando mientras acortaba la distancia que lo separaba del callejón.

Lavinia vio que el pánico cruzaba el rostro del joven. Lo que fuera que hubiese visto en la expresión de Tobias, le había causado terror. Estaba acorralado y lo sabía.

Lavinia notó que un sentimiento de alarma recorría su cuerpo. Las criaturas acorraladas eran muy peligrosas.

Tobias ignoró la navaja que el joven sostenía en la mano. Se acercó a él con los pasos largos y lentos que los lobos utilizan para acercarse a su presa.

El joven perdió los nervios. Extendió el brazo con la navaja como si se tratara de un talismán capaz de repeler a un demonio. A continuación, inició una carrera enloquecida mientras blandía con frenesí la navaja en el aire. Era evidente que intentaba pasar corriendo junto a Tobias para alcanzar la libertad de la calle.

Tobias esquivó la navaja y cogió el brazo del agresor cuando pasaba por su lado. Utilizó la inercia de su atacante para desplazarlo en un arco que terminó, de una forma abrupta, contra la pared de piedra más cercana.

El maleante gritó de miedo, rabia y dolor. A continuación se encogió sobre el pavimento mientras la navaja caía de su mano y tintineaba sobre las piedras del suelo.

Tobias recogió la navaja.

-Ned *el Dulce*, supongo.

El joven se estremeció como si lo hubieran zarandeado.

Lavinia acudió, a toda prisa, adonde se encontraban los dos hombres.

-¿Cómo sabes su nombre?

-Te lo explicaré más tarde. -Tobias concentraba toda su atención en el joven-. Mírame, Ned. Quiero verte la cara.

Lavinia se puso rígida al oír el tono amenazador con que Tobias daba aquella orden. Como no estaba segura de cuál era su estado de ánimo, le lanzó una mirada rápida e inquisitiva. Por debajo del ala del sombrero, vio que sus facciones eran tan duras e inflexibles como las de los ángeles de piedra del cementerio.

Otro estremecimiento recorrió el cuerpo de Ned *el Dulce* y Lavinia supo que también él había percibido el tono mortal de la voz de Tobias Sin embargo, como si obedeciera las instrucciones de un poderoso hipnotizador, Ned se apoyó en su espalda y miró a Tobias.

Por primera vez, Lavinia pudo verle el rostro de cerca.

-¡Es tan joven! -susurró-. Ni siquiera tiene la edad de Anthony o Dominic. Como mucho debe de tener diecisiete o dieciocho años.

-Y, a juzgar por la profesión que ha elegido, es probable que cuelgue de una horca antes de cumplir otro año. -Tobias permanecía fuera del alcance de Ned y contemplaba a su víctima sin ninguna muestra de simpatía-. ¿Qué pretendías, Ned?

Ned se sobresaltó un poco al oír aquella pregunta. Fue como si las palabras de Tobias le hubieran producido una descarga eléctrica.

-No tenía intención de herir a la dama -balbuceó-. Lo juro por la tumba de mi madre. Sólo quería darle miedo, eso es todo.

-¿Qué tipo de miedo? -preguntó Tobias con la voz aún más grave.

Ahora Ned estaba visiblemente aterrado.

-Yo... Yo iba a advertirla de que dejara de hacer preguntas, eso es todo.

-¿Preguntas?

Aquella declaración trastornó a Lavinia. Hasta entonces, había supuesto que Ned no era más que un simple atracador que la había escogido porque estaba sola y era una víctima fácil.

Tobias, sin embargo, no pareció sorprendido de la respuesta.

-¿Qué tipo de preguntas se supone que la señora no debe formular? -preguntó a Ned.

-No lo sé. Verá, recibí un encargo. La dama me pagó. La mitad antes y el resto al final.

-¿Una dama? -Lavinia se acercó a él.

-Describe a la mujer que te pagó -ordenó Tobias, inflexible-. Si valoras en algo tu vida, me contarás hasta el mínimo detalle de todo lo que recuerdes.

-Yo no... Yo no... No puedo pensar... -Las facciones de Ned se contrajeron a causa del terror. Era evidente que se esforzaba por recordar, pero el miedo que le tenía a Tobias le había paralizado la lengua.

Aquella forma de abordarlo no les aportaría ningún beneficio, pensó Lavinia, así que se sacó el medallón de plata que pendía de su cuello.

-Te propongo que me dejes interrogarlo a mí -le sugirió a Tobias con voz suave.

Él miró el medallón, titubeó y, a continuación, encogió levemente los hombros.

-Muy bien. Quiero saberlo todo acerca de la persona que le pagó para que te asustara.

-Mírame, Ned -dijo ella, amable.

Sin embargo, Ned parecía incapaz de apartar la mirada de Tobias. Estaba hechizado por lo que veía en sus ojos.

-No lo mires, Tobias -pidió Lavinia en voz baja-. Está paralizado. Debes liberarlo para que yo pueda trabajar con él.

-Lo estoy vigilando. -Tobias no apartó la mirada de Ned-. No quiero ninguna sorpresa.

-¡Por Dios! Le has inducido una especie de trance -murmuró ella-. Debes sacarlo de este estado. Él solo no puede. Mira a otro lado unos segundos. Creo que será suficiente.

-¿De qué demonios estás hablando? -dijo-. No está en estado de trance. Está aterrorizado, eso es todo. -Tobias miró con una gélida sonrisa a Ned-: Y con razón.

Ned permaneció inmóvil. Ni siquiera parpadeó. Continuó echado en el suelo mirando a Tobias.

-Tobias, por favor -insistió Lavinia, que empezaba a desesperarse.

-De acuerdo. -Tobias apartó la mirada de Ned y la dirigió a Lavinia-. Pero si tu estrategia no funciona, yo me haré cargo de él. ¿Está claro?

Ella le lanzó una rápida mirada, percibió lo que Ned debía de haber visto y se quedó sin aliento. Sus ojos eran como océanos sin fondo de una niebla gris. La realidad que la rodeaba se desvaneció. Lavinia perdió el equilibrio y empezó a caer de cabeza en una espiral oscura y sin final.

-Lavinia. -La voz de Tobias restalló como un relámpago-. ¿Qué te ocurre? Parece que te vayas a desmayar.

Lavinia despertó de su trance y recuperó el equilibrio con un esfuerzo de la voluntad.

-Tonterías -dijo mientras respiraba hondo-. Para que lo sepas, jamás me he desmayado.

Con precipitación se volvió hacia Ned. Se había apoyado en los codos y sacudía la cabeza como si intentara despejar la mente. Al menos, ya no estaba hechizado por la mirada de Tobias.

Lavinia se dominó y recuperó la compostura.

Ned. Mira mi collar. -Sostuvo el colgante de modo que reflejara la luz del sol-. Observa cómo brilla.

La mirada de Ned se clavó en el medallón mientras Lavinia lo hacía oscilar con suavidad.

-Contempla el movimiento de la luz, Ned -le instó ella con la voz firme y persuasiva que empleaba para inducir un trance hipnótico-. Calmará tu mente y aplacará tus nervios. Tu miedo desaparecerá. Concéntrate en cómo oscila la luz. Siente el peso de tus miembros y escucha mi voz. Escucha sólo mi voz. Deja que todo lo demás se desvanezca en la distancia, donde no podrá causarte ansiedad.

La expresión de Ned se relajó. Ya no era consciente de Tobias ni de su entorno.

-Descríbeme a la mujer que te pagó para que me siguieras, Ned -preguntó ella cuando notó que él había entrado en un trance profundo-. Imagínatela como si estuviera aquí, delante de ti. ¿Hay suficiente luz para verla con claridad?

-La luna está casi llena y lleva un farol. Es alta. Casi tanto como yo.

Su voz era monótona y no expresaba ninguna emoción.

-¿Qué lleva puesto?

-Un sombrerito con un velo. Sus ojos brillan de vez en cuando, pero eso es todo.

-¿Cómo es su vestido?

La pregunta pareció dejar perplejo a Ned.

-Es un vestido corriente. Oscuro.

Lavinia se sintió frustrada y volvió a intentarlo.

-¿Parece la clase de vestido que llevaría una dama elegante? ¿La tela es de buena calidad?

-No -respondió Ned, que no parecía muy seguro esta vez-. Es sencillo. Marrón o gris, creo. Parece el vestido que mi amiga Jenny se pone para ir a trabajar a la taberna.

-¿Lleva alguna joya?

-No.

-¿Y qué hay de sus zapatos? ¿Puedes verlos?

-Sí. Ha dejado el farol junto a sus pies. Hay mucha luz en el suelo y ella se ha levantado un poco las faldas para que no se le ensucien. Lleva unos botines de piel de cabritilla.

-¿Ves el cabello de la mujer?

-Un poco.

-¿De qué color es?

-Se ve pálido a la luz de la luna. Rubio o blanco, creo. No sabría decirle.

-¿Cómo lo lleva?

Una vez más, Ned pareció desconcertado.

-Lo lleva recogido en un moño bajo.

-¿Qué quiere la dama que hagas por ella?

-Quiere que vaya al número siete de Claremont Lañe y vigile a la mujer pelirroja que vive allí. Cuando salga de la casa, debo seguirla hasta que se encuentre a solas. Debo amenazarla con una navaja y decirle que si no deja de hacer preguntas volveré y le rebanaré el cuello de oreja a oreja.

Tobias dio un paso hacia ellos. Lavinia sacudió la cabeza para advertirle, en silencio, que se estuviera quieto.

-¿Lo harías, Ned? -preguntó con suavidad-. ¿Le cortarías el cuello si continuara formulando preguntas?

-No -respondió Ned, muy nervioso a pesar del profundo trance-. No soy un asesino, pero no puedo permitir que ella lo sepa. Es mi primera dienta y no quiero perderla. Le he dicho que haré el trabajo si es necesario hacerlo. Ella me cree. Lo veo en su mirada.

-Tranquilízate, Ned -dijo Lavinia en tono perentorio-. Contempla el destello de la luz sobre el colgante de plata y relájate.

Ned se relajó visiblemente y cayó, de nuevo, en un trance profundo.

-¿Cómo te encontró la mujer que te encargó el trabajo? -preguntó Lavinia.

-Me dijo que había preguntado por ahí. Alguien le dijo que yo era el hombre que necesitaba.

-Si hoy hubieras tenido éxito, ¿cómo te pondrías en contacto con ella para recoger el resto del dinero? -preguntó Lavinia.

-Me dijo que ella me encontraría como lo hizo la primera vez.

Lavinia miró a Tobias, que meneó la cabeza para indicarle que no deseaba formularle más preguntas.

-Despiértalo del trance -pidió Tobias.

Ella volvió a mirar a Ned.

Cuando chasquee los dedos te despertarás. Pero no recordarás esta conversación.

A continuación chasqueó los dedos.

Ned parpadeó como un búho y volvió a ser consciente del lugar donde se encontraba. La ansiedad se reflejó de nuevo en sus ojos. Inmediatamente ignoró a Lavinia y desvió su atención hacia Tobias.

Si me permite irme, señor -dijo, de corazón, mientras continuaba una conversación que, sin saberlo, había quedado interrumpida-, le juro que no volveré a acercarme a esta dama. Palabra de honor de un profesional.

-¿Un profesional de qué? -preguntó Tobías con suavidad-. ¿De la intimidación de mujeres?

-Le juro que no le tocaré ni un cabello.

-En esto coincidimos -asintió Tobias-. Date la vuelta, Ned.

Ned se sobresaltó.

-¿Qué va a hacer conmigo? Le prometo que, si me deja ir, no aceptaré ningún otro encargo para este tipo de trabajo.

Tobias sacó una tira larga y estrecha de piel de uno de los hondos bolsillos de los viejos pantalones que llevaba.

-He dicho que te des la vuelta. Y pon las manos a la espalda.

Por un momento pareció que Ned se iba a poner a llorar. Sin embargo, se rindió a lo inevitable y obedeció a regañadientes.

Tobias le ató las muñecas con unos cuantos movimientos diestros.

-Levántate.

Ned se puso de pie con dificultad y con una expresión de desesperación en el rostro.

-¿Me va a entregar a la policía? En ese caso, será mejor que me mate y acabemos ahora mismo. Seguro que me ahorcarán.

Tobias lo agarró del brazo.

-No te llevaré a la calle Bow. -A continuación le habló a Lavinia-. Iremos hasta la esquina. Allí buscaremos un carruaje para que te lleve de vuelta a Claremont Lañe. Espérame allí.

Ella titubeó.

-¿Y qué haremos con Ned?

--Déjamelo a mí.

A Lavinia no le gustó cómo sonaron aquellas palabras, y tampoco a Ned. El estado de ánimo de Tobias era indescifrable.

-Es sólo un niño, Tobias -dijo ella en voz baja.

-No es un niño, sino un joven que va en camino de convertirse en un delincuente habitual. La próxima vez que reciba un encargo quizá decida que el asesinato no es tan inaceptable.

-No, eso nunca -replicó Ned-. No soy un criminal. Soy un ladrón, pero no un asesino.

-Tobias, sinceramente, no creo que pretendiera hacer otra cosa más que asustarme -repuso Lavinia.

-Yo me encargaré de él. -Tobias empujó a Ned hacia la calle-. Vámonos. Tengo otros asuntos que atender esta tarde. No tengo más tiempo que perder.

Seguro que Tobias no le haría daño a Ned, se dijo Lavinia. Su estado de ánimo era peligroso, desde luego, pero estaba en pleno dominio de sí mismo, como siempre.

En ocasiones una tenía que confiar en su socio.

21

Vale observó a Joan, quien paseaba tranquilamente entre su colección de jarrones y sarcófagos de piedra antiguos. Joan se detuvo frente a un mostrador de cristal que contenía varios collares con incrustaciones de piedras preciosas de diversos colores. Los rayos del sol procedentes de una ventana cercana hicieron brillar su impecable cabello, que adquirió una tonalidad casi idéntica a la del oro antiguo de las joyas.

Su perfil clásico habría hecho justicia a cualquier estatua de una diosa griega, pensó él. Sin embargo, no era su aspecto lo que lo atraía de ella. Después de todo, había multitud de jóvenes que podían superarla en este sentido. Aunque, desde su punto de vista, las jóvenes carecían de la elegancia y la seguridad que proporciona la madurez.

No, lo que lo atraía de una forma tan intensa era el poder invisible de su

personalidad, pensó Vale. Joan irradiaba una fortaleza que lo seducía.

Vale se maravilló de la intensidad de sus sentimientos. No recordaba cuándo se había empezado a enamorar de aquella mujer. Lo único que sabia era que aquella emoción lo consumía. Sin duda, ahora aquel sentimiento era tan potente que había superado su pasión por su otro gran amor: las antigüedades que los romanos habían dejado durante su estancia en Inglaterra.

Mientras el marido de Joan vivía, Vale no se permitió pensar en ella desde un punto de vista íntimo. Fielding Dove era uno de sus mejores amigos, y Vale honró aquella amistad y la tuvo en tan alta estima que nunca s insinuó a su bella esposa. Además, tampoco habría conseguido nada, pensó con ironía. Joan nunca habría mirado a otro hombre mientras su amado Fielding vivía.

Sin embargo, Fielding había fallecido hacía más de un año y Joan por fin había dejado atrás el luto. Entonces Vale desarrolló una cuidadosa e intencionada campaña de seducción durante la cual atrajo a Joan con su colección de antigüedades y su conversación sobre los múltiples intereses que tenían en común. La pasión surgió entre ellos de una forma natural, pero en determinado momento de la relación, Vale descubrió que quería algo más: quería que ella lo amara tanto como él la amaba a ella.

Durante cierto tiempo tuvo la impresión de que aquel sentimiento era recíproco. Sin embargo, últimamente Joan parecía haberse distanciado de él. Vale sintió que corría el peligro de perderla y aquella idea lo llenó de ansiedad, pero no tenía ni idea de qué era lo que funcionaba mal.

-¿El señor March le ha formulado alguna consulta respecto a ese asunto del asesino del anillo mortuorio? -preguntó Joan sin dejar de observar un camafeo de ónix-. Sé que tanto él como la señora Lake están muy preocupados por este nuevo caso.

-March me habló del asunto, pero no he podido prestarle mucha ayuda. Él y Crackenburne intentan averiguar quién se ha beneficiado de las muertes.

-Buscan a alguien que haya obtenido ganancias económicas gracias a los asesinatos. Sin embargo, la señora Lake y yo consideramos interesante que todas estas muertes hayan supuesto un cambio en los planes de boda de alguna joven de la sociedad.

-¿Cree usted que hay alguna relación entre ambas cuestiones? Parece una idea un poco descabellada.

-No esté tan seguro. -Joan se alejó del mostrador de las joyas para acercarse a una vitrina llena de cerámicas-. A primera vista, cuesta imaginar que alguien contrate a un asesino sólo para evitar o promover una boda.

-Debe usted admitir que se trata de una idea extraordinaria.

Joan deslizó un dedo enguantado a lo largo del borde tallado de un altar de piedra.

-No si se tiene en cuenta todo lo que está en juego en un matrimonio, sobre todo en uno de la alta sociedad.

Vale reflexionó sobre las enormes cantidades de dinero que, con frecuencia, cambiaban de manos en los acuerdos matrimoniales. Por no mencionar las propiedades *y* títulos que se veían afectados.

-Es posible que tenga usted razón -admitió Vale-. Quizá no sea tan improbable que una persona cometa un asesinato para modificar un contrato matrimonial especialmente lucrativo. Como March dice con frecuencia, el dinero siempre constituye un excelente motivo para un asesinato. Sin embargo, estas muertes no han supuesto ningún cambio sustancioso para la fortuna de los beneficiados.

-En un matrimonio hay otras cosas en juego. -Joan se volvió para mirarlo desde el extremo opuesto de la sala-. De hecho, dado el enorme riesgo que las mujeres asumen cuando se casan, es sorprendente que no se cometan muchos más crímenes para modificar el futuro de las jóvenes.

Vale frunció el ceño.

-¿Disculpe?

Joan se desplazó para examinar un trozo de una columna que Vale había conseguido durante las excavaciones de un templo romano, cerca de Bath.

-Para una mujer, el matrimonio entraña muchos riesgos -declaró con calma-. Y no todos están relacionados con el aspecto económico.

-Me temo que no sigo su razonamiento.

-Para una joven existe el grave riesgo del parto, por no mencionar el hecho de que pierde todo el control legal sobre sus finanzas.

Vale asintió.

-Así funciona el mundo.

Ella le dirigió una mirada intensa y airada que hizo que él deseara haberse guardado aquel fragmento de sabiduría tradicional.

-También corre el riesgo de encontrarse atada a un hombre violento y capaz de causar daños físicos a su esposa y a sus propios hijos -continuó ella sombría-. O el riesgo de casarse con un inútil que podría perder la herencia de los hijos en una sola noche en las mesas de juego. O el de que su matrimonio constituya un contrato financiero frío y sin amor que la obligue a vivir en una soledad desesperada.

-Joan... -Vale se interrumpió, pues no estaba seguro de qué decir. La conversación había virado en una dirección que no había previsto.

Ella se volvió de nuevo hacia él con la mirada ensombrecida.

-Y, para una mujer, no hay escapatoria posible a estos riesgos cuando se ha aceptado el compromiso y se han firmado los contratos.

¿Era así cómo veían el matrimonio todas las mujeres?, se preguntó Vale. ¿Como un riesgo enorme, no sólo para sí mismas, sino también para sus hijos? Nunca se lo había planteado desde aquel punto de vista.

Pocas alianzas matrimoniales de la alta sociedad constituían acuerdos fundamentados en el amor. Con frecuencia, tras el nacimiento de un heredero, los esposos vivían su propia vida. Era habitual que ambos tuvieran aventuras amorosas discretas dentro de los considerados círculos distinguidos.

Sin embargo, existían límites a las libertades permitidas, reflexionó Vale. Y el divorcio era prácticamente imposible. Joan tenía razón: una vez formalizado el contrato, no había escapatoria. Tenía que admitir que, hasta entonces, no había pensado mucho en los riesgos financieros, físicos y emocionales reales que el matrimonio suponía para las mujeres.

-Comprendo -dijo Vale. Se apoyó en el borde de un sarcófago romano y cruzó los brazos-. Estoy de acuerdo en que hay otras cuestiones aparte del dinero y las propiedades. Pero ¿adonde nos conduce esto en este caso? Por lo que sabemos, las familias se sentían bastante satisfechas con los acuerdos matrimoniales. Supongo que es posible que las jóvenes damas experimentaran alguna duda, pero ¿de verdad cree usted que disponen de la información y los medios para contratar a un asesino profesional?

-No. La señora Lake y yo creemos que las personas que encargaron los asesinatos son gente de más edad y, sobre todo, independientes desde el punto de vista económico. Deben de ser personas con un gran interés en el resultado del matrimonio. Además, yo creo probable que las tres personas que contrataron al asesino se conozcan bastante bien. Vale se sintió intrigado.

-¿En qué se basa para decir esto?

-En primer lugar, en la gran similitud de los motivos de los tres asesinatos. Parece probable que un asesino profesional que trabaja en los círculos de la alta sociedad se vea obligado a confiar en la información que circula de boca en boca para anunciar sus

servicios.

-¡Ah, sí! El problema de la publicidad. -Vale esbozó una sonrisa--No había pensado en ello.

-Hasta ahora he conseguido el nombre de tres mujeres de edad de las tres familias de los difuntos, muy afectadas por el resultado de las bodas concertadas. Todas ellas poseen una voluntad de hierro y controlan una fortuna considerable.

-¿Se trata de damas de la alta sociedad?

-Así es.

Vale extendió los brazos.

-¿Cómo podría una dama que se pasa la vida en los salones y las salas de baile encontrar a un asesino profesional a quien pueda confiar una tarea tan peligrosa? Yo soy el primero en afirmar que, con frecuencia, las damas de la alta sociedad tienen rarezas y excentricidades, pero, por lo general, no se relacionan con los miembros de la clase criminal.

-Dejaré que el señor March y la señora Lake resuelvan esta cuestión. Mientras tanto, y antes de comunicarles la identidad de estas tres damas, desearía averiguar si existe un vínculo entre ellas. He descubierto que dos de estas damas son amigas de toda la vida, juegan juntas a cartas los sábados y se ven con frecuencia. Sin embargo, la tercera no vive en Londres. Ni siquiera sé si conoce a las otras dos.

-¿Quiénes son estas damas que, según sospecha usted, podrían haber contratado al asesino?

-Lady Huxford y lady Ferring son las dos que salen juntas con frecuencia. La tercera es la señora Stockard. No le gusta la vida en Londres y pasa aquí muy poco tiempo. Vive en una de las fincas de su hijo.

-¡Vaya, vaya, vaya! -exclamó Vale con suavidad.

Ella dejó de examinar unas monedas romanas antiguas y lo observó con atención.

-¿Qué ocurre, Vale?

-No sé si tendrá algún significado, pero, por si sirve de algo, le diré que el verano pasado, mientras estudiaba los suelos de mosaico de una villa romana en Bath, vi juntas a la señora Stockard, lady Huxford y lady Ferring.

Joan se acercó a él con el rostro iluminado por la noticia.

-¿Las vio juntas? ¿Parecían ser buenas amigas?

-Ya me conoce usted, querida. Tengo poca paciencia con las cosas de la sociedad y las personas que se mueven en ese ámbito. Sin embargo, Bath es un lugar tan pequeño que resulta imposible no ver a los miembros de la sociedad que se encuentran allí en cada momento.

Ella sonrió en señal de reconocimiento.

-Además, usted es observador por naturaleza. Cuénteme, ¿qué advirtió acerca de las tres damas?

-No mucho. Me crucé con ellas en la calle en varias ocasiones y coincidimos una o dos veces en las librerías. -Vale titubeó-. Por lo que pude oír, las tres damas se reúnen con regularidad en Bath para tomar los baños. Según creo, llevan haciéndolo muchos años.

Tobias entró con despreocupación en el estudio poco después de las cinco, justo cuando Lavinia iba a servirse una segunda copa de su jerez medicinal. Ella se levantó con rapidez y se sintió aliviada al verlo.

-¡Por fin has vuelto! -exclamó-. Estaba preocupada. Siéntate, Tobias. Te serviré una copa de jerez.

-Olvídate del jerez. -Tobias le mostró un paquete envuelto en una tela que llevaba debajo del brazo-. He llegado a la conclusión de que, cuando trabajamos juntos en un

caso, necesito un reconstituyente más eficaz.

Ella frunció el ceño mirando el paquete.

-¿Qué es esto?

-Coñac. -Tobias dejó el bulto sobre el escritorio y apartó la tela que cubría una botella oscura-. Jack *Sonrisas* ha accedido a venderme algunas botellas de su última remesa.

Ella lo observó con interés mientras descorchaba la botella y escanciaba una buena cantidad de coñac.

-¿Crees que es de contrabando?

Él enarcó una ceja.

-Dada la fuerte aversión que Jack siente por el pago de impuestos, creo que podemos estar seguros de que lo es. -A continuación bebió un trago de brandy y miró a Lavinia-. La verdad es que no me preocupé de indagar acerca de su procedencia. ¿Quieres un poco?

-No, gracias. Creo que seguiré con el jerez.

Lavinia se acercó al armario y se sirvió una cantidad razonable de la licorera. Luego estudió el nivel de licor de la copa unos segundos y se sirvió un poco más. El día había sido muy duro.

Tobias se sentó en su sillón favorito y apoyó el tobillo izquierdo en un taburete mientras ella regresaba a su butaca.

-Muy bien -declaró ella-. Suéltalo. ¿Qué has hecho con Ned *el Dulce?*

-Se lo he entregado a Jack.

Lavinia se sobresaltó y dejó la copa.

-¿Por qué razón has hecho esto?

-El chico necesita aprender un oficio más formal.

-Bueno, sí, pero ¿qué puede hacer Jack en este sentido? ¿Enseñarle a dirigir una taberna?

-No. Al menos de inmediato. De hecho, gracias a los contactos que hizo mientras ejercía su antigua profesión, Jack está bien relacionado con varios capitanes de barco. Y ellos siempre buscan nuevos miembros para la tripulación. Mientras hablamos, Ned *el Dulce* va camino de forjarse una carrera en el mar.

-Por lo que me has contado acerca de tu amigo Jack, el pobre Ned ahora forma parte seguramente de la tripulación de un contrabandista.

-Mira el lado positivo. Si todo va bien, el chico ganará suficiente dinero para retirarse en pocos años. Ojalá tú y yo pudiéramos hacer lo mismo, querida.

-¿Y si las cosas no van bien?

-No te preocupes por eso. Jack se asegurará de que nuestro Ned navegue con un capitán experimentado que conozca su oficio.

Lavinia apoyó la cabeza en el respaldo del asiento.

-¡Es tan joven, Tobias! En realidad, es sólo un niño. Y es probable que esté solo en el mundo.

-No malgastes tus sentimientos con Ned. No tuvo ningún reparo en aceptar dinero para amenazarte con una navaja. En uno o dos años habría accedido a clavarte esa misma navaja entre las costillas por una cantidad similar.

-Bueno, la verdad es que no me parece que...

-Créeme, Lavinia; Ned *el Dulce* tiene todas las características de un delincuente profesional.

-Es posible. No obstante, si se piensa que, sin duda, creció en los barrios bajos y sin ninguna perspectiva de futuro, sólo se puede sentir lástima por él.

-Te aseguro que la lástima no es la emoción que experimenté esta tarde cuando te

encontré con él en aquel callejón.

Ella sonrió.

-No me digas que no experimentaste ningún sentimiento de bondad. Podrías haberlo llevado a la calle Bow donde, sin duda, habría sido encarcelado y después ahorcado. Sin embargo, lo has entregado a Jack *Sonrisas.*

-¡Para lo que servirá! -Tobias bajó la vista hacia la copa de coñac-. Lo más probable es que acabe colgando de una soga.

-Si es así, no será porque tú lo hayas enviado allí.

Tobias tomó otro trago y no dijo nada. Sin embargo, la severidad de su expresión se relajó un poco.

Ambos permanecieron en silencio hasta que Tobias se movió ligeramente en su asiento.

-¿De qué quería hablarte Aspasia esta tarde?

Lavinia hizo girar el jerez en su copa y tomó un sorbo rápido.

-Quería asegurarme que no siente ningún interés romántico por ti.

-Yo podría habértelo dicho. -Tobias frunció el ceño-. De hecho si la memoria no me falla, te lo dije. Y con mucha claridad.

-No exactamente. Lo que tú me dijiste fue que no sientes ningún interés romántico por ella.

Él se encogió de hombros.

-Viene a ser lo mismo.

-En realidad, no -replicó ella con frialdad-. Pero, sea como sea, me contó que tanto su padre como su marido la trataron mal. Se juró que nunca más entregaría su corazón a un hombre y que no volvería a casarse. Entonces conoció a Zachary Elland. Tenías razón. Creía que era su alma gemela. Se quedó de una pieza cuando descubrió la verdad acerca de él.

-Me alegra que hayáis alcanzado un punto de entendimiento entre las dos, pero ojalá no te hubiera arrastrado a aquel maldito cementerio para mantener esa conversación.

-No fue culpa suya. Ned *el Dulce* me siguió desde que salí de casa. Sólo esperaba el momento de que estuviera sola. Si no hubiera sido en el callejón a la salida del cementerio habría sido en algún otro lugar. En una callejuela o en un parque, sin duda.

-No me lo recuerdes. -Tobias bebió más brandy y después apoyó la copa en el brazo del sillón-. Tenemos que hablar sobre la razón por la que el asesino contrató a alguien como Ned *el Dulce* para que te incitara a dejar el caso.

-¿Tienes alguna teoría?

-Creo que es probable que el nuevo Portador de la Muerte te considere un engorro -explicó Tobias-. Su objetivo es retarme y asustar a Aspasia; tú no tienes nada que ver.

-¿De modo que, simplemente, quiere que desaparezca?

-Es probable que crea que no te voy a permitir ayudarme en este caso si pienso que tu vida corre peligro. -Tobias la miró a los ojos-. Y puede que tenga razón.

-Ni se te ocurra -le advirtió ella-. No puedes ordenarme que abandone las pesquisas. Ya estoy demasiado involucrada en este caso. -Lavinia se interrumpió al oír un golpeteo en la puerta del estudio-. ¿Sí, señora Chilton?

La puerta se abrió.

-La señora Dove y lord Vale desean verla, señora -informó la señora Chilton con el tono pomposo que reservaba para anunciar a los invitados distinguidos.

-¡Santo cielo! ¿Los dos? -Lavinia se levantó de un salto. La visita de Toan no la alteraba, pero que Vale estuviera en su casa era otra cosa-. Acompáñelos a la sala, señora Chilton. Y llévenos allí una bandeja de té. Utilice el último que compramos. Comuníqueles que el señor March y yo nos reuniremos con ellos de inmediato.

-Sí, señora.

La señora Chilton se retiró y cerró la puerta al salir.

-No puedo creer que lord Vale esté en mi casa. -Lavinia se alisó las arrugas del vestido y se arregló el cabello ante el espejo-. ¿Crees que con el té bastará, Tobias? Quizá debería ofrecerle un poco de jerez.

Tobias se levantó con aire de despreocupación.

-Algo me dice que Vale preferiría una copa de mi nuevo coñac.

Ella se volvió para mirarlo.

-Excelente idea. Necesitaremos unas copas. Tú ve a la sala y yo hablaré con la señora Chilton.

Tobias parecía divertido.

-Esta tarde, cuando huías de aquel criminal a las puertas del cementerio, no estabas tan alterada.

-Estamos hablando de lord Vale. Algunas damas de esta ciudad matarían para que acudiera a sus fiestas. Y está aquí, sentado en mi salita. -Lavinia sacudió ambas manos-. Deprisa. No quiero hacerlo esperar. Le diré a la señora Chilton que traiga unas copas.

-Pídele que traiga, también, un par de tartas de grosella, ¿quieres? -Tobias tomó la botella de coñac y se acercó con calma a la puerta-. Creo que antes mencionó que le quedaban unas cuantas.

-¡Muy bien! ¡Vamos, ve para allá!

Tobias cruzó el vestíbulo en dirección a la sala mientras Lavinia giraba a la izquierda y se dirigía a toda prisa a la cocina.

-Lleve copas de coñac para los caballeros, señora Chilton -ordenó Lavinia-. Y el señor March quiere tartas de grosella.

La señora Chilton levantó la tetera.

-Sí, señora. Enseguida lo preparo. Usted vaya a atender a sus invitados.

--Sí, desde luego.

Lavinia respiró hondo, se tranquilizó y regresó por el pasillo. La puerta de la sala estaba abierta. Entró en la habitación con tanto aplomo com$_0$ le fue posible.

Vale y Tobias estaban de pie junto a la ventana. Joan, cómodamente sentada en el sofá, tenía todos los pliegues de su elegante vestido azul colocados con gracia y precisión.

-¡Ah, ya está usted aquí, señora Lake! -Vale inclinó la cabeza-. Debo decir que tiene usted muy buen aspecto para haberse pasado la tarde jugando al gato y al ratón con un maleante en un cementerio.

-Por lo que veo, Tobias ya los ha puesto al corriente.

Lavinia hizo una leve reverencia.

-¿No te han herido? -preguntó Joan en tono de preocupación.

-Me encuentro bien, gracias. -Lavinia se sentó en una de las sillas y deseó que su falda cayera con la misma elegancia que la de Joan-. Tobias y yo estábamos hablando de los motivos del maleante. Según él, el asesino me considera una complicación y quiere asustarme para que abandone la investigación.

-Tus indagaciones personales son la razón de que hayamos acudido aquí esta tarde. -Joan lanzó una rápida mirada de complicidad a Vale-. Dispongo de cierta información que puede resultarte útil. Además, creo que casi he conseguido convencer a lord Vale de que los asesinatos están relacionados con la cancelación de las bodas.

Tobias miró a Vale inquisitivo.

-¿Es esto cierto?

-Todavía me cuesta creer que todas esas muertes estén relacionadas con la cancelación de unos acuerdos matrimoniales -respondió Vale-. Sin embargo, debo

reconocer que Joan ha identificado los nombres de tres damas de edad quienes, sin duda, disponen de motivos para asesinar. Además, resulta incuestionable que las tres disponen de medios para pagar a un asesino, si decidieran hacerlo.

Lavinia se sintió eufórica.

-¿Tres damas de edad? -preguntó mirando a Joan-. Háblame de ellas.

-La primera es lady Huxford. En mi opinión, tenía una buena razón para encargar la muerte de lord Fullerton en el castillo Beau Montt. Recordarás que, hace poco, se había comprometido con la hija de los Panfield.

-Sí. Continúa -la animó Lavinia.

-Lady Huxford es la abuela materna de la prometida. Tendrá unos sesenta años, más o menos la misma edad que Fullerton. Según una fuente muy fiable, él la sedujo hace años, cuando eran jóvenes. Sin embargo, la abandonó para acordar una alianza matrimonial más ventajosa. El padre de ella tenía dinero suficiente para encontrar otro pretendiente antes de que se supiera que la habían deshonrado. Sin embargo, a lady Huxford se le rompió el corazón y nunca perdonó a Fullerton.

-Entonces, un día, años después, se entera de que el hombre que se aprovechó de ella ha realizado una oferta para casarse con su nieta. -A Lavinia la horrorizó aquella historia-. Cuando se enteró, lady Huxford debió de sentirse furiosa.

-Sin embargo, nada de lo que dijera o hiciera podía detener los planes de boda. El resto de su familia opinaba que constituía un acuerdo excelente. Lady Huxford no podía contar la verdad de su pasado. Además, su sinceridad quizá no hubiera servido para nada.

La señora Chilton entró con la bandeja del té. Tobias sirvió brandy en una copa y se la tendió a Vale.

-¿Quién es la segunda sospechosa de su lista de clientes posibles? -preguntó Tobias.

-La viuda Ferring -respondió Joan-. En mi opinión, pudo contratar al asesino para librarse de lady Rowland, la dama que supuestamente tomó una sobredosis del medicamento para dormir. Como recordarán, tras la muerte de lady Rowland se canceló el compromiso de la nieta de ésta con el nieto de lady Ferring.

Lavinia asintió.

-Tú me contaste que lady Rowland estaba obsesionada con que su nieta mayor se casara con el joven Ferring porque ella, muchos años antes, estuvo muy enamorada del abuelo del muchacho.

-Así es, en efecto. Por lo visto, lady Ferring, la esposa del difunto lord Ferring, conocía aquellos sentimientos y estaba loca de celos de lady Rowland, de joven una belleza. Según me han contado, las dos damas se enzarzaron, en alguna ocasión, en acaloradas discusiones que conmocionaron a los círculos sociales. Sus peleas tuvieron lugar hace treinta años, Pero, según se dice, la animosidad entre ambas nunca desapareció.

-Entonces, un día, la viuda lady Ferring se entera de que lady Rowland, su vieja enemiga, planea unir las dos familias y casar a su nieta con el joven Ferring -murmuró Lavinia-. Tuvo que ponerse hecha una furia.

-No lo entiendo -declaró Tobias-. ¿Por qué habrían de cancelarse los planes de boda a causa de la muerte de lady Rowland?

-Porque ella era la única de la familia decidida a establecer un enlace con los Ferring -respondió Joan-. Cuando el padre de la joven puso las manos sobre la fortuna de su madre, decidió dar otra finalidad al dinero. Es del dominio público que tiene no una, sino siete hijas casaderas. Su intención es dividir la herencia a partes iguales entre todas sus hijas. La mayor no recibirá una cantidad tan importante como pretendía lady Rowland, y, por lo tanto, ya no se considera un gran partido. Seguro que el joven

Ferring buscará otra esposa.

-¿Quién cree usted que encargó el tercer asesinato? -preguntó Tobias, ya muy intrigado.

-La tercera muerte es la del señor Newbold -declaró Joan-. En cierto sentido, es la más fácil de explicar. Newbold era extremadamente rico, pero era también un hombre despreciable. Sin embargo, cuando presentó su oferta por la señorita Wilson toda la familia de ella estuvo dispuesta a pasar por alto su deplorable reputación en consideración a su riqueza. Todos salvo la señora Stockard, la abuela materna de la joven. Ella estuvo casada con un vividor lujurioso durante su juventud y no estaba dispuesta a que su nieta corriera la misma suerte.

-Excelente trabajo, Joan. -Lavinia estaba muy satisfecha. A continuación, se volvió hacia Tobias-. Ya lo ves, las tres tenían un motivo poderoso y los medios económicos para subsanar el problema. Tobias intercambió una mirada con Vale. -Hay cierta lógica en su razonamiento -declaró Vale. Joan se aclaró la garganta.

-También existe entre ellas un vínculo bastante significativo -dijo-Las tres damas comparten una amistad de muchos años. Yo puedo asegurar que dos de ellas, lady Huxford y lady Ferring, son casi inseparables.

-Vaya, qué interesante -repuso Tobias con parsimonia-. Una relación íntima entre ellas explicaría cómo contactaron con el mismo asesino. Una lo descubrió y se lo contó a sus amigas.

Lavinia repiqueteó con la punta de los dedos sobre el brazo del sofá y se concentró en el siguiente paso que debía dar.

-Me gustaría formular unas preguntas a estas damas. -Nadie respondió y ella se dio cuenta de que todos la miraban con atención- Con mucha sutileza, desde luego -añadió con voz suave.

-Desde luego -masculló Tobias mientras se disponía a beber un trago de brandy-. ¡Eres una muestra en ese arte!

-¡Tobias...!

-Si no recuerdo mal -continuó él-, la última vez que actuaste con sutileza conseguiste que nos echaran del castillo Beaumont. Y sin desayunar.

-La verdad, Tobias, ¿pretendes echarme en cara aquel incidente insignificante cada vez que encuentres una oportunidad?

-Sí -respondió Tobias.

Joan sonrió.

-Tenía la impresión de que querrías interrogar a estas damas, Lavinia. No puedo hacer gran cosa en el caso de señora Stockard, porque no vive en la ciudad. Sin embargo, quizá pueda conseguir que conozcas a lady Huxford y lady Ferring.

-Esto sería de gran ayuda -admitió Lavinia-. ¿Cómo podríamos lograrlo?

-Según la amiga que me ha contado todos estos rumores, las dos damas suelen asistir a los conciertos del Vauxhall las noches que hay castillos de fuegos. De hecho, pocas veces se los pierden. Hay uno de esos conciertos programado para mañana por la noche. He pensado que tú y yo podríamos asistir juntas. Me encargaré de presentártelas haciéndome la encontradiza. ¿Te parece bien?

-Perfecto -repuso Lavinia, cada vez más impaciente-. Son unas noticias estupendas. Tengo la sensación de que nos encontramos muy cerca del final de este caso.

Tobias miró por la ventana.

-Entonces, ¿por qué tengo la sensación de que estamos pasando por alto algo muy importante?

-Sin duda, porque está en tu naturaleza ver todos los sucesos desde el punto de vista más negativo -replicó Lavinia con resolución-. Deberías cultivar una actitud más

positiva y optimista. Haría maravillas en tu estado de ánimo.

Tobias se sorprendió cuando Vale decidió acompañarlo al salir del número siete y regresar caminando al club. «Uno no espera que alguien solitario y reservado como Vale tenga por costumbre recorrer la ciudad a pie», Pensó Tobias. Por otro lado, Vale pasaba la mayor parte del tiempo en el campo, excavando las ruinas romanas, de modo que, por principio, no regazaba el ejercicio físico.

El declinante sol de la tarde de verano bañaba las calles y los parques con el suave y transparente resplandor que caracterizaba aquella época del año. La nitidez y la definición de las escenas callejeras atraían la vista. El contorno de las puertas y las ventanas de las casas destacaba con una precisión que escapaba a la habilidad de cualquier artista. Sin embargo, la claridad y la calidez de las zonas iluminadas sólo servía para acentuar la intensidad de las sombras de las estrechas callejuelas y los callejones.

-Se diría que la intuición de vuestra socia respecto a los motivos de los asesinatos podría ser correcta después de todo -comentó Vale.

-Debo admitir que Lavinia y Joan han descubierto un vínculo entre las tres mujeres y unos motivos que no puedo seguir ignorando. -Tobias sacudió la cabeza-. Aunque la idea de que tres damas de edad recurran al asesinato para cancelar ciertas alianzas matrimoniales resulta más que inquietante.

-Reconozco que cuando Joan me contó, por primera vez, la conclusión a la que ella y la señora Lake habían llegado, sentí un escalofrío.

Tobias esbozó una media sonrisa.

-Con demasiada frecuencia infravaloramos al sexo débil.

-Sin duda. -Vale miró a un grupo de niños que hacían volar cometas en el parque-. Hoy mismo he aprendido una lección sorprendente relacionada con esta cuestión. Hace un rato, mantuve una conversación con Joan que resultó poco menos que iluminadora. ¿Alguna vez se ha detenido a considerar lo que el matrimonio ofrece a una mujer madura, inteligente e independiente en el aspecto económico?

Tobias contempló una cometa que se remontaba por encima de los árboles.

-Si lo que quiere decirme es que la institución del matrimonio tiene poco que ofrecer a una mujer de estas características, puede ahorrarse el esfuerzo. Últimamente he dedicado buena parte de mis pensamientos a este asunto.

-Comprendo. Tobias lo miró. -¿Puedo deducir que usted también ha estado reflexionando sobre esta cuestión?

Vale inclinó lentamente la cabeza.

-Tras el fallecimiento de mi esposa, no tenía planeado volver a casarme. Hasta hace poco, ni siquiera sentía la necesidad de hacerlo. Mis do hijos tienen descendencia, con lo cual la continuidad de los títulos y las fincas está asegurada. Las investigaciones de las ruinas romanas me mantienen ocupado y me proporcionan gran satisfacción. Y en cuanto a los placeres y el consuelo que obtenemos de las mujeres..., en fin, no son tan difíciles de conseguir, como los dos bien sabemos.

«Sobre todo si uno es un miembro de la nobleza y dispone de títulos y riquezas que le permiten mantener a varias amantes», pensó Tobias. Sin embargo, no expresó este pensamiento en voz alta. En cualquier caso, no era del todo justo. Aunque, sin duda, Vale había tenido algunas relaciones discretas a lo largo de los años, no era el tipo de persona que alardeara de mantener a cortesanas costosas o de confraternizar con vistosas mujeres de vida alegre.

-No era consciente de mi soledad hasta que empecé a pasar más tiempo con Joan -

explicó Vale-. Es como si hubiera descubierto un elixir que no sabía que ansiaba hasta que lo probé.

-Y, una vez despertado el deseo, le consume la terrible y oscura posibilidad de no poder saciar su sed.

Vale le dirigió una mirada divertida e irónica.

-Por lo que veo, también a usted se le ha despertado la sed de cierto elixir.

-Supongo que nuestro dilema tiene un aspecto positivo, Vale.

-¿Ah, sí? ¿Y cuál es?

-Al menos sabemos que los hombres que se encuentran en nuestra situación y consiguen convencer a sus damas de que se casen con ellos tienen la satisfacción de saber que ellas los aceptan por amor y porque confían en ellos.

-¿Más que por los aspectos sociales y económicos? -En la sonrisa de Vale no había rastro de alegría-. ¿Y qué demonios haremos si nos rechazan?

-Me temo que es esta posibilidad, más que ninguna otra cosa, lo que nos impide pedir su mano.

-Así es. -Vale suspiró-. En fin, no tiene ningún sentido que sigamos hablando de esta cuestión. Sólo conseguiríamos deprimirnos. Dígame, ¿lo que dijo hace unos minutos en la salita de la señora Lake iba en serio? ¿De verdad cree que alguna pista importante de este caso se les está escapando?

-Estoy convencido. -Tobias observó una de las cometas; se elevó a gran altitud y cayó sin control y girando sobre sí misma hacia el suelo-Mi socia no es la única que tiene intuición. Por mi propia experiencia he Prendido a hacer caso a mis instintos en estas cuestiones.

22

Crackenburne bajó el periódico más rápidamente de lo habitual en él y miró con detenimiento a Tobias.

-Ah, ya has llegado -dijo-. ¿Dónde demonios estabas?

-Buscando pruebas. -Tobias se dejó caer en el sillón vacío que había frente a la chimenea del club-. Por si no lo recuerda, así me gano la vida. No todos tenemos la suerte de poder pasárnosla en el club como hace usted, señor.

Crackenburne cerró el periódico de golpe y lo dejó sobre la mesita que había junto a su sillón.

-Estás de un humor de perros esta noche. Supongo que esto significa que la búsqueda de pistas no va bien.

-Al contrario, tengo más pistas de las que puedo seguir. Y ninguna de ellas me ayuda. -Tobias apoyó los codos en los brazos del sillón y estiró la pierna izquierda-. Dígame, señor, ¿alguna vez se le ha ocurrido la idea de que una dama de edad encargara un asesinato para asegurarse de 1ue su nieta consiga un matrimonio feliz?

Crackenburne parpadeó un par de veces y frunció el entrecejo.

-Nunca me había detenido a pensar en esta posibilidad, pero, sin lugar a dudas, el matrimonio constituye un negocio de gran importancia en la alta sociedad. Cuando se trata de fortunas y de títulos, ¿quién puede decir lo que una persona de voluntad férrea y sin escrúpulos es capaz de hacer? Conozco a algunos padres que han conspirado para que sus propias hijas realicen un acto comprometedor con algún joven caballero para forzar una alianza. Todas las temporadas, damas y caballeros venden a sus hijas para que celebren un matrimonio desgraciado a fin de asegurarse una herencia. Entonces, ¿por qué no cometer un asesinato si con eso alcanzan sus objetivos?

-En efecto. Pues, por lo visto, nuestro nuevo Portador de la Muerte se ha dado cuenta de la existencia de este tipo de demanda en el mercado y ha aprovechado la oportunidad. La señora Lake y la señora Dove están convencidas de que lady Huxford, la viuda lady Ferring y una tal señora Stockard se cuentan entre sus dientas.

A continuación, le explicó la teoría de Lavinia.

-En verdad, resulta extraño -reconoció Crackenburne con ceño-. Sin embargo, ahora que contemplo las muertes desde esta perspectiva, debo admitir que esta idea es bastante probable. Recuerdo alguna de las escenas que protagonizaron lady Ferring y lady

Rowland. Fueron muy sonadas. Y también los viejos rumores acerca de lady Huxford y Fullerton. En su momento dieron que hablar. No dispongo de mucha información acerca de la señora Stockard, pero no resulta difícil de creer que una persona inteligente se oponga a una alianza con Newbold.

-La señora Lake y la señora Dove intentarán interrogar, de una forma discreta, a lady Huxford y lady Ferring mañana por la noche en el Vauxhall. Mientras tanto, yo seguiré intentando descubrir con mi habitual ineficacia alguna pista para identificar a la persona que envió a aquel maleante para que asustara a mi socia.

-¿Tiene alguna idea en este sentido?

-Unas cuantas. Para contratar a alguien como Ned *el Dulce* es necesario indagar en los bajos fondos. Por mi propia experiencia, le diré que ese mundo es un reflejo de la alta sociedad y que está gobernado por las mismas leyes inmutables de la naturaleza.

-En otras palabras, los chismorreos fluyen con la misma facilidad.

-Así es.

-Lo cierto es que los rumores acerca del encargo que recibió Ned el *Dulce* no tardaron en llegar a su amigo Jack, en The Gryphon.

-Jack continúa investigando esta pista por mí. Con un poco de suerte, sacará información útil.

-¿Has averiguado algo en relación con Elland?

--Todavía no.

Las cejas de Crackenburne se juntaron por encima de la montura de sus lentes.

-La verdad es que tus observaciones acerca del hecho de que Elland evitaba a propósito los bajos fondos y los barrios más pobres me parecieron muy interesantes. He estado pensando mucho en ello y creo que tienes razón. Elland se consideraba un asesino con clase, ¿no es cierto? En el aspecto profesional, se sentía orgulloso de moverse en los círculos de la alta sociedad y no en el mundo-espejo que ahora comentabas.

-Recuerdo que en varias ocasiones, cuando le pedí que me ayudara a conseguir información en algún burdel o taberna portuarios, siempre rehusó hacerlo. Alegaba que no conocía aquellos barrios y que no actuaría con efectividad en los mismos. Sin embargo, ahora que lo recuerdo creo que sentía algo más que desdén por aquellos a quienes consideraba sus inferiores en el ámbito social. Creo que su actitud escondía cierto temor.

Crackenburne se mostró pensativo.

-Sin duda, no sería el primero en emplear el menosprecio hacia los demás para enmascarar la emoción del miedo.

-Tengo la impresión de que, en el caso de Elland, tenía buenas razones para evitar los barrios bajos.

Crackenburne arrugó en entrecejo.

-¿A qué te refieres?

-Si procedía de aquel mundo, resulta lógico que no quisiera arriesgarse a volver allí.

-¿Por miedo a ser reconocido?

-O de despertar los recuerdos de alguien. Quién sabe. Sin embargo, sea cual sea la respuesta en el caso de Elland, resulta evidente que el nuevo Portador de la Muerte no comparte las mismas inhibiciones. Por lo visto, no tuvo reparos en acudir a un vecindario miserable para buscar a Ned *el Dulce.*

-Quizás estuviera desesperado.

En cualquier caso, espero que dejara algún rastro mientras buscaba ayuda en aquellos barrios.

-Te deseo toda la suerte del mundo en tu caza. -Crackenburne se aclaro la garganta-.

Por cierto, tengo noticias para ti en relación con otro asunto.

-¿Dominic Hood? -inquirió Tobias, estupefacto.

Crackenburne se reclinó en el sillón.

-No sé si te servirá de ayuda, pero al menos tendrás por dónde empezar.

Tobias volvió a meter la ganzúa en la funda de piel y escudriñó las oscuras sombras del laboratorio. Reconoció algunos de los aparatos y equipos de la sala. Varias filas de vasos decantadores brillaban en una estantería cercana. Un voluminoso generador eléctrico ocupaba una esquina. Tobias distinguió un hermoso telescopio sobre un banco y, junto a éste, un microscopio.

Vio también otros objetos que no logró identificar, pero todos demostraban una gran pasión por la ciencia y parecían muy caros. Tobias y_a había inspeccionado el dormitorio y la salita. El laboratorio estaba cerrado con llave, de modo que lo dejó para el final. Allí, rodeado de los tesoros que Dominic Hood valoraba más, supo que si aquel joven tenía secretos que esconder lo haría en aquella sala.

Eran poco más de las nueve. Tobias había visto a Dominic salir de su vivienda minutos antes. El joven iba vestido como para pasar la velada en su club o en una sala de juego. No regresaría hasta pasadas unas horas. Su criado salió un poco más tarde camino, por lo que parecía, de un bar cercano.

Tobias registró la habitación deprisa, pero de forma metódica. El orden riguroso del laboratorio le facilitó la tarea. Encontró lo que buscaba en un cajoncito cerrado con llave del escritorio próximo a la ventana.

El diario estaba encuadernado en piel y la letra era femenina. Las fechas de las anotaciones empezaban veintidós años antes.

> ... Cuando él roza mi mano, mi corazón late tan deprisa que me extraña no desvanecerme. Ni siquiera puedo describir la intensidad de la emoción que su presencia me produce. Sólo con saber que él se halla cerca mi corazón se llena de placer. Me ha advertido que no debo decirle nada a mi madre, mi padre o mis amigas, pero ¿cómo puedo guardarme este asombroso secreto?

Tobias pasó varias páginas y se detuvo en algunas otras anotaciones.

> ... No puedo creer que me haya abandonado. Me juró que la pasión que sentía por mí era tan intensa como la que yo siento por él. Seguro que volverá a buscarme como prometió. Huiremos juntos...

> ... Mamá dice que estoy acabada. Se ha pasado el día llorando e su habitación. Papá se encerró con llave en el estudio esta mañana y no ha salido en todo el día. Phillips dice que se va a emborrachar con clarete y brandy. Estoy muy asustada. He enviado un mensaje a mi amado, pero no he recibido respuesta. Dios mío, ¿qué voy a hacer si no regresa a buscarme? No soporto la idea de vivir sin él...
>
> ... Papá acaba de decirme que mi amado está casado con otra mujer. Mamá afirma que no sólo tiene una esposa, sino también una hija pequeña y un bebé que nacerá en verano. No es posible. Estoy segura de que él no me habría mentido...

> ... Saldremos hacia el campo por la mañana. Papá dice que no tenemos otra elección y que debemos aceptar la oferta de matrimonio del señor Hood. Debo casarme de inmediato o será mi fin. Esta tarde, Phillips llevó otro mensaje a mi amado, pero una vez más no he obtenido ninguna respuesta. Dios mío, se me ha roto el corazón. No me importa vivir o no un día más. El señor Hood es un hombre

mayor...

Anthony se puso de pie de un salto.

-¿Que es mi hermano?

-Medio hermano, para ser exactos. -Tobias se apoyó en el borde del escritorio-. Todo estaba escrito en el diario. Helen Clifton aseguraba que tu padre fue el hombre que la sedujo cuando la trajeron a Londres para que asistiera a los acontecimientos sociales de la ciudad por primera vez.

-Es imposible. -Anthony cruzó el estudio con pasos tensos en dirección a la ventana. Miró hacia el jardín sumido en la oscuridad de la noche y frunció el ceño-. Estoy convencido de que si tuviera un hermano lo sabría.

-No necesariamente. Para los Clifton, debió de ser un oscuro secreto de familia. Y Hood estuvo encantado de reconocer a Dominic como hijo suyo. Crackenburne me ha contado que Hood era veinte años mayor que Helen. Había enviudado en dos ocasiones y no tenía descendencia. Estaba desesperado por conseguir un heredero.

-De modo que, cuando su joven esposa le informó de que estaba embazada, estuvo más que dispuesto a creer que el niño era suyo.

-Seguro que le explicaron que el bebé nació antes de tiempo. Es una historia muy común. En cualquier caso, la última anotación del diario se realizó unos tres meses después del nacimiento de Dominic. En ella, Helen Clifton manifiesta que ama al bebé y que, por su bien, mantendrá en secreto su identidad hasta que sea mayor y capaz de comprenderla y perdonarla. Sospecho que no le reveló la verdad hasta que estuvo en el lecho H la muerte. Quizá ni siquiera se lo contó.

-¿Crees que Dominic descubrió el diario cuando ella ya había fallecido?

-No podría decírtelo. En cualquier caso, debió de constituir un eran golpe para él.

Anthony se agarró al alféizar de la ventana con fuerza.

-¡Qué forma tan terrible de descubrir los secretos de tu propia existencia!

-Crackenburne me ha explicado que Hood falleció hará unos cinco años, y la madre de Dominic, el año pasado.

-¿A causa de una fiebre?

-No. Por lo visto, sufrió un acceso de melancolía. Según los informadores de Crackenburne, los que la conocían creen que una noche se tomó a propósito una sobredosis de láudano. Cuando la encontraron ya estaba muerta. Dominic heredó muchas propiedades y una renta considerable por ambas partes de su familia.

-Esto explica la buena calidad de sus botines y el excelente corte de sus abrigos -murmuró Anthony-. Así como el costoso equipo del laboratorio.

-Quizás esté bien situado en el aspecto económico, pero no tiene a nadie en el mundo. -Tobias se interrumpió unos instantes-. Aparte de ti.

-Me resulta difícil hacerme a la idea de que tengo un hermano. -Anthony se dio la vuelta y Tobias percibió la confusión y la incertidumbre que reflejaban sus ojos-. Pero si lo que dices es cierto y Dominic dispone de un nombre respetable y de una renta sustanciosa, entonces ¿por qué me odia tanto?

-Te sugiero que se lo preguntes a él -respondió Tobias.

23

La noche siguiente, Lavinia estaba sentada con Joan en un palco con columnas de la zona del restaurante y contemplaba con innegable placer las casetas, las rotondas y los vistosos pabellones que las rodeaban.

El Vauxhall resplandecía de luces y colorido aquella noche. Infinidad de lámparas y linternas colgaban de los árboles e iluminaban los jardines, mientras que la emocionante música de Haendel flotaba en el ambiente. Las misteriosas grutas del lugar, los retablos históricos y las exposiciones de pintura cautivaban a grandes multitudes. No muy lejos de allí, los oscuros y solitarios senderos del parque, flanqueados por sus afamados árboles, atraían a las parejas que buscaban un lugar para sus ligeros devaneos amorosos.

Si no hubiese estado allí con Joan por un asunto muy serio, pensó Lavinia, habría disfrutado muchísimo.

-No había estado aquí desde hace años -comentó Joan mientras laminaba el surtido de fiambres de su plato con aire mordaz-. Pero te prometo que nada ha cambiado. Las lonchas de jamón todavía son tan finas que se podría leer el periódico a través de ellas.

-Mis padres y yo visitamos el Vauxhall en varias ocasiones cuando era joven -repuso Lavinia-. Ellos me compraban helados. Y recuerdo un globo, a unos acróbatas y, desde luego, los fuegos artificiales.

Los recuerdos llegaban a ella flotando desde el pasado y le traían imágenes de otros tiempos, cuando vivía arropada y segura en el cálido sen de su pequeña familia. Entonces, el mundo era un lugar muy distinto, re flexionó Lavinia. Aunque lo más probable es que fuera ella la que era distinta. En aquellos días todavía era inocente e ingenua.

Pero, al final, uno tiene que crecer. Y ella lo hizo una década atrás cuando, en el plazo de dieciocho meses, se casó, enviudó y perdió a sus queridos padres en el mar. En lo que le pareció un único momento demoledor, se encontró sola en el mundo y se vio obligada a sobrevivir gracias a su ingenio y a sus habilidades como hipnotizadora.

La vida de Joan también había efectuado unos giros y sufrido unos cambios igualmente difíciles, se dijo Lavinia. Quizás aquél era el fundamento de la amistad que había surgido entre ambas.

-Pareces ensimismada. -Joan pinchó con el tenedor un trocito de jamón-. ¿Estás pensando en cómo interrogar a lady Huxford y lady Ferring?

-No -respondió Lavinia. Esbozó una leve sonrisa y añadió-: Quizá te resulte extraño, pero estaba pensando en que resulta curioso que tú y yo estemos sentadas aquí esta noche mientras comemos esta cena carísima y vestimos unos trajes creados por una de las modistas más afamadas de Londres.

Joan se sobresaltó ligeramente y, de repente, soltó una de sus inusuales risitas. Sus ojos brillaron con regocijo y complicidad.

-Sí, resulta curioso teniendo en cuenta que, a causa del destino, nuestro fin podría haber sido mucho menos agradable. Bien. -Joan levantó su copa de vino-. Brindemos por que ninguna de las dos ha terminado como una gobernanta sin fortuna o la amante despechada de ningún hombre.

-Brindemos -dijo Lavinia, y chocaron las copas-. Sin embargo, no creo que debamos

adjudicar al destino todo el mérito por habernos librado de cualquiera de estas dos horribles profesiones.

-Estoy de acuerdo. -Joan bebió un trago y dejó la copa sobre la mesa-. Ni tú ni yo tuvimos miedo de aprovechar las oportunidades cuando se presentaron, ¿no es así? Las dos asumimos ciertos riesgos por el camino que habrían hecho estremecerse a otras personas.

-Así es. -Lavinia se encogió de hombros-. Sin embargo, sobrevivimos.

Joan adoptó una actitud pensativa.

-No creo que ninguna de nosotras pudiera actuar de otro modo, al menos mucho tiempo. Nuestro temperamento nos obliga a tomar las riendas de nuestra propia vida y de nuestro destino. Fielding siempre decía que una de las cosas que más admiraba de mí era mi capacidad de recuperarme y mirar hacia el futuro.

Lavinia sonrió.

-¿Puedo deducir de tu comentario que has decidido que tu relación con lord Vale no deshonra tu antiguo amor hacia tu esposo?

-Puedes -respondió Joan mientras cortaba otro trocito de jamón-. Pensé mucho en lo que me dijiste sobre esta cuestión, y ahora estoy convencida de lo que siento. También se lo he contado a Maryanne. Quizá tarde un poco en aceptar la situación, pero espero que al final comprenda que no puedo vivir anclada en el pasado. Además, Fielding tampoco lo habría querido.

-Lo comprenderá con el tiempo. Todavía es muy joven.

-Sí, lo sé. -Joan comió con delicadeza el trozo de jamón y añadió-: ¿Crees que alguna vez fuimos tan jóvenes e inocentes? Yo no recuerdo... -Entonces se interrumpió y entornó los ojos-. ¡Ah, aquí llegan por fin! Empezaba a temer que hubieran cambiado sus planes para esta noche.

-¿Te refieres a lady Huxford y lady Ferring?

-Así es. Perfecto. Las conducen a la mesa que está detrás de ti, justo como pedí.

Sin duda habían satisfecho su petición porque Joan había entregado una generosa propina para conseguirlo, pensó Lavinia mientras resistía el impulso de girarse para ver a las dos mujeres.

-Lady Huxford me ha visto -murmuró Joan. Sonrió educadamente hacia un punto situado por encima del hombro derecho de Lavinia y elevó un poco el tono de voz-. Lady Huxford, lady Ferring. ¡Qué placer encontrarlas aquí esta noche!

-Señora Dove.

La primera voz era tensa y aguda.

-Señora Dove.

La segunda voz era áspera y un poco ronca.

-Permítanme presentarles a mi buena amiga la señora Lake -dijo Joan.

Lavinia hizo lo posible por actuar con calma. Se volvió despacio y, como Joan, inclinó levemente la cabeza.

Su primera idea fue que había cometido un terrible error. El remordimiento se apoderó de ella. Resultaba evidente que aquellas dos mujeres que caminaban con la ayuda de un bastón no eran capaces de encargar un asesinato a sangre fría.

Lady Huxford era frágil y delgada como la loncha de jamón de Joan Lady Ferring parecía más fuerte, pero sin duda de joven había sido unos centímetros más alta. En la actualidad, sus hombros estaban curvados y redondeados.

El remordimiento de Lavinia se desvaneció cuando su mirada se cruzó con dos pares de ojos que brillaban con el fuego vivo de unas personalidades fuertes y enérgicas. La fría arrogancia de aquellas miradas hablaba de unas vidas dedicadas a manipular a las personas y los sucesos con el fin de conseguir sus propios objetivos. Sus cuerpos habían

sucumbido al peso de los años, pero las facultades mentales de lady Huxford y lady Ferring estaban en plena forma, en opinión de Lavinia.

Y lo mismo ocurría con su sentido de la moda, notó. Lady Huxford llevaba un vestido de color bronce ribeteado con cintas amarillas. Y lady Ferring iba ataviada con un traje de seda de aspecto carísimo y de un color rosa intenso. Las dos vestían gorgueras altas con pliegues bien almidonados, sin duda ideadas para ocultar las arrugas y la piel flácida de sus cuellos.

Además, las dos llevaban unos atractivos sombreritos. Aquellas dos piezas encantadoras reposaban con gracia sobre una gran cantidad de cabello gris crepado y rizado de una forma muy elaborada. «Pelucas», pensó Lavinia. El cabello artificial estaba rematado con múltiples rizos en la parte superior para añadir altura, lo cual estaba muy a la moda. Desde su asiento, Lavinia no veía la parte trasera de las cabezas de aquellas dos damas, pero tenía el presentimiento de que los moños también eran muy sofisticados.

-Lady Huxford -manifestó Lavinia en tono casual-, permítame expresarle mis condolencias por su reciente pérdida.

Lady Huxford levantó sus impertinentes y miró a Lavinia.

-¿Qué pérdida? No he perdido a nadie cercano desde que mi esposo falleció hace catorce años.

-Me refiero a la muerte prematura de lord Fullerton, el prometido de su nieta -repuso Lavinia-. Estoy segura de que los padres de la joven deben de estar desolados. ¡Era tan buen partido!

-Enseguida encontrarán a otro mucho más ventajoso -replicó lady Huxford bajando los impertinentes.

Lavinia se volvió hacia la amiga de lady Huxford.

-Hablando de compromisos cancelados, tengo entendido que su nieto ya no tiene la intención de pedir la mano de la nieta mayor de lady Rowland. ¡Qué lástima! Parecía una alianza maravillosa. Todo el mundo opinaba que el título de su nieto encajaba a la perfección con la herencia de la joven. -La expresión de lady Ferring se volvió tan impenetrable como un enorme portón que se hubiera cerrado de golpe-Aunque supongo que el aspecto económico de la alianza cambió cuando lady Rowland falleció de una forma tan inesperada -continuó Lavinia con voz suave-. El momento de su muerte fue de lo más desafortunado, ¿no es cierto? Según se dice, falleció antes de poder cambiar su testamento y dejar, como heredera, a su nieta mayor. Ahora, el padre de la joven controla el dinero y se rumorea que pretende dividir la herencia entre sus siete hijas.

-El destino sigue caminos misteriosos -comentó lady Ferring.

-Así es, sin duda -repuso Lavinia. Se volvió de nuevo hacia lady Huxford y agregó-: Por las circunstancias del destino yo me encontraba en el castillo Beaumont la noche que lord Fullerton murió.

Lavinia habría jurado que lady Huxford se estremeció un poco al oír aquella noticia. Sin embargo, se recuperó con rapidez.

-Según he oído, aquella noche había mucha gente en el castillo -repuso lady Huxford, cortante-. Las fiestas campestres de los Beaumont siempre son un verdadero éxito.

-En efecto, había un gran número de personas en el castillo -confirmó Lavinia-. Sin embargo, yo fui una de las últimas que vio a Fullerton con vida. ¿Puede usted creerlo? Se cruzó conmigo en el pasillo poco antes de su caída.

Lady Huxford la observó en un silencio sepulcral.

-Estoy segura de que estaba borracho -soltó lady Ferring con aspereza-. Aquel hombre bebía como un pez.

-Desde luego, parecía bebido. -Lavinia emitió un sonido reprobatorio-. Siento decir

que, cuando lo vi, iba acompañado de una joven criada.

¡Los hombres son así! -Los ojos de lady Huxford chispearon con desdén-. No es un asunto que debamos discutir en sociedad.

--Bueno, en este caso, constituye un hecho importante -replicó Lavinia con la misma frialdad-. Verá, mi socio, el señor March, y yo hemos recibido el encargo de investigar la muerte de lord Fullerton. Los dos opinamos que Fullerton fue asesinado y que la criada era el asesino disfrazado.

La mandíbula inferior de lady Huxford cayó de forma visible.

-¿Asesinado? ¿De qué está hablando? No hay ningún indicio de que haya sido asesinado.

-Al contrario -murmuró Lavinia-. Son muchos los indicios que demuestran que se trató de un acto criminal. De hecho, podemos confirmar que en esta ocasión el asesino cometió varios errores.

-¿En esta ocasión? -repitió lady Ferring algo molesta-. ¿Insinúa usted que ha habido otros asesinatos?

-¡Oh, sí!, desde luego. De hecho, sospechamos que el fallecimiento de lady Rowland también fue un asesinato.

-Según he oído, falleció por una sobredosis de su somnífero -replicó lady Ferring con energía-. Nadie comentó nada de un asesinato.

El rostro de lady Huxford se tensó a causa de la rabia.

-No comprendo por qué alguien le pediría a usted que investigara este asunto.

-¿No lo sabe? -preguntó Joan fingiendo sorpresa-. La señora Lake y su socio, el señor March, trabajan como investigadores privados. Reciben encargos de personas que desean averiguar la verdad acerca de cuestiones dudosas como las muertes recientes mencionadas.

-¿Investigadores privados? -Lady Ferring dirigió a Lavinia una mirada fulminante-. ¡Qué idea tan absurda! Una profesión completamente inadecuada para una dama.

Los ojos de lady Huxford centellearon con una intensidad casi febril.

-¿Quién le ha pedido que investigue la muerte de Fullerton? No he oído que ningún miembro de la familia sospeche nada raro.

-Lo siento, no puedo revelar el nombre de nuestro cliente -contestó Lavinia-. Estoy segura de que ustedes lo comprenderán. El señor March y yo sólo trabajamos para una clientela muy exclusiva, y las personas selectas exigen una gran discreción. Sin embargo, puedo asegurarle que mi socio y yo estamos realizando enormes progresos en nuestra investigación. Cuando identifiquemos al asesino, estoy convencida de que también descubriremos a la persona que lo contrató.

-¡Es indignante! -masculló lady Huxford-. ¡Absolutamente indignante! ¡Investigadores privados! Nunca había oído nada semejante.

-De hecho, usted podría ayudarme en mi investigación, señora
-indicó Lavinia-. Sin duda, usted conoció a Fullerton. Él tenía, más o menos, su misma edad. Incluso es probable que lo conociera de la época en que usted fue presentada en sociedad. ¿Se le ocurre alguien que tuviera una razón para matarlo?

Lady Huxford la miró estupefacta.

-Ha perdido usted el juicio -murmuró con voz ronca.

Lavinia se volvió hacia lady Ferring.

-Verá, señora, si se analiza de cerca, se aprecia una gran similitud entre las muertes del señor Fullerton y lady Rowland, ¿no está de acuerdo? Tengo que hacer una lista con todas las cosas que tienen en común. Me pregunto si el motivo de los asesinatos fue el mismo. La alteración de unos planes de boda, tal vez.

Lady Ferring abrió desmesuradamente los ojos.

-No tengo ni idea de lo que está usted diciendo. Ésta es la conversación más ridícula que he mantenido nunca. Lady Huxford tiene razón... Sin duda usted es una paciente potencial de Bedlam, señora Lake.

-Ya tengo bastante de esta locura, Sally. -Lady Huxford se puso de pie. A continuación, arrugó la servilleta con una mano enguantada mientras agarraba su bastón con la otra-. No tengo ninguna intención de comer en esta compañía. Marchémonos.

-Estoy de acuerdo. -Lady Ferring sujetó su bastón de ébano con ambas manos para ayudarse a ponerse de pie. Miró a su alrededor con una expresión feroz-. ¡Daniels! ¿Dónde estás? Nos vamos.

-¡Sí, señora!

Un agobiado lacayo se acercó rápidamente a ella para tomarla del brazo.

Otro lacayo, que vestía una librea distinta, lo siguió a toda prisa y sujetó a lady Huxford del codo.

-Lo lamento, señora. Ignoraba que quisiera marcharse tan pronto.

-La calidad de la compañía no es la que debería ser -declaró lady Huxford-. De hecho, resulta bastante intolerable.

Los dos lacayos se prepararon para escoltar a sus señoras a través del laberinto de palcos del restaurante.

Joan observó su caminar lento y majestuoso con una mezcla de diversión y consternación.

-Creí que querías interrogarlas con sutileza -murmuró.

-¡Bah! Enseguida me he dado cuenta de que con sutileza no conseguiría nada de esas dos. -Lavinia miró a Joan a través de la mesa-. Así que he decidido sacarlas de sus casillas. Tobias opina que, a veces, poniendo nervioso a un sospechoso se consigue que pierda el control.

Joan observó a las dos mujeres que se marchaban.

-No sé si están nerviosas, pero lo cierto es que parecen bastante enojadas.

-En cualquier caso, quizá se muestren menos cuidadosas y realicen algún movimiento que nos proporcione una pista.

-Suponiendo que sean culpables.

-Ahora que las conozco, estoy segura de que las dos serían capaces de contratar a un asesino si creyeran que de este modo podían alcanzar sus objetivos.

-Desde luego no sería nada sensato interponerse entre estas dos mujeres y lo que ambicionan -admitió Joan.

-Estoy totalmente de acuerdo. -Lavinia se volvió para observar a lady Huxford y lady Ferring.

Las dos caminaban muy despacio, de un modo casi señorial, y no se habían alejado mucho.

Lavinia contempló la parte trasera de sus voluminosas pelucas grises.

-¡Oh, Dios mío! -susurró.

-¿Qué ocurre? -Joan siguió su mirada y frunció el entrecejo-. ¿Hay algún problema? -¡Los moños!

Joan observó los dos postizos, peinados con mucha elegancia.

-Son muy sofisticados, ¿verdad? ¿Qué ocurre con los moños?

-Son idénticos. ¿Ves las pequeñas hileras de rizos en la parte superior y el moño trenzado que se enrolla formando una espiral?

-Sí, pero ¿qué pasa?

En aquel momento la música subió de volumen, las luces de los árboles se atenuaron como por arte de magia y una serie de chasquidos y explosiones anunció el inicio de los fuegos artificiales.

Una lluvia de chispas cubrió el cielo nocturno. La multitud profirió exclamaciones de admiración y un rugido de aplausos estalló en el aire.

-El peluquero -dijo Lavinia.

-¿Qué? -Joan levantó la voz para que Lavinia la oyera por encima de aquel estruendo-. ¡No te oigo!

-¡El mismo peluquero peinó las dos pelucas! -le gritó Lavinia a su vez.

-Eso no es extraño. También es evidente que el mismo modisto ha diseñado los dos vestidos. Ya te lo dije, lady Huxford y lady Ferring son buenas amigas desde hace años. ¿Por qué no habrían de compartir el modisto o el peluquero?

-¡No lo comprendes! -gritó Lavinia por encima del alboroto-. El peluquero que confeccionó las dos pelucas es el mismo que acompañó a la señora Oakes al castillo Beaumont. Además, peinó su peluca para el baile de disfraces del mismo modo que éstas. El mismo me dijo que la hilera de rizos situada encima del moño y el bucle que remata la espiral constituyen su firma.

-¿Qué estás insinuando?

-¿No lo comprendes? El peluquero es el Portador de la Muerte.

Tobias bajó los escalones de su casa en dos zancadas. El amplio vuelo del abrigo de cuello alto que llevaba sobre la camisa oscura y los pantalones le daban el aspecto de un peligroso salteador de caminos.

Uno de los lacayos con librea de Joan se apresuró a abrir la portezuela del carruaje granate. A pesar de su pierna lisiada, Tobias no esperó a que el lacayo bajara el peldaño. Se agarró al asa que había a un lado de la abertura y se impulsó hacia el interior de la cabina, iluminada con una luz tenue. Se sentó al lado de Lavinia y la miró, primero a ella y después a Joan.

-¿Qué demonios pasa? -preguntó-. Estaba a punto de salir para visitar a Jack, en The Gryphon. Me ha comunicado que ha descubierto a alguien que sabe algo acerca de Zachary Elland.

-Lavinia está convencida de que ha identificado al Portador de la Muerte -contestó Joan.

Tobias dirigió su mirada de salteador de caminos hacia Lavinia.

-¿Quieres decir que, después de todo, has averiguado algo útil en el Vauxhall esta noche?

-No es preciso que lo digas con tanta incredulidad. -Lavinia se enderezó en el asiento-. Te dije que valía la pena interrogar a lady Huxford y lady Ferring, y tenía razón. Creo que el peluquero que acompañó a lady Oakes al castillo Beaumont podría ser el asesino a sueldo que andamos buscando.

Había que decir, en favor de Tobias, que no rechazó aquella idea de inmediato. Aunque, por otro lado, reflexionó Lavinia, estaba desesperado Por conseguir alguna pista.

-¿Te refieres a aquel chiflado que dijo que tu cabello pelirrojo no esta de moda? -preguntó con cautela.

-Él es una de las muchas personas que me lo han dicho últimamente, pero, sí, me refiero al señor Pierce. Recordarás que peinó la peluca de lady Oakes con un moño muy sofisticado. -Lavinia se tocó la parte trasera de la cabeza-. Y también con muchos rizos y una trenza enrollada en espiral. -Con el dedo, trazó el dibujo en el aire-. Era muy original.

-No me acuerdo para nada del peinado de lady Oakes.

-La cuestión es, Tobias, que esta noche, cuando lady Huxford y lady Ferring se iban

del palco del restaurante, he visto de cerca sus moños. Las dos llevaban peluca y sus peinados eran idénticos al de lady Oakes.

-Y, ¿qué importancia tiene esto?

-Vamos, Tobias, ¿no prestaste atención cuando interrogamos al señor Cork, el fabricante de pelucas, y a su socio, el señor Todd? Dejaron muy claro que un peluquero que se precie crea, con orgullo, sus propios y únicos diseños. Y el señor Todd afirmó que consideraba que sus moños constituían su firma.

Tobias miró a Joan como si buscara ayuda. Ella encogió, con elegancia, uno de sus hombros.

-He intentado convencerla de que podría tratarse de una coincidencia -explicó Joan-. Sin embargo, cuanto más pienso en esta cuestión más me cuesta creer que se deba sólo al azar. Lo cierto es que resulta bastante chocante que el peluquero de las dos mujeres que, según creemos, podrían haber contratado al asesino, estuviera también en el castillo Beaumont la noche del fallecimiento de Fullerton.

Lavinia observó el rostro de Tobias con atención. Se dio cuenta de que no estaba del todo convencido, pero que sopesaba las posibilidades con interés.

-Esto explicaría muchas cosas de este caso -declaró ella con un tono persuasivo.

Tobias frunció el ceño.

-¿Te refieres a la peluca rubia?

-Así es. Un peluquero sabría que este color llamaría la atención en el caso de que lo descubrieran mientras cometía el crimen. Si el señor Pierce fuera el asesino, también explicaría la altura, poco común, de la sirvienta. La estatura del peluquero no es desmesurada. De hecho, como hombre es más bien bajo. Sin embargo, vestido de mujer parecería alto.

Joan se ajustó el guante.

-También explicaría cómo tres mujeres de elevado rango se han puesto en contacto con un asesino profesional. Después de todo, los peluqueros entran en el domicilio de sus dientas. Incluso, en múltiples ocasiones practican su arte en el vestidor o el dormitorio de la dama.

Tobias entornó los ojos.

-Si tenéis razón, esto implicaría que las tres damas habrían hablado de cuestiones sumamente personales y confidenciales con su peluquero.

-Pues, sí-respondió Lavinia-. ¿Por qué lo dices?

-¿Acaso esperas que crea que una dama confiaría a su peluquero unos secretos que sólo compartiría con sus mejores amigas?

Lavinia intercambió una mirada con Joan.

-Será mejor que le cuentes la verdad -murmuró Joan.

-¿A qué verdad se refiere? -preguntó Tobias.

-Soy consciente de que esta noticia te trastornará -dijo Lavinia con voz suave-, pero debo confesarte que es común que las mujeres confíen a sus peluqueros secretos que nunca contarían a nadie más. Se establece cierta intimidad mientras la peinan a una. Ahí estás, sola en tu dormitorio con un hombre cuyo único interés es peinar y rizar tu cabello. La verdad es que resulta muy agradable.

-¿Agradable?

-Sí, resulta agradable estar a solas con un hombre que está encantado de hablar de moda y de diseños -añadió Joan-. Un hombre que te cuenta los últimos cotilleos. Un hombre que escucha todas las palabras que pronuncias. Sí, creo que es muy posible que una mujer tramara un asesinato con un hombre así.

-¡Por todos los demonios! -murmuró Tobias-. ¡Qué idea más exasperante!

Las miradas de Joan y Lavinia volvieron a cruzarse en silencio, cómplices. ¿Cómo

explicar a un hombre la intimidad que existía entre el peluquero y la dienta?

-¿Qué persona, en su sano juicio, confiaría en que un peluquero supiera llevar a cabo un asesinato sin que lo descubrieran? -preguntó Tobias-. ¿Qué ocurriría si él la traicionara y la acusara de cometer el crimen?

-Dudo mucho que nadie con autoridad diera más crédito a la palabra de un peluquero que a la de un miembro de la alta sociedad -respondió Lavinia-. Además, como ya has señalado en otras ocasiones, ¿quién creería que una dama de edad de la alta sociedad que se ha pasado la vida en los salones de baile más exclusivos sabría encontrar y contratar a un asesino profesional?

-Es probable que las dientas ni siquiera supieran que estaban con tratando al peluquero -declaró Joan con aire pensativo-. Seguramente creían que sólo era un mediador. Incluso es posible que toda la cuestión se diera por sobrentendida. Quizás el señor Pierce les dijo que conocía a alguien que conocía a otra persona que podía resolver este tipo de asuntos De hecho, dudo mucho que se anunciara como un asesino a sueldo.

-¿Y qué hay de sus honorarios? -preguntó Tobias.

Joan sacudió un poco una mano.

-Los pagos anónimos son fáciles de organizar.

Lavinia miró a Tobias y supo que los dos pensaban lo mismo. Como viuda de un hombre que había dirigido una vasta organización criminal, Joan tenía que saber muy bien cómo se manejaban estas cuestiones.

-Muy bien -soltó Tobias por fin-. No puedo negar que nos encontramos ante una coincidencia, y ya sabéis con exactitud lo que pienso acerca de las coincidencias. De modo que, supongamos que el señor Pierce está involucrado en este caso. Me pregunto cómo convenció a lady Oakes para que lo llevara al castillo Beaumont. ¿Creéis que ella sabía lo que Pierce iba a hacer aquella noche?

-Personalmente, me inclino a creer que lady Oakes no tuvo nada que ver con el complot para asesinar a Fullerton -manifestó Joan con firmeza-. Se trata de una persona encantadora, pero no se la conoce por su agudo intelecto, por decirlo de una forma suave. No creo que a Pierce le resultara difícil convencerla de que lo necesitaba aquella noche para el baile de disfraces.

El silencio invadió el interior del carruaje.

Tobias se arrellanó en el asiento y observó la puerta principal de su domicilio. Ausente, se frotó la pierna izquierda.

-Aunque me parezca sorprendente, no puedo negar que el peluquero constituye un vínculo entre las sospechosas y, al menos, una de las victimas. Mañana intentaré averiguar si existe alguna relación entre él y las otras dos muertes.

Lavinia se sintió aliviada y respaldada.

-Sabía que, tarde o temprano, entrarías en razón. Era sólo cuestión de tiempo.

-Tu fe en mi capacidad lógica es muy gratificante -replicó él en tono grave.

-¿Qué vais a hacer a continuación? -preguntó Joan muy interesada.

Tobias miró a Lavinia.

-¿Todavía tienes la tarjeta de Pierce? La que te dio en el castillo.

-Sí. Vive en la calle Piper.

r-No estoy del todo convencido de que el peluquero sea el Portador de la Muerte -declaró Tobias-. Sin embargo, hasta que podamos resolver este rompecabezas, creo que será conveniente mantenerlo vigilado.

24

La atmósfera de la sala de juegos del club estaba cargada de la frenética excitación que irradiaban los jugadores. En general, la pasión que acompañaba cada tirada de los dados o cada apuesta en los juegos de cartas estaba oculta tras una máscara de diversión contenida y hastío. Las buenas formas exigían que los caballeros, vestidos con

elegancia, compitieran entre sí para expresar una completa falta de preocupación por el resultado del juego.

Sin embargo, nada podía ocultar el olor a sudor y ansiedad que se mezclaba con la neblina del humo del tabaco, pensó Anthony. Su hedor impregnaba toda la sala.

Aquélla era la atmósfera infernal de febril desesperación que su padre había elegido respirar. Una atmósfera que, al final, había arrastrado a Edward Sinclair a la muerte.

Anthony permaneció un rato en la entrada escuchando el chasquido de los dados y el tintineo de las copas y las botellas en las mesas de juego. No importaba cuánto se bebiera mientras se jugaba a los juegos de azar. El resultado de una tirada de dados estaba en las manos del destino, a menos que la dirección del negocio hubiera trucado, en secreto, los pequeños cubos. De todos modos, no tenía sentido beber hasta tener los sentidos embotados Mientras se intentaba emplear la lógica para jugar una mano de *whist,* pensó Anthony. En cualquier caso, casi todos los jugadores bebían mucho.

A excepción de Dominic Hood.

Dominic jugaba al *whist como* los demás, con una botella de clarete al alcance de la mano. Sin embargo, Anthony se dio cuenta de que no bebía de la copa medio llena que le correspondía. Sobre la mesa había un pequeño montón de papeles: los comprobantes de las apuestas de los que habían perdido frente a él.

Anthony lo observó con atención mientras buscaba pruebas de su sangre común. Sin duda había ciertas similitudes entre ellos, pensó. Su padre había dejado su huella en la forma de sus narices y en la configuración de sus hombros. «Y en el color de nuestros ojos», pensó Anthony. ¿Por qué no se había dado cuenta hasta entonces de que el color pardo de los ojos de Dominic era el mismo que veía en el espejo por las mañanas cuando se afeitaba?

La partida de *whist* que se jugaba en la mesa de Dominic se terminó. A pesar de su prudencia con el clarete, al final Dominic se vio obligado a estampar su firma en un pedazo de papel para validar su apuesta. La sobriedad podía aumentar la probabilidad de vencer en un juego de cartas, pensó Anthony, pero, sin duda, no garantizaba el resultado. Ninguna dosis de lógica y perspicacia compensaba una mala mano.

Tras esbozar una sonrisa y saludar con indiferencia a sus camaradas, Dominic dejó la mesa y se volvió para dirigirse hacia la puerta. Cuando vio a Anthony, titubeó durante un instante, pero al momento tensó la mandíbula y continuó caminando.

-Me sorprende encontrarlo aquí esta noche -declaró mientras pasaba junto a Anthony-. Tenía la impresión de que evitaba las salas de juego. -Sonrió con desdén-. Sin duda, por miedo a perder.

El insulto le llegó al corazón, pero Anthony se sintió orgulloso de sí mismo cuando, como respuesta, esbozó una leve y fría sonrisa.

-Es más probable que tenga que ver con el intenso deseo de no terminar muerto a causa de una estúpida pelea por una partida de cartas... -Realizó una pausa deliberada-. Como le ocurrió a nuestro padre.

El destello de una oscura emoción apareció y desapareció en los ojos de Dominic, quien la ocultó con rapidez.

-¿De modo que, por fin, lo has descubierto? La verdad es que has tardado bastante. Quizá deberías reconsiderar tu decisión respecto a la profesión que has elegido. Un detective privado debería ser más perspicaz ¿no crees?

-Lo que creo es que seguiré ejerciendo esta profesión. Yo no puedo, como tú, divertirme de día con los experimentos científicos y de noche con Jos juegos de cartas. Esta ociosidad placentera sólo pueden permitírsela los que han tenido la suerte de heredar propiedades y una renta.

Dominic asintió con un movimiento de la cabeza.

-Retiro lo que he dicho acerca de que no eres observador, Sinclair. Tienes razón. Nunca conocí a mi padre, pero dispongo de una herencia. Lo cual significa que puedo ofrecer mucho más a una dama como la señorita Emeline que tú.

A continuación, giró sobre sus talones y se alejó sin esperar una respuesta.

La rabia invadió a Anthony.

-¡Maldita sea! -murmuró.

Siguió a Dominic cruzando el bar hasta el vestíbulo principal, donde un agobiado portero les tendió con rapidez los sombreros y se precipitó para abrirles la puerta.

-Aléjate de Emeline -ordenó Anthony con fiereza desde lo alto de las escaleras de la entrada.

Dominic se detuvo y se volvió. A la luz intensa de las farolas de gas, su rostro parecía una máscara que apenas ocultara su furia.

-¿Por qué habría de privarme del placer de su compañía, «hermano?»

-Porque tú no la amas. -Anthony bajó con lentitud los escalones, mientras apretaba el sombrero con la mano en tensión-. Quieres utilizarla para vengarte de mí. Admítelo, Hood.

-No tengo ninguna intención de discutir contigo el interés que siento por la señorita Emeline.

-¡Maldita sea! Esto no tiene nada que ver con Emeline. A quien quieres destruir es a mí. ¿Acaso te esconderías detrás de las faldas de una mujer para cumplir tu venganza?

-¡Maldito seas! Podría retarte a un duelo por este insulto.

-Como quieras -replicó Anthony-. Pero al menos ten el valor de admitir la razón de tu provocación. Te lo preguntaré de nuevo: ¿por qué me odias? ¿Es porque tu madre se dejó seducir por nuestro padre? No puedes culparme de ello. Y tampoco a ella. La única persona a la que puedes culpar es a Edward Sinclair, y él lleva muerto y enterrado catorce años.

-¡Vete al infierno, Sinclair! -Dominic arrojó el sombrero a un lado y se lanzó hacia adelante-. No te atrevas a mencionar el nombre de mi madre. Tu padre fue su perdición.

Anthony empleó una maniobra elusiva que Tobias le había enseñado para esquivar el puño, veloz y rabioso, de su hermano.

Aunque el golpe de Dominic no alcanzó su objetivo, Anthony no consiguió esquivarlo por completo. El impacto de la colisión hizo que se tambaleara y los dos cayeron sobre el pavimento. Rodaron juntos sobre las losas del suelo. Anthony intentó evitar los puñetazos erráticos que Dominic le lanzaba e hizo lo posible para devolverle los golpes.

En el acaloramiento de la primera pelea real en la que participaba, su cerebro dejó de funcionar con lógica. Tobias le había advertido de que aquello le sucedería. Le resultaba imposible pensar con claridad y recordar los pormenores de las técnicas pugilísticas que habían practicado juntos. Anthony se dejó llevar por un instinto ciego y ni siquiera sintió el dolor de los golpes de Dominic.

Sin embargo, las lecciones que Tobias le había enseñado debieron de echar raíces en algún lugar profundo de su interior, porque consiguió asestarle unos cuantos puñetazos consistentes en las costillas a Dominic y otro en la mandíbula. Cada vez que sentía que una sacudida zarandeaba el cuerpo de su oponente, una intensa satisfacción recorría sus venas.

En ningún momento oyó el traqueteo de las ruedas del carruaje ni los cascos de los caballos. El primer indicio que tuvo de que él y Dominic ya no estaban solos en la calle fue cuando sintió que lo agarraban por el cuello y lo separaban, a la fuerza, de su hermano. A continuación lo dejaron caer, sin miramientos, sobre el pavimento, al lado de Dominic.

Anthony abrió los ojos, parpadeó varias veces para librarse de la sangre que nublaba su visión y vio, delante de él, a Tobias.

Un carruaje granate que le era familiar estaba parado a corta distancia. La señora Lake y Joan Dove miraban con curiosidad por las ventanillas. Lo primero que pensó fue que había tenido suerte: Emeline no iba con ellas.

Anthony se sentó con cautela mientras se enjugaba con la manga la sangre que le caía por el rostro.

-¿Tobias? ¿Qué demonios haces aquí? -balbuceó.

A su lado, Dominic se incorporó sobre las rodillas mientras, con una mano, se sujetaba las costillas. Miró a Tobias con recelo.

-Siento interrumpir vuestro entretenimiento de esta noche, caballeros. -Tobias dirigió a ambos una mirada gélida-. Pero resulta que estoy muy necesitado de ayudantes en buen estado. Es posible que una vida esté en juego. Consideraría un gran favor que accedierais a continuar este ejercicio tan saludable en otro momento.

-¿Qué ocurre? -Anthony se levantó con dificultad mientras se sujetaba a una verja de hierro para mantener el equilibrio. Entonces acudió a su mente la razón de que la señora Lake y la señora Dove estuvieran a aquellas horas delante de un club de caballeros. La excitación recorrió su cuerpo y, durante unos instantes, aplacó su ira-. ¿Habéis encontrado al asesino?

-La señora Lake cree que podría haberlo identificado -explicó Tobias-. Y, aunque yo no estoy tan seguro, no podemos arriesgarnos. -Centró su atención en Dominic-. Mi propuesta es que montemos guardia para vigilar al sospechoso. Creo que sería mejor que lo vigilaran dos hombres en lugar de uno, por si fuera preciso entrar en acción. ¿Estáis interesados?

-¿Acción? -Dominic se puso en pie con una mueca de dolor-. No lo comprendo.

-Si mi socia está en lo cierto, el sospechoso es un asesino sin escrúpulos. Tenemos buenas razones para creer que planea matar otra vez. Si alguien intenta impedírselo, o se siente acorralado, es probable que se desespere y se vuelva peligroso. En caso de que algo así suceda, es mejor disponer de dos hombres para detenerlo.

-¿Por qué me necesita a mí? -Dominic frunció el ceño y se tocó la mandíbula con prudencia-. Ya tiene a Sinclair y a usted mismo.

-Yo no puedo abandonar mis investigaciones para vigilar a un posible sospechoso. ¿Qué me contesta, Hood? ¿Le gustaría ayudarme en esta tarea? Como ya he dicho, una vida está en juego.

Dominic lanzó a Anthony una mirada rápida e inexpresiva y, a continuación, bajó la mano de su cara con lentitud.

-¿De verdad cree que el asesino volverá a matar?

-Sólo es cuestión de tiempo. Me consideraré en deuda con usted si decide ayudarme a vigilar a ese criminal esta noche.

-Supongo que puedo dedicar algún tiempo a vigilar al sospechoso por usted -contestó Dominic con cautela.

-Gracias -dijo Tobias-. Hasta el momento, todas las muertes han ocurrido durante la noche, de modo que podemos deducir que el asesino prefiere actuar al amparo de la oscuridad. Por lo tanto, quiero que vigiléis su vivienda lo que queda de noche. No debéis permitir que os vea. Seguidlo si abandona su residencia, pero no os interpongáis en su camino a menos que parezca que va a cometer otro acto criminal. ¿Está claro?

-¿Quién es el sospechoso? -preguntó Anthony mientras la sangre se le encendía otra vez, no a causa de la rabia, sino por la expectativa de la caza.

-Me temía que formularíais esta pregunta -contestó Tobias.

-¿Tenemos que vigilar a un maldito peluquero? -Dominic se escondió en las sombras del estrecho callejón y observó con desaliento la puerta del domicilio del señor Pierce-. No me lo creo. ¿Cómo se supone que mata a las víctimas? ¿Las ahoga con una peluca?

-Fuiste tú quien decidió ayudar a Tobias en este asunto -gruñó Anthony desde el otro lado del callejón-. Nadie te obligó a ofrecerte como voluntario.

-March dijo que una vida estaba en juego. Sin embargo, debo decirte que me resulta muy difícil creer que un peluquero sea un asesino a sueldo y sin escrúpulos.

-Quizá sea ésta la razón de que haya actuado con impunidad hasta el momento -sugirió Anthony con sequedad-. Nadie sospecha de él.

-¡Vaya! -Dominic pareció sorprendido de aquella posibilidad-. No lo había pensado desde este punto de vista.

-Creo que Tobias también tiene ciertas dudas respecto a esta teoría -comentó Anthony-. Sin embargo, ha aprendido a no despreciar la intuición de la señora Lake.

La conversación decayó. Los dos hombres volvieron a observar la puerta principal del domicilio de Pierce en silencio. La luz de la luna y el débil reflejo de las lámparas de gas apenas iluminaban la calle envuelta en las sombras de la noche. Aparte del ruido ocasional de los cascos de un caballo o un carruaje, la calle estaba en silencio.

Anthony sintió que la sangre brotaba de una herida que tenía junto al ojo y las costillas le dolían en varios lugares. Tuvo la certeza de que, por la mañana, tendría algunos moratones, aunque le consoló saber que Dominic estaba incubando unos recuerdos similares de su refriega.

-La señora Lake es una dama con una gran determinación -comentó Dominic al cabo de un rato.

Anthony casi rió al oír aquel comentario. Sin embargo, se interrumpió con una mueca cuando sintió que el corte de su labio se abría y empezaba a sangrar.

-Tobias lo comenta con frecuencia. Aunque no en términos tan comedidos.

Anthony levantó el pañuelo mojado en alcohol que la señora Lake le había dado y se secó la comisura de los labios. Dominic tenía otro pañuelo empapado en alcohol. La señora Lake insistió en pedir uno para cada uno de ellos al agobiado portero del club antes de que se dirigieran al lugar de vigilancia.

Un momento después Anthony oyó que Dominic desenvolvía las tartas de carne que la señora Lake también había encargado al portero.

-Quizá tenga un temperamento fuerte -dijo Dominic-, pero me alegro de que pensara en las tartas. -Hizo una pausa-. ¿Quieres una?

Anthony se dio cuenta de que estaba hambriento.

-Sí -respondió.

Dominic le tendió una tarta y cogió otra para él. Durante unos minutos, los dos comieron sin pronunciar una palabra.

Dominic se sacudió las migas de las manos.

-¿Cómo era él?

Anthony sabía a quién se refería.

-No me acuerdo de muchas cosas. Consiguió que lo mataran poco después de que yo cumpliera ocho años. Mi madre murió un poco más tarde, aquel mismo año. Ann y yo fuimos a vivir con unos parientes durante unos meses.

-Debes recordar algo sobre él. -El tono de su voz era, una vez más, de enfado-. Viviste con él algo más de siete años.

-Nuestro padre no estaba mucho en casa. -Anthony se encogió de hombros-. Vivíamos en el campo y él se pasaba la mayor parte del tiempo en Londres. Prefería la juerga a la vida familiar. -Se calló unos instantes-. Ann tenía un retrato en miniatura de

él y me lo dio cuando murió.

-Descríbemelo.

-Mañana te enseñaré el retrato. Se parecía mucho a...

-¿A quién?

-A nosotros dos. Tenía los mismos ojos, la misma complexión, la misma nariz.

-¿Tenía mal carácter? ¿Se reía con facilidad? ¿Era inteligente?

-Por lo visto, no lo suficiente para evitar una discusión estúpida sobre una mano de cartas -comentó Anthony-. En cuanto al resto de sus características, creo que las mujeres lo encontraban bastante encantador.

Dominic exhaló un profundo suspiro.

-Sí, supongo que de esto se trató.

-Lo que recuerdo es que hacía llorar a mi madre con frecuencia y que lo perdió todo, incluida nuestra casa, en aquella última partida de cartas.

-¿Eso es todo? ¿Esto es todo lo que recuerdas?

Anthony notó que empezaba a perder los nervios otra vez.

-¿Quieres que te cuente lo que recuerdo con más viveza? Recuerdo al hombre que me crió hasta que me hice un hombre. Recuerdo que fue Tobias quien me enseñó a jugar al ajedrez. Fue Tobias quien contrató a un tutor para que no tuviera que ir a la escuela cuando Ann falleció. Fue Tobias quien me dio mi primera hoja de afeitar y me enseñó a utilizarla. Fue Tobias quien me habló de lo que se espera de un hombre y de la importancia del honor. Fue Tobias quien...

-¡Ya basta! -En medio de las sombras, Dominic levantó una mano__

Entiendo lo que me quieres decir.

Anthony cogió otra tarta de carne y le dio un enorme mordisco.

-¿Cómo era él? ¿El hombre que te educó como a un hijo?

Dominic dirigió la mirada hacia la oscura calle.

-En ocasiones, parecía más un abuelo que un padre. Padecía de gota. Recuerdo que pasaba mucho tiempo con el pie sobre un taburete.

-¿Esto es todo lo que recuerdas?

Dominic titubeó.

-No. Recuerdo que me compró mi primer telescopio y que me mostró cómo se enfocaba la Luna. También me enseñó matemáticas. Me acompañó a la primera conferencia sobre ciencias a la que asistí y, más adelante, me compró el equipo básico para que pudiera llevar a cabo algunos experimentos químicos sencillos.

-Te trató como a un hijo, en definitiva.

-Así es. Lo amé y lo respeté. Falleció cuando yo tenía diecisiete años. No averigüé la verdad acerca de mi verdadero padre hasta que encontré el diario de mi madre, después de su muerte. Si Bartholomew Hood sabía que yo no era su hijo, nunca me lo demostró.

-Si analizamos la situación -declaró Anthony-, podríamos decir que ambos tuvimos bastante suerte con los hombres que nos criaron. Nos podría haber ido mucho peor.

Dominic emitió un sonido extraño que era una mezcla de gruñido y risa irónica.

-¿Quieres decir que nos podría haber educado alguien como nuestro padre auténtico? No me lo había planteado desde este punto de vista. Quizá tengas razón.

Lavinia se sirvió un poco de jerez y se sentó en el sillón que había al lado del de Tobias. Apoyó los pies en un taburete y contempló la tenue llama de la chimenea.

Eran casi las dos de la madrugada y la casa estaba en silencio. La señora Chilton y Emeline se habían retirado a sus aposentos antes de que ella y Tobias llegaran. Tobias declinó la oferta de Joan de utilizar su carruaje y dijo que regresaría a su domicilio caminando después de discutir con Lavinia el paso siguiente que debían dar respecto al caso.

Lavinia se arrepintió de no haber argumentado en contra de su decisión. Aunque Tobias lo ocultaba bastante bien, ella notaba que estaba muy cansado. Lo percibió en la forma en que se dejó caer en el sillón y en cómo se masajeó la pierna izquierda. También lo notó en las arrugas que, debido a la tensión, se acentuaban en la comisura de sus ojos y sus labios.

Además, era consciente de que Tobias no había dormido mucho desde que habían regresado del castillo Beaumont. Aquel caso lo estaba afectando. No le gustaba la idea de que regresara más tarde a su casa caminando. Sin embargo, lo conocía bien y sabía que no le agradecería que demostrara interés por su estado.

-¿Crees que ha sido una buena idea dejar a Anthony y a Dominic solos para vigilar a Pierce? -preguntó Lavinia-. ¿Qué ocurriría si decidieran enzarzarse en otro combate de boxeo?

-No creo que esto suceda mientras estén cumpliendo su compromiso. -Tobias bebió un sorbo de su copa de brandy-. Con un poco de suerte, el completo aburrimiento propio de una larga noche de vigilia los ayudará a resolver sus diferencias.

-¡Vaya! Ahora comprendo el verdadero alcance de tu hábil estratagema. -Lavinia reclinó la cabeza en el respaldo del asiento y sonrió levemente-. Los has obligado a pasar varias horas juntos y esperas que, en ese tiempo, hablen. Muy astuto, señor.

El clavó la mirada en el fuego.

-Ya veremos.

-¿Cómo sabías que Dominic accedería a ayudarte y montaría guardia con Anthony?

-Los jóvenes de su edad ansían tener una misión importante y llena de significado. Estaba casi seguro de que, a menos que fuera un completo sinvergüenza, la posibilidad de salvar una vida y ayudar a atrapar a un asesino se impondría a la necesidad de vengar a su madre. Al menos, durante un tiempo.

Ella contempló su copa de jerez a la luz del fuego.

-¿Crees que ésta es la razón del despecho que Dominic siente hacia Anthony? ¿Piensa que le debe algo a la memoria de su madre por lo que ocurrió hace años?

-Sospecho que es un poco más complicado que esto. Sin duda, también siente resentimiento por el hecho de que no le contaron la verdad acerca de su pasado. Está enfadado, y Anthony es el único que queda con vida y el único en el que puede descargar su dolor y su frustración.

-Sin embargo, en este caso la venganza no es posible. El padre de Anthony falleció hace tiempo. Es demasiado tarde para que Dominic consiga hacer justicia.

Tobías bebió un poco de brandy y bajó la copa.

-Los jóvenes no suelen tener una visión práctica de la vida. Con frecuencia permiten que unos ideales descabellados, un sentido del honor exagerado y una percepción apasionada de lo que está bien y lo que está mal interfieran en su capacidad lógica y su sentido común.

-Quizá.

-No hay quizá que valga. -Tobias reclinó la cabeza en el respaldo de su sillón y cerró los ojos-. He visto estas mismas inclinaciones en Anthony muchas veces y las reconozco nada más verlas. Tendré que asegurarme de que tanto él como Dominic aprendan a no llevar sobre sus hombros el peso de viejos pecados.

Lavinia sonrió, dejó su copa y se puso de pie. Tobias abrió un poco los ojos y la vio acercarse a él.

Ella se arrodilló despacio sobre la alfombra delante de Tobias y apoyó un brazo en el muslo derecho de él. Las faldas de su vestido azul lavanda quedaron apelotonadas alrededor de sus piernas.

-No creo que Anthony y Dominic sean los únicos que, a veces, carecen de una visión

práctica del mundo. -Lavinia sentía el calor del cuerpo de Tobias a través de la tela de los pantalones-. Tú eres un buen hombre, Tobias, un hombre de honor e ideales y tienes un profundo y apasionado sentido de lo que está bien y lo que está mal. No critiques con dureza estos atributos. Son algunas de las múltiples razones de que te ame con todo mi corazón.

La sorpresa y, después, una oscura pasión, se reflejaron en los ojos entrecerrados de Tobias.

-Lavinia.

Tobias emitió un gruñido suave y apasionado a la vez, la abrazó y la sentó sobre sus rodillas. Su boca se cerró sobre la de ella, imperiosa, salvaje y llena de deseo. Lavinia le clavó los dedos en el hombro y le devolvió el beso con toda la emoción que él inspiraba en su corazón.

Momentos antes, Lavinia había creído que él estaba casi exhausto, pero cuando la rodeó con sus brazos y puso su mano sobre su pecho, llegó a la conclusión de que se había equivocado. Era como si hubiera bebido un tónico estimulante en lugar de brandy. Él se excitó de forma rápida y completa en cuestión de segundos.

Lavinia notó sus dedos en la parte trasera del vestido y, un momento después, Tobias le bajó el corpiño hasta la cintura. Deslizó un pulgar sobre el pezón desnudo de Lavinia. Ella se quedó sin aliento. Aunque no era la primera vez que la acariciaba de esa forma, siempre conseguía el mismo efecto. De algún modo, lograba dejarla sin aliento.

El tosco disfraz que Tobias vestía aquella noche no incluía un fular. Lavinia deslizó una mano por debajo de su camisa y disfrutó al notar el movimiento de los músculos bajo la piel. A continuación, deslizó la mano más abajo y encontró el cierre de su pantalón. Cuando lo desabrochó, el miembro de Tobias se encontró con la mano de Lavinia, que lo acarició hasta que Tobias emitió un sonido grave. Con rapidez, él cubrió la mano de Lavinia con la suya y detuvo el movimiento.

A continuación intentó separarla de sus rodillas. Lavinia sabía que quería echarla sobre el suelo, delante de la chimenea, y hacerle el amor.

-No -le susurró junto al cuello--. Deja que yo lo haga esta noche.

-Lavinia...

Ella lo silenció con otro beso. Se arrodilló entre los muslos de Tobias e introdujo el miembro de éste en su boca.

Tobias soltó el aire de sus pulmones mientras emitía un gruñido sordo y grave, y sujetó con fuerza a Lavinia por el cabello.

En pocos segundos, ella sintió que los músculos de los muslos de Tobias se endurecían hasta parecer barras de acero. Una vez más, él intentó detenerla.

-No puedo esperar más -murmuró.

Ella abrió un poco la boca mientras le sujetaba el miembro con la mano.

-No quiero que esperes.

A continuación volvió a cerrar la boca alrededor del miembro. Tobias le soltó el pelo y se agarró con fuerza a los brazos del sillón. Echó la cabeza hacia atrás mientras todo su cuerpo se ponía rígido.

Lavinia sintió que el clímax recorría el cuerpo de Tobias en una serie de oleadas crecientes. Él apenas emitió sonido. Fue como si se abandonara de un modo tan completo que no le quedaron energías para suspirar ni gemir.

Al cabo de unos instantes se relajó y se quedó quieto. Lavinia levantó despacio la vista y vio que Tobias tenía los ojos cerrados y que su cabeza reposaba contra una de las orejas del sillón.

Lavinia se levantó poco a poco y le cogió la pierna derecha. Tobias no se movió cuando ella le colocó los pies sobre el taburete.

Abrió un armario, sacó la manta que guardaba en su interior y lo cubrió con ella. Cuando lo hubo tapado bien, comprobó el fuego, y con el candelabro se acercó a la puerta del estudio.

Lavinia salió al vestíbulo, cerró la puerta con suavidad y subió las escaleras.

Unos minutos más tarde estaba echada en la cama, a solas y a oscuras, mirando el techo en sombras. Pensó largo rato en Tobias, que dormía en el estudio, en el piso de abajo, hasta que al final se volvió de lado y cerró los ojos.

25

A la mañana siguiente, el amortiguado golpeteo de los cacharros de la cocina despertó a Tobias. Su primer pensamiento fue que, en el piso de abajo, Whitby estaba haciendo más ruido del habitual. El segundo fue que se sentía descansado y como nuevo. Era la primera noche que dormía bien desde que estuvieron en el castillo Beaumont, y la verdad era que lo necesitaba. Ya no tenía la edad de Anthony y no podía permanecer despierto hasta el amanecer noche tras noche sin sufrir las consecuencias, reflexionó.

Los malditos estragos del tiempo.

Entonces abrió los ojos y vio los libros de poesía que había en las estanterías, junto a la chimenea.

Estaba en el estudio de Lavinia.

Miró hacia la ventana. La resplandeciente luz de aquel amanecer de verano entraba a raudales en la pequeña y acogedora habitación. El golpeteo metálico procedía de la cocina de la señora Chilton, no de los dominios de Whitby.

Las imágenes de los últimos momentos que había pasado despierto la noche anterior volvieron a su mente y una oleada de calor y placer recorrió su cuerpo. El recuerdo de Lavinia arrodillada entre sus piernas hizo que su pene se endureciera otra vez.

Tobias levantó la mirada hacia el techo y se imaginó a su socia en la cama, en el piso de arriba. Estaría acurrucada debajo del edredón, tendría las mejillas sonrosadas por el sueño y el cabello pelirrojo tapado por un gorrito de encaje.

Otro estruendo significativo de objetos metálicos interrumpió su ensueño. Por lo visto, la señora Chilton intentaba transmitirle un mensaje Unos pasos ligeros sonaron por encima de su cabeza.

Entonces se dio cuenta de que Lavinia y su ama de llaves no eran las únicas que estaban en la casa. La señorita Emeline era una joven sensata pero, sin duda, se sentiría profundamente trastornada si descubría que él había pasado la noche en el estudio de Lavinia. Los jóvenes de aquella época parecían haber desarrollado un sentido rígido de la propiedad. Sólo se podía esperar que, con el tiempo, lo suavizaran.

Tobias apartó la manta, se puso de pie y estiró los brazos. A continuación hizo girar las articulaciones de los hombros para librarse de la rigidez que sufría por haber dormido en el sillón.

Pensó en utilizar el pequeño lavabo que había detrás de las escaleras, pero, de mala gana, decidió no hacerlo. Lo más probable era que Emeline apareciera justo cuando él saliera del servicio.

Esperaría hasta encontrar un rincón apartado en uno de los parques que había camino de su casa.

Con unos cuantos movimientos rápidos y eficientes, se arregló: introdujo los faldones de la camisa en los pantalones y se pasó los dedos por el cabello.

Cuando estuvo preparado, se acercó a la puerta del estudio y la abrió con cautela.

La señora Chilton estaba en el pasillo con una taza de té humeante en la mano. Su expresión era inescrutable.

-Pensé que le gustaría bebérselo de camino a su domicilio -soltó con brusquedad-. Y aquí tiene un bollo caliente hecho con grosellas para que se lo coma con el té. Puede devolver la taza cuando regrese, para el desayuno.

-Señora Chilton, es usted un ángel. -Tobias aceptó la taza y el bollo y se dirigió a la puerta principal-. La veré dentro de un par de horas.

-Sí. No me cabe duda. -Lo siguió por el pasillo y se adelantó para abrirle la puerta. Dirigió una mirada significativa hacia las escaleras y entrecerró los ojos-. Esto no puede continuar así, señor -dijo en voz baja-. En la casa vive una dama joven y soltera. Sencillamente, esto no puede continuar así.

-Soy muy consciente de que así es, señora Chilton. -Cruzó el umbral-. Hace un día precioso, ¿no cree?

-No por mucho tiempo -respondió ella-. Se avecina una tormenta de verano. Lo noto.

La señora Chilton cerró la puerta despacio, pero de una forma deliberada, en la cara de Tobias.

Él sopló sobre la taza de té, dio un enorme mordisco al bollo caliente y bajó los escalones.

Entonces sintió un cosquilleo entre los hombros que le hizo volver la vista hacia las ventanas del piso superior del número siete. Lavinia lo miraba desde la ventana de su dormitorio. Llevaba puesto un salto de cama estampado con flores. Tobias distinguió el gorrito de encaje que cubría su alborotado cabello rojizo.

Ella levantó una mano, le sonrió y le lanzó un beso. La señora Chilton estaba equivocada respecto a la tormenta, pensó él. Los pájaros trinaban y el sol brillaba. Había sólo unas cuantas nubes en el cielo de verano. Iba a hacer un día fantástico.

Dos horas más tarde, cuando la señora Chilton retiró el último plato del desayuno, todavía brillaba el sol.

-Sigo diciendo que se avecina una tormenta -murmuró ella cuando pasó junto a la silla de Tobias.

Lavinia levantó la vista del periódico y percibió un extraño brillo acerado en los ojos de la señora Chilton.

-En cualquier caso, no es nada malo. Un poco de lluvia limpiará las calles -dijo Tobias. Se sirvió un poco más de mermelada de grosella y añadió-: La mermelada se está acabando, señora Chilton.

-En absoluto, señor. -La señora Chilton se preparó para cruzar la puerta hacia la cocina con una bandeja llena en las manos-. Tengo tres frascos más. Espero que nos duren unos cuantos días.

-Lo dudo. -Tobias untó una tostada con mermelada-. Soy capaz de acabar con esos tres frascos en muy poco tiempo.

-Si yo fuera usted, señor, haría que estos tres frascos duraran tanto corno fuera posible -contestó la señora Chilton, mordaz-. No sé cuándo tendré tiempo de preparar más.

A continuación atravesó la puerta con rapidez y se metió en la cocina.

Tobias mordió la tostada.

Lavinia bajó el periódico y lo miró.

-¿Has dicho o hecho algo que molestara a la señora Chilton cuando llegaste esta mañana? Hoy está de bastante mal humor.

-Sí. Yo también me he dado cuenta. -Emeline se sirvió café-.Está bastante irritable, ¿no es cierto?

-No permitiré que disgustes a mi ama de llaves, Tobias -le advirtió Lavinia.

Él puso cara de inocencia herida.

-No tengo ni idea de a qué te refieres. Te aseguro que no le he dicho nada inconveniente a la señora Chilton. Nunca se me ocurriría hacer algo así. La verdad es que me cae muy bien. Ya lo sabes.

-¡Ya!

Insatisfecha pero sin saber qué hacer respecto a aquella cuestión, Lavinia volvió a leer el periódico.

No sabía cómo reaccionar ante la extraña relación que había surgido entre Tobias y su ama de llaves. Tenía la impresión de que, durante las últimas semanas, habían llegado a una especie de acuerdo. Sin duda la señora Chilton había adoptado una actitud muy indulgente hacia Tobias. Él, por su parte, la pinchaba o alababa su forma de cocinar -sobre todo cuando se trataba de una delicia cocinada con grosellas-, alternativamente.

Sin embargo, las cosas habían cambiado desde su regreso del castillo Beaumont. La señora Chilton no trataba con tanta bondad ni aprobación a Tobias. Era como si estuviera a la expectativa, como si esperara que él dijera o hiciera alguna cosa. Sin embargo, hasta entonces él la había decepcionado.

Una chispa de alarma se encendió en su interior. Bajó de nuevo el periódico con un movimiento decidido.

-Tobias, supongo que no estarás tramando quitarme a la señora Chilton.

El se mostró verdaderamente sorprendido por la acusación.

-Nunca se me habría ocurrido hacer una cosa así -balbuceó con la boca llena de bollo con mermelada-. Whitby nunca me perdonaría si llevara a un ama de llaves a sus dominios.

Emeline se rió entre dientes.

-No te preocupes, Lavinia. Estoy segura de que la señora Chilton nunca te abandonaría.

-¡Mmm!

Lavinia volvió a bajar la vista hacia el periódico. En aquel momento sentía más recelo que nunca. Algo no iba bien.

La señora Chilton quizás estuviera de un pésimo humor esa mañana, pensó Lavinia, pero a Tobias se lo veía muy animado para tener un caso de asesinato sin resolver entre manos. Cuando apareció de nuevo en el umbral de su casa, una hora antes, se había duchado y afeitado. Una determinación renovada brillaba en sus ojos. Era evidente que

dormir profundamente era justo lo que necesitaba.

-¿Sabéis?, no me sorprende nada saber que el señor Hood y Anthony son medio hermanos -comentó Emeline volviendo a la conversación que mantenían antes de la pequeña trifulca entre Tobias y la señora Chilton-. Sin duda explica ciertas semejanzas que había percibido entre ambos caballeros.

-Así es -contestó Tobias.

-¿Hoy necesitará mi ayuda para la investigación del caso, señor March? -preguntó Emeline esperanzada.

-Creo que no, gracias. -Al ver que Emeline se mostraba decepcionada, Tobias arqueó una ceja-. ¿Por qué?

-Por nada. Es sólo que Priscilla me envió una nota esta mañana en la que, prácticamente, me rogaba que la acompañara esta tarde. Me imagino que su madre habrá concertado para ella una cita en extremo aburrida con un modisto y Priscilla no querrá sufrir sola.

-Más rosa, supongo -dijo Lavinia, crítica.

-Por supuesto. Priscilla dice que la única buena razón que imagina para casarse es que su madre ya no podrá obligarla a vestir de color rosa.

-¿Y tú qué planes tienes? -preguntó Lavinia dirigiéndose a Tobias.

-Debo encontrar alguna prueba de que Pierce está involucrado en este caso. Esta tarde, cuando salga para visitar a sus clientes, registraré su domicilio. -El rostro de Tobias se puso tenso-. Suponiendo que de verdad trabaje como peluquero.

-Estoy convencida de que así es -repuso Lavinia-. Como ya te he dicho, es muy hábil en esta profesión. Debe de tener unos cuantos clientes fijos.

Un golpe sordo realizado con el llamador de la puerta principal resonó en toda la casa. Al momento se oyeron los pasos firmes de la señora Chilton por el pasillo.

Emeline dejó la servilleta encima de la mesa.

-Me pregunto quién puede ser a una hora tan temprana. Quizá se trate de un cliente nuevo, Lavinia.

-Es más probable que se trate de una vieja dienta que ha venido a preguntar cómo va la investigación -murmuró Lavinia.

Tobias parecía divertido.

-A los clientes les gusta estar informados.

Un murmullo de voces recorrió el pasillo y, un momento más tarde la puerta del comedor se abrió.

-La señora Gray desea verla a usted y al señor March, señora -anunció la señora Chilton.

-Lo sabía -comentó Lavinia-. Bueno, al menos tenemos noticias que comunicarle.

-Sin duda. -Tobias tomó un último trago de café y se puso en pie-.

Ahora todo lo que necesitamos son pruebas que las respalden.

A las dos de la tarde, Lavinia y Tobias se encontraban en la sala de estar del domicilio del señor Pierce. Por suerte, las predicciones de la señora Chilton respecto de la lluvia no se habían cumplido, por lo que no tuvieron que preocuparse por la ropa y los zapatos mojados cuando entraron subrepticiamente en la casa. Las cortinas estaban corridas e impedían que el sol de la tarde iluminara la sala. Unas sombras alargadas cubrían la pequeña y ordenada estancia.

Poco antes, el golfillo al que Tobias pagaba para que vigilara al señor Pierce durante el día había llegado sin aliento al parque en el que Lavinia y Tobias aguardaban. Les comunicó que acababa de ver salir al peluquero, que llevaba un maletín en la mano, y

que una criada de una de las casas de la acera de enfrente le había dicho que Pierce salía todas las tardes a aquella hora. No se esperaba su vuelta hasta las cinco de la tarde.

-¿Cómo conoce ella con tanto detalle las idas y venidas de Pierce? -preguntó Tobias mientras hurgaba en el bolsillo en busca de unas monedas para pagar al pequeño espía.

-Creo que le gusta, señor. -El muchacho se puso las monedas en el bolsillo-. No se preocupe, yo vigilaré desde la esquina. Si veo que regresa antes de lo esperado, lanzaré un par de piedras a la ventana.

Lavinia era consciente del cosquilleo de excitación que sentía en el estómago y del ritmo rápido de su pulso. Se preguntó si los investigadores profesionales se acostumbraban alguna vez a la inquietud que se sentía al saber que uno se hallaba próximo a la resolución del caso.

Entonces percibió la emoción contenida de Tobias y supo que él experimentaba unas sensaciones parecidas a las suyas. Quizás aquella intensa expectación constituía un elixir adictivo para los que ejercían su misma profesión.

-Si te parece bien, me haré cargo del dormitorio -comentó ella.

__Sí. No te olvides del ropero. -Tobias abrió un armario-. Y actúa con rapidez. No me gusta hacer este tipo de cosas de día.

-Sí, soy muy consciente de tus preferencias. -Lavinia entró en la pequeña habitación y empezó a abrir los cajones de la mesita de noche-. Supongo que sería esperar demasiado que encontráramos una peluca rubia y ropa de mujer.

-¿Quién sabe? Tiene que esconder la maldita peluca y la ropa en algún lugar. Ya va siendo hora de que tengamos algo de suerte en relación con este caso.

-Es cierto. -Lavinia cerró el último cajón y se arrodilló para mirar debajo de la cama-. Aspasia parecía bastante sorprendida por nuestras conclusiones esta mañana, ¿no crees? Creo que si no hubieras estado allí para tranquilizarla, me habría despedido de inmediato.

Aspasia se había mostrado incrédula cuando le dijeron que creían que el asesino era el señor Pierce. Al final se dejó convencer porque Tobias le prometió que él estaba seguro de la culpabilidad del peluquero.

-Le sobraba razón para estar sorprendida -admitió Tobias desde la otra habitación-. Yo también estoy asombrado. He conocido a muchísimos malhechores en mi vida, pero éste es el primer peluquero de quien sospecho que sea un asesino.

Lavinia se levantó y se acercó al armario.

Abrió la puerta y examinó el surtido de camisas y de fulares planchados con esmero.

-La verdad es que se trata de la tapadera perfecta para un asesino profesional que quiere desenvolverse en la alta sociedad, ¿no es cierto? Los peluqueros tienen acceso a las mansiones más exclusivas y todo el mundo acepta que entren en el dormitorio o el vestidor de una dama.

-Por lo que veo, un maldito peluquero podría entrar en tu habitación con más facilidad que yo -refunfuñó Tobias-. Yo tengo que tramar, planificar y esperar hasta que Emeline decida quedar con Priscilla y la señora Chilton salga a realizar sus compras.

-No es lo mismo, Tobias.

-Es completamente injusto, eso es lo que es. Por no mencionar que me parece en extremo inconveniente. Hace tiempo que quiero hablar contigo de esta cuestión.

Los dedos de Lavinia se crisparon alrededor del pomo del armario. Espero sin siquiera respirar.

En la otra habitación, Tobias permaneció en silencio unos segundos

-Vaya, vaya, vaya...-murmuró él.

Lavinia inspiró profundamente y sus dedos se relajaron. No sabía decir lo que había sentido en aquellos segundos. ¿Alivio? ¿Decepción?

¿Qué había esperado?, se preguntó. Era muy poco probable que Tobias sacara a relucir la cuestión del matrimonio cuando estaban registrando el domicilio de un asesino.

Lavinia se acercó a la puerta y vio que Tobias se había arrodillado sobre la pierna sana y había levantado un trozo de alfombra. En aquel momento examinaba los tablones del suelo con mucha atención.

-¿Has encontrado algo? -preguntó ella en voz baja.

-Quizá. -Tobias sacó una de sus ganzúas de la funda de piel y la deslizó en la rendija que separaba dos de los tablones-. Creo que hay un escondrijo en el suelo. -A continuación, movió con suavidad la ganzúa-. No me sorprendería. Elland escondía su caja fuerte en el suelo de su estudio, debajo de la alfombra. Allí es donde encontré su diario. Quizás el nuevo Portador de la Muerte desea imitarlo en todos los detalles.

-Tobias, ¿cómo puedes saber tantas cosas acerca de Elland? Los anillos, la forma de cometer los asesinatos... ¿Y también el mismo tipo de escondrijo? Resulta muy extraño. Debiste de conocer a Elland muy bien.

-Precisamente estoy trabajando en esta teoría. -Tobias hizo palanca con más fuerza-. Jack me ha preparado una cita esta noche para que conozca a alguien que podría contarme algo sobre el pasado de Elland.

Lavinia oyó un leve crujido y uno de los tablones del suelo se soltó.

-¡Santo cielo! -Lavinia corrió hacia allí y se agachó.

Los dos examinaron el pequeño espacio que había aparecido.

-Está vacío. -Tobias no se molestó en ocultar su decepción. Soltó el tablón, que encajó de nuevo en su lugar. Se levantó y, de una patada, devolvió la alfombra a su posición original. Luego giró despacio sobre uno de sus talones y examinó la habitación como un halcón en busca de una presa-. Tiene que estar en algún lugar.

-¿El qué?

-Su diario de cuentas. Ya te lo dije, Elland era bueno en los negocios-Llevaba un diario muy detallado de sus operaciones.

-Tobias -dijo ella con calma-, ten presente que, aunque se conocieran, en este caso no tratamos con Zachary Elland. No hay ninguna razón para pensar que Pierce lleve su negocio de la misma manera que lo hacía el otro Portador de la Muerte.

-No estoy de acuerdo. Cuanto más intento deshacer el nudo gordiano que constituye este caso, más convencido estoy de que la pista más relevante que tenemos es la gran similitud en los métodos y las prácticas empleados por Elland y el nuevo asesino. Es como si hubieran estudiado la profesión juntos.

-O quizás uno le enseñó al otro -sugirió ella con inquietud.

-Exacto.

Tobias examinó el pequeño espacio que había entre el escritorio y la pared. Su enojada expresión le indicó a Lavinia que no había nada escondido en aquel lugar. Tobias se acercó a una mesita esquinera y abrió el cajón.

-¡Lo sabía! -murmuró con enorme satisfacción. Sacó una libreta encuadernada en piel.

-¿Qué has encontrado? -Lavinia se puso a su lado y observó cómo abría la libreta. Había nombres, fechas y horarios escritos de forma ordenada-. Parece un libro de citas más que un diario de cuentas.

-Tienes razón. -Tobias pasó unas cuantas páginas-. No es más que una lista de sus actividades diarias y de las citas con sus clientes. Sin embargo, es posible que quienes encargaron los asesinatos estén también aquí.

-Presiento que Pierce no sería tan descuidado. Después de todo, se trata de un profesional.

-No es necesario que me lo recuerdes. -Tobias sacó de su bolsillo una hoja de papel y una pluma y procedió a apuntar los nombres de los clientes más recientes-. De todos modos, esto es mejor que nada. Como mínimo nos dará una idea de cuáles son sus planes para los próximos días. Esta información podría resultarnos útil.

Lavinia estudió los nombres. Uno de ellos llamó su atención.

-Lady Huxford. Mira, tuvo una cita con ella el día tres. Esto fue quince días antes de la fiesta ofrecida en el castillo Beaumont.

-El dato establece una conexión entre lady Huxford y Pierce, pero esto ya lo sabíamos, gracias a lo que pudiste observar en el Vauxhall. Me Pregunto si nosotros... -Tobias volvió la página y exclamó-: ¡Maldita sea!

-¿Qué ocurre?

-Su dienta de esta tarde -respondió él señalando uno de los nombres.

Lavinia sintió que se le helaba la sangre al leerlo.

-¡Oh, Dios mío! Ha ido a la casa de lady Wortham. Está peinando a Priscilla. Ésta era la cita aburrida que ella no quería afrontar sola.

-Creo que la mejor forma de actuar es suponer lo peor. Esto no puede ser una coincidencia. Con toda seguridad, Pierce conoce la relación de Priscilla con Emeline y, por lo tanto, la de ésta contigo. Sin duda concertó esta cita para interrogar a la mejor amiga de tu sobrina y, así, averiguar qué progresos hemos realizado en este caso.

26

-Querida señorita, no podemos escapar a la realidad de la naturaleza. -Pierce deslizó el peine a lo largo de la dorada cabellera de Priscilla y sus ojos se clavaron en los de ella en el espejo-. Sin lugar a dudas, es usted rubia.

Priscilla se ruborizó.

-Ya sé que este color no está muy de moda.

Emeline se encontraba sentada no lejos del tocador, muy tiesa. Se sentía como si representara un papel en una obra extraña y terrorífica. Emeline sintió un gran alivio y una admiración infinita cuando Priscilla asumió el control de la situación sin demostrar ningún nerviosismo.

Dispusieron de menos de diez minutos para prepararse.

Emeline se quedó helada cuando llegó a la residencia de los Wortham y se enteró de que lady Wortham había concertado una cita con un peluquero para aquella tarde. Esperaba que se tratara de una curiosa coincidencia, pero su trabajo como ayudante en la compañía Lake & March le había enseñado a no creer en las coincidencias. Con rapidez, le hizo un resumen de la situación a Priscilla, quien le advirtió que su madre no debía saber nada de aquella cuestión. Priscilla temía que su madre sufriera un ataque de pánico si se enteraba de que había contratado a un asesino para peinar a su hija.

Cuando Pierce llamó a la puerta portando su maletín de piel lleno de peines, tenacillas, papeles, tijeras y postizos, Priscilla se puso a la altura d$_{e}$ la situación con gran aplomo. Se sentó delante del espejo de su tocador con los hombros cubiertos con una tela de un blanco inmaculado y $_{Se}$ abandonó a los cuidados del peluquero asesino como si fuera la cosa más normal del mundo.

De hecho, se comportó de una forma tan natural y con tanto desparpajo que Emeline se preguntó si, en realidad, no se estaba divirtiendo Quizás el hecho de que el señor Pierce fuera bastante apuesto -y también elegante, con su fular negro y aquellos rizos que le caían de una forma descuidada- facilitaba las cosas a Priscilla.

Emeline tuvo que admitir que costaba creer que Pierce fuera un asesino a sueldo.

La señora Wortham estaba cómodamente sentada en una silla, al otro lado del tocador. Despreocupada e ingenua, no era consciente de que el hombre que blandía unas tijeras enormes junto a la garganta de su hija podía haber matado a tres personas en los últimos meses.

-¿Cree usted que deberíamos considerar la posibilidad de teñir el cabello de Priscilla en un tono más oscuro, señor Pierce? -preguntó la señora Wortham con ansiedad.

-¿Teñir su cabello? ¡Dios nos libre! -Pierce sujetó un mechón de la melena de Priscilla y lo agitó con un ademán digno de un mago-. Esto son puras hebras de oro. Sería un crimen contra la naturaleza teñirlas de negro o turquesa. -Dio un golpe con el peine en el borde del tocador y miró a Priscilla en el espejo-. Y le prohíbo de forma terminante que piense en utilizar henna. ¿Queda claro?

--Sí, señor Pierce -murmuró ella con diligencia.

Lady Wortham se abanicó con energía.

-Pero si, en su opinión, no debemos teñirle el cabello, ¿qué sugiere usted? ¿Una peluca, quizá?

-Para una dama tan joven, ni hablar. Además, sería una lástima enmarcar con cabello artificial un cutis tan nítido y lozano y un perfil clásico como los suyos. -Pierce hizo una reverencia a lady Wortham-. Y, por lo que veo, la señorita Priscilla ha heredado ambas características de usted, *madame.*

Lady Wortham lo miró, con la boca abierta, unos segundos. Emeline percibió, sorprendida, que las mejillas de lady Wortham se sonrojaban.

-Pues..., gracias, señor Pierce. -La señora Wortham se abanicó aun con más brío-. Debo reconocer que, durante la juventud, nunca me faltaron parejas de baile en las fiestas. Y Priscilla se parece a mí. -A continuación se aclaró la voz-. Salvo por el cabello, claro. Lamento decir que lo ha heredado de su padre.

-Desde luego. En fin, como decía, intento no utilizar pelucas con mis dientas jóvenes a menos que no haya ninguna alternativa. -Pierce hizo una pausa enfática y añadió-: Y, en este caso, existe una alternativa. De hecho, se trata de una esplendorosa.

Un silencio expectante reinó en la habitación. Emeline se dio cuenta de que, a pesar de la casi inaguantable tensión a la que tanto ella como Priscilla estaban sometidas, ambas, y también lady Wortham, sentían una gran curiosidad por escuchar la oferta de Pierce.

-¿Sí, señor Pierce? -lo animó lady Wortham-. ¿Cuál es esa alternativa?

Pierce entornó los ojos como si mirara por La mirilla de una pistola.

-Como no podemos hacer que su hija siga la moda, *madame,* nuestra única opción es convertirla en el paradigma de la moda, en un modelo que determine la moda.

-¡Oh, Dios mío! -Por un momento, pareció que lady Wortham se iba a desmayar-. ¡Oh, cielos! ¡Un paradigma de la moda!

-Déjelo en mis manos, *madame.* Yo estudié mi arte en París y sé lo que hago. -Pierce hurgó en su maletín y sacó unas horquillas y unos papeles para rizar el cabello-. Sin embargo, antes de empezar debe darme su palabra de que mi creación nunca irá acompañada del color rosa.

Lady Wortham se puso tensa, con los ojos y la boca muy abiertos. No podía articular palabra.

Pierce empuñó las tijeras y le lanzó una mirada severa.

-Supongo que la señorita Priscilla tiene ropa de otros colores en el armario -dijo-. Seguro que no viste siempre de este ridículo color.

Priscilla, con un ruidito ahogado, levantó la taza de té que había sobre el tocador. Emeline la miró por el espejo. Ninguna de las dos se atrevió a decir nada.

Lady Wortham se aclaró la voz.

-En mi opinión, el rosa encaja muy bien con su edad y su aspecto.

Pierce suspiró y empezó a utilizar las tijeras.

-Permítame decirle, *madame,* que el rosa, unido al cabello castaño claro, hace pensar en un pastel de crema coronado con una gran cantidad de azúcar glas. Los caballeros mirarían un pastel así y pensarían: «Vaya, parece una chuchería muy apetitosa. Si está disponible, le daré uno o dos Mordiscos y desecharé el resto.»

Lady Wortham se ruborizó de la impresión y la rabia.

-¿Un pastel de crema? ¿Mi hija? ¡Cómo se atreve!

-Verá, un pastel de crema glaseado no tiene ninguna sustancia ni estilo. No deja un placer duradero en el paladar. -Pierce siguió trabajando sin prestar atención a la escandalizada expresión de lady Wortham--. Si$_n$ embargo, si se cubre a una señorita con el cabello y el hermoso perfil de la señorita Priscilla con un vestido de un color más oscuro y de una tonalidad de piedra preciosa, como un verde esmeralda o un azul zafiro

intenso, ya no se percibe la imagen de un pastel de crema.

-¿Qué se percibe entonces? -preguntó lady Wortham con recelo.

-A una diosa.

Lady Wortham parpadeó.

-¿Una diosa? ¿Mi Priscilla?

Pierce miró a Priscilla en el reflejo del espejo.

-¿Tiene algún vestido de esos colores en el armario, *madamé*? Si no es así, debería concertar una cita con su modisto de inmediato.

-Bueno -murmuró Priscilla-, tengo el vestido de paseo nuevo que tía Beatrice me regaló por mi cumpleaños.

-En mi opinión, no le queda nada bien -declaró lady Wortham con cierta inseguridad en la voz-. Beatrice lo encargó sin consultarme.

-Déjeme verlo -exigió Pierce.

-Yo iré a buscarlo. -Emeline se levantó de la silla-. Creo que es bastante llamativo. -Se acercó al armario y sacó el vestido nuevo.

Todas contemplaron el vestido De color turquesa en espera del veredicto de Pierce.

-Perfecto. -Pierce realizó una profunda reverencia en dirección a Priscilla-. Absolutamente perfecto. -Se volvió hacia lady Wortham--Puede estar segura, *madame,* de que los caballeros caerán a sus pies para adorarla.

Al cabo de un rato lady Wortham contemplaba, azorada, a Priscilla.

-Increíble. Su aspecto es espectacular. Nunca habría pensado que un peinado tan sencillo se vería tan elegante.

Pierce dio los últimos toques al cabello alisado de Priscilla con orgullo profesional.

-La sencillez es la esencia de la verdadera elegancia, *madame.*

Emeline estaba casi tan sorprendida como lady Wortham. Pierce había desafiado la moda que propugnaba unos moños trenzados y elaborados junto con una profusión de tirabuzones en la frente y en las sienes. En lugar de este estilo, Pierce había alisado el cabello de Priscilla hacia atrás con la única ayuda de unas horquillas y había creado una graciosa onda en la parte superior y trasera de su cabeza. El diseño enfatizaba el largo y delicado contorno de su cuello y el hermoso perfil de su rostro. Sólo unos pocos y finos tirabuzones flotaban por delante de sus orejas.

Priscilla siempre había sido encantadora, pensó Emeline, pero ahora su amiga se veía más confiada y segura de sí misma. Despedía una feminidad misteriosa de la que antes carecía.

-Estás magnífica, Priscilla -murmuró Emeline.

La joven se ruborizó sin poder separar los ojos de su imagen, en el espejo.

-¿De verdad te gusta?

-¡Oh, sí! Estoy ansiosa por verte con el vestido nuevo.

-Me halaga que mi creación les guste a todas ustedes. -El señor Pierce sonrió a Emeline-. De hecho, tengo libre, más o menos, una hora más. ¿Le gustaría que la peinara, señorita Emeline? Creo que podría mejorar su estilo actual. No es que resulte poco atractivo..., más bien todo lo contrario. Sin embargo, creo que sigue con demasiada exactitud la moda, ¿me comprende? A usted le favorecería un aspecto más original.

-¡Oh!, no querría abusar de su tiempo y de la hospitalidad de lady Wortham -respondió Emeline de inmediato, pero con cierto tono de pesar en la voz. Pierce quizá fuese un asesino, pero como peluquero era un verdadero artista. ¡Habría sido tan interesante averiguar cómo la habría transformado!

-¡Desde luego que debes permitir que el señor Pierce te peine, Emeline! -Priscilla se levantó de delante del tocador-. Seguro que a mi madre no le importa.

-Desde luego -contestó lady Wortham magnánima-. Resulta emocionante ver trabajar al señor Pierce. Una siente que está cerca de un gran talento.

Emeline se sentó frente al tocador a regañadientes.

-Gracias.

Pierce sacudió la toquilla blanca y la colocó sobre los hombros de Emeline. A continuación tomó el peine y sus ojos buscaron los de ella en el espejo.

-Sí. Ya sé qué hacer con usted con exactitud -comentó él-. Para mi, constituye un enorme placer trabajar con jóvenes damas a quienes les interesan las últimas tendencias de la moda. La mayoría de mis dientas son mujeres mayores que insisten en peinarse con el estilo recargado del pasado. El estilo que fue diseñado para las pelucas altas y empolvadas que llevaban en su juventud.

-Debo admitir que recuerdo muy bien aquellas pelucas -comentó lady Wortham-. En las salas de baile quedaban muy elegantes, pero eran muy calurosas y pesadas.

Con una serie de movimientos rápidos Pierce quitó las horquillas que sujetaban el cabello de Emeline.

-Como decía, en general, mi clientela está formada por señoras de edad. Sin embargo, resulta mucho más interesante peinar a damas jóvenes. Dígame, señorita Emeline, ¿le comentó su tía que nos conocimos en el castillo Beaumont?

A Emeline se le heló la sangre. Por el rabillo del ojo, vio que Priscilla se ponía tensa. Lady Wortham, que seguía sin enterarse de nada, se sirvió más té.

Emeline se tranquilizó.

-Me explicó que había conocido a un peluquero que le dijo que el cabello pelirrojo no estaba nada de-moda. Sin embargo, no recordaba su nombre.

Pierce se mostró claramente ofendido.

-Le di mi tarjeta.

-Debió de perderla -respondió Emeline con suavidad.

-Ya veo. Supongo que es comprensible. En aquel momento, a su tía y a su amigo, el señor March, se les veía bastante preocupados. Estaban convencidos de que la muerte de lord Fullerton no era un accidente. Creo que intentaban demostrarlo.

-¿Que no fue un accidente? -exclamó lady Wortham con sorpresa-No había oído nada acerca de que la muerte de Fullerton fuera consecuencia de un acto delictivo.

-Esto es así porque mi tía y el señor March no encontraron ninguna prueba de que constituyera un asesinato -explicó Emeline-. Además, lord Beaumont dejó muy claro que no quería que se llevara a cabo ninguna investigación bajo su techo.

-De modo que, en resumen, sus pesquisas no los condujeron a ningún resultado -insinuó Priscilla en un tono casual e inocente.

-Eso me temo -murmuró Emeline-. Resulta difícil investigar un caso de asesinato cuando nadie cree que se ha cometido un crimen.

-Fascinante. -Pierce dejó de peinarla y la miró con gran interés-. Y, ¿han realizado algún progreso, aquí, en la ciudad?

-Ninguno. Y me temo que el señor March se siente bastante frustrado. Mi tía cree que están perdiendo el tiempo. Ella quiere convencerlo para que abandone la investigación.

Emeline se sintió bastante orgullosa de su última frase.

-Comprendo. -La expresión de Pierce no cambió-. ¿Cree usted que lo conseguirá?

-Oh, sí -respondió Emeline. Bajó la voz hasta adoptar un tono confidencial y se preparó a mentir con descaro-. Ni la familia de Fullerton ni nadie quiere que se lleve a cabo ninguna investigación. A mi tía le preocupa mucho el cobro de los honorarios y,

como en este caso no hay ningún cliente, ella cree que deberían dedicar sus esfuerzos a otro caso.

-No pretendo ofenderte, querida -aseguró lady Wortham con un tono de voz que denotaba su desaprobación-, pero debo decirte que la pequeña afición de la señora Lake me parece bastante extraña.

Emeline se preguntó qué diría Lavinia si supiera que lady Wortham consideraba su profesión una simple afición.

-Me imagino que una dama tan inteligente como la señora Lake considerará que este trabajo constituye un verdadero desafío para ella -murmuró Pierce.

Emeline sintió que el vello de su nuca se erizaba y rogó para que Pierce no lo notara.

27

Emeline y Priscilla caminaron juntas hacia la entrada del parque donde habían quedado con Anthony y Dominic. Llevaban las sombrillas abiertas para protegerse del sol de la tarde. Después de una pequeña charla, decidieron no ponerse los sombreros para que no ocultaran sus nuevos y maravillosos peinados.

-¡Cielo santo, todavía me noto el pulso! -exclamó Emeline-. Me pregunto si el corazón me volverá a latir a un ritmo normal.

-Yo también estoy temblando. -Priscilla hizo una mueca-. Cada vez que miraba al espejo, lo único que veía eran aquellas tijeras. Y no dejaba de pensar en todas las personas que es probable que haya asesinado.

-Pues yo nunca volveré a mirar a un peluquero como lo hacía antes.

-Yo tampoco. De todos modos, es una lástima que el señor Pierce sea un asesino -declaró Priscilla con ironía-. Siempre estaré en deuda con. En una sola tarde ha cambiado mi vida, porque ha convencido a mi madre de que el color rosa no me sienta bien.

Emeline contempló su nuevo vestido de paseo color turquesa.

-Él tiene razón. Los colores fuertes te van de maravilla.

-Gracias. -Priscilla hizo girar su sombrilla-. Después de todo, el día ha resultado bastante emocionante, ¿no es cierto? En mi opinión, liegos manejado al señor Pierce de forma inteligente. ¿No crees que hemos nacido para el mundo del espectáculo?

-No menciones tu interés por esta profesión tan escandalosa delante de tu madre. Se desmayaría de inmediato. Pero, sí, creo que nos hemos enfrentado a la crisis con mucha sensatez. Tú, en concreto, has estado brillante.

-Tú también has estado muy bien. Es posible que Pierce no crea que la señora Lake y el señor March abandonen sus pesquisas por falta de un cliente, pero estoy segura de que se fue convencido de que han realizado muy pocos progresos en sus investigaciones.

Un ligero estremecimiento recorrió el cuerpo de Emeline.

-Yo también lo creo así. Ya verás cuando les cuente lo que ha ocurrido hoy en la casa de lady Wortham. No se creerán que nos hemos encontrado, frente a frente, con su sospechoso.

-Sin duda concertó la cita con mi madre para sonsacarme información sobre el caso. Debió de sentirse encantado cuando te encontró en mi casa. -El rostro de Priscilla se iluminó-. ¡Ahí vienen Anthony y Dominic! La verdad es que me ha sorprendido tanto saber que son medio hermanos como encontrarme al señor Pierce en el vestíbulo de mi casa.

-Supongo que, en cierto modo, su relación explica la fricción que hay entre ellos. -Emeline observó a Anthony y a Dominic acercarse a ellas cruzando el parque-. Espero que, ahora que se sabe la verdad, resuelvan sus diferencias.

Priscilla agarró con fuerza la sombrilla.

-Emeline -comentó en un tono desenfadado pero estudiado-, ¿crees que al señor Hood le gustarán mi vestido nuevo y mi peinado?

-Priscilla, tienes un aspecto espectacular. El señor Hood caerá de rodillas y te adorará, como predijo el señor Pierce.

Priscilla esbozó una sonrisa.

-Preferiría que me enseñara a utilizar su microscopio.

Anthony y Dominic casi habían llegado junto a ellas. Emeline se dio cuenta de que ambos caminaban con paso largo y decidido y no con el andar despreocupado que caracterizaba a los caballeros. Y su forma de vestir la inquietó todavía más. Desde luego no iban vestidos para pasear tranquilamente por el parque. Sus botas no brillaban y sus abrigos de corte informal le recordaron, más bien, el estilo que prefería el señor March. Incluso parecía que se hubieran anudado los fulares a- toda prisa. Ninguno de ellos se había preocupado por realizar un nudo intrincado o elegante.

-Algo no va bien -anunció Emeline.

Anthony y Dominic se detuvieron delante de ellas.

-¿Qué demonios hacéis las dos aquí? -preguntó Anthony sin siquiera una inclinación amable de cabeza. Llevaba el sombrero calado hasta los ojos, lo que le daba un aspecto siniestro-. ¿Estáis locas?

-¿Perdona? -A Emeline le enojó el incivilizado saludo-. Si no recuerdo mal, los cuatro habíamos quedado en encontrarnos aquí esta tarde.

-Eso fue antes de que supiéramos que habían pasado la tarde con un asesino -masculló Dominic, con el sombrero inclinado sobre la frente, lo que le confería un aspecto amenazador.

-¿Sabían ustedes que tenía una cita con el señor Pierce? -preguntó Priscilla.

-Tobias y la señora Lake encontraron una anotación de su cita mientras registraban su domicilio. -Anthony miró a Priscilla, a Emeline y, de nuevo, a Priscilla-. ¿Están ustedes bien?

-Sí, desde luego que estamos bien -respondió Emeline sin alterarse-. Y, lo que es más importante, le hemos hecho creer al señor Pierce que la investigación no va bien, con lo cual hemos disipado cualquier sospecha que pudiera albergar.

Priscilla frunció el ceño.

-¿Por qué van vestidos de una forma tan extraña?

-El señor March no nos ha dado tiempo para prepararnos para una cita social -contestó Dominic con sequedad-. Insistió mucho en que nos reuniéramos con ustedes de inmediato y las dejáramos, sanas y salvas, en el número siete de Claremont Lañe. La señora Lake desea hablar con ustedes enseguida. Más tarde la acompañaremos a su domicilio, señorita Priscilla.

-Tobias no quiere que ninguna de ustedes vaya por ahí sola ahora que Pierce ha demostrado interés por ambas -añadió Anthony.

-¡Por el amor de Dios! -exclamó Emeline-. Les aseguro que estamos a salvo. Ahora que tiene la información que quería, Pierce ya no nos considera útiles.

-Así es. Bueno, precisamente, de eso se trata, ¿no es cierto? -soltó Anthony.

Sus palabras sonaron más bien cortantes, pensó Emeline. Sin embargo, antes de que pudiera idear una contestación adecuada, él la tomó por el brazo con firmeza y tiró de ella hacia la salida.

-No creo que estemos en peligro -declaró Priscilla con rapidez.

-Ese hombre es un asesino. -Dominic la cogió por el codo-. En cualquier caso, Tony y yo no podemos perder el tiempo paseando por el parque. Tenemos trabajo que hacer.

-¿Qué clase de trabajo? -preguntó Emeline mientras daba ligeros sal titos para acomodarse a las zancadas de Anthony.

-Hemos de vigilar a Pierce desde la puesta del sol hasta el amanecer -respondió Anthony-. Pero antes debemos llevar a cabo ciertos preparativos, de modo que ahora os acompañaremos a casa.

Ya tenía bastante de aquel asunto, pensó Emeline.

-Haz el favor de no tratarnos como a un par de niñas tontas que no pueden salir de casa solas. Te recuerdo que Priscilla y yo hemos estado con un asesino esta tarde. No somos unas incompetentes.

-Estoy de acuerdo -dijo Priscilla con la misma determinación que Emeline.

Anthony se volvió hacia Emeline y frunció el ceño. Los rayos del sol vespertino pasaban por debajo del ala de su sombrero y, por primera vez, Emeline vio sus facciones sin sombra.

-¡Tu ojo! -Se detuvo de golpe y lo obligó a pararse a él también-. ¡Y tu labio! Te han herido. ¿Qué te ha ocurrido, Tony?

Priscilla se detuvo con la misma brusquedad que Emeline y se dio la vuelta para intentar observar desde cerca las facciones ocultas de Dominic.

-Tiene usted un morado en la mandíbula, señor. ¡Santo Dios! ¿El asesino los atacó ayer por la noche? ¿Cómo fue? ¿Por qué no nos lo han contado?

-¡Maldición! -Dominic hizo una mueca, se estremeció y se tocó la mandíbula-. Le aseguro que Pierce no es el responsable de esto.

-Desde luego que no -aseguró Anthony, ruborizándose-. ¡Por Dios, se trata de un peluquero!

-Y si tía Lavinia y el señor March están en lo cierto, también de un asesino profesional -señaló Emeline-. Pero si no fue el señor Pierce, ¿quién os ha herido?

Anthony intercambió una mirada inexpugnable con Dominic y se encogió de hombros.

-Ayer por la noche, frente a la casa de Pierce, estaba muy oscuro -explicó-. De forma accidental choqué con el umbral de piedra de una puerta.

-Comprendo -repuso Emeline-. Las puertas pueden ser muy peligrosas.

Priscilla miró fijamente a Dominic y dijo:

-Y usted, señor? ¿Sufrió una desgracia parecida?

-Tropecé con un escalón -murmuró Dominic- y me golpeé con
la verja.

28

Aquel mismo día, poco antes de medianoche, Anthony abrió la bolsa de tartas que había comprado a un vendedor, a última hora de la tarde, y sacó una de las dos que quedaban. Luego le tendió la bolsa a Dominic, quien estaba apoyado contra la pared opuesta del estrecho callejón.

Dominic se hizo con la última tarta.

-Mañana por la noche compraré más -prometió Anthony mientras mordía la pesada masa.

-Es culpa nuestra que se hayan acabado tan pronto -le recordó Dominic-. Dada la actual situación, quizá no debimos darles la mitad de las tartas a aquel par de golfillos que pasarán la noche en el portal de la tienda de botones y cintas.

Anthony se acordó de los pilluelos que se habían encontrado un rato antes. No tendrían más de ocho o nueve años, pero tenían un desparpajo, una insolencia y un conocimiento de la calle más propios de un hombre de veinte. Además, parecían muy hambrientos. Ni él ni Dominic pudieron evitar darles unas cuantas de sus tartas. Los muchachos estuvieron encantados y corrieron con su tesoro para instalarse en su portal, al final de la calle.

-Ahora que lo pienso, podría convencer a Whitby para que nos horneara unas tartas -comentó Anthony-. También le pediré que nos ponga un poco del salmón frío y del pollo que nos sirvió esta tarde.

-Una idea excelente. Y dile que nos ponga el doble, por si los dos chicos están otra vez en el portal mañana por la noche. -Dominic mastico un trozo de tarta-. Aunque quizá no sea necesario. Por lo que parece te asunto no durará mucho. March está convencido de que Pierce hará pronto algún movimiento. Dice que el peluquero no sólo es arrogante sino que le consume la necesidad de probar que es tan bueno como el último Portador de la Muerte.

El tiempo pasaba. En la calle, la luz de la luna variaba su ángulo con lentitud. Aparte de algún que otro carruaje o carro, nada se movía. La lu_z de la ventana de Pierce se había apagado media hora antes. Por lo visto, se había ido a la cama.

-¿No has notado que Emeline y Priscilla estaban distintas esta tarde?

Anthony estiró los brazos por encima de la cabeza para desentumecerlos.

-¿Distintas? -Dominic consideró la pregunta durante un momento-. No he pensado en ello. ¿Por qué lo preguntas?

-No lo sé. Me ha parecido que tenían un aspecto especialmente agradable esta tarde.

-Siempre tienen un aspecto agradable.

-Es verdad.

Se produjo otro largo silencio.

-Creo que Priscilla se siente atraída por ti -comentó Anthony al cabo de un rato.

-Se siente atraída por el contenido de mi laboratorio, no por mí -repuso Dominic con pesadumbre.

-No estés tan seguro. Los dos tenéis muchas cosas en común.

-Sí, sí...

-Tú la encuentras hermosa, ¿no es así? Reconoce que Emeline nunca te interesó. La única razón de que flirtearas con ella era herirme.

Dominic se encogió de hombros, aunque su movimiento apenas resultó perceptible debido a las sombras.

-Estás enamorado de la señorita Emeline, ¿no es cierto?

-Sí. Su tía quiere que esperemos para anunciar nuestro compromiso, pero Emeline y yo tenemos otros planes. Primero tengo que convencer a Tobias para que se case con la señora Lake y se mude al número siete de Claremont Lañe.

-De este modo la señorita Emeline y tú podríais ocupar su casa, ¿no? -Dominic parecía intrigado-. Una idea muy astuta. ¿Crees que accederá?

-Por el momento tengo dificultades para convencerlo de lo acertado de mi plan, pero espero conseguirlo.

Algo brilló en la entrada del callejón, al otro lado de la calle.

-¿Has visto eso?

-¿El qué?

-Creo que hay alguien en la entrada del callejón que conduce a la parte trasera de la

vivienda de Pierce.

La figura se movió y salió con cautela de las sombras, por lo que quedó expuesta a la luz de la luna.

Dominic se enderezó con rapidez.

-Sí, ya lo veo. Es una mujer con una capa.

-Apostaría que se trata de Pierce vestido de mujer -dijo Anthony en voz baja.

-Tienes razón -susurró Dominic-. No te muevas. Que no nos vea.

La figura se movió rápidamente por la calle. No llevaba farol; parecía bastarle con la luz de la luna. Se apreciaba una inquietante falta de sonido en sus movimientos.

-Es como un fantasma en la noche -murmuró Dominic.

La vieja alcahueta bebió otro trago largo de ginebra y se secó los labios con el dorso de la mano. Miró a Tobias con los ojos bizcos a través de la mesa de madera y se rió con sorna.

-En aquellos días me llamaban Mamá Maud -explicó-. Me sacaba unos buenos cuartos vendiendo bebés y niños. Le sorprendería la demanda que hay de niños y niñas saludables. Toda clase de gente, de los barrios altos y de los bajos, venía a comprar mi mercancía.

Tobias sintió náuseas, pero no permitió que la repulsión que le inspiraba aquella mujer se reflejara en su rostro. La taberna, situada en uno de los rincones más recónditos de los peores barrios de la ciudad, era un antro oscuro y lleno de humo. A su lado, The Gryphon parecía un club exclusivo de caballeros.

Mamá Maud dejó de hablar y esperó con expectación.

Tobias depositó unas cuantas monedas más sobre la mesa y, junto a ellas, dejó el anillo mortuorio encontrado en el dormitorio de Fullerton, en el castillo Beaumont. El pequeño sarcófago de oro brillaba malévolo a la luz de las velas.

-Jack *Sonrisas* me ha dicho que se rumorea que, hace varios años, vendió usted dos niños a un hombre que llevaba un anillo parecido a éste -dijo Tobías, abriendo el sarcófago.

Mamá Maud contempló largamente la diminuta calavera del interior. A continuación, desvió la mirada hacia el pequeño montón de monedas. La intranquilidad que sentía se apreciaba con claridad en su rostro.

Tobias añadió otra moneda al montón.

-Sí. -Mamá Maud bebió otro trago de ginebra, como si quisiera calmar sus nervios-. Hice un negocio con un hombre que llevaba un anillo con una calavera.

-Háble me de aquel negocio.

-Era un cliente distinto de los habituales -dijo ella por fin.

-¿En qué sentido?

-La mayoría compraba a los niños para hacerlos trabajar. Les enseñaban a hurtar, robar, pedir y subir por las chimeneas. A las niñas las dejaban en los burdeles o en las calles para que se ganaran el pan. -Levantó un hombro huesudo y lo bajó de nuevo-. Algunos compraban a los más pequeños para cosas que prefería no saber.

Si algunos de los niños eran empleados para fines por los que incluso Mamá Maud sentía reparos, pensó Tobias, él tampoco quería conocerlos. Sin embargo, aquella noche tenía que saber la verdad.

-El hombre que llevaba el anillo -preguntó-. ¿Por qué cree que quería dos niños?

Maud bebió otro trago de ginebra y dejó la botella sobre la mesa. Sus ojos legañosos brillaron malévolos.

-Dijo que era un hombre de negocios, sin hijos para que continuaran con su empresa.

Me dijo que quería conseguir unos aprendices y enseñarles su oficio. -Maud bizqueó-. Pero si era cierto podría haberlos conseguido en un orfanato, ¿no?

-Sin embargo, acudió a usted.

-Así es. Y pagó bien a Mamá Maud, sí, señor. Y yo le di una buena mercancía a cambio de su dinero, sí, señor. Dos muchachos saludables en las mejores condiciones. Los dos, listos y rápidos. Hermanos. Uno tendría unos ocho años y el otro, cuatro o cinco, creo.

-¿Qué les había ocurrido a sus padres?

--La madre murió en un burdel. Los chicos vivían en la calle cuando los encontré. El mayor cuidaba del pequeño. Robaban carteras y lo que podían a los caballeros borrachos que venían a buscar placeres en esta parte de la ciudad.

-¿Y qué hay del padre?

-¿Quién sabe?

Tobias miró el anillo.

-¿Qué cree que les ocurrió a los niños que vendió a aquel hombre? -preguntó.

-Bueno, nunca lo pregunté. Esa es la verdad. -Maud sorbió por la nariz-. Por esto los clientes acudían a mí, ¿comprende? Porque sabían que yo no hacía preguntas.

-¿Alguna vez oyó habladurías sobre la naturaleza del negocio que aquel hombre quería enseñar a los niños?

-Sí. -Maud recapacitó mientras contemplaba el anillo-. A lo largo de los años se hablaba, de vez en cuando, del hombre que llevaba el anillo con la calavera. Algunos decían que, si le pagabas bien, eliminaba a la persona que tú le indicaras, aunque se tratara de un hombre rico o una dama. Pero sólo si creía que se lo merecía.

-¿Se sabe qué fue del hombre que negociaba con la muerte de otras personas?

Maud levantó la botella de ginebra.

-Según he oído, se retiró y dejó el negocio en manos de sus aprendices.

Anthony y Dominic estaban en el parque situado al otro lado de la [calle, frente al número veinte de la plaza Treadhall. La casa que vigilaban formaba parte de una hilera de edificaciones iguales y elegantes de tres [plantas. Todas tenían una zona delantera rodeada por una valla de hierro.

De acuerdo con las instrucciones de Tobias, habían seguido a Pierce y no habían realizado ningún movimiento para detenerlo. En todo momento se mantuvieron a una prudente distancia. Además, la actividad de aquellas calles había amortiguado el ruido de sus pisadas.

Hacía sólo unos segundos que habían llegado a la plaza, justo a tiempo de ver a su presa saltar la valla de una de las casas. Pierce desapareció por [las escaleras que conducían a la entrada de la cocina, situada por debajo del nivel de la calle.

-Si quieres mi opinión, sólo hay una razón para que haya entrado ahí vestido con esa capa -declaró Dominic-. Y la razón no es que lo hayan citado a la una de la mañana para peinar a una dama.

-Lo sé.

La realidad de lo que estaba ocurriendo ante sus ojos hizo que Anthony sintiera un escalofrío.

-¿Qué demonios se supone que debemos hacer? -preguntó Dominic.

-Lo único que se me ocurre es aporrear la puerta y despertar a todos los de la casa.

-Lo más probable es que crean que estamos locos por prevenirlos de que hay un asesino ahí dentro.

-¿Tienes un plan mejor?

-No.

-En ese caso, será mejor que nos demos prisa. -Anthony empezó a andar hacia la casa-. No creo que Pierce tarde mucho en realizar su trabajo. Acuérdate de que es un profesional.

Cruzaron la calle a toda prisa y subieron los escalones de la silenciosa casa. Anthony asió el pesado picaporte y golpeó la puerta seis o siete veces.

-Este ruido debería bastar para despertar a alguna sirvienta o algún lacayo -murmuró Dominic.

Para sorpresa de ambos, nadie acudió a la puerta para pedir explicaciones por aquel alboroto a altas horas de la noche.

-Inténtalo otra vez -alentó Dominic-. Y esta vez llama más fuerte, por el amor de Dios.

Anthony aporreó la puerta unas cuantas veces más. Pero no obtuvo ninguna respuesta. Dio un paso atrás y contempló las oscuras ventanas de las plantas superiores.

-Quizás el dueño de la casa le ha dado la noche libre al servicio.

-La casa es muy grande. No creo que todos los miembros del servicio tengan la misma noche libre. Ha de haber alguien en casa.

-Debemos obrar con rapidez -dijo Anthony en tono apremiante-. Quizá si entrásemos por una ventana...

-¿Y correr el riesgo de que nos acusen de allanamiento de morada? No me parece un plan precisamente fantástico. Espera, se me ha ocurrido algo.

Dominic dejó en el suelo la bolsa que llevaba colgada del hombro y desató la cuerda de la parte superior; hurgó en el interior y sacó dos objetos que parecían dos palos.

-¿Qué tienes ahí? -preguntó Anthony.

-Un par de tubos que contienen mi nueva fórmula explosiva.

-¿Tu fórmula explosiva? -Anthony se alejó un par de pasos con rapidez-. Espera. ¿Qué demonios estás haciendo?

-Reconozco que la mezcla todavía necesita pulirse, pero en pequeñas cantidades como éstas produce un fantástico despliegue de fuegos artificiales. He traído los tubos esta noche, porque pensé que podríamos necesitarlos para distraer o como arma si el peluquero nos descubriera e intentara usar la violencia.

-En ese caso, has actuado con una gran clarividencia. -Anthony observó cómo Dominic encendía una llama-. ¡Por todos los santos, ten cuidado con esa cosa!

-Utilizo los dos porque necesitamos crear un alboroto que despierte a toda la calle y, sobre todo, a los habitantes de esta casa. -Dominic encendió las dos mechas que pendían de los tubos-. Esto servirá.

A continuación, arrojó los tubos lejos, sobre el pavimento. Hubo un breve y tenso momento durante el cual los tubos chisporrotearon y petardearon; se oyó un chasquido y un estruendo y los cartuchos llenos de explosivo entraron en erupción.

Unos rayos de luz iluminaron la calle. Unas llamaradas de fuego centellearon y relampaguearon por el aire. Los fuegos artificiales sonaron como una docena de pistolas disparadas al mismo tiempo, una y otra vez. El ruido rebotó en las paredes de las casas y resonó en las piedras del suelo.

-¡Impresionante! -gritó Anthony por encima del alboroto.

-Estoy intentando ampliar la variedad de los colores -gritó Dominic a su vez-. Por el momento estoy limitado al rojo, el blanco y los verdes.

La ventana del piso superior de una casa cercana se abrió con un gran estrépito. Un hombre con un gorro de dormir se asomó a la calle.

-¡Fuego! -gritó-. ¡Pedid ayuda!

Varias ventanas más se abrieron de golpe y otras tantas cabezas se asomaron. El grito

de «fuego» se extendió por toda la plaza. Una mujer chilló. Las puertas se abrieron de par en par, entre ellas la del número veinte.

-¿Qué ocurre? -Una mujer con la cabeza cubierta con unos pocos rulos y una cofia salió a la puerta mientras arropaba su cuerpo huesudo con una bata descolorida. Miró a Anthony y Dominic-. ¿Qué pasa ahí fuera? -preguntó en tono somnoliento.

-Hay un asesino dentro de la casa -gritó Anthony.

-¿Qué dice? -La mujer ahuecó una de sus manos junto a la oreja-. Hable más alto, joven.

-¡Un asesino! -gritó Anthony mientras pasaba junto a la mujer y entraba en el vestíbulo-. Ha venido a matar a alguien.

-¡Apártese! -ordenó Dominic mientras seguía a Anthony al interior de la casa-. Debemos detenerlo.

-¡Pero, bueno!, ¿qué creen que están haciendo? -La mujer, alarmada, cayó de espaldas-. ¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Ladrones!

Anthony decidió cambiar de táctica.

-¡El fuego! -gritó directamente en el oído de la mujer-. ¡Tenemos que sacar a todos los habitantes de la casa!

-¿Dice que hay fuego? -inquirió ella con expresión de horror.

-¿Hay alguien más aquí? -gritó Dominic.

-El amo. Está arriba, en la cama. -La mujer miró, con indecisión, hacia el techo-. No puede caminar. Quedará atrapado.

-Lo bajaremos -prometió Anthony.

Se dirigió corriendo hacia las escaleras. Dominic lo seguía muy de cerca. Subieron los peldaños de dos en dos y finalmente llegaron a un rellano oscuro.

Anthony vio el resplandor de una vela que surgía de la puerta de un dormitorio situado cerca de uno de los extremos del largo pasillo. Una figura cubierta con una capa apareció en la entrada de la habitación. La luz que brillaba a sus espaldas perfilaba su contorno.

-¡Allí está! -exclamó Anthony mirando a Dominic.

Los dos corrieron hacia allí. El intruso se apartó de la puerta y corrió en dirección opuesta. Cuando llegó al final del pasillo, se dio la vuelta para enfrentarse a ellos mientras el faldón de su capa flotaba a su alrededor.

-Ten cuidado -advirtió Dominic-. Es posible que esconda una pistola.

Ambos redujeron la marcha con cautela. Sin embargo, el intruso no sacó ningún arma; simplemente, abrió otra puerta y desapareció por las escaleras traseras.

-¡Maldita sea! -Anthony volvió a acelerar el paso-. ¡Se nos escapa!

-¡Tony, el dormitorio! -gritó Dominic-. Le ha prendido fuego.

Anthony se dio cuenta de que el resplandor que salía por el hueco de la puerta era demasiado intenso para deberse a la llama de una vela. Se paró de golpe y se volvió hacia el dormitorio. Dominic ya estaba dentro y, con una manta, golpeaba las llamas que ardían en el extremo de una cama con dosel.

Un hombre delgado que llevaba puesto un gorro de dormir estaba acurrucado contra los almohadones y agitaba los brazos con impotencia.

-¡Salvadme! ¡Salvadme! Ella ha intentado asfixiarme. Ha intentado asesinarme en mi propia cama.

Anthony levantó una colcha pesada y Dominic la agarró por el otro extremo; la lanzaron sobre la cama para sofocar las llamas.

El asesino corrió por las calles, aunque apenas era capaz de seguir el recorrido que

tenía en mente. Cuando ya no pudo continuar más, se escondió en un callejón para recuperar el aliento. Se quitó la peluca rubia y la capa y las echó sobre el pavimento.

Respiraba con dificultad, de modo que se quedó quieto un momento mientras intentaba recobrar la calma y la razón. Pero, ¡maldición!, esta vez había escapado por los pelos. El corazón le latía con fuerza y sabía que no se debía sólo a la loca huida. Ya no podía negar el miedo que sentía. Le recorría todo el cuerpo, le nublaba la mente y le hacía sentir ganas de vomitar. «¿A ti también te ocurría lo mismo, Zachary? ¿Alguna vez experimentaste esta sensación de desesperación y angustia?»

Todavía no podía asumir el hecho de que habían estado a punto de pillarlo en plena acción. ¿De dónde habían salido aquellos dos individuos [que habían provocado aquella lluvia de fuego, lo habían perseguido por tolda la casa y lo habían hecho huir antes de terminar su trabajo?

Pero sabía la respuesta. La señorita Emeline y la señorita Priscilla no ^habían dicho más que mentiras con sus lindas bocas. March y su socia no sólo habían realizado importantes progresos en sus investigaciones, sino que, además, lo habían identificado como sospechoso.

Sin duda, March había ordenado a aquellos dos individuos que lo vigilaran. Y ellos lo habían seguido con la esperanza de pillarlo in fraganti.

El juego había terminado. March había ganado.

Pierce miró la capa y la peluca rubia. Eran las únicas pruebas que lo vinculaban con el trabajo fallido de aquella noche. Las dejaría allí. Aunque las encontraran, no podrían relacionarlas con él.

Y no podía asumir más riesgos. March tenía amigos en las altas esferas.

Salió, con cautela, del callejón. Cuando estuvo seguro de que no había nadie por los alrededores, echó a correr de nuevo. Les llevaba una buena ventaja. Aquellos dos hombres tardarían algún tiempo en controlar el fuego y presentar su informe a March. Él, por su parte, sólo necesitaba unos minutos, reflexionó. Le habían enseñado bien el oficio y estaba preparado para cualquier contingencia, incluso el fracaso.

Desaparecería por un tiempo, decidió. Se mudaría a París por uno o dos años. O quizás a Italia. Y cuando regresara lo haría como un caballero. Nadie lo reconocería ni, mucho menos, lo relacionaría con los asesinatos que había cometido aquel verano.

La idea lo tranquilizó mientras cruzaba la ciudad iluminada por la luz de la luna.

Poco después Anthony estaba junto a Dominic y observaba con pesadumbre la oscuridad de las escaleras traseras. Golpeó la pared con la palma de la mano.

-¡Maldición! Hemos estado a punto de atraparlo.

-Cuando se dio cuenta de que despertaríamos a toda la casa con los explosivos prendió fuego al dormitorio para distraernos. -Dominic se pasó los dedos por el pelo-. De este modo, consiguió tiempo de sobra para huir.

-En fin, una cosa es segura: ahora sabe que lo hemos descubierto. Sin duda ya debe de haber desaparecido en los barrios bajos o habrá huido en busca de un lugar seguro donde esconderse.

-No creo que tenga ningún sentido volver a su domicilio -murmuró Anthony-. No estará tan loco como para rondar por allí.

-No me hace mucha ilusión informar a March de que hemos perseguido a nuestra presa y que, al final, la hemos perdido.

-A mí tampoco me hace mucha ilusión comunicárselo. -Anthony crispó los dedos sobre el anillo que había encontrado en la mesilla de noche-. Sin embargo, no tenemos otra alternativa. El maldito peluquero estaba dispuesto a quemar toda la casa y a todos

sus habitantes para escapar con éxito.

-Vamos. -Dominic se alejó de las escaleras-. Tenemos que encontrar a March. Espero que haya regresado de su visita a los barrios bajos.

Anthony se volvió y lo siguió por el pasillo.

El asesino entró en su casa por la puerta trasera, por el mismo sitio por el que había salido poco antes. Permaneció inmóvil en las oscuras sombras respirando con pesadez. El aire le irritaba los pulmones. La rabia y el miedo todavía recorrían todo su cuerpo. Quería golpear alguna cosa.

-¡Maldición! ¡Maldición! ¡Maldición! -gritó hacia la oscuridad.

Se recordó que no podía entretenerse. Tenía que actuar con celeridad. Ya tendría tiempo más tarde para vengarse de March. Ya tendría tiempo para demostrar que March no era imbatible.

Entró en el dormitorio y apartó el cuadro que colgaba de la pared. Apoyó la palma de la mano en un panel de madera y presionó con suavidad. El panel se abrió sin más ruido que el leve susurro de las bien engrasadas bisagras.

Pierce abrió la caja fuerte y sacó una pistola, una carta, el resto de los anillos mortuorios y las joyas y el dinero que sus clientes le habían entregado a cambio de sus servicios.

Su siguiente parada fue el armario ropero. Sólo se llevaría una muda. Odiaba tener que dejar allí sus elegantes trajes, pero no podía permitirse el lujo de cargar con equipaje. Los principios de su formación eran muy estrictos en aquel punto. Cuando era necesario huir, había que hacerlo con el menor peso posible.

Pierce abrió la puerta del armario y se encontró, frente a frente, con su asesino. Y antes de que pudiera reaccionar, éste le puso la pistola en la sien y apretó el gatillo.

29

Tobías levantó el farol para iluminar la puerta trasera del domicilio del peluquero. Anthony y Dominic estaban un poco más atrás y lo observaban con tensión mientras él intentaba girar el pomo de la puerta.

-Está abierta. -Tobias entregó el farol a Dominic y sacó su pistola-Dudo que todavía esté aquí, pero no quiero que os arriesguéis. Quedaos detrás de mí.

-A estas alturas, debe de estar a kilómetros de distancia -refunfuñó Anthony-. Casi lo atrapamos, Tobias.

-Si no se le hubiera ocurrido prender fuego a la casa, lo habríamos pillado -confirmó Dominic.

-Hicisteis lo correcto -replicó Tobias-. No teníais más remedio que apagar el fuego. No os culpéis por la huida de Pierce. Si no hubierais intervenido, ahora sir Rupert estaría muerto. Y me temo que la anciana cocinera también.

Tobias abrió la puerta con tanto ímpetu que golpeó la pared. La luz del farol invadió la cocina. Luego cruzó con cautela la pequeña habitación. Anthony y Dominic lo seguían.

-Dadme el farol -ordenó en voz baja.

Anthony se lo entregó. Tobias lo dejó en el suelo y lo empujó hacia el estrecho pasillo con la punta de la bota. Ninguna sombra se reflejó en la pared. Y tampoco se advertía movimiento alguno en la sala contigua.

Tobías asomó la cabeza. Desde allí podía ver la sala adyacente con claridad. Cuando se convenció de que estaba vacía, salió al pasillo, tomó el farol y se dirigió, pegado a la pared, al dormitorio, que estaba a oscuras.

El olor a muerte reciente llegó hasta él antes de que viera el cadáver sobre el suelo.

-El peluquero todavía está aquí -dijo con rotundidad.

Dominic y Anthony corrieron a su lado y contemplaron la horripilante escena.

-Su cabeza... -murmuró Dominic con un acento extraño en la voz-Su cabeza. ¡Hay

tanta sangre y..., y otras sustancias!

-¡Dios tenga piedad de él! -susurró Anthony.

Tobias cayó en la cuenta de que era la primera vez que aquellos jóvenes se encontraban cara a cara con una muerte violenta.

-¡Quedaos aquí! ¡Los dos! -ordenó.

A continuación entró en la habitación con cautela para evitar borrar alguna huella. Sin embargo, no había huellas de zapatos manchados de sangre ni tampoco trozos de tela que se hubieran desgarrado durante una pelea. Nada indicaba que ninguna otra persona, aparte de Pierce, hubiera estado allí aquella noche.

El peluquero yacía inerte boca abajo sobre un charco oscuro de sangre coagulada; sus dedos, flojos y sin vida, rodeaban la cacha de una pistola.

-Seguramente comprendió que todo había terminado. -Anthony tragó saliva audiblemente-. Debió de darse cuenta de que le pisábamos los talones y de que era sólo cuestión de tiempo que colgara de una soga, de modo que prefirió anticiparse a la horca.

-Se ha quitado la vida. -Dominic se secó la frente con el dorso de la mano-. Ha escogido la salida de los caballeros.

Tobias contempló el cadáver.

-Como su hermano.

Justo antes del amanecer, Lavinia fue con Tobias a comunicar las novedades a Aspasia. Ella bajó las escaleras tan pronto como su somnolienta ama de llaves le informó de que tenía visitas. Era evidente que acababa de levantarse de la cama, pero Lavinia notó que, aun así, iba muy a la moda, con una bata de satén oscura, unas zapatillas blandas de piel de cabritilla y un gorrito de encaje.

-¿Que Pierce se ha pegado un tiro? -Aspasia se dejó caer en el sofá-. ¡Santo cielo! Igual que Zachary.

-Después de que Anthony y Dominic estuvieran a punto de atraparlo in fraganti mientras cometía un crimen, debió de darse cuenta de que todo había terminado -explicó Tobias.

Lavinia lo miró mientras se colocaba delante de la oscura chimenea y notó que estaba tenso.

Ya estaba así, inquieto y meditativo, cuando le abrió la puerta de su casa poco antes. Le sirvió una buena dosis del brandy que él mismo había traído, pero la bebida no mejoró su estado de ánimo. El le contó los sucesos de la noche y ella decidió acompañarlo cuando le dijo que iba a comunicarle la noticia a Aspasia.

-No lo comprendo -declaró Aspasia mientras apretaba con fuerza los bordes de la bata contra su cuello. Parecía desconcertada-. Por lo que me dices, os llevaba ventaja. ¿Por qué, simplemente, no abandonaba el país?

-No pretendo conocer el funcionamiento de su mente -respondió Tobias-. Sin embargo y, desde el primer momento, su intención fue imitar a su hermano. Quizá, cuando se dio cuenta de que lo habíamos descubierto, decidió dejar este mundo de la misma forma que Zachary.

-Por su propia mano. -Aspasia cerró los ojos unos instantes-. ¡Es todo tan espantoso!

-Esta misma noche, Tobias ha estado hablando en los barrios bajos con una anciana que solía vender niños y bebés -explicó Lavinia con voz suave-. Hace varios años, entregó dos niños a un hombre que no tenía hijos propios y quería un par de aprendices para que continuaran su negocio.

-Creo que su cliente era el Portador de la Muerte original -continuó Tobias sin separar la mirada de la fría chimenea-. Y, por lo que parece, sus aprendices siguieron

sus pasos.

-Y, ahora, ambos están muertos -concluyó Lavinia en voz baja.

El destartalado carruaje de alquiler que los había transportado al domicilio de Aspasia los estaba esperando en la calle cuando salieron, al cabo de poco rato. Tobías ayudó a Lavinia a entrar y, a continuación, se sentó frente a ella. A la débil luz de la lámpara del interior, su rostro se veía serio y ceñudo.

-Ya sé que este caso te ha afectado mucho. Pero ahora todo ha terminado.

Cuando el viejo vehículo se puso en marcha, Lavinia se agarró al asa de la portezuela para mantener el equilibrio.

-Así es.

Tobias miró por la ventanilla hacia la noche oscura.

Lavinia percibió las tinieblas que lo atenazaban y supo que corría el peligro de hundirse en su infierno interior.

-Seguro que te sentirás mejor por la mañana -le aseguró.

-Seguro.

Ella buscó en su mente algún otro medio de romper el hielo que lo rodeaba. Sin embargo, no encontró nada útil y decidió tratar la cuestión de una forma directa.

-Muy bien, suéltalo. Estás de un humor pésimo para ser un hombre que acaba de resolver, con éxito, un caso de asesinato. ¿Qué ocurre?

Por unos instantes pensó que él no le respondería, pero finalmente Tobias se volvió hacia ella.

-Pierce no era mucho mayor que Anthony y Dominic -declaró sin énfasis.

De repente, Lavinia lo comprendió.

-Ni mucho más que Ned *el Dulce.* -Alargó los brazos y tomó las grandes manos de Tobias entre las suyas-. Tobias, no puedes salvarlos a todos. Haces cuanto está en tu mano, y es suficiente. Tiene que serlo. Si no aceptas esta verdad, caerás en un estado de desesperación que te impedirá salvar a nadie más.

Tobias cerró con fuerza los dedos alrededor de los de ella. La tormenta que reflejaban sus ojos amenazó con arrastrarla a las profundidades. Él no pronunció palabra, pero, al cabo de un rato, rodeó a Lavinia con sus brazos.

Los dos se abrazaron hasta que el coche de alquiler se detuvo delante del domicilio de ella.

Tobias salió, la ayudó a bajar y la acompañó hasta la puerta. Lavinia abrió su bolsito y sacó la llave.

-Hay algo más -dijo él mientras ella metía la llave en la cerradura.

Lavinia levantó la vista con rapidez.

-¿De qué se trata?

-Este caso no ha terminado.

-Pero..., Pierce se ha quitado la vida. ¿Qué más podemos descubrir?

-La identidad del Portador de la Muerte.

-Pero, Tobias, tú mismo dijiste que es probable que haya muerto o, si no, que sea muy viejo. ¿Por qué sientes que debes encontrarlo?

-Quiero saber quién es el responsable de que dos niños se convirtieran en asesinos profesionales.

30

Al día siguiente, por la tarde, Lavinia vio la lámpara en el escaparate. Se trataba de una bella pieza, imitación de una antigüedad romana. El relieve tallado del pie representaba la historia de Alejandro cuando cortaba el nudo gordiano.

Era perfecta.

Sin dudar ni un instante, Lavinia entró en la tienda.

-Se trata de una lámpara Wedgwood -le explicó el tendero-. Es preciosa, ¿no cree? El objeto perfecto para el estudio de un caballero.

Lavinia sostuvo la lámpara en la mano unos instantes y la contempló con placer mientras se imaginaba cómo quedaría en el escritorio de Tobias.

-Sí, quedará muy bien -dijo.

Unos minutos más tarde estaba otra vez en la calle con la lámpara envuelta en varias capas de papel protector y atada con un cordel. Lavinia la colocó en el cesto, entre los melocotones maduros que, por capricho, había comprado al frutero de la esquina. Al menos constituirían un agradable cambio frente a las grosellas.

Se demoró un instante para abrir la sombrilla.

Al final de la calle, Aspasia Gray, vestida con un deslumbrante traje de paseo y unos preciosos botines de piel de cabritilla, bajó de un elegante carruaje. A continuación se dirigió hacia la tienda de un modisto.

Lavinia la vio desaparecer en el interior del comercio. De forma instintiva, decidió regresar a Claremont Lane por un camino distinto al habitual.

Sin duda, aquélla no era la idea más brillante que había tenido en su corta carrera de detective privado, pensó Lavinia cuando se encontró en el parque, frente a la casa de Aspasia. Sin embargo, no podía desecharla. Su intuición, en pleno auge, la acuciaba.

Entonces se dio cuenta de que Tobías no era el único obsesionado con la idea de que aquel caso todavía no estaba cerrado. Ella también se había despertado con aquella sensación.

En el parque sólo había una persona. Se trataba de un hombre de edad que dormitaba en un banco de hierro forjado. Sus manos enguantadas reposaban sobre el puño del bastón que sostenía entre las rodillas.

Cuando pasó por su lado, el anciano abrió los ojos y la miró con un disimulo educado y una apreciación masculina. Ella dedujo que de joven había sido un seductor.

-No hay nada más hermoso que una mujer pelirroja en un parque durante una tarde de verano -comentó el hombre con voz grave-. Le deseo un buen día, señora.

Lavinia se detuvo y sonrió.

-Buenos días para usted también, señor. No era mi intención despertarlo.

Él sacudió una mano con un gesto de gran elegancia.

-No me importa en absoluto que me despierten. Mis sueños son los de un anciano y, por lo tanto, no tienen gran trascendencia.

-Tonterías. Todos los sueños son importantes. -De forma impulsiva, Lavinia hurgó en el cesto, sacó un melocotón y se lo tendió al anciano-. ¿Le apetece? No he podido evitar comprarlos. ¡Son tan carnosos y jugosos!

-Es usted muy amable. -El cogió el melocotón que Lavinia le ofrecía y lo observó sonriendo para sí-. Disfrutaré mucho comiéndolo.

-Eso espero. Y no vuelva a pensar que sus sueños no son importantes.

-¿Aunque sean sueños de mi juventud que no se hicieron realidad?

Ella reflexionó por un instante en sus palabras.

-Resulta maravilloso cuando los sueños se hacen realidad, pero lo cierto es que no ocurre muy a menudo, ¿no cree?

-Así es.

-Quizá sea mejor así. No todos los sueños son buenos. Algunos es mejor que no se cumplan, y otros no los soñamos para que se hagan realidad.

-No discutiré sus palabras -murmuró él-. Sin embargo, desde la perspectiva de la edad, permítame decirle que merece la pena asumir el riesgo que implica hacer realidad algunos sueños.

-Lo creo. -Lavinia titubeó-. Quizás, al final, lo que importa de verdad es que hicimos algo para conseguir que nuestros mejores sueños se convirtieran en realidad. Y, aunque no lo consigamos, tendremos la satisfacción de saber que no fue porque nos faltó la fuerza de voluntad y la determinación.

-¡Ah, una filósofa como yo! -Él sonrió-. No podría estar más de acuerdo con usted, querida. Sin duda sería muy triste mirar atrás, al final de nuestra vida, y saber que no asumimos algunos riesgos, ¿no es cierto?

Lavinia se sintió paralizada por la mirada de los vividos ojos azules de aquel hombre.

-Algo me dice, señor, que si sus sueños fracasaron no fue porque le faltara empeño.

-Y algo me dice a mí, querida, que en este aspecto somos iguales. -El hombre se sacó una navaja del bolsillo y empezó a pelar el melocotón-. Me alegro de que todavía tenga usted muchos años para dar forma a sus sueños. En cuanto a mí, el médico me ha dicho que sólo me quedan unos seis meses. Por lo visto, tengo el corazón débil.

Lavinia frunció el ceño.

-¡Bah!, no haga caso de los médicos. Cuando se trata de predecir este tipo de cosas, la mayoría de las veces se equivocan. Nadie sabe el tiempo que nos queda.

-Cierto.

El anciano mordió el melocotón y entrecerró los ojos con un placer casi sensual.

-En la calle Wren hay una herbolaria llamada señora Morgan -comentó Lavinia-. Mi madre siempre decía que sabía más que cualquier médico. Le sugiero que vaya a verla y le explique sus síntomas. Quizás ella pueda recetarle un tónico que le ayude.

-Gracias por su consejo. Lo seguiré. -Mordió otro pedazo de melocotón-. ¿Ha venido para disfrutar del sol?

-Bueno, no exactamente. -Lavinia miró hacia la puerta de la casa de Aspasia-. He venido a visitar a alguien que vive aquí, en la plaza.

Él siguió su mirada con los ojos entrecerrados.

-¿Se refiere al número diecisiete?

-En efecto.

Él volvió a prestar atención al melocotón.

-La dama que vive allí ha salido. La he visto irse en su carruaje hace poco.

-¿De verdad? -murmuró Lavinia con voz suave-. ¡Qué lástima! Por lo visto se me ha escapado por poco. Bien, entonces, dejaré mi tarjeta al ama de llaves.

-El ama de llaves tampoco está -dijo él mientras mordía, con placer, otro pedazo de melocotón-. Un chico llamó a la puerta y debió de entregarle un mensaje, porque, poco después, ella salió a toda prisa.

-Vaya.

Lavinia había planeado entrar en la casa con la excusa de que tenía noticias importantes para Aspasia y que esperaría su regreso. «No es necesario que me haga pasar a la sala. La librería o el estudio de la señora Gray serán suficientes para mí.» Una vez en el interior, esperaba tener la oportunidad de curiosear un poco cuando el ama de llaves se retirara a la cocina para preparar un té. Además, un visitante podía usar la excusa de que necesitaba ir al lavabo.

Sin duda, el plan era poco meditado y ella no tenía ni idea de lo que esperaba encontrar. Sin embargo, sentía el impulso de saber más cosas sobre Aspasia Gray.

-No hay nadie en la casa -le comunicó el anciano mientras arqueaba sus espesas cejas-. Creo que tendrá que regresar en otra ocasión.

-Así es. -Lavinia dio un paso atrás-. Bien, debo irme. No olvide la herbolaria de la calle Wren.

-No lo haré. -El hombre volvió a guardarse la navaja en el bolsillo-Y tampoco olvidaré nuestra pequeña charla sobre los sueños.

-Yo tampoco. Que tenga un buen día, señor.

Lavinia le sonrió y se alejó. A continuación, cruzó la calle y caminó hasta la esquina. Una vez allí, se detuvo y miró por encima del hombro. El anciano había terminado el melocotón y se había adormecido otra vez.

Lavinia tomó, a toda prisa, el estrecho callejón que conducía a la parte trasera de las casas y contó los muros de los jardines hasta que llegó al que correspondía al número diecisiete.

La verja estaba cerrada con un pestillo por lado interior y el muro de piedra que cercaba la casa sobrepasaba su altura en varios centímetros. Si quería saltarlo, tenía que encontrar alguna cosa para encaramarse.

Lavinia miró alrededor y vio una vieja escalera que, sin duda, algún jardinero había olvidado. Sólo tardó unos segundos en apoyarla contra el muro de piedra del número diecisiete. Lavinia subió los peldaños con rapidez, miró al otro lado del muro y vio un banco situado en un lugar muy conveniente para sus propósitos.

Todo estaba en calma y en silencio en la parte trasera del número diecisiete. Lavinia se acercó a la puerta de la cocina y abrió su bolsito para sacar sus ganzúas nuevas.

Se sintió apesadumbrada al comprobar que tardaba mucho más tiempo que Tobías en forzar la cerradura. Sin embargo, al final, oyó el satisfactorio «clic» que indicaba que había tenido éxito. Contuvo el aliento unos segundos, abrió la puerta y entró con cautela en el vestíbulo trasero de la casa. A su izquierda había una escalera estrecha para los sirvientes. Lavinia sintió una atracción irresistible.

La intuición le decía que, si Aspasia Gray tenía algún secreto, lo escondía en la planta de arriba, en sus habitaciones privadas.

Tobias se sentó ante su escritorio y abrió el libro de cuentas que había pertenecido al fabricante de pelucas asesinado. No sabía qué esperaba descubrir ahora que no hubiera descubierto cuando lo examinó por primera vez, pero estaba seguro de que había pasado por alto algo importante.

La noche anterior le había dicho a Lavinia que quería averiguar quién había enseñado a matar a Zachary Elland y a Pierce. Sin embargo, más tarde, mientras dormía, soñó con pelucas, con el libro de cuentas y con Pierce, que le entregaba a Lavinia una de sus tarjetas.

Cuando se despertó, poco antes del amanecer, tuvo el convencimiento de que el caso todavía no había terminado. Había otro asesino..., y pronto volvería a matar.

Emeline estaba con Priscilla en el vestíbulo del instituto y miraba cómo Anthony y Dominic subían las escaleras.

Los dos vestían, de nuevo, a la última moda, y no parecía haber ningún signo de hostilidad entre ellos. Sin embargo, enseguida se dio cuenta de que algo iba mal, pues los dos se movían de una forma lenta y pesarosa.

-Parece como si les hubieran pedido que excavaran tumbas -comentó Priscilla.

Emeline se acordó de que Lavinia le había contado que los dos estaban con el señor March cuando encontraron el cadáver del peluquero.

-La escena del dormitorio del señor Pierce debió de ser bastante terrorífica.

Priscilla tragó saliva.

-No me extrañaría que no estuvieran de humor para asistir a una conferencia científica en estos momentos. A mí tampoco me entusiasma la idea. Resulta inquietante imaginar el cuerpo del señor Pierce en el suelo sobre un charco de sangre, ¿no crees? Era muy joven y atractivo, y tenía mucho talento.

-Así es. Y si es duro para nosotras, no puedo ni imaginar cómo se sintieron Anthony y Dominic ayer por la noche. Sé que ambos perdieron a personas que amaban en el pasado, pero Tobias le dijo a Lavinia que ninguno de los dos había presenciado una muerte tan violenta y sangrienta como ésta hasta ahora.

-Propongo que renunciemos a la conferencia y busquemos un lugar donde beber una limonada y charlar con tranquilidad -sugirió Priscilla.

-Excelente idea.

La entrada del diario era tan escueta que resultaba exasperante.

«Una peluca de media melena de cabello rubio.»

El precio y la fecha de la venta estaban anotados con claridad, pero no había ningún dato referente a la identidad de la persona que la encargó. Tobias estudió la fecha un rato largo. No había ninguna duda de que se vendió dos días después de la fiesta de los Beaumont. El asesino no pudo llevarla en el castillo.

Tenía que existir una venta anterior de una peluca rubia. No había ninguna otra razón para que mataran al fabricante de pelucas. Quizá Swaine había olvidado anotar el color del cabello de una de sus transacciones. En lugar de buscar las ventas de pelucas rubias, quizá debía examinar todas las anotaciones, una por una, y comprobar si se le había escapado algún dato significativo.

Las damas que seguían la moda empleaban diversos e imaginativos nombres para describir el color de los vestidos, reflexionó Tobias. El había oído a Lavinia y a Emeline utilizar expresiones como «llama rusa», «aurora» o «pomona» al referirse a los tonos y colores de moda. Quizás el fabricante de pelucas había utilizado una palabra distinta a «amarilla» o «rubia» para describir una peluca de color claro.

La mirada de Emeline se cruzó con la de Priscilla a través de la mesa y Emeline asintió levemente con la cabeza. Priscilla le respondió con un gesto de reconocimiento. Renunciar a la conferencia había sido la decisión correcta.

Anthony y Dominic estuvieron de acuerdo con el cambio de planes y las acompañaron al pequeño comercio en el que pidieron vasos de limonada y tartas. Sin embargo, los dos estaban bastante apagados. La conversación, como mínimo, resultó forzada, hasta que Emeline se decidió a pedirles una narración completa de lo ocurrido la noche anterior.

-Tenemos derecho a saberlo -dijo con suavidad-. Después de todo, Priscilla y yo hemos estado involucradas en la investigación.

Lo que ocurrió a continuación fue como si una presa se hubiera resquebrajado. Anthony y Dominic se pusieron a hablar y se turnaron para relatarles lo sucedido de principio a fin. Hasta que llegaron a la última escena.

-Había mucha sangre. -Anthony crispó los dedos alrededor de su vaso-. Resultaba difícil creer que hubiera tanta.

Dominic fijó la vista en su limonada.

-El señor March le dio la vuelta al cadáver para examinar la herida. Yo no podría haberlo hecho.

-El señor March ha visto cadáveres por muerte violenta en varias ocasiones -indicó Emeline-. Supongo que ha aprendido a fortalecerse ante este tipo de visiones.

-Y el olor... -murmuró Anthony.

Priscilla apretó las manos sobre su regazo.

-No me imagino lo que es apuntarse con una pistola en la cabeza y apretar el gatillo.

Dominic no dijo nada. Seguía cavilando mientras contemplaba su vaso de limonada.

-Todavía tenía la pistola en la mano cuando lo encontramos -explicó Anthony. A continuación miró sus dedos, que apretaban el vaso de limonada.

Todos siguieron su mirada. Nadie pronunció palabra durante unos segundos, sólo miraron, de forma morbosa, la mano derecha de Anthony.

Una punzada de terror recorrió el cuerpo de Emeline, que no podía separar los ojos de los dedos de Anthony.

-¿Qué mano? -susurró ella.

Anthony levantó la vista con una expresión burlona en el rostro.

-¿Disculpa?

-Tú sostienes el vaso con la mano derecha. -Emeline tragó saliva-. ¿Es así como encontrasteis al señor Pierce ayer por la noche? ¿Con la pistola en su mano derecha?

-Sí -respondió Anthony.

Priscilla se quedó inmóvil.

-¿Estás seguro de que era la mano derecha?

-La pistola cayó al suelo, al lado de su cabeza. -Dominic levantó la mano derecha para demostrar lo que explicaba-. Así.

Emeline miró a Priscilla y notó que ella tenía la misma idea sorprendente que había acudido a su mente.

-¡Dios mío! -exclamó Priscilla-. Algo va realmente mal.

Tobias volvió a recorrer, con el dedo, la lista de ventas que Swaine había realizado el día de la fiesta en el castillo Beaumont. Una vez más su dedo se detuvo, paralizado, a mitad de la página.

Estudió la anotación de una venta en particular con tanta atención como si estuviera escrita en un código secreto. Ahora sabía cómo debió de sentirse Alejandro cuando renunció a seguir intentando deshacer el nudo gordiano y lo cortó de cuajo.

-Sí. -Cerró el diario de cuentas y se puso de pie. La sensación intensa de que una fatalidad inminente se cernía sobre él lo inundó-. Claro.

Justo cuando iba a ponerse el abrigo, Tobias oyó el ruido de unos pasos en el pasillo. Anthony no había corrido de aquella manera en el interior de la casa desde que era un niño. Había alguien más con él. Sin duda se trataba de Dominic. Aquellos dos se estaban convirtiendo en inseparables con rapidez.

La puerta del estudio sé abrió de golpe. Anthony y Dominic entraron a toda prisa. Parecían dos cartuchos de fuegos artificiales a punto de explotar.

-¡Tobias! ¡Era zurdo! -exclamó Anthony.

-Emeline y Priscilla están seguras. -Dominic se detuvo de golpe-.

Pasaron toda una tarde con él, cuando las peinó, y recuerdan con exactitud que el señor Pierce era zurdo.

-Gracias, caballeros. -Tobias abrió uno de los cajones del escritorio y sacó una pistola-. Vuestra información concuerda con mis recuerdos. Cuando el señor Pierce le entregó a la señora Lake una de sus tarjetas, utilizó la mano izquierda. No, el peluquero no se ha suicidado. Lo han asesinado, como hicieron con Zachary Elland hace tres años.

-¿Adonde vas?

-A continuar con mi investigación. -Tobias rodeó el escritorio y fue en dirección a la puerta-. Este asunto no ha concluido, ni mucho menos. Necesito vuestra ayuda una vez más.

-Cuenta con ello-dijo Anthony.

-¿Qué quiere que hagamos? -preguntó Dominic.

La impresión que la revulsiva escena de la noche anterior les había causado estaba desapareciendo con rapidez, pensó Tobias. Quizás ambos estaban hechos para aquel trabajo.

-¿Dónde están la señorita Emeline y la señorita Priscilla?

-Se han quedado en el bar.

-Regresad allí y recogedlas de inmediato. Después, acompañadlas a casa de la señora Lake. -Tobias recorrió con ligereza el pasillo-. Quedaos allí con ellas y no perdáis de vista a ninguna de las damas hasta que os diga que están a salvo.

Whitby, con una expresión estoica en el rostro, ya había abierto la puerta principal. Tobias cruzó el umbral y bajó los escalones de entrada.

-¿Qué sucede? -Dominic lo seguía de cerca-. ¿Cree usted que están en peligro?

-Así es -respondió Tobias-. Sobre todo la señora Lake.

El anciano levantó la vista hacia la mujer que se había detenido delante del banco.

-No hay nada más maravilloso que una mujer hermosa que pasea por el parque en un día soleado -murmuró.

-Dudo que haya podido hacer otra cosa salvo mirar a las mujeres en varias décadas, señor -respondió ella con frialdad.

El se encogió de hombros.

-Todavía tengo unos cuantos sueños.

-Sin duda son tan marchitos y débiles como usted.

-Quizá tenga razón. El médico me ha dicho que sólo me quedan seis meses. Tengo el corazón débil, ¿sabe?

Aspasia Gray metió la mano en el bolsito y sacó una pistola.

-En este caso, estoy convencida de que no le importará hacerle un último favor a una dama antes de estirar la pata.

Lavinia abrió el último cajón que había al fondo del armario ropero y encontró la peluca rubia. La satisfacción le iluminó el rostro.

-Sabía que tenía que estar en alguna parte.

Sin embargo, la peluca, por sí sola, no constituía una prueba de asesinato, reflexionó Lavinia. Necesitaba más. Sobre todo algo que relacionara a Aspasia con los sucesos del pasado. De todos modos, la peluca era un comienzo. Estaba ansiosa por contárselo a Tobias.

Entonces oyó el ruido amortiguado de la puerta principal al abrirse.

Sintió un hormigueo en las palmas de las manos. Durante uno o dos segundos, fue incapaz de moverse o respirar. A continuación, venciendo el miedo que la paralizaba, se levantó y se volvió hacia la puerta. Quienquiera que hubiere entrado lo había hecho por la puerta principal. Lavinia se movió despacio. Podía salir por el mismo camino que había utilizado para entrar, por las escaleras traseras. Cruzó la habitación y se detuvo junto a la puerta para escuchar.

-Ya sé que estás ahí arriba, Lavinia -gritó Aspasia desde el pie de las escaleras-. Sal de inmediato o le meteré una bala en la cabeza al anciano. Esto acabaría con sus sueños obsoletos de una vez por todas, ¿no crees?

Una sensación de mareo e ingravidez se apoderó de Lavinia. Aspasia había tomado al anciano como rehén.

-Desde el primer momento supe que me pondrías las cosas difíciles -declaró Aspasia-. Nunca te he importado mucho, ¿no es así? Por esto contraté a un par de golfillos para que te siguieran durante el día de hoy. A pesar de que el asunto del Portador de la Muerte, supuestamente, había terminado. Cuando vieron que salías de la tienda y te dirigías hacia mi casa, vinieron a informarme.

Su voz sonaba más cercana. Lavinia oyó unos pasos sordos y pesados y se dio cuenta de que Aspasia obligaba al anciano a subir las escaleras.

Lavinia se quitó el colgante de plata y lo sostuvo de la cadena con una mano. Salió al pasillo y avanzó para mirar por encima del pasamanos.

Cuando miró hacia abajo, sus temores se vieron confirmados. Aspasia y el anciano estaban, más o menos, a mitad de las escaleras, y ella le apuntaba con una pistola en la sien.

El anciano respiraba con dificultad. El aire le quemaba los pulmones. Con una mano se sujetaba al pasamanos y, con la otra, se apoyaba en su bastón.

Se detuvo y miró a Lavinia.

-Discúlpeme, querida -consiguió balbucear.

-Déjalo ir, Aspasia. -Lavinia movió la mano un poco para que el colgante con la figura de Minerva reflejara la luz que entraba por las ventanas que iluminaban el hueco de la escalera-. Él no puede hacerte ningún daño.

Aspasia pareció divertida.

-Desde luego que no puede hacerme ningún daño, pero en este momento me resulta útil. Durante los últimos días he aprendido muchas cosas sobre ti. Tienes mucho en común con Tobias. Los dos sois personas nobles y jamás permitiríais que otra persona muriera en vuestro lugar para poder huir.

-Yo no huyo, Aspasia. -Lavinia balanceó el colgante de forma que pareciera un acto del todo casual, como si ni siquiera se acordara de que lo tenía en la mano. Pero se aseguró de que brillara y centelleara a la luz del sol-. ¿Lo ves? No me muevo de aquí.

Puedes dejarlo ir.

-Todavía no. -Aspasia frunció el ceño mientras miraba el colgante y sacudió la cabeza. Era como si, al ver el oscilante objeto de plata, se sintiera confusa. A continuación, empujó al anciano con la pistola-. No hasta que estemos más cerca. Las pistolas no son de fiar a esta distancia, ¿sabes?

-Tú sí que lo sabes, ¿no es cierto? -preguntó Lavinia-. De hecho, eres una experta. ¿A cuántas personas has asesinado, Aspasia?

-¿Contando las muertes que Zachary y yo planeamos juntos? -replicó Aspasia mientras reía con suavidad-. En total, trece.

-Un número desafortunado -dijo el hombre casi sin aliento.

-¡Usted cállese, insensato! -Aspasia apretó el cañón de la pistola contra la sien del hombre-. Si no quiere que apriete el gatillo ahora mismo.

-¡No! -Lavinia se asomó por encima del pasamanos y balanceó el colgante con un movimiento uniforme-. Aspasia, mírame. Escúchame. El no tiene nada que ver en este asunto. Puedes dejarlo marchar.

-Yo le aconsejo que huya. -El anciano se detuvo una vez más mientras se apoyaba en el pasamanos y respiró entrecortadamente-. Por lo que veo, sólo tiene una pistola. Usted podría escapar mientras la recarga, después de dispararme.

-Le advertí que no abriera la boca. -Aspasia levantó la pistola e hizo ademán de golpearlo con la culata.

-Tú mataste al peluquero ayer por la noche, ¿no es cierto? -preguntó Lavinia a toda prisa para distraerla.

-Así es. -Aspasia bajó la mano en que sostenía la pistola y miró fijamente el centelleante collar de plata-. No tuve más remedio. Me estaba haciendo chantaje. Tenía que dejar el primer pago, de los muchos que sin duda pensaba exigirme, en un callejón, cerca de la calle Bond. Como si fuera una de sus dientas, ¿puedes imaginártelo?

Lavinia vio una sombra que se movía en la planta de abajo. Su primer pensamiento fue que se trataba de un juego de la luz. Sin embargo, se animó un poco.

De repente, le pareció vital que Aspasia siguiera hablando.

-¿Por qué te chantajeaba el señor Pierce? -preguntó Lavinia. El colgante continuaba describiendo un leve arco-. ¿Qué es lo que sabía de ti?

Aspasia esbozó una sonrisa resplandeciente.

-¿Quieres decir que todavía no lo has supuesto? Me decepcionas, señora Lake. Yo no era sólo la amante de Zachary, sino también su socia.

Lavinia se quedó atónita.

-¿Su socia?

-¿Por qué te resulta tan extraño? Tú y el señor March también sois socios, ¿no es cierto? Por desgracia, Zachary mantuvo alguno de sus secretos hasta el final. Por lo visto, tomó la precaución de escribir una carta. En aquel documento revelaba mi relación con sus negocios. Por una razón que desconozco, la carta desapareció durante un tiempo. Sin embargo, llegó a manos de una persona no hace mucho.

-¿Por qué te convirtió Elland en su socia?

Aspasia esbozó una gélida sonrisa.

-Porque me quería y reconoció en mí a su alma gemela.

-Tobias tenía razón en esto.

-¿Sabes? Zachary casi disfrutó de su trabajo como espía. Creo que, de hecho, se consideraba una especie de héroe. Sin embargo, por desgracia, este tipo de trabajo no está bien retribuido. En realidad no está retribuido en absoluto. De modo que Zachary continuó ejerciendo su oficio mientras prestaba sus servicios a la Corona y a su país.

-¿Tú lo ayudaste?

-Zachary disfrutó enseñándome su oficio y yo descubrí que me encantaba la emoción que acompaña a semejante trabajo. Ningún elixir o droga puede compararse a la intensa excitación y la sensación de poder que se experimenta al matar.

-Pero si lo amabas y erais socios, ¿por qué lo mataste? -preguntó Lavinia.

-Zachary empezó a exponerse demasiado en la partida que jugaba contra March. En su mente, eran dos jugadores consumados de ajedrez enzarzados en el último duelo. Sin embargo, percibí que March se acercaba con rapidez. Insistí en que nos libráramos de él. Zachary y yo discutimos sobre esta cuestión, pero no me escuchó. Estaba convencido de que podía seguir despistando a su cazador. Sentía una extraña obsesión por March. Creo que quería demostrarse a sí mismo que era mejor que éste.

-Pero tú sabías que era sólo cuestión de tiempo que Tobias consiguiera que lo acusaran de asesinato, ¿no es así?

-En efecto. Y también sabía que, cuando esto ocurriera, mi conexión con algunos de los asesinatos saldría a la luz. Pensé en matar a Tobias yo misma, pero al final decidí que sería más sencillo, y mucho más seguro, librarme de Zachary.

-Y cuando lo hiciste te mudaste a París.

-Pensé que sería mejor marcharme de Inglaterra durante un tiempo. -Aspasia sonrió-. Quería que Tobias se olvidara de todas las preguntas molestas que pudieran llevarlo hasta mí. Hace unos dos meses regresé a Londres para reanudar mi vida.

-¿Y también tu carrera como asesina?

-Para mí constituye un deporte, no una profesión -reconoció Aspasia-. En París lo practiqué en varias ocasiones y tenía planeado continuar con mi pasatiempo aquí, en Londres. Estas pequeñas aventuras constituyen un revulsivo muy efectivo contra el hastío. Pero entonces, la mañana de la fiesta Beaumont, recibí la primera nota de chantaje y el maldito anillo.

De repente, Lavinia comprendió lo que había pasado después.

-Sin embargo, no sabías quién era el chantajista, ¿no es cierto? De modo que contrataste a Tobias para que lo identificara.

-Todos tenemos nuestros propios talentos. Yo soy una experta en asesinar, pero debo admitir que no tengo ninguna habilidad en el proceso de investigar.

-Y, ¿qué ocurrió ayer por la noche? -preguntó Lavinia.

-Cuando identificasteis a Pierce como el asesino, contraté a unos pilluelos para que vigilaran su domicilio. De hecho, eran los mismos que te han seguido a ti hoy. En cualquier caso, cuando Pierce salió para ejecutar su encargo, me lo comunicaron. Entonces yo me dirigí a su casa para buscar la carta de Zachary.

-Pero no la encontraste.

-No. Encontré un escondrijo en el suelo, pero estaba vacío. Así que decidí esperar a Pierce. Quería obligarlo a que me revelara dónde guardaba la carta, de modo que me escondí en el armario. Cuando llegó, lo oí respirar con dificultad y supe que algo había sucedido. Lo observé a través de una rendija de la puerta del armario y lo vi abrir otra caja fuerte. Era justo lo que necesitaba. De modo que, cuando abrió la puerta del armario, le disparé, tomé la carta y me marché.

El anciano se apoyaba con pesadez en la barandilla de la escalera intentando respirar con regularidad. La sombra del piso de abajo volvió a moverse. Lavinia vio aparecer a Tobías, que se acercaba al pie de las escaleras. Sostenía una pistola en la mano.

-De todos modos, cometiste un par de errores, Aspasia -dijo él.

-¡Tobias! -Aspasia se volvió un poco con los ojos muy abiertos por la impresión-. ¿Cómo has...?

Lo que pasó a continuación sucedió en un abrir y cerrar de ojos. El anciano se enderezó con la velocidad de una víbora, describió un arco corto y brutal con el bastón y

golpeó a Aspasia en la nuca. El golpe produjo un ruido sordo y escalofriante.

Ella se inclinó hacia delante como si cayera a cámara lenta. Su pistola se disparó al aire y el humo, el estruendo y el olor de la pólvora quemada se extendieron por la casa.

Aspasia se precipitó de cabeza por las escaleras y se golpeó, de una forma contundente, con todos los escalones. Tobias se apoyó contra la pared para evitar que ella lo arrollara en su caída.

Lavinia estaba tan absorta viendo caer a Aspasia que no se dio cuenta de que el anciano subía con ligereza los escalones hasta que llegó al rellano y se detuvo junto a ella.

-Señora Lake -dijo-, está usted hecha de la misma materia que los sueños. -Sonrió-. Si tuviera treinta años menos, le aseguro que esta situación habría acabado de una forma muy distinta.

Ella lo miró sin poder pronunciar ni una palabra.

El anciano miró a Tobias, que subía las escaleras con la pistola en la mano.

-O quizá no -continuó el anciano con sequedad-. El señor March es digno de usted. Me habría gustado tomarlo como aprendiz hace años. Habría sido un buen heredero de mi negocio. -A continuación se tocó el ala del sombrero con los dedos-. Que tenga un buen día, señora. Espero que recuerde nuestra charla sobre los sueños de vez en cuando.

El anciano pasó, a toda prisa, junto a ella, abrió la puerta que comunicaba con las escaleras traseras y desapareció.

Lavinia se sintió sorprendida y aliviada al ver que Tobias no lo perseguía. Cuando éste alcanzó el extremo superior de las escaleras, se detuvo al lado de Lavinia y bajó la pistola con lentitud.

Juntos observaron el lugar por donde el anciano había desaparecido.

-¿Estás bien? -preguntó él con suavidad.

-Sí. -Lavinia se tranquilizó-. ¿Y Aspasia?

-Está muerta. Sospecho que tenía el cuello roto incluso antes de caer escaleras abajo.

Lavinia tragó saliva con dificultad mientras pensaba en la rapidez y la fuerza del golpe que había hecho caer a Aspasia.

-Tobias, ese hombre no será quien yo creo que es -susurró.

Tobias pasó junto a ella y sostuvo un objeto diminuto que había a sus espaldas, encima del pasamanos. Sostuvo el anillo entre el índice y el pulgar. Una calavera brilló a la luz del sol mientras le hacía una mueca.

-Creo que podemos felicitarnos, querida -contestó Tobias en voz baja-. Me parece que acabamos de conocer al legendario Portador de la Muerte y vivimos para contarlo.

31

Se encontraban reunidos en el elegante salón amarillo, verde y dorado de Joan. Tobias y Vale estaban apoyados en la pared, cerca de las ventanas. Lavinia estaba sentada en el sofá, frente a su anfitriona.

-Mis condolencias por la pérdida de su dienta -dijo Vale a Tobias-Supongo que, dadas las circunstancias, no podrá usted cobrar sus honorarios.

-Así es, por desgracia -repuso Tobias en tono grave-. Hemos perdido nuestros honorarios, pero al menos no me he quedado sin socia.

Lavinia simuló no haber oído aquel comentario. Desde los sucesos de la tarde anterior, Tobias no había dejado escapar ninguna oportunidad para soltar afilados comentarios sobre lo cerca que Lavinia había estado de sufrir una desgracia.

-Hay un par de cosas que todavía no comprendo. -Joan tendió a Lavinia una taza de té-. Cuéntame más cosas de las pelucas.

-Nunca sabremos dónde consiguió Pierce la peluca rubia que utilizó en el castillo Beaumont -explicó Lavinia-. Desde el primer momento, advertí a Tobias que podía resultarnos difícil averiguar de dónde procedía. Yo, personalmente, me inclino a pensar que Pierce la compró en París. Según les contó a Emeline y Priscilla, aprendió el arte de la peluquería allí. Lo único que sabemos es que utilizó una peluca rubia. Y Aspasia también lo sabía, porque se lo dijimos. Cuando regresó a Londres, enseguida decidió que yo constituía una molestia de la que podía prescindir. Entonces compró una peluca rubia, se fue a los barrios bajos y contrató a un delincuente para que me asustara.

-Se aseguró de que Ned *el Dulce* veía su cabello y, así, si lo pillábamos, pensaríamos que lo había contratado el Portador de la Muerte -continuó Tobias.

-¿Y qué hay de la tienda de Swaine? -preguntó Vale.

-Ayer, por fin, después de repasar su diario por segunda vez, conseguí que todo tuviera sentido -explicó Tobias-. Yo buscaba la anotación de la venta de una peluca rubia anterior a la fiesta del castillo Beaumont. Sin embargo, encontré dos transacciones muy interesantes. Una era la venta de una peluca rubia realizada dos días después del asesinato.

-¿Y la otra? -soltó Joan.

-La otra era la venta de una peluca de cabello negro realizada el mismo día de la fiesta -dijo Tobias con voz suave-. La anotación del fabricante de pelucas decía: «Una peluca negra de estilo egipcio.»

-Tobias se dio cuenta de que Aspasia había estado en la tienda al menos una vez -explicó Lavinia.

Vale arqueó las cejas.

-¿Y esto fue suficiente para hacerle sospechar que era una asesina?

-El hecho de que hubiera comprado la peluca de Cleopatra al único fabricante que murió en circunstancias misteriosas durante la investigación me pareció algo más que una mera coincidencia.

Vale sonrió.

-Tal como lo cuenta, entiendo su punto de vista.

-De repente, la venta de una peluca rubia dos días después del asesinato cobró un nuevo significado -declaró Tobias-. Y también el hecho de que fue la cita con Aspasia lo que llevó a Lavinia al cementerio. Además, aunque tarde, recordé que Pierce era zurdo. Anthony y Dominic Hood confirmaron este hecho. Y como la pistola con la que Pierce, supuestamente, se había disparado estaba en su mano derecha, supuse que había otro asesino.

-Tobias decidió que Aspasia era la única persona relacionada con este caso que, además de estar relacionada con los sucesos de hace tres años, sabía que habíamos llegado a la conclusión de que el peluquero era el nuevo Portador de la Muerte.

-Cuando uní estos detalles a otro hecho curioso, las piezas del rompecabezas encajaron-explicó Tobias.

Vale parecía interesado.

-¿Cuál es ese hecho curioso?

-Nunca llegué a comprender por qué el asesino envió el anillo mortuorio a Aspasia. Al principio, deduje que quería retarme. Parecía obsesionado con emular a Elland y pensé que era posible que me culpara de haber empujado a Zachary al suicidio. Sin embargo, ¿por qué había de acosar a Aspasia? Ella alegaba que era porque había sido su amante. Y, aunque es cierto que no se puede esperar que un asesino razone con lógica, aquello no tenía mucho sentido para mí.

-Comprendo. -Vale lo observó-. El asesino estaba obsesionado con la idea de que usted era su oponente. ¿Por qué habría de preocuparse por la amante de su hermano? A menos, claro, que pensara obtener algún beneficio.

-Tenía una razón para enviar el anillo a Aspasia -anunció Lavinia-Era una manera de asegurarle que conocía sus secretos y, así, poder chantajearla.

-Muy bien -dijo Joan-. Entiendo por qué corrió usted a casa de Aspasia ayer por la tarde, Tobias. -A continuación, miró a Lavinia-. Pero ¿qué te empujó a ti a registrar su domicilio?

-Excelente pregunta. -Tobias miró a Lavinia con ojos sombríos-. Le aseguro que yo también se lo he preguntado.

-Pero no has prestado atención a la respuesta -contestó Lavinia con brusquedad-. Te prometo que, ayer por la noche, no habló de otra cosa. Resultó muy molesto. Insistió una y otra vez en la misma cuestión a lo largo de una cena fría que yo intentaba disfrutar. Al final, me vi obligada a pedirle, con determinación, que saliera de mi casa y regresara cuando estuviera de mejor humor.

-¿Y bien? -apremió Vale-. ¿Cuál es la respuesta? ¿Por qué fue usted a registrar la casa de Aspasia?

Se produjo un breve silencio. Lavinia podía sentir la mirada de todos ellos clavada en su persona. Bebió un sorbo de té y dejó la taza sobre la mesilla.

-Un impulso -soltó.

El rostro de Tobias se ensombreció aun más.

-Ayer por la tarde vi a Aspasia en la calle Oxford -prosiguió ella-. Cuando bajó del carruaje, me fijé en sus botines y me acordé de algo que Ned *el Dulce* me dijo cuando le pedí que describiera la ropa de la mujer que lo había contratado. Entre otras cosas, mencionó que llevaba unos botines de piel de cabritilla.

-Caros y muy a la moda. -La expresión de Joan se iluminó con comprensión-. Ahora lo entiendo. Ned te había dicho que la mujer vestía un traje viejo y tú pensaste que la calidad de las botas debía encajar con la del resto de su ropa.

-No exactamente. Lo que me sorprendió fue que un hombre que llevaba un vestido viejo y pasado de moda para ocultar su género comprara un par de botines de piel de cabritilla muy caros. Cuando vi al asesino aquella noche, en el castillo Beaumont, llevaba puestos unos zapatos fuertes y sencillos de piel. El tipo de zapatos que llevaría una sirvienta.

-Y el tipo de zapatos con los que un hombre podría echar a correr, en caso necesario -añadió Tobías con sequedad.

-Muy inteligente por tu parte -comentó Joan.

-Entonces me di cuenta de que Aspasia iba peinada con muchos rizos y tirabuzones -continuó Lavinia-. Y recordé que Ned *el Dulce* también había mencionado que la persona que lo había contratado iba peinada de una forma muy sencilla, con un moño en la parte de atrás de la cabeza. Entonces pensé que alguien que no fuera un peluquero experto elegiría un peinado simple para disfrazarse.

-Muy bien -comentó Joan--. Esto explica el impulso que sentiste de entrar en su domicilio camino de tu casa. Después de todo, Aspasia parecía ocupada con sus compras.

Lavinia realizó una mueca.

-Por desgracia, había contratado a un par de golfillos para vigilarme. Cuando vieron que me dirigía hacia su domicilio, corrieron a advertirla. Ella siempre se aseguraba de que sus pequeños espías supieran dónde encontrarla. Entonces, me siguió a pie. Vio cómo hablaba con el anciano del parque y cómo desaparecía en el callejón que llevaba a la parte trasera del número diecisiete.

Tobías se cruzó de brazos.

-En este punto, Aspasia también actuó por impulso. Se dio cuenta de que si Lavinia estaba registrando su domicilio era porque sospechaba de ella. Enseguida comprendió que tenía que librarse de ella y salir del país.

-De modo que tomó como rehén a la persona que tenía más cerca y la utilizó para dominarme -explicó Lavinia-. Sin embargo, en lugar de a un hombre viejo *y* endeble, escogió a un asesino profesional retirado.

-¿Qué hacía el Portador de la Muerte en el parque que hay delante de su casa? -preguntó Joan.

-Es evidente que esperaba el regreso de Aspasia. -Tobias hurgó en el bolsillo y sacó el anillo mortuorio que había encontrado en la casa de Aspasia-. Creo que fue allí para matarla. Sin duda, fue él quien envió el mensaje al ama de llaves de Aspasia para que saliera de la casa.

-Estaba esperando a su presa -indicó Vale-. Pero Lavinia apareció primero.

Tobias miró a Lavinia.

-Sin duda Lavinia le complicó las cosas, pero pareció adaptarse bien al cambio de planes. Su capacidad para ajustar su estrategia de una forma improvisada fue, sin duda, una de las razones de su éxito profesional hace años.

-¿Dónde crees que está ahora? -preguntó Joan.

-Camino de su casita junto al mar -respondió Lavinia en voz baja-Supongo que sólo abandonó su retiro para vengar la muerte de sus aprendices.

-Al menos eso es lo que quería que creyéramos -gruñó Tobias-. Si yo estuviera en tu lugar, no daría crédito a nada de lo que te dijo, Lavinia.

Ella lo miró.

-Es un anciano, Tobias. Y no llevaba armas, aparte del bastón de paseo. Podrías haberlo atrapado y matado. ¿Por qué lo dejaste escapar?

Tobias juntó las manos a la espalda y miró por la ventana hacia el parque.

-Creo que permitió que Aspasia lo tomara como rehén porque sabía que estabas en la casa y que ella quería matarte. Su objetivo era protegerte. Al eliminar a Aspasia, es probable que te salvara la vida. Al menos le debo algo por este hecho.

Hubo un breve silencio mientras todos analizaban sus palabras.

Después de unos instantes, Lavinia se aclaró la voz.

-Hay otra razón por la que cedí al impulso de entrar en la casa de Aspasia.

Todos esperaron.

-Buscaba una excusa para relacionarla con los asesinatos -reconoció Lavinia-. Esa mujer nunca me gustó.

A la mañana siguiente, cuando Tobias llegó al número siete para desayunar, había una carta en uno de los peldaños de la entrada. Cuando se agachó para recogerla se le encendió una chispa en la mente.

Se enderezó con rapidez y se dio la vuelta para examinar la calle. Aparte de él, sólo había un jardinero de edad que podaba, con dedicación, un seto en la esquina. Un sombrero de ala ancha ocultaba su rostro. Si se dio cuenta de que Tobias lo observaba, no lo demostró.

Tobías lo contempló un rato antes de examinar el sello impreso en el montón de cera negra que cerraba el sobre. Sonrió para sus adentros y, cuando levantó la vista de nuevo, el jardinero había desaparecido.

Tobias abrió la puerta y entró en el vestíbulo.

-¡Ah, es usted, señor March! -La señora Chilton se le acercó secándose las manos en

el delantal-. Creí haber oído a alguien en la entrada. Llega usted a tiempo para el desayuno.

-Lo sé. Vaya una sorpresa, ¿no cree?

Ella puso los ojos en blanco y realizó un gesto con la mano en dirección al comedor. Tobias recorrió el pasillo con el sobre en la mano, y llegó a la pequeña y soleada habitación donde Emeline y Lavinia estaban sentadas a la mesa.

-Buenos días, señor -le saludó Emeline con alegría-. ¿Qué tiene ahí?

-Una carta que acabo de encontrar en la entrada.

Lavinia bajó el periódico y miró el sobre con curiosidad.

-¿En la entrada, dices? Me pregunto quién la habrá dejado allí.

-¿Por qué no la abres y desvelas el misterio?

Tobias se sentó en una silla y le tendió la carta.

Ella la miró con una curiosidad ausente. Entonces, cuando vio la calavera impresa en la cera negra, soltó un gritito.

-Debe de haberla dejado el Portador de la Muerte -le dijo a Emeline mientras abría la carta-. Me pregunto qué... -Se interrumpió cuando un cheque bancario cayó sobre la mesa-. ¡Santo cielo! ¡Mil libras!

-Lee la carta -la apremió Emeline rebosante de entusiasmo-. ¡Deprisa, por favor, no soporto el suspense!

Tobias se sirvió café.

-Algo me dice que nos acaban de pagar los honorarios por el caso del Portador de la Muerte.

Lavinia examinó la elegante caligrafía y leyó la carta en voz alta.

Queridos señora Lake y señor March:

Confío en que el cheque adjunto cubra los honorarios y Jos gastos que haya podido ocasionarles su último caso. Lamento las molestias y los peligros a los que se han visto sometidos.

Supongo que deben de tener algunas preguntas pendientes de resolver. Intentaré respondérselas. Es lo mínimo que puedo hacer dadas las circunstancias.

Sin duda se preguntan por qué no llevé a cabo ninguna acción contra Aspasia Gray hace tres años. La triste realidad es que nunca sospeché que fuera una asesina, de modo que acepté el veredicto de suicidio. Y lo acepté, en parte, porque sabía que usted estaba conforme con él, señor March. Y yo me sentía inclinado a creer en su juicio.

Sin embargo, hay otras dos razones por las que estaba dispuesto a aceptar que Zachary se había pegado un tiro. La primera es que lo conocía bien, pues lo había criado desde que tenía ocho años. Por esta razón, sabía que poseía el temperamento romántico y melodramático que muchas veces se asocia con los suicidas.

La segunda razón, y espero que me disculpe, señora Lake, es que en aquella época no se me ocurrió que una mujer pudiera practicar la profesión que había enseñado a mis aprendices. Y, mucho menos, que pudiera pillar a uno de ellos por sorpresa. Como comprenderán, no sabía nada de la asociación entre la señora Gray y Zachary.

Hace un año, otro de mis aprendices decidió ejercer la profesión para la que había sido entrenado. Ya era adulto y siempre había idolatrado a su hermano. Lo que más deseaba en este mundo era demostrar que era tan audaz y profesional como Zachary.

Poco después de llegar a Londres, se dirigió al antiguo domicilio de Zachary y encontró una carta en el escondrijo de la pared. Durante el aprendizaje, recalqué a mis alumnos la importancia de tener dos cajas de seguridad. Cualquier persona que

lleve a cabo una investigación es probable que se sienta satisfecha al descubrir uno de los escondrijos.

-Éste es uno de los muchos errores que cometí hace tres años. -Tobias untó una tostada con mermelada de grosella-. Encontré la primera caja fuerte porque Aspasia se aseguró de que así fuera. Pero, por lo visto, tampoco ella conocía la existencia del segundo escondrijo.

En la carta que escribió a Pierce, Zachary dejó claro que Aspasia Gray no sólo era su amante, sino también su socia. Era evidente que estaba muy enamorado de ella, pero también estaba muy bien entrenado. Como precaución frente a una posible traición, la implicaba en los asesinatos. Sin duda, pensaba enviar la carta si tenía sospechas fundadas de que Aspasia pensaba traicionarlo. Sin embargo, retrasó demasiado su decisión y la carta nunca se envió.

Cuando Pierce la encontró en el segundo escondrijo, pensó sólo en los beneficios económicos que podía conseguir. Y cuando la señora Gray regresó a Londres decidió chantajearla.

Pierce me envió una nota en la que me informaba de su descubrimiento. Por desgracia, en aquel momento yo me encontraba de viaje y no recibí su carta. Cuando por fin la leí, comprendí el peligro que Pierce corría e hice todos los preparativos para trasladarme a la ciudad de inmediato. Pero, como ya saben, no conseguí salvarlo.

Llegué a su domicilio poco después de que usted, señor March, *y* sus jóvenes amigos entraran por la puerta trasera y encontraran el cadáver. Cuando salieron de la casa, los observé desde el otro lado de la calle y enseguida supe que mis peores temores se confirmaban.

Cuando comprendí que mis dos aprendices murieron después de relacionarse con la señora Gray, ya no tuve ninguna duda sobre quién era el asesino. De modo que, ayer por la tarde, fui a verla. Y ya conocen el resto.

Lamento decir que ni Zachary ni Pierce demostraron ser adecuados para el trabajo. Zachary desarrolló un desafortunado placer por las oscuras pasiones que acompañan la caza y, además, perdió de vista la importancia de elegir sólo presas que merecieran morir.

Pierce, por su parte, estaba interesado, sobre todo, en el aspecto económico del negocio. Y, aunque me satisface decir que sus primeras elecciones coincidían con los principios que le había inculcado, me temo que era sólo cuestión de tiempo que olvidara el elevado propósito para el que lo había entrenado.

Sin embargo, con independencia del resultado, ambos jóvenes habían sido mis aprendices y era mi obligación vengarlos. Y así se ha hecho.

No tengo nada más que añadir. Desapareceré en mi retiro y no les molestaré más.

¡Ah! Una cosa más: señora Lake, como usted me sugirió, me detuve en el herbolario de la calle Wren y me recetaron un tónico estupendo. Tengo grandes expectativas de sobrevivir a mi médico. Quizá tenga tiempo para disfrutar de unos cuantos sueños más.

Atentamente,

M.

-Vaya. -Lavinia volvió a doblar la carta con lentitud-. Supongo que ésta es la última vez que oímos hablar del Portador de la Muerte. Sin embargo, no ha atado todos los cabos, ¿no es cierto? Nunca podremos demostrar que lady Ferring y sus amigas, la

señora Stockard y lady Huxford, eran dientas de Pierce. Aunque no puedo decir que me sienta muy apenada por ello. Admiro su fortaleza y determinación para imponer justicia por su propia mano cuando el mundo se la negaba.

-En lo que a mí respecta, la identidad de los clientes de Pierce no es la única pregunta que el Portador de la Muerte ha dejado sin contestar -dijo Tobias mientras tomaba un bocado de huevos revueltos-. Yo tengo dos más.

Emeline lo miró.

-¿Cuáles son, señor?

-En primer lugar, pagaría por saber si de verdad se ha retirado o si se trata sólo de un cuento que nos ha explicado para que no lo busquemos.

Emeline se estremeció.

-Espero que no vuelva a ejercer su profesión.

Lavinia arrugó el entrecejo mientras miraba a Tobias.

-¿Y cuál es la segunda pregunta?

Tobias tragó los huevos y tomó la taza de café.

-Sabemos que consiguió dos aprendices a través de Mamá Maud, pero ¿quién nos dice que no entrenó a más? Me gustaría mucho saber a cuántos aprendices formó en total.

32

Tres días después, Lavinia y Tobías atravesaron el amplio parque hasta la zona, remota y frondosa, que Tobias consideraba su refugio particular. Extendieron una manta sobre la yerba, delante de una antigua ruina gótica y desempaquetaron la comida que la señora Chilton les había preparado. Los cálidos rayos del sol se filtraban entre las hojas de los árboles.

Tobias examinó el surtido de sabrosas tartas, encurtidos, pollo frío, huevos duros, quesos y pan mientras abría la botella de clarete.

-La señora Chilton se ha superado.

-Siempre lo hace cuando se trata de ti. -Lavinia sacó del cesto un paquete envuelto en papel y atado con un cordel y se lo tendió a Tobias-. Esto es para ti. Para celebrar el fin del caso del Portador de la Muerte.

Tobias miró el paquete con expresión de desconcierto. Entonces Lavinia se dio cuenta de que, si bien él le había comprado varios regalos, aquél era el primero que ella le hacía.

-Gracias -dijo él.

Tobias aceptó el paquete y lo abrió con tanta delicadeza que ella deseó haberle comprado algo más espléndido y caro.

Sin embargo, cuando hubo retirado el cordel *y* el papel y sostuvo la lámpara en sus manos, el placer que Lavinia percibió en sus ojos le indicó que había realizado la elección correcta.

Tobias examinó el intrincado relieve del pie de la lámpara.

-Alejandro cortando el nudo gordiano.

-Cuando la vi en el escaparate de la tienda pensé en ti de inmediato.

Tobias dejó la lámpara en el suelo y miró a Lavinia.

-La conservaré como un tesoro, querida.

-Me alegro de que te guste.

Tobias sirvió clarete en dos copas y tendió una a Lavinia. Ella cortó dos trozos de una tarta y los puso en sendos platos con un poco de pollo, huevos y una pequeña cantidad de encurtidos.

Comieron y charlaron un rato. Cuando terminaron de comer, Tobias se apoyó en los codos y dobló una rodilla. A continuación, miró a Lavinia.

-Parece que el amor flota en el aire estos días -comentó con extrema suavidad-. Anthony ha dejado claro que él y Emeline pronto anunciarán su compromiso.

-Era inevitable. Están hechos el uno para el otro.

Tobias se aclaró la voz.

-También resulta muy evidente que Dominic y Priscilla están encandilados el uno con el otro.

-Así es -murmuró ella--. La madre de Priscilla está encantada. Dominic la ha cautivado.

-En efecto, aunque sé de buena fuente que el matrimonio implica grandes riesgos para una mujer.

-Mmm.

Tobias titubeó.

-¿A ti también te lo parece?

Lavinia se quedó inmóvil cuando iba a meter un plato vacío en el cesto. Por alguna razón, de repente le resultaba muy difícil poner en orden sus pensamientos. Su pulso empezó a latir de una forma desenfrenada.

-También implica riesgos para el hombre -respondió con cautela.

-Es posible, pero no el mismo tipo de riesgos.

-No, supongo que no.

A continuación, hubo un breve silencio.

Tobias carraspeó.

-Me da la impresión de que nuestro actual acuerdo no constituye el mejor ejemplo para Emeline y Anthony.

-Si no lo aprueban es su problema, no el nuestro.

-En efecto, ésta es una manera de enfocar la cuestión. -Tobias tamborileó sobre la manta-. El otro día, Anthony me comentó que si tú
y yo compartíamos el número siete de Claremont Lane, él y Emeline podrían mudarse a mi casa.

-Tobias, si insinúas que deberíamos casarnos por la mera conveniencia de Anthony y Emeline, debo decirte que...

-No. -La mandíbula de Tobias se puso rígida y sus ojos chispearon-. Insinúo que nos casemos por mi propia conveniencia. Quería esperar hasta que el barco en el que he invertido mis ahorros regresara, pero no puedo retrasar mi petición más tiempo.

Ella lo miró. Se sentía atrapada y se había quedado sin aliento. Durante las últimas semanas se había preguntado qué le respondería a Tobias si le pedía que se casara con él, y aquel momento había llegado.

Lavinia se humedeció los secos labios y tragó saliva.

-¡Oh!

--No tengo mucho que ofrecerte, pero tampoco estoy en la miseria. Además de la casa, que es de mi propiedad, a lo largo de los años he realizado otras inversiones de

menor cuantía. Mi carrera como detective privado parece haberse consolidado últimamente, y es muy posible que se deba a que eres mi socia. No puedo comprarte diamantes ni carruajes privados, pero no nos moriremos de hambre y nunca te faltará un techo sobre la cabeza.

--Comprendo.

-Te quiero, Lavinia. -Tobias se incorporó lentamente y alargó el brazo para tomarle la mano-. Ha llegado un punto en el que odio volver a mi casa y a mi solitaria cama. Quiero pasar las noches contigo. Quiero sentarme contigo junto al fuego durante las frías tardes de invierno y leer a la luz de mi lámpara nueva. Cuando, a las tres de la madrugada, no consiga dormirme porque no pueda dejar de pensar en un caso, quiero tener la posibilidad de despertarte y hablar contigo sobre ello.

-Tobias.

-Te pido que aceptes el riesgo de casarte conmigo, amor mío. Te juro que haré todo lo que esté en mi mano para asegurarme de que nunca te arrepientas de tu decisión.

Ella entrelazó los dedos con los de él.

-Tobias, me malinterpretas. Creo que todo el mundo me malinterpreta. Sí, el matrimonio constituye un riesgo para las mujeres, pero yo no temo casarme contigo. Al contrario, de lo que tengo miedo es de que seas tú quien se arrepienta de establecer una alianza tan íntima e inquebrantable.

-¿Cómo puedes sugerir esta posibilidad?

-Soy muy diferente de tu querida Ann. Desde todos los puntos de vista, era un ángel. Era buena, amable y tenía un carácter inmejorable. Yo no puedo ocupar su lugar.

Tobias rodeó las manos de Lavinia con las suyas.

-Préstame atención. Yo amaba a Ann, pero hace mucho tiempo que se fue. Durante los años que he vivido sin ella, he cambiado. Si ella siguiera con vida, habríamos cambiado juntos, pero no pudo ser. Ahora, en algunos aspectos, soy una persona distinta. Y busco un tipo de amor diferente. Espero de todo corazón que tú puedas decir lo mismo después de haber vivido todos estos años sin tu querido esposo y poeta.

La felicidad recorrió el cuerpo de Lavinia. Una felicidad pura, limpia y tan cierta como el sol que los calentaba.

-¡Sí! ¡Sí, amor mío! -Lavinia se inclinó hacia delante y lo besó en los labios-. Y, sí, la vida también me ha cambiado a mí. Tobias, quiero decirte que, hasta que te conocí, nunca soñé que el amor fuera algo tan profundo, intenso y maravilloso.

El sonrió y, poco a poco, de una forma muy intencionada, la estrechó entre sus brazos. Ella percibió la fuerza de sus manos y la seguridad de su mirada. Aquel día de verano era tan perfecto, claro y resplandeciente como una gema exótica iluminada por las llamas de una hoguera.

-¿Esto significa que aceptas mi proposición? -preguntó él mientras acercaba sus labios a los de Lavinia.

-De todo corazón.

Justo antes de que él la besara, Lavinia recordó fugazmente la conversación con el anciano en el banco del parque: «Merece la pena asumir el riesgo que implica hacer realidad algunos sueños.»